

SUMA
de Estros



SOPHIE HART

*El club
de lectura
de las chicas
traviesas*

Si leíste
Cincuenta sombras de Grey,
apúntate a este club

El club de lectura de las chicas traviesas

Sophie Hart

2013, Sophie Hart

© *De la traducción: Paula Cifuentes*

ISBN ebook: 978-84-8365-569-6

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

Conversión ebook: Javier Barbado

Capítulo 1

—Has sido una chica mala, Christina. Una chica muy traviesa...

Christina miró a Alexander con ojos oscuros y anhelantes. Se sonrojó.

—Lo siento —jadeó sin poder evitarlo—. No volveré a hacerlo.

—Debo asegurarme de que así sea —dijo Alexander mientras la acechaba desde el otro lado de la habitación. Se quitó la camiseta dejando ver un pecho firme y musculoso—. Voy a darte una lección.

Clavó la mirada en la vela que ardía en la mesilla. La llama bailaba y se retorció. Christina también la miró. La cera se deslizó por la delgada vela blanca hasta el candelabro de plata antiguo y Christina observó cómo se enfriaba y endurecía.

—Creo que sabes perfectamente en lo que estoy pensando —murmuró Alexander con voz baja y ronca.

Christina se limitó a asentir, muda de deseo.

—Pero, primero, un poquito de dulce —le prometió Alexander mientras avanzaba hacia ella. Se arrodilló para besarle en los labios, en el cuello, en la clavícula.

Christina gimió de placer mientras la boca de él se deslizaba por su ombligo y por el suave montículo blanco de su vientre para seguir bajando. Sintió sus labios calientes en la carne rosada y suave de su...

Estelle Humphreys levantó la vista aterrada, cerró el libro de golpe y lo escondió rápidamente bajo un montón de papeles. El corazón le latía desbocado mientras se esforzaba por escuchar.

Volvió a oír el ruido: pam, pam, pam. Se dio cuenta con alivio de que provenía de su hijo Joe, de catorce años, que estaba en el piso de arriba. El estruendo indicaba que había terminado sus deberes y que había puesto música, Kasabian seguramente.

Se quedó quieta un momento mientras los latidos de su corazón recuperaban su ritmo normal y el rojo encendido de sus mejillas daba paso a su habitual palidez.

Sacó con sentimiento de culpabilidad el ejemplar de Diez dulces lecciones de la pila mucho menos apasionante de formularios de aduanas. Su portada era engañosamente inocente —un fondo gris con un lazo rojo—, pero Diez dulces lecciones era una novela erótica que estaba causando sensación en todo el país. Vendía miles de ejemplares al día y encabezaba la lista de libros más vendidos desde hacía semanas. Era lo más cerca que Estelle había estado en mucho tiempo de un hombre sin camiseta, con labios sensuales y un deseo desenfadado.

Con un suspiro de anhelo metió el libro en el bolso, devolvió el mechón de pelo color marrón con toques grisáceos a la coleta de la que se había escapado y fijó su atención en los formularios desplegados en la mesa delante de ella.

De vuelta a la realidad.

Las cuentas de su pequeño café tenían cada vez peor pinta conforme introducía en la hoja de cálculo los recibos del día. Las consumiciones habían ido disminuyendo durante las semanas previas y no parecía que Estelle pudiera hacer nada para solucionarlo. Sabía que aquella época del año era siempre dura. Tras las compras navideñas, todo el mundo prescindía de los pequeños caprichos. Además de que nadie quiere aventurarse a salir en el frío de febrero. Pero si el negocio no empezaba a remontar... La verdad es que no soportaba pensar en ello.

Estelle había abierto el café cinco años atrás, a los cuarenta y dos, después de divorciarse de Ted. La vida de casada había terminado por generarle la sensación de que su identidad se perdía en las exigencias de su papel de esposa y madre. Así que después de que Ted y ella se separaran (y de descubrir que eran mucho mejores amigos que cónyuges), Estelle decidió hacer algo por sí misma.

Y lo había hecho, pensó con orgullo mientras observaba el pequeño local con sus manteles a cuadros rojos y blancos y una gerbera roja en un jarrón blanco sobre cada una de ellas. Como era el final del día, todo estaba limpio y ordenado. Del escaparate había desaparecido la selección habitual de apetitosos pasteles y galletas.

Quizás no fuera mucho, pero era suyo, pensó con satisfacción.

Pero ¿por cuánto tiempo?, rumió con un escalofrío mientras observaba las deprimentes cuentas que parecían nadar ante sus ojos cansados.

Tenía sus clientes habituales, claro. Estaban los ejecutivos que pedían siempre café con leche y un cruasán con mantequilla para comérselo de camino hacia el centro de Bristol. También el grupo de mujeres que iba por los cotilleos, el té verde y quizá una magdalena sin azúcar después de dejar a sus hijos en el colegio. O aquellos que engullían una montaña de sándwiches calientes a la hora

de la comida. También el grupo de jubilados que se daban cita al atardecer para tomarse un té con leche. Pero parecía que ya no eran suficientes.

Estelle se dio cuenta de que, si perdía su negocio —le costaba pensar en esa posibilidad—, perdería también su casa, ya que Joe y ella vivían justo encima del local. Pobre Joe. Era un buen chico, pero parecía estar en esa etapa en la que cada vez que ella se daba la vuelta parecía haber crecido quince centímetros. La ropa no le duraba más de un mes. Estelle intentaba no hacer demasiadas preguntas, sabía que a esa edad, para sentirte integrado, necesitas tener el último modelo de deportivas, de teléfono o de consola. Y todo era demasiado caro.

Cogió con ansia un trozo de un pastel de limón y se lo llevó a la boca.

—Mmm —murmuró complacida. Estaba esponjoso, ácido y tan delicioso como debía. Al menos el problema no estaba en su talento para cocinar. Ahora solo faltaba que entrara más gente por la puerta y lo descubriera.

Un movimiento al otro lado de la calle llamó su atención. Miró a través de los cristales del café cubiertos de gotas de condensación. Estaba oscuro, pero la luz amarillenta de las farolas le permitió distinguir a dos personas que salían de Bainbridge Books, la pequeña librería del barrio.

El corazón se le encogió cuando se dio cuenta de que eran los dueños, Mary y Alan Bainbridge, que cerraban la puerta de su tienda por última vez. En la calle había unas pocas y tristes cajas de libros. Eran los que no habían conseguido vender durante la liquidación final. Incluso a la distancia a la que se encontraba, Estelle se dio cuenta de que los ojos de Mary estaban llenos de lágrimas mientras Alan sacaba la llave de su bolsillo.

Instintivamente, Estelle cogió una de las grandes cajas blancas de la balda situada a su espalda, las que normalmente estaban reservadas para sus mejores clientes, y comenzó a llenarla de comida: dos trozos de tarta de nuez pacana, otro de jengibre, varias rosquillas glaseadas y sus brownies con doble chocolate. Sabía cuánto le gustaban estos últimos a Alan.

Estelle salió rápidamente y la campanilla de la puerta tintineó a su espalda.

—Os traigo esto —exclamó mientras cruzaba la calle. Mary cogió la caja que le tendía con gratitud.

—Gracias, Estelle —dijo con voz peligrosamente temblorosa—. Muchas gracias. No tendrías que haberte molestado.

—Desde luego que no —insistió Alan mientras le cogía la caja a su mujer y miraba en su interior.

—Siento mucho que tengáis que marcharos —dijo Estelle con tristeza,

deseando poder hacer algo más. Mary y Alan habían tenido la tienda durante treinta años, pero ya no podían seguir manteniéndola. Se iban a mudar a Devon para estar más cerca de sus nietos. Y aunque Estelle sabía que llevaban tiempo planeando su jubilación, también sabía que no habrían querido marcharse así, sin haber podido vender su negocio ni asegurar su viabilidad. Era una idea escalofriante que le recordaba lo que podría sucederle a su propia tienda si las cosas no mejoraban pronto.

—Bueno, es hora de pensar en otra cosa —dijo Alan, estoico—. Los tiempos cambian.

—Os voy a echar de menos —afirmó Estelle mientras tragaba saliva, embargada por la emoción.

Le encantaba el ambiente de la pequeña y acogedora librería. Había pasado muchas horas con sus dueños hablando de libros delante de una taza de té y un trozo de pastel de Battenberg.

Mary sacudía la cabeza con expresión triste.

—Bueno, hemos pasado buenos momentos aquí —suspiró mientras observaba a través del escaparate de su tienda abandonada, con las paredes desnudas y las estanterías vacías—. ¿Sabes lo que más voy a echar de menos? —Le brillaban los ojos detrás de los gruesos cristales de las gafas—. Hablar con los clientes. Todo el mundo piensa que leer es una ocupación solitaria, pero no tiene por qué —añadió.

Estelle asintió mientras Mary hablaba de algo tan alentador.

—Los mejores libros deberían poder compartirse, discutirse y debatirse. Ha sido una tradición durante siglos. A la gente siempre le han gustado las historias. Ay, ¡cuánto voy a echar de menos este sitio! —Mary sorbió por la nariz mientras se limpiaba los ojos con un pañuelo empapado.

Estelle tendió sus brazos hacia ella y la abrazó. Todo lo que había dicho Mary era verdad, pensó. No podía dejar de recordar todas esas conversaciones en las que habían hablado de su novela favorita de Jane Austen o discutido los méritos del señor Rochester frente a Heathcliff como héroe romántico. Todo ello a pesar de que no hubiera querido confesarle a Mary que estaba leyendo Diez dulces lecciones, pensó mientras recordaba el ejemplar escondido en el fondo del bolso.

De pronto se alejó de Mary como si le hubiera dado un calambre.

—¡Ya lo tengo! —exclamó. Le centelleaban los ojos y su cara resplandecía de entusiasmo.

—¿Qué tienes, querida? —preguntó Mary mirando a su marido. Alan se limitó a encogerse de hombros mientras miraba a Estelle como si esta se hubiera vuelto loca.

—La solución a mis problemas —chilló Estelle—. Mary Bainbridge —dijo mientras volvía a rodearla con sus brazos—, ¡eres un auténtico genio!

Capítulo 2

—Bruce Willis debería estar en la lista de los cinco mejores héroes de películas de acción, ¿no te parece?

—Hum... —respondió Rebecca a su marido.

Era viernes por la noche y volvían del cine a casa cogidos del brazo para protegerse del aire gélido. Una fina capa de hielo cubría las aceras y sobre sus cabezas las estrellas titilaban en un cielo negro como la tinta.

—Sin duda —confirmó Andy asintiendo con la cabeza—. Lo mismo que Arnie y Stallone. ¿Quién más?

—¿Perdón?

—¿A quién más incluirías en la lista de los cinco mejores protagonistas de películas de acción?

—Pues... no estoy segura.

Andy se quedó mirando a su mujer.

—Cariño, ¿te encuentras bien? Pareces un poco ausente.

—Sí, estoy bien —insistió Rebecca. Se caló el gorro de lana hasta que le cubrió la melena castaña. Esperaba que Andy cambiara de tema.

—Te preocupa el trabajo de este fin de semana, ¿no? —insistió este—. ¿Qué era? ¿Un curso sobre los Tudor?

—Exacto.

—No te preocupes. Procuraré quitarme de en medio. De todas formas, me gustaría comenzar a empapelar la habitación de invitados.

—Me parece perfecto...

—Además —Andy se giró hacia ella con una sonrisa radiante—, la semana que viene tenemos un evento muy importante.

—¿Ah sí? —preguntó Rebecca esperanzada.

—¡Pues claro! ¡Es el estreno de la nueva película de Spiderman! —exclamó Andy sin reparar en la cara que ponía su mujer—. ¿Qué te parece? Podemos quedar tú, yo y un cubo gigante de palomitas...

—Lo apuntaré en la agenda —dijo Rebecca débilmente.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —preguntó Andy tras unos segundos—. No pareces tan contenta como creía que estarías.

Rebecca comenzó a sentirse culpable.

—Sí, estoy bien —repitió con una sonrisa forzada—. Solo un poco ida. He tenido una semana dura. He estado ocupadísima en el trabajo...

—Vale. —Andy pareció darse por satisfecho con la respuesta—. Qué suerte tienes de tenerme para animarte —dijo mientras la abrazaba con cariño.

Siguieron andando mientras Rebecca intentaba averiguar cuál era exactamente su problema. Llevaba una semana así y no conseguía desprenderse de aquel sentimiento de... ¿qué? ¿Cansancio? ¿Aburrimiento?

Rebecca y Andy llevaban un año casados y hasta entonces todo había ido... bien. Ni maravilloso, ni increíble, solo bien. Pronto se adaptaron a su pequeña rutina de noches tranquilas entre semana, una visita al cine los viernes y fines de semana haciendo bricolaje. No había nada de malo en ello, pero siempre era lo mismo, cada fin de semana una copia exacta del anterior.

Cuando Andy le propuso matrimonio, todo había parecido muy emocionante. Cada vez que Rebecca pensaba en ello se sentía dolida. Se recordaba en su papel de futura esposa. Todavía podía verse eligiendo vestidos, las flores para el ramo, el lugar de la boda. Tuvo que apresurarse y hacer malabarismos para poder conciliar la boda de sus sueños con su trabajo como profesora. Pero había disfrutado de cada minuto.

La boda salió a la perfección; y qué decir de la luna de miel en Sorrento. Pero después la realidad la golpeó como un mazazo. ¿Sería injusto decir que su vida le parecía algo sosa?

No era culpa de Andy. Era fácil llevarse bien con él (incluso a veces demasiado fácil). También era guapo, a pesar de que empezaba a perder pelo y de que esa barriguita de la que ella tanto se había reído al principio se había convertido en algo permanente. Todos sus amigos decían que formaban una pareja estupenda. Rebecca era consciente de que debía estar agradecida por su vida cómoda y sin grandes complicaciones.

Pero también una parte de ella no podía evitar preguntarse si habría algo después. Tenía treinta y tres años y comenzaba a sentirse vieja. Últimamente, tenía la sensación de que se estaba convirtiendo en su madre.

Tenía clarísimo que necesitaban volver a sentir la pulsión sexual del principio. Y pronto. Lo que más temía era que se convirtieran en una de esas parejas que se ven en los restaurantes. De esas que se sientan en silencio porque

dejaron de tener algo que decirse allá por 2005.

—Oye, ¿por qué no nos acercamos por el bar? —exclamó Rebecca de pronto.

Andy la miró, dudoso.

—¿Al bar?

—¡Claro! —Rebecca intentó insuflar un poco de entusiasmo a su voz—. No es tarde. Todavía nos da tiempo a una última ronda. Puede ser divertido..., algo diferente.

Desistió cuando Andy bostezó ostensiblemente.

—He tenido una semana muy larga y lo único que me apetece es irme a la cama. Mejor la semana que viene, ¿vale?

—Ajá, sí. Quizá la semana que viene —repitió Rebecca mientras forzaba una sonrisa. Sentía cómo se iba deshinchando por dentro como un globo pinchado. ¿Qué les había pasado? Cuando empezaron a salir no eran así. Necesitaba hacer algo espontáneo, pero lo más salvaje que se le ocurría a Andy era comprar palomitas extragrandes en su siguiente visita al cine. Por no mencionar su obsesión por el bricolaje. Su necesidad de empapelarlo todo había llegado hasta su dormitorio.

Rebecca era realista y había sabido que la pasión inicial terminaría por desvanecerse, pero lo que no podía haber imaginado es que su vida sexual desaparecería por completo. Ni siquiera consumaron su matrimonio la noche de bodas: Andy se había emborrachado con sus amigos de la universidad y se desmayó en la cama con dosel antes de que Rebecca hubiera tenido tiempo de quitarse el corsé. Se dio cuenta de que quizá tendría que haber interpretado aquello como una señal.

Incluso en las ocasiones en las que encontraban la fuerza y las energías suficientes para hacer el amor, se había convertido en algo rutinario. Rebecca era capaz de predecir las tres o cuatro posturas que adoptarían antes de abrazarse un poco, apagar la luz y quedarse dormidos. Le daba demasiada vergüenza hablar con sus amigas de sus problemas y no se atrevía a sacar el tema a relucir con Andy. ¿Y si el problema lo tenía ella? ¿Y si había dejado de gustarle a Andy? La verdad era que Rebecca cada vez estaba más y más frustrada. En varios sentidos.

—¡Bex, mira esto!

Cuando escuchó a Andy gritar, se dio cuenta de que había seguido caminando sin él. Tenía la vista fija en el escaparate de una tienda, leyendo un cartel que habían colgado en él.

—¿Qué es? —preguntó.

—Ven a ver —le dijo Andy mientras sonreía abiertamente.

Sin muchas ganas, Rebecca volvió sobre sus pasos. Conociendo como conocía a Andy, seguramente sería el anuncio de una venta de plantas en la parroquia. O que los cines Fénix iban a reponer La guerra de las galaxias.

—A ver, dime qué es —preguntó con indiferencia cuando estuvo junto a él.

Con un gesto triunfal, Andy señaló el cartel en el escaparate del café.

¿Hambre de libros?

¡Únete al club de lectura del café Crumb!

Nos reuniremos todos los jueves para hablar de libros, de la vida, de todo...

Para más detalles, escribe a: estelle@cafeteriacrumb.co.uk

Café y tarta gratis en la primera reunión 😊

—¿Quieres hacerte de un club de lectura? —preguntó confusa Rebecca. Andy era más bien de leer periódicos y biografías de deportistas famosos. Jamás lo había visto coger una novela.

—¡No es para mí! —exclamó este—. ¡Es para ti!

Rebecca lo miró sorprendida.

—¿Y por qué iba a interesarme eso? —Sentía cómo una nueva oleada de decepción la invadía. Su marido era un caso perdido—. Seguramente es un hatajo de carcamales que se reúnen para hablar de Guerra y paz —dijo mientras echaba a andar.

Andy parecía herido mientras corría para ponerse a su altura. Se detuvieron a la altura de la carnicería.

—Vaya, pues pensaba que te gustaría. Es una manera de salir de casa y conocer gente nueva. Y a ti te gusta leer, ¿no?

—Eso sí —admitió Rebecca.

No es que tuviera mucho tiempo libre. Desde hacía unos meses lo único que leía eran los trabajos de historia pésimamente escritos de sus alumnos.

—Déjalo, era solo una idea —dijo Andy con su voz cariñosa de siempre. A veces era este tono de voz lo que más le molestaba a Rebecca de él. Le hubiera gustado que mostrara algún tipo de pasión.

Recordó cuando comenzaron a quedar y Andy no parecía cansarse nunca de ella. Se acordaba de que, al salir de un bar o de un club nocturno, la empujaba hacia un callejón para besarla y meterle mano... ¡Había sido tan emocionante, la sensación de estar haciendo algo ilícito! Sentir sus manos sobre la piel y pensar que alguien podía descubrirlos en cualquier momento. Solo con pensar en ello ya

se sentía excitada, valoró mientras pasaban por delante de las puertas cerradas del café. Deseaba que Andy volviera a agarrarla con fuerza, la atrajera hacia sí y después... Pero aquellos días parecían haberse quedado atrás y a ella solo le quedaban sus fantasías.

Se detuvo y se giró de nuevo hacia la cafetería. Había una mujer joven en la puerta, llevaba un vestido negro, una chaqueta de pata de gallo, una bufanda roja y zapatos de tacón chupete. Tenía las piernas enfundadas en unas medias negras de red, y el pelo estaba teñido de negro y peinado estilo años cincuenta.

Parecía divertida, interesante y lo mejor de todo es que estaba leyendo el cartel con intensa concentración.

La mujer sacó un iPhone de su bolso (que era rojo y tenía la forma de unos labios) y comenzó a teclear las instrucciones del cartel.

Rebecca sonrió para sus adentros. Después de todo, quizá no fuera un club para carcamales.

Capítulo 3

Eran las 18:57 del jueves del primer encuentro del club del café Crumb. Estelle estaba detrás de la barra y miraba a su alrededor ansiosa. Nadie había aparecido aún y sentía un ligero dolor en el estómago. ¿Y si todo aquello era un desastre?

Sabía que un club de lectura no era la solución a sus problemas económicos, pero sí suponía un comienzo y estaba dispuesta a trabajar todo cuanto fuera necesario para que su café triunfara. Incluso si conseguía que un pequeño grupo de clientes se hicieran habituales, ya era mejor que nada. Y si estos clientes llevaban amigos, y estos a su vez nuevos amigos... A partir de una sola bellota puede crecer un encinar. ¿No decía el refrán algo así? Pero para que eso sucediera necesitaba que fuera gente al café aquella tarde.

Quizá tenía un aspecto demasiado solemne, allí junto a la tetera, como un soldado haciendo guardia, pensó Estelle. Quizá fuera mejor que se sentara a una de las mesas.

Esa misma tarde había pegado las mesas a la pared y había dejado dos en el centro, con una docena de sillas dispuestas alrededor. Estelle se sentó en una de ellas y comenzó a hojear distraídamente Tess, la de los d'Uberville, que era el libro que había escogido para la primera reunión.

No, aquello no quedaba bien tampoco, se censuró. Ahora tenía un aspecto demasiado informal. O, más bien, daba la impresión de que no se había leído el libro y estuviera aprovechando hasta el último minuto. Era mucho mejor ponerse a hacer algo.

Se levantó y miró el reloj: eran las 19:02. Puso una cafetera en el fuego. Eso está mucho mejor, pensó con satisfacción mientras comprobaba que todo estaba en orden. En la barra había dispuesta una selección de dulces: pasteles de zanahoria, brownies, galletas de mantequilla bañadas en azúcar... Estelle rezaba porque entrara alguien, ya que, si no, parecería una loca que acumula pasteles, una señora Havisham con delantal en lugar de traje de novia.

¿Dónde se habría metido todo el mundo?, se preguntaba desesperadamente.

Las respuestas a su correo electrónico le habían parecido bastante prometedoras, con algunos «síes» definitivos y algunos «quizá», todo ello mezclado, claro está, con una cantidad ingente de spam.

Estelle miró de nuevo la hora. Eran las 19:06. El silencio en el local era denso y por primera vez no se oía música en el piso de arriba. Joe se había marchado directamente a casa de su padre aquella tarde después del colegio, y no volvería hasta bien entrada la noche. Ted vivía con su nueva mujer, Leila, en la zona de Bedminster, en Bristol, a dos autobuses de distancia del café, situado en Clifton.

Es extraño lo rápidamente que los hombres rehacen su vida después de un divorcio, reflexionó Estelle con tristeza. Para las mujeres era mucho más complicado, o al menos eso le parecía a ella. Estaba tan ocupada con el café y con Joe que no le quedaba tiempo para el amor...

Sonó la campanilla de la puerta y Estelle se giró sobre sus talones. Un hombre alto, atractivo y joven vacilaba en el umbral. Llevaba gafas con montura de metal, pantalones de pana y un jersey pasado de moda. A pesar de que parecía tener veintitantos años, vestía como alguien de sesenta.

—¡Oh! ¡Has venido! —exclamó Estelle quizá con demasiado entusiasmo.

—¿Es aquí? ¿El club de lectura? —preguntó el hombre mientras se pasaba la mano por el pelo castaño.

—¡Sí! —dijo Estelle. Le habría gustado que su voz no sonara tan aguda—. Es aquí. Es el sitio correcto. El del club de lectura. Eres el primero. ¡Bienvenido!

El hombre asintió mientras observaba a Estelle. Luego se fijó en la cafetería vacía. A Estelle le dio miedo que de pronto decidiera marcharse.

—¿Te cojo el abrigo? —preguntó prácticamente quitandoselo por la fuerza—. Por favor, sírvete tarta. ¿Qué prefieres, té o café?

—Té, por favor —dijo el hombre mientras se sentaba y sacaba un ejemplar de Tess de su mochila vieja y gastada—. Con leche y azúcar.

—¡Ay, perdona, que no me he presentado! —se disculpó Estelle muy nerviosa mientras le servía el té y hacía peligrosos equilibrios con una galleta de mantequilla en un plato—. Soy Estelle. —Se secó las manos en el delantal y le tendió una.

—Reggie —contestó el hombre estrechándosela.

—¡Ah! ¡Así que tú eres Reggie! —dijo Estelle mientras iba detrás de la barra para tachar su nombre de la lista—. Pensé que serías mayor.

Reggie forzó una sonrisa.

—Suele pasar —dijo secamente—. Es por el nombre.

—Sí, bueno... —Estelle se dio cuenta instintivamente de que había dicho algo que no debía—. Me alegro de que estés aquí, Reggie. —Intentó cambiar rápidamente de tema—. Es estupendo tener a un hombre. —Se tapó la boca con la mano y se puso colorada como un tomate—. No quería decir que... Los clubes de lectura suelen estar llenos de mujeres...

Afortunadamente para Estelle, en aquel momento volvió a sonar la campana de la puerta y entró una mujer. Tenía unos sesenta años y pelo gris plateado, con un corte muy cuidado. Iba vestida muy elegantemente, con un abrigo color caramelo y una bufanda de aspecto caro.

—Buenas tardes y bienvenida al café Crumb. —Estelle se acercó a ella mientras recuperaba la compostura. Esta vez tendría que comportarse de un modo mucho más profesional.

—Me llamo Estelle, y él es Reggie —dijo señalando a Reggie, que estaba sentado.

—Encantada de conocerte, Estelle. Yo soy Sue. Reggie era el nombre de mi abuelo —añadió con una sonrisa.

Reggie no se la devolvió y se limitó a arquear una ceja. Su actitud era de lo menos entusiasta.

—¿Quieres que te guarde el abrigo? —Estelle intentó aliviar la tensión—. ¿Qué te apetece beber?

—Un café estaría estupendo.

Sue sonrió. Debajo del abrigo llevaba una camisa de seda color crema y pantalones azul marino.

—¿Te apetece un poco de tarta?

Apenas tuvo tiempo de colgar el abrigo cuando la puerta volvió a abrirse.

—Hola a todos, soy Gracie —anunció la recién llegada mientras sonreía a todo el mundo. Llevaba el pelo negro rizado con forma de o sobre la frente y suelto en tirabuzones por la espalda, y los labios pintados de rojo—. ¡Vaya, qué bien se está aquí! —Se quitó la chaqueta y dejó ver un vestido con estampado de lunares estilo años cincuenta. Tenía un pequeño tatuaje de una rosa en el cuello y otro mucho mayor de una chica pin-up tipo Betty Grable en el brazo.

—Encantada de conocerte, Gracie. Soy Estelle.

La presentó a todo el mundo y luego fue corriendo a buscarle algo de beber.

—¿Y qué os parece el libro? —dijo Gracie al tiempo que sacaba su ejemplar y lo dejaba sobre la mesa.

—¿Ya vamos a empezar? —preguntó Sue.

—Bueno, quizá podamos esperar unos minutos... —sugirió Estelle. Pero luego se fijó en que el reloj marcaba las siete y cuarto—. Falta una persona que dijo que iba a venir. Gracie, Sue... Sí, falta Rebecca. No sé si deberíamos esperarla.

Todos murmuraron que estaban de acuerdo. Sue sorbió su café. Gracie se puso a hojear su libro y a subrayar algunas frases con un rotulador violeta brillante. Reggie comenzó a dar golpecitos en el suelo con el pie, irritado. El silencio empezaba a ser insoportable.

—¿A alguien le apetece un brownie? —preguntó Estelle desesperada, y le puso la bandeja a Reggie debajo de la nariz.

Acababa de pasarla una segunda vez cuando la puerta se abrió y apareció Rebecca.

—Lo siento —dijo mientras se quitaba el gorro de lana y un chaquetón de aspecto abrigado—. He salido tarde del trabajo y he cogido tráfico. ¿Me he perdido algo? ¿Habéis empezado? —preguntó sin detenerse a respirar.

—No pasa nada —la tranquilizó Estelle mientras acercaba dos jarras con café y té para que todo el mundo pudiera servirse—. Te llamas Rebecca, ¿verdad?

Rebecca asintió sin aliento y tomó asiento. A continuación sacó un ejemplar del libro.

—Hemos decidido esperarte. —Estelle sonrió—. Estos son Sue, Reggie y Gracie.

—¡Ah! —exclamó Rebecca cuando se dio cuenta de quién era la mujer que tenía sentada a su lado—. Te vi el otro día mirando el cartel. Me alegro de que hayas venido. Me encanta tu vestido.

—Gracias... —contestó Gracie—. Es de Lola's Vintage, una tienda de Park Street, ¿la conoces?

Rebecca movió la cabeza de un lado a otro mientras se servía un trozo de pastel de zanahoria.

—Pues deberías ir. Está genial.

—Gracias, lo haré. —Rebecca le devolvió la sonrisa.

—¿Esperamos a alguien más o podemos empezar? —preguntó Reggie. Estelle detectó impaciencia en su voz.

—A nadie que haya confirmado —le dijo.

—Bueno. Son las siete y veinte. Si alguien viene, tendrá que incorporarse

sobre la marcha —añadió Sue.

—Tienes razón —confirmó Estelle. Tenía un poco de miedo ahora que todo iba a comenzar. Jamás había asistido a un club de lectura. Y, por supuesto, nunca había dirigido uno. Quería que fuera un éxito y eso la ponía aún más nerviosa. Desde el punto de vista económico, habría querido tener más gente, pero aquel grupo pequeño resultaba más íntimo y tranquilizador, perfecto para hacer su debut como anfitriona del club de lectura—. Perfecto, pues vamos a empezar —dijo juntando las manos en un gesto de autoridad— ¿A quién le gustaría hablar primero?

Miró alrededor, pero todos permanecieron callados.

—¿Nadie? —Estelle intentó disimular la urgencia en su voz.

Reggie se rascó la nariz y su gesto atrajo la atención de Estelle.

—Reggie, quizá te apetezca compartir con nosotros lo que piensas de Tess.

—Bueno —Reggie se reclinó en su asiento—, la verdad es que yo estoy aquí para observar.

Las cuatro mujeres lo miraron sin comprender.

—¿Observar? —repitió Estelle.

—Sí. —Reggie se había puesto colorado—. Estoy haciendo un doctorado en la universidad sobre cómo la literatura sirve para unir a miembros de una comunidad. Así que pensé que este sería un buen lugar para aprender, por decirlo de algún modo —explicó ajustándose las gafas.

—Comprendo —dijo Estelle, con una punzada de desilusión.

Le habría gustado tener un grupo en el que todos hubieran podido charlar sobre libros. Pero para Reggie no eran más que ratas de laboratorio.

Miró a su alrededor para medir la reacción de los demás.

—¿Alguien tiene algún problema con esto?

Gracie entrecerró los ojos.

—Yo desde luego no soy un mono del zoo —dijo con arrogancia.

—¿Preferiríais que Reggie no viniera a las reuniones? —preguntó Estelle, nerviosa.

Gracie lo miró con frialdad.

—No —dijo por fin—. Que se quede.

Estelle respiró aliviada por no tener que lidiar con un problema semejante antes siquiera de empezar el primer encuentro.

—¿Te has leído el libro, Reggie? —preguntó.

—Sí —confirmó este.

—Bueno, si quieres añadir algo a lo que vayamos diciendo o dar tu opinión, por favor, hazlo. Estoy seguro de que tus aportaciones serán bienvenidas. Bueno, Sue, ¿qué te ha parecido Tess?

Sue se aclaró la garganta.

—En general me ha gustado. Me ha parecido una novela conmovedora y que te hace pensar. Me dio mucha pena Tess. Me alegro de haberla leído, pero no estoy segura de si volvería a hacerlo. Tiene algunos pasajes demasiado largos y aburridos.

—Gracias, Sue —dijo Estelle insegura. No era exactamente la respuesta que esperaba, pero suponía que las opiniones diferentes serían lo que enriquecería al grupo—. ¿Alguien quiere añadir algo? ¿Gracie?

—Me parece que Tess tuvo una vida horrible. Cada una de sus experiencias es a cuál más horrible. Y no sé cómo alguien puede disfrutar leyendo cómo una pobre muchacha pasa de una desgracia a otra. De hecho, Thomas Hardy... Me apuesto cualquier cosa a que era un misógino. Porque, vamos a ver, un hombre normal ¿cómo va a imaginarse esas situaciones tan infames? Creo que la manera en que se trata a Tess es repugnante y el doble rasero que se aplicaba a las mujeres en aquella época, lamentable.

—Vale... —empezó a decir Estelle, algo descolocada por la contundencia de las opiniones de Gracie—. Entonces, ¿Tess es una víctima del destino o debemos considerarla responsable de sus actos? —Era una de la preguntas que había preparado para la reunión.

—¿Cómo va a tener Tess la culpa de lo que le pasa? —interrumpió Gracie—. La culpa la tiene ese hijo de... —Se detuvo y miró a su alrededor, avergonzada—. Lo siento, la culpa es de Alec. Y Angel nunca debería haberla tratado como lo hizo. Sobre todo teniendo en cuenta que él había tenido una aventura con una ramera.

—Perfecto, gracias por tu aportación, Gracie. —Estelle la cortó rápidamente, ya que era consciente de la mirada desaprobadora de Sue ante el lenguaje de Gracie—. ¿Y qué función creéis que tiene la elección de los paisajes en la novela? —preguntó deseando haber escogido un tema mucho menos controvertido.

Se hizo el silencio en la mesa. El único sonido era el de Reggie garrapateando en su cuaderno.

Rebecca se rio, nerviosa.

—Pues no estoy muy segura. La verdad es que me siento como si hubiera

vuelto al colegio, a clase de literatura.

Sue asintió y añadió:

—Sé a lo que te refieres. Esto se parece a los trabajos que nos mandaban en el instituto.

—Pues la verdad es que Tess sigue en las listas de lecturas obligatorias —dijo Rebecca—. Por lo menos en la escuela en la que doy clases. Venir aquí es un poco como ser un estudiante. Al menos ahora ya sé cómo se sienten mis alumnos. —Rio.

—Pues a mí me ha parecido una chorrada misógina —dijo Gracie dejando caer el libro en la mesa con gesto despectivo—. ¿Por qué no probamos a leer algo de Caitlin Moran?

—Algo más moderno estaría bien, desde luego —la secundó Rebecca.

—Sí, ¿cuál va a ser la siguiente lectura, Estelle? —preguntó Sue educadamente.

Estelle levantó la vista y descubrió que todos la miraban con atención. Incluso Reggie había dejado de escribir y tenía la vista fija en ella.

—Esto... —dudó. Echó un vistazo a su cuaderno, donde había escrito: «Próxima semana: Crimen y castigo, Fiódor Dostoievski». Dios mío, pensó alarmada. Si Tess, la de los d'Uberville les había resultado aburrido y anticuado, ¿qué pensarían de Crimen y castigo? Había pensado que acertaría si se limitaba a los clásicos literarios, pero era evidente que se había equivocado.

Estelle quería que aquello saliera bien. Sabía que era algo ridículo, apenas simbólico para el destino del café Crumb. Si conseguía que el club de lectura saliera adelante, quizá consiguiera salvar el negocio.

Y en aquel instante estaba al borde del precipicio. Veía las miradas de todos, la duda y el escepticismo en sus ojos. Sabía que necesitaba hacer algo drástico.

Cogió su bolso y empezó a hurgar en él. Había descartado otras ideas antes de escoger Crimen y castigo. Quizá alguna de ellas fuera la respuesta que buscaba.

Vaya por Dios, pensó mientras revolvía entre pañuelos de papel usados, tampones para casos de emergencia y cartas del colegio de Joe. ¿Dónde estaba la lista que había hecho? Por fin la encontró, hecha un gurrño en el fondo del bolso. La sacó, acompañada de la mitad del contenido de este: recibos viejos, dinero suelto, paquetes de chicles y —para su horror— un ejemplar de Diez dulces lecciones.

—¿Qué es eso? —preguntó Sue alargando el cuello para ver desde detrás de

Reggie.

—Diez dulces lecciones —dijo Gracie con expresión de asombro.

—Un momento. ¿Eso no es...?

—¿Te estás leyendo eso, Estelle? —preguntó Rebecca.

La cara de Estelle estaba roja como un tomate. Era demasiado humillante. Había intentado crear un club de lectura serio y ahora todos habían descubierto que se dedicaba a leer literatura rosa barata.

—Más o menos... —vaciló Estelle, intentando salir del paso, pero su cerebro no parecía seguir conectado a las palabras que salían de su boca. Por ello se sorprendió a sí misma cuando se oyó decir—: De hecho estaba mirándolo para la próxima reunión. He decidido que será nuestra siguiente lectura.

En un esfuerzo por recuperar la dignidad, cogió el libro del suelo y lo puso encima de la mesa, frente a ella.

—Pues sí, Diez dulces lecciones, de C. J. Jones. ¿Alguien tiene algo que objetar?

Hubo expresiones ahogadas de asombro y todos la miraron con incredulidad. Saltaba a la vista que estaban escandalizados.

—Pero eso es un libro... porno —protestó Sue pronunciando la palabra en voz baja.

—Más bien erótico —replicó Estelle—. Pero es una distinción muy fina. ¿Quizá debamos hacerla la semana que viene?

—He oído que es de lo más misógino —empezó a decir Gracie, furiosa—. Que hace retroceder cincuenta años el feminismo.

—Siempre puedes leerlo y formarte tu propia opinión —no pudo evitar decir Estelle con un brillo travieso en los ojos—. De hecho me encantará escuchar tus ideas en la próxima reunión.

—A mí la verdad es que me gustaría saber a qué viene tanto alboroto —admitió Rebecca con timidez.

Estelle le sonrió, agradecida por su apoyo.

—Gracias, Rebecca. ¿Y tú qué dices, Reggie?

Reggie no dijo nada, pero tenía las mejillas escarlata y la vista clavada en los zapatos.

—Entonces está decidido —dijo Estelle con firmeza y sintiéndose notablemente tranquila ahora que había tomado una decisión—. La siguiente lectura de este club será Diez dulces lecciones, de C. J. Jones. La reunión será dentro de dos semanas. Espero volver a veros a todos para saber qué os ha

parecido.

Capítulo 4

Reggie metió el plato de espaguetis a la boloñesa en el microondas y puso en marcha el temporizador, impaciente.

La cocina estaba tan desordenada y sucia como siempre. Vivía con otros cinco estudiantes que había conocido por un anuncio en un periódico local, en una de las casas victorianas de gran tamaño de Pembroke Road. A pesar de que hacía esfuerzos por mantener su cuarto limpio, las áreas comunes se escapaban a su control. La pila estaba hasta arriba de platos sepultados bajo un agua gris y grasienta y envases de cartón de la comida para llevar se acumulaban en un cubo de la basura que nadie se molestaba en vaciar. El cuadro con los turnos que había hecho y colgado en la nevera se había convertido en un papel roto y manchado que todos ignoraban.

Mientras el plato giraba dentro del microondas, Reggie se dio cuenta de que había mejores maneras de pasar un viernes por la noche. Quizás debería volverse loco y abrir una botella de vino. Por ejemplo, esa de moscatel que había comprado en oferta.

Le sobresaltó oír cerrarse de golpe la puerta principal. Un minuto después, una mujer joven entró en la cocina, enfundada en ropas contra el frío. Tenía el pelo teñido de rubio y descuidado, con grandes raíces negras, y vestía pantalones pitillo con gruesas botas, una chaqueta corta de piel y una bufanda enorme de motivos étnicos que le daba varias vueltas al cuello.

—Hola, Reggie, ¿cómo estás? —Era su compañera de piso, Selena, que estaba haciendo un máster en Sociología.

—Pues bien, cocinando —contestó haciendo un gesto en dirección al microondas.

—Ah, ¿delicias de Tesco?

Reggie negó con la cabeza.

—No, de Marks and Spencer.

—Bueno, es viernes por la noche, ¿por qué no darse un lujo? —bromeó Selena mientras se quitaba la bufanda, dejaba su bolso en el suelo y dejaba ver

una exigua camiseta sin mangas y muy escotada.

Reggie se sonrojó y apartó la vista de inmediato. Selena era una chica muy atractiva y no sabía muy bien qué hacer con chicas así.

—Oye, Alex me acaba de mandar un mensaje al móvil. Está en el pub con Matt y Josh. Yo voy ahora para allí, por si quieres venir.

—Pues, gracias, pero tengo que... —dijo Reggie señalando de nuevo el microondas.

—No hay prisa. Yo voy a darme primero una ducha, así que te da tiempo a cenar.

—Bueno, la verdad es que... tengo cosas que hacer, ya sabes...

—Tú tranquilo. Estaremos en el Rose and Crown, por si luego quieres venir —dijo Selena.

Reggie se sintió mal por no aceptar. Casi nunca iba con sus compañeros de piso de fiesta, pero es que se sentía fuera de lugar en bares y en discotecas. Siempre se sentía incómodo en un grupo grande, sobre todo cuando en él había machos que se dedicaban a hablar de fútbol y rugby, haciendo bromas groseras o esforzándose por ser el que contaba el chiste más soez o hacía la broma más tonta. Reggie solía terminar sentado en una esquina dando sorbos a una pinta y deseando haberse quedado en casa.

No, esa noche prefería quedarse y ver una película en su habitación. Y quizá redactar un par de notas sobre esa extraña reunión a la que había asistido la semana anterior. Eso le recordaba...

—Selena —la llamó.

—¿Sí? —Selena se giró antes de salir por la puerta—. ¿Qué? ¿Has cambiado de opinión?

—No, lo siento. Quería preguntarte... —se interrumpió, no estaba muy seguro de cómo formular la pregunta—. Seguramente te va a parecer ridículo, pero... A ver, estoy seguro de que no, pero... Quiero decir que es imposible, pero quería preguntarte si... —Reggie se ajustó las gafas a la nariz y se sonrojó. Selena lo miraba con curiosidad. Las palabras le salieron atropelladamente—: No habrás leído por casualidad Diez dulces lecciones.

Selena miró su expresión aterrorizada y se echó a reír.

—¡Por Dios! ¡Claro que lo he leído!

—¿De verdad?

—Por supuesto que sí. De hecho la mayoría de las chicas que conozco lo han leído. También algunos chicos. ¡Hasta mi madre!

—Vaya. —Reggie apenas podía contener su sorpresa—. ¿Y cómo es?

—Sucio —contestó Selena con una sonrisa—. Muy gráfico y guarro. Y muy divertido. Totalmente adictivo.

Reggie clavó la vista en el suelo, ya que de repente no se atrevía a mirar a Selena.

—Pero... ¿no está muy mal escrito? Al menos eso es lo que he oído decir.

—Bueno, no es gran literatura, pero tampoco lo pretende. Yo no leo libros eróticos esperando encontrar a Tolstói. Hay otras razones para leerlo. Eso es exactamente lo que pone en la faja. —Sonrió con suficiencia—. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Estás pensando en leerlo?

—No, no. Caramba, claro que no. No es mi tipo de libro —balbuceó Reggie—. Es solo algo que he oído..., algo de investigación... para mi tesis.

El microondas sonó y Reggie se dio media vuelta, agradeciendo la distracción.

—Pues te dejaría mi ejemplar, pero ahora mismo lo tiene mi amiga Sarah —le explicó Selena—. Y luego le toca a Gemma, así que...

—No te preocupes —insistió Reggie mientras revolvía el bol de pasta con un tenedor sucio, ya que no quedaban limpios en el cajón—. No pensaba pedírtelo..., pero gracias.

—Bueno, entonces es mejor que me duche. —Selena le sonrió y se giró para marcharse—. ¡Ah! Casi se me olvida. Te ha llegado hoy un paquete de Amazon.

Regresó a la cocina. En la mano llevaba el inconfundible paquete de color marrón.

—¿Qué es? ¿Las Diez lecciones?

—No, claro que no. —Reggie se lo arrebató de las manos—. Es algo... muy serio y académico.

Selena hizo una mueca.

—Lo que tú digas. Hasta luego —le dijo ya de espaldas.

Reggie se colocó el libro bajo el brazo y con la mano libre cogió el plato de pasta. Corrió hasta su habitación y cerró la puerta con llave.

Se sentó en su cama y puso el paquete en la esquina más alejada de él. Lo observó como si fuera una bomba que pudiera explotar en cualquier momento. Encendió el ordenador, se descargó un capítulo de Juego de tronos y empezó a comerse la cena despacio.

Quince minutos más tarde, la voz de Selena gritó:

—Adiós, Reggie.

Reggie puso en pausa la reproducción y escuchó atentamente durante un momento, pero la casa estaba en un completo silencio. Con cuidado se deslizó hasta el paquete. Los muelles de su cama crujieron y Reggie se quedó quieto mientras le embargaba una ola de culpabilidad. Se dijo que no debía ser ridículo, así que cogió el paquete y con cuidado lo abrió.

Ahí estaba: esa cubierta que había visto en todas partes, en los escaparates de Waterstones, en la lista de más vendidos de WHSmith, en los quioscos y hasta en las estanterías de los supermercados. Hablaban de él en las tertulias de la televisión y había sido objeto de innumerables reportajes en revistas y periódicos.

Era de color gris oscuro y un lazo rojo rodeaba el título: «Diez dulces lecciones, por C. J. Jones».

Reggie se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Tenía la sensación de que estaba haciendo algo muy malo. Le dio la vuelta para leer el texto de la contraportada.

Cuando una inocente licenciada universitaria, Christina Cox, empezó a trabajar para el millonario Alexander Black, creía que se trataría de un trabajo rutinario, cuidando a un viejo inválido todo el día. No sospechaba que Alexander sería un soltero guapo y atractivo poco mayor que ella ni que pronto surgiría una intensa atracción sexual.

Pero Christina pronto descubrirá que Alexander tiene un lado mucho más oscuro y peligroso de lo que nunca podría haber imaginado. Pronto se verá sumergida en un mundo de deseo y depravación imposible de resistir...

Mientras Christina fuerza su sexualidad hasta el límite, ¿tendrá valor suficiente como para dejarse llevar?

«Jane Eyre reescrita por el Marqués de Sade» (The Independent)

«La literatura erótica ha alcanzado la mayoría de edad. La Historia de O del siglo XXI narrada con la maestría de C.J. Jones». (The New York Times)

Reggie hojeó el libro. Las palabras parecían saltar ante sus ojos. Lengua, chupar, humedad, calor.

Lo cerró de golpe con el corazón acelerado. Aquello era demasiado explícito. Era imposible que pudiera leerlo. Se imaginó la tortura mental que supondría leer aquella... basura, y luego hablar de él con aquel hatajo de mujeres cotillas... No. Imposible. No podía hacerlo.

Reggie todavía no había decidido si iba a regresar al café Crumb y a su club de lectura. El último encuentro ya había sido bastante doloroso sin una novela llena de sexo de por medio.

Se levantó de la cama, abrió el armario y sacó la botella de vino que había guardado dentro (había tenido que aprender por las malas lo que ocurría cuando dejaba botellas de alcohol en las zonas comunes). Se sirvió una copa y cerró los ojos mientras lo saboreaba.

Cuando volvió a abrirlos, el libro de las Diez dulces lecciones seguía donde lo había dejado, como si fuera la prueba del delito.

Déjate de ridiculeces, se dijo. No era más que una novela, como cualquier otra. Vale, era un libro erótico, pero también lo eran algunas de las obras de Chaucer, D. H. Lawrence y Anaïs Nin, nombres que solían figurar en los libros de texto de literatura. No había nada de lo que sentirse avergonzado.

Así que decidió acudir a la siguiente reunión. Y quizá también leyera el libro, puesto que lo había comprado. Lo hacía para su tesis, claro. Era un investigador imparcial. Lo leería con distancia y desde un punto de vista puramente académico.

Sí, eso es lo que haría.

Reggie abrió las Diez dulces lecciones y comenzó a leer.

Capítulo 5

—¡Vamos, Joe! ¡Corre! ¡Venga!

Estelle daba saltos en el límite del terreno de juego mientras gritaba y agitaba los brazos al aire, animando a su hijo. Estaba casi irreconocible, oculta bajo varias capas de ropa que llevaba para combatir el frío y el aire de primeras horas de la mañana.

Los compañeros de equipo saltaron sobre él eufóricos hasta derribarlo. Pero Joe salió de debajo de la pila de cuerpos, con las piernas largas y delgadas cubiertas de barro y el cabello oscuro despeinado. Sonrió tímidamente y Estelle se dio cuenta de lo feliz que estaba.

—¡Vamos, Joe! —gritó de nuevo con las manos alrededor de la boca a modo de bocina.

Chocó los cinco con su exmarido, Ted. Le enorgullecía poder decir que los dos seguían siendo amigos. A menudo quedaban para ir a dar ánimos a Joe. Les gustaba formar un frente unido en la educación de su único hijo y ambos eran conscientes de lo importante que era el fútbol para él.

Joe jugaba en un equipo local cada domingo por la mañana y Estelle no dejaba de ir a verlo un solo día. El café cerraba los domingos y, ya fuera un partido de entrenamiento o contra otro equipo local, siempre acudía al campo, situado en el parque. Aquella mañana el tiempo estaba especialmente desapacible, ya que los primeros días de marzo habían traído una última racha de invierno. Los árboles desnudos destacaban contra el cielo color pizarra, la tierra estaba helada en algunas partes y embarrada en otras, donde la hierba había desaparecido.

El árbitro tocó el silbato y los equipos volvieron a sus puestos.

—¿No es genial? —preguntó Estelle con orgullo.

Ted asintió mientras volvía a meter las manos dentro de los bolsillos para calentárselas.

—Sí, es muy bueno. Por lo menos algo hemos hecho bien.

Estelle asintió mientras observaba a su ex por el rabillo del ojo. Hacía más de

veinte años que se conocían y el tiempo había pasado por él... Lo mismo que por ella. Ted tenía el pelo mucho más escaso y casi gris. La cara estaba cubierta de arrugas, con surcos profundos cuando sonreía, y la piel de los mofletes había comenzado a descolgarse. Pero seguía siendo un hombre atractivo, con ese encanto algo canalla del que se había enamorado. Ted tenía carisma irlandés, ojos azules chispeantes y un acento melodioso que recordaba a las montañas de Connemara, en las que había crecido. Su nueva esposa, Leila, era quince años más joven que él, pero Estelle entendía que le resultara atractivo aquel hombre mayor y algo rudo.

—¿Cómo te va todo? —preguntó Ted cuando se reanudó el partido.

—Bien, supongo. Sin grandes novedades.

—¿Y qué tal va el café?

—No demasiado bien —admitió con tristeza—. Un poco muerto ahora mismo, pero en algún momento se recuperará. Ya sabes cómo es esta época del año.

Un sentimiento de orgullo le impedía confesarle la verdadera dimensión de sus problemas.

—Me sentí muy orgulloso de ti cuando montaste el negocio. Nunca pensé que fueras capaz.

—Gracias —contestó Estelle, no muy segura de cómo interpretar aquel comentario—. Por cierto, eso me recuerda que tenía que preguntarte una cosa. ¿Te viene bien que Joe se quede contigo el jueves?

—Se lo preguntaré a Leila, pero en principio no veo ningún problema.

—Genial. Le diré que vaya a tu casa directamente después del colegio. Le das de merendar y luego me lo mandas de vuelta.

—Claro. Pero ¿por qué? ¿En qué andas? ¿Estás saliendo con alguien? —le preguntó Ted.

—No digas tonterías —contestó riendo Estelle con un gesto desdeñoso de la mano—. Lo que pasa es que he montado un club de lectura en el café, ¿no te lo ha contado Joe?

Ted negó con la cabeza.

—Ya sabes cómo son los adolescentes. No les interesa nada que no tenga que ver con ellos. Así que un club de lectura, ¿no? Cuéntame más.

—No hay mucho que contar, la verdad. No es nada más que una manera de atraer más clientes. ¿Sabías que la librería de enfrente ha cerrado? Me da mucha pena.

—Desde luego —coincidió Ted.

—Por eso pensé que sería una buena idea lo de crear un club de lectura. Me daría la oportunidad de conocer gente nueva y de charlar sobre libros.

—Sí, siempre te gustó tener la cabeza metida en un libro. ¿Y qué tipo de cosas leéis?

—Bueno... —Estelle carraspeó—. En la última reunión hablamos de Tess, la de los d'Urberville.

—¡Vaya! —Ted levantó las cejas—. Por lo que veo tus gustos literarios han mejorado bastante desde nuestra separación. Por lo que yo recuerdo, te encantaban las novelas negras baratas y las novelas rosas cursis.

—Mmm. —Fue todo lo que respondió Estelle, con la vista clavada en Joe.

—¿Y cuál es vuestra próxima lectura? —preguntó Ted—. Supongo que Charles Dickens, William Shakespeare o alguien por el estilo, ¿no?

—La verdad es que no —confesó Estelle—. ¿Has oído hablar de Diez dulces lecciones?

Ted echó la cabeza hacia atrás y estalló en una risotada.

—¿Que si he oído hablar de él? Tienes que vivir debajo de una roca para no haberlo hecho. Y yo que pensaba que tu club de lectura era algo serio...

—Es serio —protestó Estelle, indignada—. La diferencia es que no nos limitamos a los clásicos. Y como Diez dulces lecciones es tan popular, me pareció la novela perfecta. Estoy convencida de que habrá diversidad de opiniones.

Ted asintió con complicidad y ojos burlones.

—Y el hecho de que sea un libro sucio no tiene nada que ver con todo ello, supongo.

Estelle se echó a reír incapaz de resistirse al humor de Ted.

—Ya vale —dijo riendo mientras le golpeaba el pecho con el bolso—. Es el libro perfecto para hombres como tú, que se dedican a seducir a jovencitas. No dejes que Leila lo lea o le dará algunas ideas.

—Ya lo ha leído.

Estelle lo miró con incredulidad.

—¿Sí?

—Leila no es demasiado lectora, pero todas sus amigas le hablaban de él y lo había visto en las revistas, así que lo encontró en una tienda y decidió comprarlo. Durante casi tres días apenas me dirigió la palabra.

—¡Vaya, qué mala pata! —gritó Estelle cuando el equipo rival marcó un

tanto y su hijo Joe volvía hacia el centro del campo con expresión abatida.

Agradeció la distracción, se le hacía raro hablar con Ted de Diez dulces lecciones, sobre todo después de saber que le había gustado tanto a su nueva mujer. Estelle sabía que era ridículo, pero lo consideraba su secreto, su pequeño descubrimiento. La idea de que Leila también fantaseara con Alexander Black era desconcertante, como también imaginarse a Leila y a Ted escenificando alguna de las escenas especialmente tórridas del libro.

—De hecho quería hablarte de Leila.

—¿Sí? —contestó Estelle con tono receloso, preguntándose qué era lo que Ted quería contarle. Sin duda, prefería no saber nada sobre cómo Diez dulces lecciones había modificado sus hábitos sexuales.

—Bueno, la verdad es que queríamos hablarte los dos. Tenemos noticias y no sabemos cómo dárselas a Joe.

—¿Ah, sí? —dijo Estelle distraída, pues acababa de ver caer a Joe al suelo. Instintivamente, dio un paso hacia delante, pero Joe se levantó y echó a correr.

—Leila está embarazada —dijo Ted—. Vamos a ser padres.

—¡Vaya! —dijo Estelle, y se llevó las manos a las mejillas—. Es una noticia maravillosa. Muchas felicidades.

Aunque sentía lo que decía, se volvió para que Ted no viera el torrente de emociones que la invadía. Por supuesto que se alegraba por los dos, pero otra parte de ella sentía como si la hubieran dado un puñetazo en el estómago. Todas sus angustias sobre la soledad y hacerse mayor cobraron nueva urgencia. Era imposible no preguntarse cómo iba a cambiar su vida cuando resultaba tan evidente la felicidad de otro.

—Gracias, Estelle. Significa mucho para mí y sé que también para Leila.

—Diez dulces lecciones ha cumplido con su objetivo. —Las palabras salieron de su boca antes de que Estelle se diera cuenta de lo que decía.

—Bueno, la verdad es que hemos estado experimentando más desde que lo leyó. No conocía la mitad de las cosas que venden por ahí: látigos, mordazas y toda esa parafernalia. Es muy diferente de lo que tú y yo...

Ted se interrumpió abruptamente. Se había dado cuenta de lo inadecuado de sus comentarios. Enrojeció y Estelle vio cómo se quedaba sin palabras, algo muy poco habitual en él. Había muy pocas cosas que le dieran vergüenza a su exmarido.

—¿Y cuándo va a nacer? —preguntó para romper el silencio.

—A mediados de septiembre. Está de diez semanas y, cuando se haga la

ecografía de las doce semanas, empezaremos a decírselo a la gente. Pero quería que tú lo supieras antes. Tú y Joe.

Estelle asintió. Ted continuó:

—Me preguntaba si no sería mejor que se lo dijeras tú. Que le pusieras sobre aviso, por decirlo de algún modo. Por supuesto, después hablaríamos nosotros con él, pero es un tema delicado y a veces se pone muy tenso con Leila. He pensado que si tú me pudieras allanar el camino... —Ted la miraba con ojos suplicantes.

—Vale, hablaré con él.

El árbitro tocó el silbato para señalar el final del partido. Estelle comenzó a aplaudir. El equipo de Joe había ganado por cuatro a dos y Joe había marcado el último tanto.

—Debemos estar avergonzándole a base de bien. —Estelle se echó a reír, contenta de que la conversación hubiera pasado a un territorio más seguro.

—¿Para qué están los padres?

Joe cruzó el campo hacia ellos mientras sus compañeros le palmeaban la espalda.

—Bien hecho, Joe —le decían.

—Eres nuestro ídolo —exclamó Estelle mientras lo abrazaba—. Ponte la sudadera.

—¡Mamá!

Joe puso los ojos en blanco, rebuscó en su bolsa y sacó una sudadera, obediente. Después se agachó y comenzó a desatarse los cordones de las botas de fútbol para cambiarlas por sus viejas y gastadas deportivas.

—Bien hecho, hijo —le dijo Ted y le revolvió el pelo—. ¿Nos vamos?

Joe asintió y los tres echaron a andar hacia el aparcamiento. Estaban metiendo la bolsa de Joe en el maletero del Ford Fiesta de Estelle cuando Tony, el entrenador de Joe, corrió hacia ellos. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, con cuerpo atlético y ojos castaño oscuro.

—Bien jugado, Joe.

—Gracias, Tony.

Tony sonrió a Estelle y Ted.

—Enhorabuena por vuestro hijo. Está hecho un pequeño David Beckham.

—Ojalá —rio Ted—. No me importaría que cobrara lo mismo.

—¿Estás seguro de que puedes venir al siguiente partido? —preguntó Tony a Joe—. No estarás de vacaciones, ¿verdad?

—Creo que no. No nos vamos a ninguna parte, ¿verdad, mamá?

—Lo siento, pero no. Por el momento tenemos que prescindir de las vacaciones lujosas.

—Tenemos un partido la semana que viene contra la selección infantil de Bath —explicó Tony—. Como cae en plena Semana Santa, lo pondremos por la tarde, ¿os va bien? El autobús nos recogerá aquí y estaremos de vuelta a última hora.

—En principio no veo ningún problema —dijo Estelle—, yo estaré trabajando, así que Joe tendrá que venir solo, a no ser que Ted pueda traerlo.

—Lo siento, pero no puedo, yo también estaré trabajando.

—¿Dónde vivís? —le preguntó Tony a Estelle.

—Soy la dueña del café Crumb, así que vivimos justo encima. ¿Lo conoces?

—¡Claro que sí! No sabía que era tuyo. ¡Tenéis los mejores bollos de canela de la ciudad!

—Me parece que estoy de acuerdo. Y además son caseros. ¿Vienes mucho? No recuerdo haberte visto nunca.

—Bueno, suelen ser mis compañeros los encargados de ir a la bollería.

—¡Ah! Eso lo explica todo. Suelo recordar a los clientes habituales y estoy segura de que te recordaría.

Ted escuchaba su conversación con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿qué pasa con Joe? —preguntó abruptamente.

—Puedo recogerlo y traerlo de vuelta, si queréis. Vivo justo en Hotwell Road, así que me pilla de camino. Ese de ahí es Chris, mi hijo, tiene la misma edad de Joe y también jugará.

—Me parece perfecto. Gracias, Tony. ¿Te parece bien, Joe?

—Sí, claro —dijo este.

—Entonces lo hacemos así. Joe ya te dirá los detalles —añadió Tony. Parecía feliz.

—Genial. Que tengas un buen fin de semana.

—Vosotros también.

Tony se despidió y se marchó.

—Te veo el jueves, hijo —dijo Ted mientras abrazaba a Joe—. Tu madre me ha dicho que vendrás a mi casa mientras recibe a su grupito de lectura.

—Sí. Te veo el jueves, papá.

—Venga, Joe. Vamos para casa —dijo Estelle, un tanto molesta por la manera despectiva con la que Ted se había referido al club de lectura.

De pronto se sentía muy cansada y desanimada ante la tarde que la esperaba haciendo pasteles y persiguiendo a Joe para que hiciera los deberes. La noticia de que Ted y Leila iban a tener un bebé la había afectado más de lo que creía. De pronto se había dado cuenta de que no había rehecho verdaderamente su vida después del divorcio. La responsabilidad del café y de cuidar a Joe nunca lo había permitido. Le costaba admitirlo, pero a veces deseaba tener a alguien a su lado para que la cuidase y con el que poder hablar de sus problemas... Alguien que se la llevara a la cama por las noches, pensó con las mejillas encendidas.

Su vida sexual había dejado de existir cuando se separó de Ted y no le había gustado oír hablar de las acrobacias de este y Leila en el dormitorio. Estelle llevaba tanto tiempo sin estar con un hombre que ya no estaba segura de cómo se hacía. Decían que es como montar en bicicleta, pero eso también era algo que llevaba años sin hacer. Su vieja bicicleta dormía el sueño de los justos en el patio trasero, oxidada y pidiendo a gritos que la engrasara, lo mismo que ella.

—¿Mamá? —preguntó Joe mirándola con curiosidad.

Estelle volvió en sí y se sonrojó. Se dio cuenta de que estaba sentada en el asiento del conductor con la mirada perdida y la mente llena de pensamientos poco apropiados.

—Lo siento, hijo. Me he puesto a pensar en las musarañas. —Giró la llave del contacto y arrancó. Tenía que dejar de soñar con que encontraba a su Alexander Black particular. El café y Joe eran sus principales prioridades y, mientras los tuviera, nada de lo demás importaba.

Capítulo 6

Sue deslizó las manos sobre los rollos de tela, sintiendo bajo sus yemas el tacto de los diferentes tejidos. Había blusas de seda de vivos y variados colores, camisas de algodón almidonado en tonos blancos más serios y jerséis de cachemira con tonalidades pastel.

A pesar de que la primavera todavía no había llegado, las tiendas ya comenzaban a sacar la ropa de verano en preparación para los días más largos. Sue miró con deseo las perchas llenas de vestidos: estampados florales en gasa finísima y maxifaldas combinadas con cuello de pedrería. Observó cómo una mujer cogía uno y lo sujetaba delante de ella frente a un espejo.

Qué bonito era ser joven y guapa y estar comprándose ropa nueva, pensó con una punzada de envidia. Cogió una blusa y la sostuvo contra la luz, admirando el estampado de cisnes negros diminutos contra el fondo de tela color crema.

Pero ¿qué sentido tenía aquello?, se preguntó con tristeza.

Dejó la blusa en su sitio y se marchó de la sección de ropa. Cogió las escaleras mecánicas hasta la planta baja. Atravesó la sección de perfumería y una vendedora demasiado maquillada intentó rociarla con el último perfume preferido de las famosas. Sue declinó la oferta cortésmente y se dirigió al mostrador de Chanel preguntándose si no debía tirar la casa por la ventana y comprarse un frasco de perfume. Chanel nº 19, quizá. Siempre le había gustado. Había sido su favorito cuando era joven, cuando George y ella todavía eran novios. Pero ¿qué excusa tenía para comprarlo ahora? George le diría que era una frivolidad, una forma de malgastar sus ahorros en lujos que no necesitaba.

Antes de que nada más pudiera tentarla, Sue echó a andar con rapidez hacia la salida. Le sorprendió lo tranquilo que estaba todo, pero luego se dio cuenta de que era un martes por la mañana, una hora muy poco comercial. La mayoría de la gente estaba trabajando. No todo el mundo estaba jubilado, como era su caso.

Miró el reloj. Apenas eran las once y media y la tarde parecía alargarse ante ella sin nada con que llenarla. ¿Qué podría hacer el resto del día?

Desde que se había jubilado, hacía tres meses, cada día se enfrentaba al

mismo problema. Al principio había esperado su jubilación con ilusión, planeando todas las cosas que haría: viajar, leer, cocinar nuevos platos, quizá apuntarse a yoga o aprender un idioma. Después de todo, en la universidad local había clases nocturnas de casi cualquier cosa, tantas que le costaría trabajo elegir. Pero de alguna manera no había resultado ser así.

Esas mañanas de quedarse en la cama hasta tarde holgazaneando que había imaginado no llegaron a materializarse. Seguía despertándose a las siete de la mañana cada día, dejaba a George durmiendo y se levantaba en silencio para ponerse a limpiar la casa. No podía evitarlo. Cada día se secaba el pelo y se maquillaba. Le preocupaba, a falta de nada mejor que hacer, abandonar su aspecto físico. Sería el principio de una lenta degradación, como uno de esos invitados del programa de Jeremy Kyle que acuden a televisión a contar sus miserias.

Aquel día Sue había decidido regalarse una mañana de compras. Su intención cuando llegó al centro de Bristol era dedicar unas cuantas horas a curiosear la ropa de la nueva temporada. Era algo que le encantaba hacer, pero para lo que no solía tener tiempo cuando trabajaba. Pero aquella mañana la excursión no había servido más que para hacerla sentir peor. ¿Para qué comprar ropa bonita si no tenía ocasiones en las que ponérsela? Era impensable comprarse una falda de tubo para pasar el aspirador o un elegante traje de chaqueta para hacer limpieza.

Quizá debería comprar comida. Sí, esa era la solución. Elegiría un menú elaborado para la cena y dedicaría buena parte de la tarde a prepararlo.

—¿Sue? ¿Eres tú?

—¡Sandra! —exclamó Sue—. ¿Qué tal estás?

—Bien, gracias. He salido pronto para comer porque tengo dentista. ¿Qué tal estás tú? ¿Qué suerte poder pasarse la mañana de compras!

Sue sonrió débilmente. Sue y Sandra habían sido compañeras en Windlesham Group, una compañía de seguros. Sue había entrado en la empresa hacía veinte años, cuando sus dos hijos empezaron a ir al colegio y volvió a trabajar a tiempo parcial.

Había sido testigo de la evolución de la compañía, de cómo pasaba de ser una pequeña firma con un puñado de trabajadores a una gran corporación de más de doscientos empleados. Las responsabilidades de Sue habían ido aumentando a medida que crecía la empresa y, cuando se jubiló, ya era jefa de recursos humanos, al frente de un departamento entero.

—¿Qué tal está todo el mundo? Cuéntame cotilleos —preguntó para cambiar de tema.

—La verdad es que hay poco que contar —dijo Sandra con un gesto de despreocupación—. Lo de siempre. Bueno, a Richard Maynard le han hecho director de operaciones en el Reino Unido, ¿te lo puedes creer? Fue toda una sorpresa. Ah, y Tessa Stevenson está embarazada otra vez. Dará a luz en junio, así que no sabemos todavía qué vamos a hacer. Lo mismo cogemos a un trabajador temporal. O dividimos su trabajo entre Dan y Aisha...

Mientras Sandra seguía hablando, Sue se dio cuenta de lo fuera que se había quedado de todo. Quizá lo que contaba Sandra eran sucesos cotidianos sin importancia, pero para Sue equivalían a tener una vida.

—¿Y qué tal lo lleva Beverly? —preguntó. Beverly era su sustituta, una mujer de cuarenta y pocos años, veintidós menos que Sue. Ocupar ese puesto había sido un gran paso en su carrera profesional.

—Pues bien. Como pez en el agua, como quien dice. Pero eso no significa que no te echemos de menos. Hemos tenido que contratar a más gente, ya que la empresa sigue con su expansión. Windlesham ha conseguido un gran contrato con el Ayuntamiento de Bristol y se habla de que vamos a cambiarnos a unas oficinas nuevas, quizás al lado de ese parque empresarial tan elegante cerca de Filton.

Sue tragó saliva y se esforzó por sonreír y parecer contenta. Todo el mundo parecía arreglárselas bien sin ella. Incluso estaban mejor. Sabía que estaba siendo irracional, pero no podía evitar sentirse una completa inútil.

—Y tú ¿en qué andas?—preguntó Sandra—. Recuerdo que tenías un montón de planes antes de marcharte. Debe de ser maravilloso tener tanto tiempo libre.

—La verdad es que tampoco he estado tan ocupada... —contestó Sue sin dar detalles—. Estamos pensando en irnos de vacaciones, pero todavía no hemos decidido dónde.

—Madre mía, qué maravilla. Tienes suerte de no tener que trabajar. A mí solo me queda seguir jugando a la lotería y cruzar los dedos.

Sue rio cortésmente.

—Bueno, tengo que irme. Ya sabes lo rápido que pasa la hora de comer. ¡No todas podemos dedicarnos al dulce far niente!

—Da recuerdos a todo el mundo —dijo Sue mientras Sandra le decía adiós con la mano y echaba a andar deprisa calle abajo.

Durante unos instantes Sue se quedó parada, paralizada en mitad de la acera.

Miró de reojo su reflejo en un escaparate y apenas se reconoció. ¿Quién era aquella mujer con el pelo cano y la cara llena de arrugas? En su interior sentía que tenía veinte años y toda una vida por delante, pero aquel reflejo contaba una historia muy diferente.

Invadida de repente por un deseo irrefrenable de escapar, dio media vuelta y echó a andar hacia el aparcamiento. Aquella excursión había sido un completo desastre. Quería estar de vuelta en casa, sana y salva en su hogar. Y dejar de sentirse como una mujer mayor y tonta que busca en vano por las calles un sentido a su vida.

Cuando entró por la puerta, George roncaba en el sillón con un ejemplar del Daily Mail y Radio 4 como ruido de fondo.

El portazo lo despertó y se levantó sobresaltado, parpadeando. Las gafas se habían resbalado de la nariz, así que tuvo que colocárselas antes de estirar el periódico.

—¿George? —llamó Sue desde el cuarto de estar.

—No esperaba que volvieras tan pronto —confesó este mientras intentaba no parecer culpable. Sabía que a Sue no le gustaba que holganeara, sobre todo cuando hacía apenas unas horas que se había levantado. Pero George no entendía muy bien cuál era el problema. Ninguno de los dos tenía que ir a ningún sitio, así pues, ¿qué tenía de malo si decidía echarse una siesta mañanera?

Afortunadamente para George, Sue parecía distraída y no había reparado en su aspecto desaliñado y su cara de recién despertado.

—No estaba de humor para compras —dijo con voz desconsolada.

—Vaya.

Se quedaron en silencio. George se preguntó si sería aceptable ponerse a leer el periódico.

—Adivina con quién me he encontrado.

—Pues... no sé. ¿Con quién?

—Con Sandra Farley. De Windlesham —añadió, pues George parecía seguir perdido.

—Vaya. —Deseaba haber acertado con el tono de su voz. Hacía años que había dejado de prestar atención cuando Sue hablaba de su trabajo. ¿Le caía bien a su mujer aquella Sandra?—. ¿Y qué tal estaba?

—Supongo que bien. Parece ser que la compañía está expandiéndose. Quizá se muden al nuevo parque empresarial que hay en Filton.

—Pues qué suerte tienes de no seguir trabajando, ¿no? Así no tendrás que ir

hasta allí todos los días —dijo George.

—Se supone que es muy agradable. Oficinas nuevas con unos preciosos jardines y un Starbucks. Hasta hay un gimnasio para los empleados.

— ¿Y tú para que quieres un gimnasio?

—¡Pues igual me apetece ir! —contestó Sue, molesta—. Hay mucha gente de mi edad que va.

—Pero ¿qué quieres? ¿Hacerte una culturista de esas? ¿O correr la maratón? Me temo que ya se nos ha pasado el arroz para esas cosas —añadió George mientras se reía entre dientes.

Sue se mordió los labios y puso una mueca de asco, como si acabara de chupar un limón.

—Voy a beber algo, ¿tú quieres? —preguntó.

—Ay, sí. Una taza de té, por favor —dijo George.

Antes de desaparecer en la cocina, oyó decir a Sue:

—Parece ser que en recursos humanos se las apañan bastante bien sin mí.

—Pues claro que sí. —George levantó la voz para hacerse oír—. No pensarías que todo se vendría abajo una vez que te fueras. Si hay algo que he aprendido de los negocios, es que nadie es insustituible, por mucho que algunos se lo crean.

Le pareció que Sue murmuraba alguna cosa, pero el silbido de la tetera no le dejó oírlo.

—¿Qué has dicho, cariño? —preguntó.

Pero Sue no respondió. Volvió unos minutos más tarde con dos tazas de té.

—¿Qué hacemos hoy? —preguntó. Su humor parecía haber cambiado de pronto.

A George se le cayó el alma a los pies. Cada día la misma historia: Sue intentando arrastrarlo a viveros y tiendas de muebles, a ferias de artesanía y a exposiciones... Incluso había empezado a hablar de vacaciones exóticas en lugares lejanos, de fines de semana en ciudades europeas. ¿Es que no entendía que estaba jubilado?

Hasta hacía poco, George había trabajado como ingeniero. Toda su vida la había pasado corriendo de un lado a otro esforzándose por cumplir plazos. Sobre todo cuando sus hijos todavía vivían en casa. A veces tenía la sensación de que no disponía de un solo minuto para sí mismo.

La jubilación, comparado con aquello, era una auténtica maravilla. No tenía compromisos ni responsabilidades. Y eso era lo que quería. Podía tomarse todo

el tiempo del mundo para leer el periódico, hacer el crucigrama, disfrutar de una comida y entretenerse en el jardín o, si hacía mal tiempo, ver una película. De este modo se mantenía agradablemente ocupado hasta la hora de la cena, muy bien cocinada por su mujer y servida siempre a la misma hora. Y ahora siempre ponían algo bueno en la televisión... ¡Con todos esos canales! Quizá esa noche elegiría una serie de detectives. O un documental. A Sue le daba lo mismo. Siempre estaba con la nariz metida en un libro o navegando en Internet en busca de cosas que hacer.

Si había tenido un día especialmente cansado, George se quedaría dormido frente al televisor y estaría en la cama antes de medianoche.

—Si te digo la verdad, no pensaba hacer nada. —Dio un sorbo de té—. Tengo unas cuantas cosas que arreglar en casa —dijo, aunque no era del todo cierto—. Había pensado que podría quedarme y adelantarlas.

Vio un leve gesto de irritación en la cara de su mujer.

—Podríamos coger el coche e ir a Cotswolds —sugirió esta—. Como cuando los niños eran pequeños. Y buscar un sitio agradable para cenar, un pub de pueblo o un restaurante pequeño, por ejemplo. Quizá incluso podríamos quedarnos a dormir —continuó con voz cada vez más animada—. Al fin y al cabo, tampoco tenemos prisa por volver, ¿no?

George miró por la ventana. Había comenzado a lloviznar y el viento agitaba con fuerza los árboles. Hacía un día para quedarse en casa con la calefacción al máximo, y no para dar vueltas por el campo.

—Quizá otro día. Podríamos organizar algo la próxima semana. Además, tienes ese club de lectura mañana, ¿no?

—Sí, es verdad —dijo Sue.

De pronto se había acordado de las Diez dulces lecciones. ¡Si su marido se pareciera aunque fuera un poco a Alexander Black! Tan apasionado e impulsivo, en lugar de aburrido y gruñón...

En honor a la verdad, Diez dulces lecciones le estaba resultando una lectura fascinante. Por supuesto, la escritura no era comparable a Oscar Wilde o Virginia Woolf. Pero Sue estaba completamente enganchada y ahora comprendía por qué le había ocurrido lo mismo a tantas mujeres antes que ella. Era pura fantasía, una ventana a un mundo lleno de erotismo que le resultaba del todo desconocido.

Para Sue, el sexo había sido siempre en gran medida funcional. Nunca se había preocupado por el placer. George había sido el único hombre con el que se

había acostado, y Sue había pensado siempre en el sexo más bien como una obligación, algo que había que soportar antes que disfrutar. Pero las experiencias que Christina describía en Diez dulces lecciones habían despertado en ella una envidia inesperada. Tenía más de sesenta años. ¿Una vida sexual plena antes de que fuera demasiado tarde era demasiado pedir? Sus marchitas articulaciones quizá no le permitieran ejecutar cientos de posturas diferentes, pero si George fuera un poco más abierto de miras puede que consiguiera alcanzar esas cimas de placer embriagador que se describían en la novela.

Pero en aquel momento no se le ocurría ninguna manera de abrirse a su marido. La distancia que existía entre ambos era demasiado grande. Y la idea de contarle cómo se sentía le resultaba impensable.

—Bueno, pues ya está. —La voz satisfecha de George la sacó de sus ensoñaciones—. Mejor dejamos lo de salir para otro día. Me alegro de que te hayas unido a ese club de lectura. Así estarás entretenida.

Sue abrió la boca con la intención de contestarle algo desagradable, pero volvió a cerrarla y una expresión de derrota le atravesó la cara. Cogió la taza y dio un sorbo de té.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo con voz neutra.

—Bueno, pues ya está —repitió George buscando la sección de deportes en el periódico. Por lo que a él se refería, la conversación había terminado.

Ninguno de los dos volvió a hablar y la atmósfera se tensó a su alrededor; el silencio, roto únicamente por el tictac del reloj de cuco del abuelo en el pasillo.

Capítulo 7

El segundo encuentro en el café Crumb empezó de un modo muy distinto del primero. A pesar de que a Estelle todavía le preocupaba que no se presentara nadie, resultó que no tenía motivos, porque tanto Sue y Rebecca como Gracie llegaron poco antes de la hora, a las siete.

Hicieron cola ante la barra para pagar sus bebidas y pasteles, ya que en esta ocasión no eran gratis, y enseguida se sentaron a la mesa, donde había tres ejemplares inconfundibles de Diez dulces lecciones.

La atmósfera era completamente diferente a la última vez. Nada de golpecitos en el suelo o de pesados suspiros. Había emoción en el aire y daba la impresión de que todos estaban ansiosos por empezar.

Sin embargo, Reggie no había llegado.

—¿Sabes algo de él, Estelle? —preguntó Sue.

—La verdad es que no —contestó esta mientras se sentaba con ellas y dejaba su ejemplar del libro encima de la mesa—. No sé si va a venir.

—¿Crees que lo hemos espantado? —Gracie esbozó una sonrisa traviesa.

—Bueno, supongo que tiene que ser un poco incómodo para el pobre chico —dijo Sue—. Un joven tan agradable que tiene que lidiar con varias mujeres. Por no mencionar el tema del libro de esta semana.

—Seguramente no lo ha leído —dijo Rebecca despectiva.

—O igual sí, pero se siente intimidado —añadió Gracie—. Igual no se siente a la altura de Alexander Black...

—Mmm, Alexander Black... —suspiró Rebecca,

—¿Qué? —dijo Gracie poniendo los ojos en blanco— ¿Ese loco psicótico que tiene que tenerlo todo bajo control y se aprovecha de una mujer joven?

—Sí, ese mismo —dijo Rebecca con una risita—. Puede aprovecharse de mí todo lo que quiera.

—¿Empezamos? —preguntó Estelle mirando hacia la puerta.

—Sí. De todas formas, aunque viniera, no iba a decir nada. Se sentaría en una esquina y se dedicaría a tomar notas sobre nosotras —dijo Gracie.

—Es verdad —concedió Estelle, incómoda—. Pero me gustaría animarlo para que participara. De otra manera me parece una pérdida de tiempo.

—Y estaría bien tener la perspectiva de un hombre. Saber si para un hombre Diez dulces lecciones es un libro que les pone sexualmen... —Sue se interrumpió y se puso roja al darse cuenta de que había hablado más de lo que tenía intención.

—Bueno, parece ser que a ti sí que te ha gustado el libro —dijo Estelle con una sonrisa—. ¿Qué pensáis las demás?

Todas empezaron a hablar al mismo tiempo. Estelle se rio mientras pedía silencio con la mano.

—¡Menuda diferencia respecto al último día! —dijo.

—Esto es mucho más divertido que Tess, la de los d'Urberville —sonrió Rebecca.

—Es sin duda más salvaje, pero no sé si son comparables —objetó Sue.

—Los dos libros tratan de mujeres oprimidas, ya sea por las convenciones sociales en Tess o el sometimiento físico de las Diez lecciones. ¿Por qué nadie escribe un libro sobre una mujer fuerte? —se quejó Gracie.

—Perfecto —dijo Estelle. Se alegraba de haber escogido un libro tan controvertido—. Bueno, teniendo en cuenta todo esto, ¿por qué creéis que Diez dulces lecciones es tan popular? ¿Rebecca?

—Por el sexo —soltó esta.

—Estoy de acuerdo. El sexo vende —añadió Gracie—. La pregunta de si el libro tiene o no calidad carece de importancia. La gente lo compra porque es escandaloso.

—Venga, Gracie, tiene que haberte gustado al menos un poco —inquirió Rebecca—. Tienes que estar muerta de cintura para abajo para no sentir algo. Yo no sé vosotras, pero cada vez que mi marido entraba en la habitación me daban ganas de abalanzarme.

—Yo tengo que admitir que me hizo sentir envidia —convino Sue—. No sabía que existían la mayoría de las cosas que hacen y, por supuesto, nunca las he probado.

—Eso es genial, ¿no? —Estelle aplaudió—. De pronto es como si con Diez dulces lecciones se hubiera abierto la veda de este tipo de lecturas. Y aunque te sientas mala leyéndolo, es parte de su encanto.

—Y que lo digas —confirmó Rebecca—. Yo lo leí en el autobús y me pasaba todo el rato levantando la vista con la esperanza de que nadie se diera

cuenta de lo que estaba pensando. Era como tener un secreto de tipo sexual.

—También me ha resultado bastante frustrante —confesó Sue—. Me doy cuenta de lo que me he perdido todos estos años y me pregunto si todo el mundo estaba ocupado haciendo esas cosas mientras yo me limitaba a tumbarme de espaldas, si os soy sincera, y a poner la mente en blanco cuando llegaba el momento.

—Bueno, mi ex y yo nunca hicimos nada de eso. —Estelle se maravilló de lo fácil que resultaba hablar entre mujeres—. ¡Pero quizá seguiríamos casados si hubiera sido así! Ya sabéis, si le hubiéramos puesto un poco de pimienta a nuestra relación —añadió mientras pensaba en lo que él le había dicho de Leila.

—A mí me ha dado varias ideas —dijo Rebecca.

—Pues yo no sé a qué viene tanto revuelo —protestó Gracie—. No es la primera vez que se habla de sexo. ¿Por qué este libro se ha hecho tan famoso?

—Yo creo que es por la novedad —respondió Rebecca pensativa—. Quiero decir que yo nunca había leído antes algo igual y nunca lo hubiera hecho si todo el mundo no hubiera estado hablando de él. Pero de pronto es aceptable, incluso normal, leer libros eróticos.

—¿Y a ti, Sue? ¿Qué te ha parecido? —preguntó Estelle.

—Bueno, igual que Rebecca, yo nunca había leído algo así. Quiero decir que tiene partes muy gráficas y nunca había pensado que el dolor podía traer placer. Tiene pasajes demasiado extremos. Pero me parece que en su interior es muy sencillo, una simple historia de amor romántico. Una novela rosa, casi.

—Ah, pues a mí me encantaría un buen azote romántico en el trasero —dijo Rebecca.

Todo el mundo se rio por su ocurrencia.

—Pero me parece muy interesante eso que dices, Sue —continuó Estelle—. ¿Es una novela erótica? ¿O bien es una novela romántica con algunas escenas de sexo? ¿O no es más que un libro porno?

En ese momento la puerta se abrió y entró Reggie. Al escuchar la palabra «porno» se sonrojó del cuello hasta la frente.

—Esto, yo... —Habría querido dar media vuelta y echar a correr lo más rápido posible del café Crumb.

—¡Reggie! —la llamó Estelle mientras las otras mujeres se quedaban calladas, olvidada ya toda franqueza. Hablar de sus necesidades y fantasías sexuales delante de Reggie ya no era lo mismo—. ¡Qué bien que hayas venido! Nos alegra mucho verte. Ahora, por favor, siéntate. ¿Qué quieres de comer? Me

temo que esta semana es de pago.

—Tomaré té y un trozo de cualquier pastel.

—Con dos cucharadas de azúcar, ¿no?

—Sí, justo —murmuró Reggie. Todavía parecía aterrorizado. Se sentó y sacó un ejemplar bastante manoseado de Diez dulces lecciones.

—¡Te lo has leído! —exclamó Rebecca sorprendida.

—Sí —murmuró—. Solo como investigación para el club de lectura, no por otra cosa —añadió rápidamente al oír a Gracie resoplar despectiva.

—No creíamos que volverías —dijo Gracie mientras Estelle la miraba con severidad.

—Casi, pero, ya sabéis, lo hago por mi tesis.

—Ya —dijo Gracie con una risita—. Eres un alumno aplicado.

—Estábamos hablando sobre cómo clasificaríamos Diez dulces lecciones —explicó Estelle—. Sobre si es una novela romántica, erótica...

—O porno —añadió Gracie.

—Sí, gracias, Gracie. ¿Tú qué piensas, Reggie? ¿O quieres comentar el libro en general?

Reggie parecía horrorizado.

—Esto... No sabía que a las mujeres les gustara ese tipo de libros. Quiero decir: ¡es tan popular! No puedo creer que lo esté leyendo todo el mundo.

—¡Por mí no lo digas! —exclamó Gracie—. A mí me ha parecido un libro ofensivo, misógino y mal escrito.

—No te cortes. —Estelle no pudo resistirse a provocarla.

—El punto de partida del libro es sencillamente horroroso. Tenemos a esa chica joven, Christina Cox, dispuesta a hacer todo lo que le diga Alexander Black. A humillarse y a pasar por las «diez dulces lecciones» hasta la completa sumisión. No me parece un buen mensaje: el de que la violencia contra las mujeres es aceptable.

—Pero es su elección —protestó Rebecca—. Además es ella la que ejerce el control. Todo el poder que tiene Alexander Black es el que ella le da. Me parece una idea muy sexi.

—Yo no estoy de acuerdo —soltó Gracie—. No es su elección. Se somete a los latigazos y azotes solo para darle gusto. Porque está enamorada y cree que puede cambiarlo. Pero quien manda en la relación es él.

—Pues a mí me ha gustado —replicó Rebecca— y creo que le estás buscando tres pies al gato. Es diversión pura.

—Bueno, si el sadomasoquismo es tu idea de diversión... —añadió Gracie.

—No me refiero a eso —se sonrojó Rebecca.

—Además no es nada realista —continuó Gracie—. Nadie tiene tanta... Quiero decir nadie... No es posible —se interrumpió entre risas de los demás.

—Venga, vamos—dijo Estelle sin dejar de reír—. Somos todos adultos.

—¿Pero no consiste precisamente en eso? —continuó Rebecca—. Es una necesidad. Todo el mundo sabe que a los hombres les pone solo mirar, pero que las mujeres necesitan algo más...

—Así que es porno —declaró Gracie de modo triunfal.

—Yo creo más bien que es un cuento de hadas —cortó Sue—. Tienes a un hombre rico, guapo y mayor que vive solo en su mansión como un príncipe de cuento y rescata a una mujer joven y guapa de su existencia rutinaria para ofrecerle una vida maravillosa. Es la clásica historia de hadas.

—No es exactamente con lo que yo soñaba cuando era pequeña: estar atada a la cama y que alguien me golpeará hasta que me sangraran las nalgas. Veo difícil que una niña sueña con algo así —la interrumpió Gracie.

—Sí, pero ¿quién podía imaginar que una cosa así provoca semejantes orgasmos? —dijo Rebecca.

Reggie se levantó tan deprisa que estuvo a punto de tirar la silla.

—Estelle, ¿podrías decirme dónde está el baño?

—Claro, está justo en esa esquina de atrás.

Reggie casi echó a correr hacia él.

—Vaya, ¿creéis que lo he asustado? —susurró Rebecca con tono culpable.

—Yo creo que está intentando escapar por la ventana —dijo Sue.

—Quizá es el momento de hacer un descanso —sugirió Estelle—. ¿Alguien quiere tomar algo más?

Las otras mujeres asintieron, se levantaron de su mesa y pidieron té, café y pasteles. Estelle veía feliz cómo el dinero entraba en la caja registradora y la conversación no se detenía mientras las mujeres esperaban su turno.

—Lo que quiero decir —le explicaba Gracie a Rebecca— es que la heroína, Christina, es una auténtica insulsa. A veces me daban ganas de abofetearla.

—Creo que eso le habría gustado —dijo Rebecca—. De verdad, Gracie, me parece que has ido demasiado lejos en tu análisis. Prueba mi pastel.

—¿Qué pensáis de Alexander Black? —preguntó Estelle de nuevo sentada.

—Mmm... Yo creo que daría todo lo que tengo por poder pasar una sola noche con Alexander Black —contestó Rebecca—. Es un hombre tan sexi... Tan

viril y dominante.

Gracie parecía asqueada.

—Yo creo que tiene graves problemas y que no debería permitírsele que se acercara a una mujer.

—Pero imagina tener un hombre que te adorara hasta ese punto —dijo Rebecca—. Alguien que venere el suelo que pisas. Alguien que dedicara su fuerza, su energía y su pasión solo a ti.

Gracie suspiró.

—Preferiría que no me trataran como un objeto, muchas gracias.

—Tengo que decir que yo estoy un poco de acuerdo con Rebecca —admitió Sue—. Alexander es un hombre rico, poderoso y con una presencia autoritaria; y yo creo que a las mujeres eso nos resulta atractivo. Sobre todo hoy, con tantas mujeres dedicadas a triunfar en su profesión y luchando en tantos frentes... En ocasiones, y ya sé que no está de moda admitirlo, una desearía que un hombre tomara las riendas.

—Muy interesante, Sue —asintió Estelle—. Nunca se me habría ocurrido.

Se giró mientras Reggie se deslizaba por la habitación y regresaba a su sitio.

—No te preocupes, Reggie —dijo Estelle—. No te has perdido mucho. Pero Sue ha dicho algo interesante sobre cómo toda mujer busca a alguien que la domine. ¿Qué te parece? ¿Es esa tu experiencia?—le preguntó invitándolo a participar en la conversación.

Los ojos de Reggie parecieron agrandarse detrás de sus gafas mientras miraba nervioso a cada una de las mujeres. Tragó con ansia, pero parecía tener la garganta cerrada. Antes de hablar dio un sorbo de té.

—Bueno..., para un hombre puede resultar intimidante... Si eso es lo que buscan las mujeres... —dijo señalando el libro con la cabeza—. A un hombre seguro de sí mismo... y todo eso. No todos podemos ser como Alexander Black, lo siento. A pesar de su gran tamaño, pareció encoger físicamente bajo la mirada penetrante de las mujeres.

—No todas queremos un Alexander Black, ¿sabes? —explicó Gracie—. ¿Qué tiene de malo el sexo normal? ¿Por qué las fantasías sexuales siempre tienen que incluir algo retorcido o fetichista?

—Vale, para la semana que viene te haremos una chapa: «Me gusta el sexo vainilla y estoy orgullosa de ello». Bueno, podemos nominarte como la persona más moral del grupo —bromeó Rebecca.

Gracie le contestó sacándole la lengua.

—Gracias, señoras —dijo Estelle poniendo fin a la discusión—. Y gracias, Reggie —continuó más suavemente—. Bueno, creo que es hora de ir terminando. ¿Alguien tiene algo más que decir?

Hubo un silencio antes de que Sue comenzara a hablar.

—Bueno, yo soy un poco mayor que todos vosotros. —Sonrió y miró a su alrededor—. Creo que no apporto nada si digo que todo ya está contado antes. Cada generación piensa que ha descubierto el sexo o que lo ha reinventado. En los ochenta eran los novelones que se vendían en los aeropuertos. Ya sabéis, tipo Jackie Collins, románticas con sexo explícito. En los noventa todo el mundo hablaba de los libros de «confesiones», ya fueran de amas de casa francesas o de chicas de compañía de clase alta. Cuando era joven, todo el mundo hablaba de El amante de lady Chatterley, una vez que pudieron publicarlo después de que se levantara la censura. Pero si lo leyéramos hoy día, nos parecería incluso gracioso. No se parece en nada a Diez dulces lecciones.

—No he leído El amante de lady Chatterley —admitió Rebecca.

—Yo tampoco —dijo Estelle.

—Pero siempre he supuesto que sería bastante guarro, ¿no?

—Bueno, tiene sus momentos —concedió Sue—. Creo que lo que resultó más escandaloso entonces fue el lenguaje.

—¿Por qué no lo leemos para nuestra siguiente reunión? —preguntó Estelle—. Podríamos compararlo con Diez dulces lecciones y ver cómo han cambiado el estilo y el lenguaje. Además, es una buena excusa para leer un clásico.

—Creo que es una idea fantástica —dijo Rebecca.

—Gracias, Rebecca. ¿Tú qué opinas, Gracie?

Gracie hizo un mohín y adoptó una expresión rebelde.

—Mientras no sea otra mujer tonta que se deja dominar por los problemas de los hombres...

Una sonrisa se dibujó en los labios de Estelle.

—Estoy segura de que es más profundo de lo que parece. Tú, Reggie, ¿qué opinas de lady Chatterley?

—Muy bien... Lo que queráis. Yo solo estoy aquí para observar.

—Bueno, me alegra de que estemos de acuerdo —sonrió Estelle—. La siguiente reunión será dentro de dos semanas. El libro del que hablaremos será El amante de lady Chatterley. Venid cargados de opiniones.

Mientras se marchaban y Estelle los veía cruzar el umbral, no podía evitar sonreír. La tarde había sido un éxito. Había habido charla y debate. El encuentro

había sido amistoso y agradable y, además, había ganado algo de dinero.

Estaba deseando ponerse a leer *El amante de lady Chatterley*. A Estelle le había encantado *Diez dulces lecciones*. Había sentido cosas olvidadas hacía tiempo y que pensaba que nunca volvería a experimentar.

Ahora el grupo iba a leer uno de los títulos más importantes de la literatura erótica, famoso por sus escenas de amor explícitas y su uso escandaloso del lenguaje. ¡No podía esperar a ver qué pasaba en el siguiente encuentro!

Capítulo 8

—Keyes, Marian Keyes —murmuró Gracie sin aliento mientras caminaba por la biblioteca intentando encontrar el sitio donde colocar el ejemplar de Rachel se va de viaje que llevaba bajo el brazo.

¡Lo encontré!, pensó triunfal mientras comprobaba el número que constaba en la pegatina. Lo deslizó entre Cathy Kelly y Sophie Kinsella.

Regresó al carrito y cogió El jefe, de Martina Cole.

—¿Qué tal van esas devoluciones, Gracie? —preguntó Simon, su jefe.

—Casi he terminado —contestó esta con voz alegre, y pasó a la sección de novela policiaca y de suspense, donde encontró a uno de los visitantes habituales curioseando en las estanterías.

—Hola, señor Harris.

—Hola, Gracie —contestó el anciano—. Hace un día precioso, ¿verdad?

—Sí —dijo ella, feliz. El sol brillaba y sus rayos atravesaban los cristales de la biblioteca. Era uno de esos días primaverales en los que parece que el invierno ha terminado.

—Dime, ¿tenéis el último libro de Harlan Coben? —preguntó el señor Harris.

—Acaban de publicarlo, así que aún tardaremos unos días en tenerlo. ¿Quiere que se lo reserve cuando llegue?

—Si puedes, te lo agradecería mucho.

—No hay ningún problema —dijo Gracie, pensando que debía apuntarlo—. Mientras tanto, ¿ha leído Carretera larga y oscura, de Alex Hayter? Es un autor joven y muy parecido a Harlan Coben. Creo que le gustará.

El señor Harris cogió la novela y la examinó.

—Gracias, Gracie. Tiene buena pinta. Creo que le echaré un ojo.

—Me alegro —contestó Gracie.

Gracie llevaba cinco años trabajando en la biblioteca Clifton. Aunque al principio había visto el empleo como temporal, algo en lo que ocuparse mientras encontraba un trabajo de verdad, le gustó tanto que acabó descartando las otras

ideas. Le gustaban la tranquilidad y la paz que se respiraban en la biblioteca, los clientes habituales a los que había llegado a conocer y la sensación de pertenecer a una comunidad. A diferencia de otros amigos suyos que se habían marchado de Bristol para ir a estudiar a la universidad y que nunca volvieron, seducidos por el brillo de Londres, Manchester o Edimburgo, Gracie estaba conforme con lo que la vida le había deparado. Había nacido y crecido en Bristol y ahora vivía en Clifton con su madre. Era feliz teniendo un poco de dinero para salir con sus amigos los sábados por la noche y comprarse ropa.

Con veintisiete años, pensaba que estaría bien tener un novio, pero una serie de citas infructuosas y su amor por la literatura feminista habían terminado por convencerla de que no era necesario. Las mujeres habían dejado de necesitar a los hombres, los hijos podían crearse en un tubo de ensayo. Su padre les había abandonado cuando ella era una niña y solo daba señales de vida en su cumpleaños o en Navidades. En general no era más que un estorbo. Gracie había crecido con la idea de que no eran de fiar y su madre, Maggie, tenía mucho que ver en ello. Maggie nunca había vuelto a casarse y desde pequeña le había enseñado a su hija que las mujeres deben depender solo de sí mismas. Por tanto, Gracie había desarrollado unas opiniones vehementes que no temía compartir y tenía unas expectativas extremadamente altas en lo referente a posibles novios.

—Pero bueno, qué guapa vas hoy, Gracie —oyó que alguien le decía cuando pasaba por la sección de novela contemporánea.

—Gracias, señora Jaworski —contestó Gracie. Se volvió y vio a la polaca jubilada y menuda observándola de arriba abajo.

Gracie llevaba una falda de tubo negra con una camisa blanca y un cinturón rojo de gran tamaño, además de tacones negros y medias caladas. El pelo lo llevaba suelto, sujeto por un pañuelo rojo.

—Siempre estás tan guapa... —continuó la señora Jaworski—. La gente joven ya no se arregla. Y las chicas de hoy en día no llevan más que pantalones. Me gusta ver a alguien que viste como una señorita.

Gracie sonrió, mientras se preguntaba si debía debatir con la señora Jaworski sobre el derecho a decidir la ropa que debe vestir una mujer y que llevar pantalones era una manera de luchar contra una sociedad patriarcal. Decidió no hacerlo.

—¿Qué está leyendo? ¿Puedo ayudarla? —preguntó.

—Quería algo diferente —contestó la señora Jaworski—. Dime, ¿has leído Diez dulces lecciones? Todo el mundo habla de él.

—Sí —asintió Gracie.

—¿Y qué te ha parecido?

—La verdad es que no me gustó demasiado. Y no estoy segura de que sea su tipo de libro. Quizá es mejor que siga con Josephine Cox.

—Puede que sea mayor, pero todavía estoy viva. —Se rio la señora Jaworski—. Quiero saber de lo que habla todo el mundo. Se supone que es muy picante, ¿no?

—Mucho —dijo Gracie—. Hay esposas y cera de velas. No deja demasiado espacio a la imaginación.

Las cejas de la señora Jaworski se elevaron tanto que casi desaparecieron en su pelo gris.

—Fascinante, ¿y está disponible?

Gracie rio y buscó en las estanterías el último ejemplar sin prestar.

—Pero no diga que no se lo he advertido. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarla?

—No, gracias. Quiero mirar un poco primero y luego me acercaré al mostrador cuando ya haya elegido.

—Muy bien. Ya sabe dónde estoy.

Gracie colocó en su sitio los últimos libros y luego regresó al mostrador. Escribió una nota en el ordenador para acordarse de reservar la novela de Harlan Coben.

—¿Estás ocupada, Gracie? —preguntó Simon, que se dedicaba a estampar el sello de la biblioteca en los libros.

—Ya casi he terminado —contestó esta mientras escribía la palabra «reservado» en el ejemplar.

—Perfecto. Cuando termines, ¿podrías ir a ayudar a aquel señor? Parece perdido.

—¿Qué señor? —preguntó Gracie.

—El que está de espaldas y con un abrigo gris.

Gracie se fijó. Había algo en su silueta y en su pelo castaño, además de la cartera que llevaba colgando del brazo, que le resultaba familiar. Se acercó a él despacio, con una extraña sensación en el estómago.

—Disculpe... —empezó a decir.

El hombre se giró y abrió la boca de par en par por la sorpresa.

—¡Reggie! —exclamó Gracie—. ¡Eres tú!

—Hola, Grace —contestó él.

—Es Gra-cie —dijo ella poniendo sus labios en forma de línea—. ¿Qué haces aquí? ¿Tomando notas para tu tesis?

—No, claro que no —replicó él mientras manchas rojas de ira le aparecían en las mejillas—. Además, has sido tú la que has venido a saludar. Yo ni siquiera te había visto.

—Yo trabajo aquí —dijo Gracie—. Mi jefe me ha enviado porque pensaba que parecías perdido.

—Vaya, ya veo —contestó él—. La verdad es que sí que podrías ayudarme. Estaba buscando un ejemplar de El amante de lady Chatterley.

Gracie enarcó las cejas con asombro.

—¿Así que estás pensando en venir al siguiente encuentro?

—Sí, después de todo es muy importante para mi...

—Para tu tesis. Sí, creo que ya lo has mencionado —dijo Gracie sarcástica. Reggie se sonrojó aún más—. Pero me temo que no nos queda ningún ejemplar.

—¿Cómo lo sabes sin haberlo mirado? —preguntó él temiéndose que estuviera intentando echarlo.

Gracie trató de parecer seria, pero no pudo evitar sonreír.

—Porque lo he cogido yo. Ya ves, los privilegios de los bibliotecarios.

Sin poder contenerse, Reggie se echó a reír.

—Bueno, supongo que no puedo competir con eso. Así que tendré que comprarlo. ¿Hay alguna librería por los alrededores? ¿Algún Bainbridge Books o algo así?

—Ha cerrado —le explicó Gracie.

—Bueno, pues entonces tendré que ir al Waterstones, a la ciudad. O quizá lo tengan en la biblioteca de la universidad.

—Puedo mirártelo en el sistema si quieres —le dijo Gracie, apiadándose de él—. Puedo mirar si lo tiene disponible cualquier otra biblioteca de por aquí.

—¿Lo harías? —le preguntó él, agradecido—. Me sería muy útil.

—Claro.

—Tenía un ejemplar —le explicó mientras la seguía al mostrador—. Pero no sé dónde está. Seguramente, en casa de mis padres, con todos los libros de la licenciatura.

—¿Estudiaste filología? —le preguntó Gracie.

Reggie asintió.

—Yo también. Me especialicé en literatura feminista. Mi tesis fue: De la primera a la segunda ola: escritos feministas desde Mary Wollstonecraft a

Simone de Beauvoir.

Reggie parecía divertido.

—No sé por qué, pero no me sorprende.

Las palabras se escaparon de su boca antes de poderse dar cuenta de lo que estaba diciendo. Gracie se giró hacia él enfadada.

—No tiene nada de malo tener un poco de autoestima. No todas las mujeres son tan patéticas y sumisas como las de los libros como Diez dulces lecciones.

—Y tú, por supuesto, no eres partidaria de ellos —se burló Reggie.

—No me negarás que libros como Diez dulces lecciones crean una representación totalmente irrealista de las relaciones entre mujeres y hombres. Ofrecen un estereotipo que ni los hombres ni las mujeres pueden cumplir.

—¿En qué sentido? —le preguntó Reggie.

—¡En todos! —Gracie se sentía cada vez más irritada—. Dan por hecho que todo en el dormitorio va a ser maravilloso y a veces no lo es. Quiero decir, no puedes..., ya sabes..., tan fácilmente y con tanta frecuencia. No siempre.

A Gracie le costaba explicarse, las palabras la confundían, y deseó no haber empezado nunca esa conversación.

—Se supone que es una fantasía —dijo Reggie, aunque era consciente de que aquello molestaba a Gracie. Le gustaba ver cómo se enfadaba cada vez más—. Pero quizá alguna gente sí que puede, ya sabes, tan fácilmente y con tanta frecuencia.

—Pues para mí nunca... ha sido así —explicó Gracie, contenta de haber ganado la discusión, pero molesta por haber tenido que revelar tanto sobre sí misma.

—Es todo cuestión de química. Quizá con la persona adecuada pudieras... Es una cuestión de botones. De saber pulsarlos, quiero decir —concluyó Reggie con un gesto torpe.

—Estupenda técnica, Reggie. —Gracie se echó a reír sin poder evitarlo.

—No es..., bueno..., no es lo que yo hago.

—¿De verdad? —replicó Gracie. Se había dado cuenta de que las tornas habían cambiado y ahora era Reggie el que estaba avergonzado—. ¿Y qué haces? Quizá puedas hablarnos de tu técnica en la próxima reunión del club.

Habían ido alzando el tono de voz y el jefe de Gracie los miraba enfadado.

—Gracie —susurró—. No es normal que tenga que llamar la atención a mis trabajadores. Pero tú y tu amigo estáis molestando a los demás.

—Lo siento, Simon.

—Y no creo que vuestra conversación sea la apropiada para este lugar —añadió.

Gracie miró a Reggie y se dio cuenta de que hacía esfuerzos por no reír. Era imposible mantenerse serios y pronto comenzaron a hacerse gestos, como niños que se ríen de su profesor. Gracie se preguntó cómo era posible que hubieran acabado hablando de ese tema. La última persona con la que esperaba hablar de química sexual era con Reggie.

—¿Lo tienen en alguna otra biblioteca? —susurró Reggie, inclinado hacia ella con los codos encima de la mesa.

—¿El qué?

—El amante de lady Chatterley.

—¡Claro! ¡Se me había olvidado! —Gracie rápidamente escribió en el teclado y miró la pantalla—. Hay tres ejemplares en la biblioteca central. Podemos pedirte uno y lo tendrás aquí después de las tres. O puedo reservártelo y vas tú a por él.

—Hum. —Reggie se lo pensó durante unos instantes—. Creo que me acercaré por allí. Iré esta tarde.

—¡Vale! —Gracie asintió. De pronto se sentía decepcionada—. Te lo reservaré. Te estará esperando.

—Perfecto, gracias, Gracie.

—De nada.

—Bueno, supongo que te veré en la siguiente reunión.

—Supongo que sí, si vienes.

—Claro que iré —insistió Reggie—. Tampoco están tan mal.

—Vale. Y no te preocupes, no le voy a contar a nadie del café Crumb lo de tu fantástica técnica de seducción —dijo ella.

—Más te vale. Si no, le contaré a todos que te vi comportarte de forma inapropiada en tu trabajo —le devolvió Reggie haciendo que Gracie se riera y que Simon se la quedara mirando molesto.

—Es mejor que vuelva al trabajo —dijo Gracie a modo de disculpa.

—Vale. Quizá llegue tarde a la siguiente reunión. Tengo un seminario esa misma tarde que tiene pinta de alargarse. ¿Puedes decírselo a Estelle?

—Claro.

—Gracias.

—De nada.

—Te veo entonces.

—Sí. Adiós, Reggie.

—Adiós, Gracie.

Gracie lo miró marcharse y se dio cuenta de que sonreía.

Fuera de la biblioteca, Reggie echó a andar por la calle. No sin sorpresa, se encontró dándole vueltas a lo que acababa de ocurrir.

Su mente había estado tan ocupada con las notas que tenía que tomar y los seminarios a los que debía asistir que, cuando entró en la biblioteca Clifton para buscar El amante de lady Chatterley, lo único quería es que fuera un trámite rápido y poco doloroso.

Pero se había cruzado con Gracie y lo que en un primer momento había sido un encontronazo se había transformado pronto en algo divertido.

La idea le pilló por sorpresa. Diversión y Reggie no eran dos palabras que solieran ir juntas.

Pero le había gustado hablar con Gracie. Le parecía inteligente, rápida y atractiva; y le hacía sentirse igual. La manera en que se había reído cuando habían hablado de aquellos temas... Llevaba mucho tiempo sin reírse así.

Reggie echó a andar hacia el centro de la ciudad con energías renovadas. Era como si hubiera dado un paso adelante. Se sentía más seguro y de mejor humor..., ligón casi. Era una sensación extraña, pero le gustaba la persona en la que se transformaba cuando estaba relajado y seguro de sí mismo.

Para su sorpresa, se encontró deseando que a Gracie le ocurriera lo mismo.

Capítulo 9

El delicioso olor a dulces recién horneados llenaba el apartamento. Era una mezcla de bollitos calientes, brownies caseros y apetitosa tarta de café. Las ventanas estaban empañadas por el vapor procedente del horno y flotaba una atmósfera acogedora mientras Estelle se movía por la cocina canturreando al son de radio Bristol, que sonaba quedamente de fondo. Observó los cupcakes a través de la puerta del horno. Estaban creciendo e hinchándose perfectamente. Volvió a la encimera y vertió la mezcla de las galletas en la batidora.

El espacio encima del café Crumb era pequeño y consistía solo en dos habitaciones, una para Estelle y otra para Joe, y un cuarto de baño que se abría a la sala de estar que hacía también las veces de comedor y de salón. Sin duda, la habitación más grande era la cocina. Estelle la había ampliado. Necesitaba el espacio para poder preparar la repostería del café. Era un trabajo ímprobo. Cada noche, cuando la tienda cerraba, preparaba diferentes pasteles y bollos para servirlos al día siguiente. Los domingos, después de ver a Joe jugar al fútbol, se dedicaba a preparar cantidades industriales de masa para poder congelarla e ir usándola a lo largo de la semana. También cuadraba las cuentas y preparaba las cosas del día siguiente. A veces parecía que no fuera a acabar nunca.

Pero a Estelle le gustaba su rutina. Había algo relajante y satisfactorio en pesar los ingredientes, mezclarlos, extender la masa y meterlo todo en el horno para verlo crecer y dorarse como por arte de magia.

Aquel martes por la tarde, con Joe en el partido de la selección infantil contra Bath, Estelle estaba sola. Tony había pasado a recoger a Joe por la tarde y enseguida estarían de vuelta, tal y como Estelle pudo comprobar en el reloj de la cocina.

Espolvoreó la encimera con harina y había comenzado a extender la masa cuando oyó la llave de Joe en la puerta.

Estelle salió de la cocina para abrazarlo mientras se limpiaba las manos en el delantal.

—¿Qué tal ha ido, cariño? —preguntó mientras él entraba y dejaba la puerta

abierta.

—Bien. Hemos ganado —contestó con una mueca de contento.

—Mi pequeño campeón —exclamó, y corrió a abrazarlo. Joe soportó los abrazos maternos unos segundos antes de desembarazarse.

—Se me había olvidado. Tony está aquí —añadió mientras cogía una magdalena y desaparecía en su habitación.

—¿Qué? ¡Joe! —preguntó Estelle. Dio un paso adelante y vio a Tony que esperaba en la puerta, en la escaleras que bajaban hasta la calle. Llevaba pantalones de deporte oscuros y una sudadera. La ropa deportiva resaltaba su cuerpo musculoso. Para vergüenza de Estelle, desde que había leído Diez dulces lecciones había empezado a prestar mayor atención al físico de los hombres.

—Lo siento, por favor, pasa —se disculpó Estelle.

De pronto se dio cuenta de que tenía la cara enrojecida por el calor del horno y que iba vestida con la ropa más vieja que tenía.

—No te preocupes —dijo Tony con un gesto tranquilizador.

—No puedo creer que Joe te haya dejado fuera así. Luego hablaré con él —prometió mientras se apartaba el pelo de la cara.

—No te preocupes, de verdad —repitió él—. Sé cómo son los adolescentes.

—Bueno, gracias por traerlo —dijo Estelle, verdaderamente agradecida—. ¿Cómo han quedado? Ni siquiera me lo ha dicho.

—Seis-cuatro —contestó Tony—. Ha sido un gran partido y Joe hizo un triplete.

—¿De verdad? —exclamó Estelle, encantada—. ¡Me habría gustado tanto estar allí!

—Habrías estado muy orgullosa. Es un jugador estupendo.

—Me encanta que haya encontrado algo que le haga feliz. Ojalá le pasara lo mismo con sus deberes —se rio Estelle—. ¿Quieres beber algo? —dijo después de darse cuenta de que seguían en la puerta—. ¿Un té o un café? ¿O quizás prefieras algo más fuerte?

—Mejor que no —declinó Tony—. Tengo a Chris esperándome en el coche, así que no puedo quedarme mucho, solo quería asegurarme de que Joe llegaba bien.

—Ah, claro —dijo Estelle—, pero al menos déjame darte unos pasteles a modo de agradecimiento. Acabo de hacer una hornada de bollos de pasas. Me dijiste que eran tus favoritos, ¿no?

—Sí, te acuerdas bien —contestó Tony mientras la seguía. Sus ojos brillaron

al observar los pasteles que se alineaban en las estanterías para enfriarse—. Supongo que negarme sería muy maleducado.

—Absolutamente —dijo Estelle mientras cogía dos bollos rebosantes de fruta y los cubría de azúcar glass—. Acabo de ponerles el azúcar, así que seguramente estén un poco pegajosos. Te pongo dos, para que le des uno a Christopher —le explicó metiéndolos en una bolsa de papel que plegó de modo experto de manera que no rozara el bollo.

—Mmm, huelen de maravilla. Menudo operativo has montado aquí —observó Tony mientras miraba las pilas de merengues, pasteles y almendrados—. Como te dije, no sabía que eras la dueña del café Crumb. Creo que voy a empezar a ir más a menudo.

—Deberías —insistió Estelle—. Además Dios sabe que me vendría bien el trabajo extra.

—Tienes poca clientela, ¿verdad? —preguntó Tony educadamente.

—Bueno, no hay por qué preocuparse —se apresuró a decir Estelle con la sensación de que debería haberse callado—. Siempre pasa en esta época del año. Será mejor cuando empiece a hacer más calor.

Se hizo el silencio y Estelle le tendió la bolsa con los bollos.

—Aquí tienes.

—Gracias —dijo Tony cálidamente—. La verdad es que me apetecen mucho.

—De nada.

—¿Está tu marido? —preguntó Tony mientras iba hacia la puerta.

—¿Mi marido? —repuso Estelle, confundida.

—El hombre que estaba en el partido el domingo pasado—. Ahora era Tony el que parecía incómodo—. Oh, vaya, ¿he dicho algo que no debía? Como siempre vais juntos a los partidos creía que era el padre de Joe. ¿Pero no estáis...?

Estelle se rio en un intento por aliviar la tensión.

—Estamos divorciados. La verdad es que tenemos suerte de llevarnos tan bien. De hecho nos llevamos mucho mejor ahora que no estamos casados.

—Entiendo. Lo siento. Simplemente había asumido que...

—No te preocupes. Ted se casó hace unos años. De hecho, su nueva mujer, Leila, está esperando un hijo. Hablé con Joe de ello el otro día. Ted pensaba que era mejor que se lo dijera yo. Pero está un poco arisco desde entonces. Espero que se le pase. Debe de ser un poco raro para él.

—Para ti también, supongo —dijo Tony con suavidad—. Yo no me preocuparía mucho por Joe. Chris es igual. Se encierra en su habitación y no quiere salir. Es una cosa de adolescentes.

—Gracias, Tony. — Estelle sonrió, agradecida—. Estoy segura de que tienes razón. Después de todo... —se interrumpió y comenzó a olisquear el aire—. ¿No hueles ese...?

Sus palabras se vieron interrumpidas por un pitido ensordecedor. Estelle gritó y se llevó las manos a los oídos. Corrió hacia la cocina. Del horno salía humo negro.

—¡Oh, no!

Cogió los guantes, abrió la puerta y sacó una bandeja carbonizada con los restos de los cupcakes que había preparado antes.

Abrió las ventanas todo lo que pudo y comenzó a mover el aire con las manos. Tony la siguió y gritó para hacerse oír:

—¿Dónde está el detector de humos?

—Aquí —gritó Estelle mientras corría hacia el salón y cogía una silla de la mesa del comedor.

—No te preocupes. Yo llego —le aseguró Tony mientras se estiraba para apretar el botón. A pesar de la crisis, Estelle solo tuvo ojos para los abdominales del estómago y el camino de pelo negro que desaparecía bajo los pantalones del chándal.

—¿Estelle? —Alguien gritó desde fuera. —Estelle, ¿estás bien?

Se abrió la puerta de entrada y apareció Ted agitando los brazos mientras despejaba las nubes de humo. En ese momento Tony apretó el botón y el pitido se detuvo. Sus oídos tardaron unos segundos en acostumbrarse al silencio.

—¿Todo bien? —preguntó Ted mientras intentaba recuperar el aliento tras haber subido corriendo las escaleras. Llevaba el pelo hecho un desastre y parecía más viejo de lo que Estelle recordaba.

—Ahora sí —respondió Tony.

—No sé lo que me pasa hoy —dijo Estelle. Se sentía nerviosa y no sabía si era por el incendio que casi había provocado, por la llegada inesperada de Ted o por la visión del cuerpo de Tony—. Siempre pongo el temporizador, por si acaso. Pero me he debido de olvidar.

—Seguramente algo te ha distraído —sugirió Ted mirando fijamente a Tony.

Estelle se dio cuenta de la tensión que flotaba en el ambiente, aunque no entendía por qué Ted se comportaba así.

—Tony ha traído a Joe —le explicó—. Ya sabes que el otro día dijo que lo haría después del partido. Han ganado seis a cuatro.

—Qué bien —dijo él esbozando una mínima sonrisa.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Tony tendiéndole la mano.

—Muy bien, gracias —replicó Ted, un tanto incómodo.

—¿Querías algo? —le preguntó Estelle a Ted.

Se refería a la extraña manera de presentarse en su casa sin decirle nada antes.

—Bueno, solo estaba de paso. —Parecía que a Ted le había pillado desprevenido la pregunta—. Quería traer estas Nike a Joe. La semana pasada dijo que quería unas.

—Ay, Ted, me gustaría que hablaras de estas cosas antes conmigo. Ya le había dicho que no podía comprárselas. Tiene bastantes y la mayoría de ellas nunca se las pone. Si le compras todo lo que quiere, me quitas la autoridad.

—A ver, Estelle, solo quería hacerle un regalo a mi hijo. No creo que tenga tanta importancia —repuso Ted, a la defensiva.

Estelle levantó una ceja. Para ella aquello tenía pinta de regalo fruto de la culpabilidad, algo para compensar a Joe por el hecho de que Leila estuviera embarazada, pero no pensaba decírselo mientras Tony estuviera ahí. Le daba vergüenza que tuviera que presenciar una discusión suya con su ex. Sobre todo después de haberle estado diciendo lo bien que se llevaban.

—Bueno, me parece que me voy a marchar —dijo Tony, consciente del mal humor reinante—. ¿Seguro que vas a estar bien, Estelle?

—Estoy bien —contestó ella. Se sintió extraña por cómo él miraba.

Ted observó su intercambio de palabras con una expresión cada vez más irritada.

—Pues claro que va a estar bien. Hemos sido marido y mujer.

—Lo sé. —Tony parecía divertido—. Me refería al fuego, no a ti.

—Ah, bueno. —Ted empezó a carraspear simulando incredulidad, pero se detuvo al ver la mirada que le dirigía Estelle.

—No te olvides de esto —dijo Estelle mientras le daba la bolsa con los bollos de pasas. Sus dedos se acariciaron y dio un respingo, asustada, con las mejillas al rojo vivo—. Muchas gracias por tu ayuda —soltó, casi sin aliento.

—Muchas de nada. Os veo el domingo a los dos, a no ser que me pase antes por el café.

—Hazlo, por favor —contestó ella mientras cerraba la puerta detrás de él.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Ted con los ojos entrecerrados.

—Por nada. ¿A qué te refieres? —replicó ella, a la defensiva—. ¿Por qué estás tan raro hoy? Tu actitud ha sido muy extraña desde que entraste.

Ted movió la cabeza. Prefería no responder.

—Parece muy simpático —dijo mirando la puerta por la que Tony acababa de marcharse.

—Sí, sí que lo parece —explicó Estelle con la esperanza de que su rubor no la delatara. Porque lo cierto era que estaba empezando a pensar que Tony era un hombre muy, pero que muy simpático.

Capítulo 10

—Cariño, estoy en casa —gritó Andy Smith con falso acento americano y riéndose para sus adentros. Aquello se había convertido en una especie de ritual. Hacía la misma broma cada vez que cruzaba el umbral del chalé pareado que compartía con Rebecca y nunca parecía cansarle.

Dejó el maletín en el pasillo y entró en la cocina, donde Rebecca estaba preparando la cena. Los colegios habían cerrado por Semana Santa y Rebecca tenía dos semanas de vacaciones, así que había decidido convertirse en ama de casa de los años cincuenta y preparar la cena para que estuviera caliente cuando Andy regresara del trabajo.

Andy la abrazó por la cintura y se inclinó para darle un beso.

—Huele muy bien, cariño —le dijo mientras le besaba el cuello. Luego retrocedió y miró a Rebecca con suspicacia—. ¿Te has cortado el pelo?

—¡Andy, me lo he teñido de rubio! —rio Rebecca.

—Ya sabía yo que algo tenías diferente.

—¿Te gusta? —preguntó Rebecca mientras daba una vuelta sobre sí misma—. Claro que no es rubio, rubio. No es el platino de Marilyn Monroe. Pero la peluquera, Karen, me propuso hacerme unas mechas y me dije: ¿por qué no?

—Estás muy guapa —le dijo él sinceramente—, pero para mí siempre lo estás.

—Vaya, muchas gracias. —Rebecca le sonrió y tiró de él para darle un largo beso—. ¿De verdad te gusta? —No pudo evitar preguntar mientras lo observaba detenidamente con sus ojos recién pintados con rímel.

—Sí, mucho. Me parece muy diferente. De hecho, me da la sensación de estar engañándote con otra mujer. ¡Vete enseguida, antes de que vuelva a casa mi mujer!

Rebecca rio.

—La cena está ya casi lista, por cierto —le dijo—. Faltan unos diez minutos.

—Perfecto. ¿Qué hay?

—He comprado salmón fresco, así que lo voy a hacer a la plancha con

patatas y verduras. Y he preparado una buenísima tarta de crema para el postre, una tarta que, por cierto, no debes dejarme probar.

—Perfecto —repitió Andy.

Rebecca debía de estar haciendo una de esas dietas en las que se embarcaba de vez en cuando. Cuando se casaron, había bajado hasta una talla cuarenta, pero desde entonces su peso no había dejado de aumentar. Andy sabía que culpaba a la tranquilidad de la vida de casada del aumento de talla. Habían cambiado las salidas y los bailes nocturnos por comida para llevar y sesiones de televisión. La talla de Rebecca oscilaba ahora entre la cuarenta y dos y la cuarenta y cuatro, y, a pesar de que Andy la encontraba estupenda, sabía que Rebecca quería librarse de algunos kilos.

La besó y subió a su habitación. Allí se quitó su traje de chaqueta y se puso unos vaqueros viejos y una camiseta. Observó una colección de bolsas apiladas contra el armario de las que sobresalía ropa y papel de seda. Se sonrió. Era evidente que Rebecca estaba aprovechando su tiempo libre.

Trotó escaleras abajo y descubrió que Rebecca había encendido las velas de los candelabros de plata. La mesa estaba puesta con un mantel blanco y las servilletas de lino que reservaban para ocasiones especiales. Rebecca estaba sirviendo vino blanco.

—¿Y esto? —preguntó sorprendido Andy.

—He pensado que deberíamos hacer un esfuerzo —le explicó Rebecca, intentando aparentar normalidad—. Quería demostrarle a mi marido lo mucho que lo quiero.

—Creo que podría llegar a acostumbrarme a todo esto. —Andy sonrió mientras miraba a su alrededor con un gesto de aprobación—. ¿Necesitas ayuda con algo?

—No, siéntate, tengo todo controlado.

Andy se sentó y Rebecca volvió caminando coquetamente a la cocina, meneando el trasero al ritmo de sus tacones.

—La cena está servida —anunció con un plato en cada mano—. ¿Qué tal tu día? —le preguntó mientras se sentaba en el asiento de enfrente.

—Bueno, ya sabes —suspiró Andy mientras le daba un sorbo al vino—. Lo que te conté de la comisión con Graham todavía tiene que solucionarse. Mark Raven es un verdadero idiota. Tiene que tomar una decisión, pero no quiere hacerlo. El problema es que no sabe lo que hace. No entiendo cómo le dieron el ascenso...

Mientras Andy seguía con su perorata, Rebecca suspiró para sus adentros. Había intentado hacer un esfuerzo, preocupada porque su relación se estuviera estancando. Diez dulces lecciones le había abierto los ojos. Ahora sabía que había algo más ahí fuera y estaba dispuesta a experimentar, ponerle un poco de pimienta a su vida sexual. Pero como Andy siguiera así...

Este debió de darse cuenta de la manera en que lo miraba su mujer, ya que se interrumpió de golpe.

—Lo siento, cariño —se disculpó—. Debo intentar dejar el trabajo en el trabajo. Te estoy aburriendo, ¿verdad?

Rebecca lo miró con una expresión que lo decía todo.

—Vale —dijo él cambiando de tema—. Cuéntame tu día. ¿Has encontrado cosas bonitas en las tiendas?

—Me he comprado este vestido —anunció ella mientras se ponía de pie y giraba sobre sí. Era de un color azul intenso, iba ceñido a la cintura y la falda era de vuelo. Era ajustado y bajo por delante, de manera que dejaba ver un escote de lo más atractivo.

—Muy bonito —dijo él—, ¿es para ir a trabajar?

—Creo que es demasiado descocado para un colegio. —sonrió Rebecca, mientras se observaba los pechos ceñidos por la suave tela.

Andy siguió los ojos de su mujer.

—Tienes razón —tosió, mientras sentía que se le cerraba la garganta—. Distraería a todos esos adolescentes. De hecho, creo que me estás distrayendo a mí.

Rebecca sonrió triunfal mientras cogía su copa de vino. ¡Por fin su marido mostraba un mínimo interés! El vestido y la cena habían surtido efecto.

—¿Estás intentando emborracharme, señora Smith? —preguntó Andy con los ojos brillantes.

—¿Y qué pasa si es así, señor Smith? —contestó ella con voz sensual.

—Me parece que ese corte de pelo te ha convertido en una persona distinta —bromeó Andy.

Rebecca no contestó, repentinamente ofendida por aquel comentario.

¿No se daba cuenta Andy de que aquello no era un flirteo pasajero? ¿de que llevaba meses frustrada? Dejó su copa en la mesa, volvió a sentarse, se sirvió la ensalada y comenzó a masticar pensativa. Después de tragar, le preguntó a su marido:

—¿Eres feliz, Andy?

Andy pareció sorprendido.

—Es una pregunta muy grande. Supongo que sí, que soy feliz con lo que tengo —confirmó.

—Quiero decir que si estás contento con... nosotros.

—Claro que lo estoy. Te quiero mucho y estoy muy contento con todo. ¿De qué va esto, Rebecca?

Rebecca ignoró la pregunta.

—¿Y estás contento con nuestro dormitorio?

Andy se sonrojó.

—Bueno, no está exactamente como me gustaría.

—¿De verdad? —El tono de Rebecca era cortante.

—Está todo un poco viejo y gastado, ¿no?

Las cejas de Rebecca se elevaron aún más.

—Pero una vez que nos deshagamos de ese viejo colchón, estará mucho mejor. Tengo que cambiar el papel y dar una mano de pintura... ¡Vaya! —exclamó cuando se dio cuenta de lo que hablaba Rebecca. Parecía avergonzado—. Esto... Menuda equivocación. Sí, sí, claro que estoy feliz. Todo va bien, ¿no?

—Supongo —dijo Rebecca.

—Bueno, supongo que ya no..., tanto como antes, pero es normal, ¿no? —preguntó Andy mientras daba un largo trago a su copa para disimular su bochorno—. Ya no somos unos adolescentes. Somos personas adultas con responsabilidades, dolores de cabeza...

—¿Te gustaría un poco más de emoción? —preguntó Rebecca.

Andy pensó en ello. Pensó en todas las cosas que se habían interpuesto entre ellos, como el trabajo, el cansancio y pagar la hipoteca. Luego miró el escote de Rebecca y se dio cuenta de que, a pesar de su aspecto anodino, todavía seguía siendo un hombre con sangre en las venas.

—Bueno, no podría decir que no.

Los labios de Rebecca dibujaron una sonrisa.

—Bueno, es que he estado leyendo este libro... Quizá hayas oído hablar de él. Se llama Diez dulces lecciones.

Andy casi escupió la patata que estaba masticando.

—¡No sabía que lo habías leído!

—Claro que sí —le informó—. Lo he leído en el autobús en el trayecto de ida y vuelta al trabajo.

—¡No puedes leer eso en el autobús! ¿Qué va a pensar la gente? —Los ojos

de Andy parecían querer salirse de sus órbitas.

—Venga ya, no seas tan estrecho. Ya está totalmente aceptado. A nadie le escandaliza.

—Bueno. ¿Y es un libro interesante?

Rebecca asintió y lo miró seductora.

—De hecho, me ha dado un par de ideas.

Andy terminó su copa de vino y se sirvió otra, vaciando la botella.

—Estoy pensando que sería divertido probar un par de cosas en la habitación. Y no me refiero a comprar una lámpara nueva —se apresuró a añadir—. En el libro salen todo tipo de cosas —continuó, intentando no ponerse nerviosa—: azotes, esposas... —Rebecca alargó un pie por debajo de la mesa hasta la entrepierna de Andy y empezó a acariciarlo con los dedos a través de los pantalones—. ¿Te gustaría probar algo de eso?

Le brillaban los ojos. Andy se enderezó en la silla. Se había olvidado por completo de la comida.

—¿Qué has hecho con mi mujer? —bromeó débilmente—. Devuélveme a la mujer de pelo castaño.

—Vale —dijo Rebecca mientras retiraba su pie.

Cogió su plato vacío y se levantó, con gesto ofendido. Había intentado animar las cosas entre ellos, había intentado revivir su relación, pero su marido parecía más interesado en hacer bromas estúpidas que en ocuparse de ella.

Andy se dio cuenta de que había vuelto a meter la pata.

—No, no me refería a eso.

Alargó su brazo para detenerla.

—Por favor, cariño, siéntate —imploró.

Rebecca dudó, pero acabó accediendo.

El cuarto estaba más oscuro a medida que anocheecía fuera. Las sombras bailaban enmarcando el rostro de Rebecca y las velas bañaban su cara con una luz cálida. Andy tuvo que contener el aliento de lo hermosa que estaba.

—Rebecca, yo te quiero —empezó a decir mientras le cogía las manos—. Siento hacer y decir siempre lo más inapropiado, pero mi intención nunca es herirte. Eres una mujer guapa, sensual y sexual y estoy en tus manos. Haz conmigo lo que quieras —añadió con una sonrisa. Rebecca rio, lo que él entendió como una buena señal.

Rebecca lo observó unos minutos con la cabeza ladeada como si estuviera examinándole.

—¿Quieres saber un secreto? —preguntó finalmente con tono juguetón.

Andy asintió con ganas.

Rebecca se levantó, rodeó la mesa despacio hacia él y, sin dejar de mirarle a los ojos, se inclinó para susurrarle algo al oído. De pronto se sentía poderosa, capaz de seducir a su marido como si fuera el personaje de una novela. Si lo hacía bien, pronto podría estar viviendo su propio Diez dulces lecciones

—No llevo ropa interior —murmuró, con su aliento caliente contra el cuello de Andy.

El corazón de este se aceleró y abrió los ojos de par en par. Miró el vestido nuevo de Rebecca y le pasó las manos por la suave curva de las nalgas, donde, tal y como había prometido, no había costura alguna de bragas.

Se puso en pie resueltamente y dejó caer su servilleta con un gesto de sensual abandono.

—Se me ha quitado el hambre —dijo.

Cogió a Rebecca de la mano y echó a andar con paso decidido hacia el dormitorio. Rebecca lo siguió encantada de la vida.

Capítulo 11

La siguiente reunión del club de lectura del café Crumb fue tal éxito que la gente quería echar abajo las puertas. Bueno, casi.

Después de cerrar la cafetería a las seis, Estelle subió a darse una ducha rápida, cambiarse y comer algo. A las siete menos diez bajó a la puerta principal. A través del cristal vio a Sue y a Rebecca tratando de resguardarse de la lluvia bajo el dintel.

—Llegáis pronto —exclamó Estelle, y se apresuró a dejarlas entrar.

—Estábamos impacientes —contestó Rebecca riendo.

—Somos personas inquietas —sonrió Sue, quitándose el chaquetón empapado.

—Qué guapa estás hoy, Sue —le dijo Estelle. Llevaba un vestido cruzado color verde oscuro y elegantes botas marrones.

—¿Tú crees? Me lo compré hace mil años. Es viejísimo —confesó Sue.

—Tienes muy buen tipo —dijo Estelle sinceramente—. Y mucho gusto.

—Gracias —respondió Sue, sorprendida—. Me gustaría que mi marido fuera tan halagador como tú. De verdad. Podría vestirme con la cortina de la bañera y no se daría cuenta.

—Pues yo creo que estás genial. —Estelle le sonrió—. ¡Rebecca! —gritó al ver que esta se quitaba el gorro—, ¡te has cambiado el pelo!

Rebecca se acarició su media melena.

—¿Os gusta? —preguntó, dudosa—. Me he puesto unas mechas. Pensé que quedaría bien ahora que empieza a hacer más calor. Además es una estupenda manera de ver si es cierto eso de que las rubias se lo pasan mejor.

—Pues te sienta genial, ¿verdad, Estelle? —le aseguró Sue mientras Estelle asentía y comenzaba a servir cafés y tés—. Solo espero que tu marido se fije más que el mío.

—Pues no estoy tan segura —rio Rebecca—. Aunque la verdad es que sí que se dio cuenta, así que algo es algo. Dice que es como si estuviera teniendo una aventura con otra mujer.

—Pues supongo que os lo habréis pasado bien un rato a cuenta de eso. —Sue enarcó una ceja—. Si tuviera treinta años menos... ¿Podrías ponerme un trozo de bizcocho de café?

—No eres tan vieja —le dijo Rebecca—. Uno se lo puede pasar bien a cualquier edad, ¿no?

—Eso me han dicho. —Sue suspiró—. Imagino que ayuda bastante si tu pareja muestra un poco de entusiasmo y quiere hacer algo que no sea pasarse el día delante del televisor y ver películas de guerra por la noche.

—Pues supongo que tendrás que hacerle una oferta que no pueda rechazar —le dijo Rebecca mientras señalaba los merengues—. Ponme uno de esos, Estelle, por favor. Tienen una pinta deliciosa. Cómprate ropa interior nueva y ponte a bailar delante del televisor mientras gritas: «Tómame». Y si eso no funciona, haz un striptease. Entonces seguro que te verá, ¿verdad, Estelle?

—No creo que yo sea la persona más indicada para dar consejos —dijo esta con tono irónico—. Mi marido y yo rompimos hace cinco años. Él está casado con una mujer más joven y yo me paso el día preparando pasteles y cuidando a mi hijo. Lo más interesante que me ha pasado últimamente es leer Diez dulces lecciones y El amante de lady Chatterley. Pero debo admitir que me encantaría que esto cambiara.

—Una mujer puede divertirse sola de muchas maneras —dijo Rebecca levantando las cejas en un gesto cómplice—. Quizá no sean tantas como para un hombre, pero te aseguro que las hay.

Estelle rio a carcajadas.

—No creo que las vaya a probar de momento. No con un adolescente en mi casa.

—¿No se queda en casa de sus amigos de vez en cuando? —preguntó Rebecca—. No deberías renunciar a esa parte de tu vida.

—¿No tienes a ningún hombre en el horizonte? —preguntó Sue—. ¿Ningún pretendiente?

—¡Qué más quisiera! —rio Estelle avergonzada por haber llevado la conversación a ella y a su ex. Se preguntaba cómo podía cambiar de tema cuando se abrió la puerta y entró Gracie.

—¡Gracie! —exclamó aliviada.

—Hola a todas —saludó esta. Miró alrededor y vio a las otras con sus platos vacíos, sus tazas de té a medio beber y sus ejemplares de lady Chatterley—. ¿Llego tarde? —preguntó mientras consultaba su reloj.

—No, hemos llegado las dos pronto —explicó Rebecca—. ¿Cómo estás tú?

—Muy bien, gracias. Vaya, ¡te has cambiado el pelo! Me encanta.

—Gracie, ¿te sirvo algo? —preguntó Estelle mientras se levantaba de un salto y se dirigía hacia el mostrador.

—¿Tienes poleo? —preguntó Gracie—. Y también me tomaré uno de esos —dijo mirando la exposición de apetitosos pasteles—. Un brownie. El más grande que tengas.

—Tenemos que esperar a Reggie y luego empezamos —explicó Estelle mientras pasaba a Gracie un enorme brownie bañado en sirope de chocolate.

—¡Ay! Me acabo de acordar de que Reggie me pidió que os dijera que llegaría tarde. Tiene que ir a un seminario, o algo así.

—Pero ¿seguro que viene? —preguntó Estelle.

Gracie asintió con la cabeza.

—Me sorprende que siga viniendo —explicó Sue—. Sobre todo si no lo hace por los libros.

—Yo creo que le gusta —se rio Gracie—. Ahora que se está acostumbrando a nosotras, quiero decir.

—Espera un minuto —dijo Rebecca levantando una ceja—, ¿desde cuándo tú y Reggie sois tan amigos? ¿Cómo sabes todo eso?

—Oh. —Gracie volvió a reírse con despreocupación fingida—. Vino a mi trabajo. Trabajo en la biblioteca Clifton y apareció un día de la semana pasada para sacar un ejemplar de El amante de lady Chatterley. No sabía que yo trabajaba allí, por supuesto —añadió, mientras era consciente, molesta, de que se estaba poniendo colorada—. Pero no pudo sacarlo porque yo tenía el último —explicó rebuscando en su mochila y poniendo el libro encima de la mesa.

—Claaaro —dijo Rebecca intentando no sonreír.

Por primera vez, Gracie parecía haberse quedado sin palabras. Sorbía su té y evitaba las miradas de las demás.

—Entonces es mejor que empecemos y que se nos una cuando llegue, ¿no? —sugirió Estelle.

—Me parece bien —afirmó Sue.

—¿Así que todo el mundo lo ha leído? ¿Cuáles son vuestras impresiones u opiniones?

Se hizo un silencio pensativo antes de que Rebecca dijera:

—Ahora entiendo a lo que te referías cuando decías que no era tan escandaloso. Casi da risa pensar que estuvo prohibido por ser obsceno cuando

ahí fuera hay cosas peores.

—Es una prueba de lo que hemos cambiado en cincuenta años, ¿no? —añadió Sue—. Pensar que estaba prohibido y que ahora se puede comprar Diez dulces lecciones en cualquier supermercado...

—A pesar de ello, el lenguaje es bastante explícito —añadió Rebecca—, más de lo que esperaba. —Hojeó el libro con la esperanza de que nadie reparara en que se abría precisamente en las páginas más explícitas—. Ahora mismo no encuentro el párrafo exacto, pero Mellors le dice a Connie algo así como: «Eso es un coño y lo demás son tonterías». —Rio por su intento de imitar el acento de Yorkshire—. ¿Te imaginas que alguien te dice eso? —preguntó.

—Yo creo que las escenas de sexo son entretenidas —dijo Sue—. Lady Chatterley está muy bien escrita y creo que intenta decir cosas importantes sobre el sistema de clases. Pero todo queda ensombrecido por el debate de la moralidad de la novela, su lenguaje y su contenido.

—Pero D. H. Lawrence sabía lo que hacía —protestó Rebecca—. Uno no escribe escenas como esas por accidente. Quizá solo sean una parte menor de la obra, pero él sabía que suscitarían controversia.

—Me pregunto si esas escenas son necesarias o las escribió para darle emoción a la cosa —dijo Estelle.

—Yo creo que son necesarias —rebató Rebecca—. Se trata de señalar la diferencia entre las clases altas, con la impotencia emocional y física del marido de Connie, y la fisicidad terrena de Mellors. Es brusco y ordinario, pero muy sexual, ¡grrr! —gruñó Rebecca, y todas rieron.

—Gracie, estás muy callada —apreció Estelle—. ¿Qué piensas de lady Chatterley? ¿Cómo se ve desde los valores feministas?

—De lo que no cabe duda es de que Constance tiene más cojones que las otras heroínas de las que hemos hablado —atajó Rebecca—. Está más que dispuesta a romper con la vida que ha llevado y a ignorar las convenciones sociales.

—No me gusta la idea de que las mujeres estén tan guiadas por su sexualidad —protestó Gracie—. Es un clásico. Las mujeres siempre están más que dispuestas a dejarlo todo por un buen polvo.

—¡Yo, desde luego, sí! —dijo Rebecca mientras levantaba el brazo, lo que causó una risa unánime.

—Ay, Rebecca —dijo Estelle—, ¡qué divertida eres!

—Tengo que admitir —explicó Rebecca con los ojos brillantes— que

mientras leía el libro vi la película con Sean Bean de protagonista.

—Eso sí que es dedicación —se rio Sue.

—La verdad es que lo hace muy bien —dijo Rebecca—. Hay una escena en la que está cortando madera sin camisa y... —Cerró los ojos y se mordió los labios.

—Creo que la recuerdo de cuando la pusieron en la televisión —explicó Estelle—. ¿Es esa en la que Joely Richardson hacía de lady Chatterley?

—Sí, es esa —exclamó Rebecca—. ¿A que está bien? Me encantaron las escenas en las que estaban juntos.

—¿Crees que podrías prestármela? —preguntó Sue.

—Claro, pero te advierto que es posible que tu marido no pueda competir con Sean Bean —bromeó Rebecca.

—Bueno, entonces —intervino Estelle con su lista de preguntas—, ¿Mellors os parece un buen héroe romántico?

—Claro que sí —contestó Rebecca al momento.

—Sí, creo que sí —convino Sue—. Tiene esa apariencia dura y terrenal de la que ya hemos hablado. Y como trabaja en el jardín, se supone que tiene un cuerpo musculoso.

—Está muy bueno —cortó Rebecca mientras afirmaba con la cabeza—. Está bueno de...

—Está claro que además es muy bueno en la cama —atajó Sue—. Consigue llevarla a cimas de placer y le hace experimentar cosas que nunca había sentido antes.

—Orgasmos simultáneos —explicó Rebecca.

—Sí, gracias —sonrió Sue—. A eso me refería.

—Ya veo por qué os gusta ese tipo de hombre —añadió Gracie—. Un tipo grande y silencioso, pero apasionado bajo su apariencia huraña.

Se interrumpió cuando se abrió la puerta y Reggie entró. Llevaba vaqueros pitillo y un anorak azul marino. De su hombro colgaba una mochila llena de libros.

—Hola, Reggie —le saludó Estelle—. Siéntate, por favor. Te traeré algo de beber.

Reggie se sentó al lado de Rebecca, quien se giró hacia él y le sonrió.

—Bueno, para ponerte al día, Gracie nos estaba diciendo que le gustan los hombres fuertes y silenciosos.

—¡Me refería a Mellors! —exclamó Gracie horrorizada ante la idea de que

Reggie pudiera pensar que se refería a él. Todo lo que había dicho mientras estaba a solas con las otras mujeres parecía cobrar un nuevo sentido con Reggie en la habitación. El sutil cambio en la atmósfera indicó que no era la única que se había dado cuenta.

—Estamos hablando de El amante de lady Chatterley —explicó Gracie—. Y yo estaba comentando por qué las mujeres encuentran a Oliver Mellors atractivo, aunque no sea mi caso.

—¿Qué pastel quieres, Reggie? —cortó Estelle para evitar el sonrojo de Gracie.

Reggie se apresuró a contestar, agradecido.

—¿Cuál es el más grande? —dijo, antes de señalar un trozo de un bizcocho imperial—. Dame ese, por favor. No he comido mucho hoy, así que me muero de hambre.

—Puedo prepararte un sándwich, si quieres —se ofreció Estelle—, no me cuesta nada.

—Bueno... —Reggie parecía muy tentado—. Si estás segura, hazme el que te resulte más fácil.

—¿Jamón? —sugirió Estelle—. ¿Queso? ¿Jamón y queso?

—Jamón y queso, por favor —pidió Reggie.

—Ahora mismo. El resto, por favor, seguid hablando. No dejéis de hacerlo porque yo esté ocupada —dijo Estelle mientras se movía por detrás del mostrador sacando fiambreras de una nevera tamaño industrial—. Reggie, por favor, siéntate con ellas.

Este se sentó junto a Rebecca, pero esta vez fue Sue la que se giró para mirarlo.

—¿A ti qué te parece El amante de lady Chatterley? Creo que es más de tu estilo que Diez dulces lecciones.

—Bueno, eso está claro —cortó Gracie sarcásticamente. Había recuperado su forma de ser.

Reggie dudó antes de continuar.

—Me pareció fascinante el transfondo histórico de las minas de carbón y el descontento entre los trabajadores industriales.. y las rígidas estructuras sociales... de la posguerra. —Tragó nervioso, consciente de que todas las mujeres lo miraban—. Eso es todo.

—Bueno, ya hemos tocado algunos de esos temas —dijo Sue con suavidad—. Antes de que llegaras hablábamos de las diferencias de clases y las presiones

sociales que sufre Constance.

—Sí —asintió Reggie. Estaba claro que ya había hecho todas sus contribuciones a la sesión y no estaba dispuesto a añadir nada. En lugar de ello, sacó un cuaderno y se puso a escribir.

Gracie lo miró.

—A mí me parece que la relación de los protagonistas es mucho más creíble que en Diez dulces lecciones —se apresuró a decir Sue antes de que Gracie pudiera añadir algo que molestara a Reggie.

—Estoy de acuerdo —añadió Estelle mientras extendía mayonesa y pepino en un bocadillo.

—Como ya he dicho —continuó Sue—, la relación entre Alexander y Christina en Diez dulces lecciones era un cuento de hadas. Una fantasía de lo menos verosímil. Pero a Connie y Mellors te los crees, y es fácil imaginar que su relación pudo ocurrir en realidad.

—¿No creéis que está lleno de estereotipos? —preguntó Gracie—. Ya sabéis: el jardinero que solo piensa en echar un polvo y los intelectuales demasiado ocupados hablando de la pasión como para experimentarla.

—Tienes razón, Gracie —asintió Reggie antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Todo el mundo lo miró unos instantes mientras Gracie sonreía tímidamente. Reggie volvió a bajar la cabeza.

—Pero podría decirse que los estereotipos existen por algo —respondió Rebecca.

—Me parece que el tema de este libro, y de Diez dulces lecciones, da mucho juego. —Estelle rio mientras volvía con el bocadillo de Reggie—. Me pregunto si no deberíamos convertirlo en el tema principal del club de lectura. No quiero decir que tengamos que hablar de ello siempre, pero sí podríamos leer ejemplos distintos de literatura erótica, desde la novela rosa con sexo explícito pasando por la histórica y libros famosos que han marcado a sus lectores. Ya sabéis: cómo encontró cada generación el placer. ¿Qué os parece?

—Creo que es una idea fantástica —se entusiasmó Rebecca.

—Yo también —dijo Sue—. Por ahora ha sido muy instructivo y creo que prefiero la literatura erótica a otro de esos libros serios tipo «Hay que leerlo antes de morir».

—Y qué lo digas —exclamó Rebecca.

—¿Gracie? —preguntó Estelle—. ¿Qué te parece a ti?

—Supongo que puedo intentarlo —dijo esta a regañadientes—. Solo espero

que no todas sean mujeres patéticas deseosas de estar con un hombre dominante y sádico. Me gustaría leer algo que retrate a la mujer de una forma más positiva.

—Bueno, cada uno podría elegir una novela —sugirió Estelle—. Nos podemos turnar para proponer un título para la siguiente sesión.

Hubo asentimientos y susurros. Todos estaban de acuerdo.

—Reggie, ¿te gusta la idea? —le preguntó Estelle.

—Pues..., a ver, es tu club de lectura —contestó este, nervioso y sin dejar de masticar—. Las decisiones son cosa vuestra. Yo estoy aquí solo para observar.

—Venga, Reggie, déjalo. —Rebecca no pudo evitar reírse de él—. Eres tan miembro de este club como nosotras.

—Sí, eres un miembro valioso de este grupo, Reggie —añadió Estelle.

Reggie sonrió con placer, poco acostumbrado a tantos halagos. De repente se sentía bien. Era raro experimentar un sentimiento de aceptación tan unánime.

—Pues gracias, eso sí que es una sorpresa —concluyó.

—Bueno, ¿quién quiere elegir primero? —preguntó Estelle—. ¿Alguien tiene alguna idea?

Se hizo un silencio en la mesa.

—No quiero que esto sea como el colegio. Pero si nadie se ofrece voluntario, tendré que escogerlo yo. Sue, ¿qué te parece?

—Pues... —exclamó Sue. Parecía incómoda—. Yo no conozco ningún... Quiero decir que mis conocimientos de literatura erótica son inexistentes. Lo siento. Tendría que pensarlo.

—No tiene por qué ser algo sesudo y difícil —dijo Estelle—. Puede ser incluso algo que ya hayas leído, algo que te apetezca releer y que crees que a los demás les gustaría.

—Bueno... —Sue se encogió de hombros—. No sé si cuenta como erótico, pero yo lo disfruté mucho y me parece muy divertido. Es un libro que todo el mundo debería leer una vez en la vida. Si no lo habéis hecho ya. —Se detuvo antes de continuar—. Es Jinetes, de Jilly Cooper —dijo por fin—. ¿Puede valer?

—Es una buenísima elección —exclamó Estelle—. Lo leí hace años y me encantará volver a hacerlo. Es un clásico del género.

—Yo no lo he leído —dijo Gracie.

—Yo tampoco —añadió Rebecca—, aunque me encantará. Está bien poder leer algo más ligero y moderno que El amante de lady Chatterley.

—Entonces está decidido. El siguiente libro es Jinetes, de Jilly Cooper. Y la siguiente reunión será en dos semanas. Es el once de abril, creo.

—¡Vaya! —exclamó Gracie—. No voy a poder venir.

El rostro de Estelle se entristeció.

—Vaya, qué pena.

—Hay una fiesta de los años cincuenta en el centro social y me he comprometido a ir. —Gracie bajó la vista, avergonzada—. De hecho, voy a actuar.

—¿A actuar? —repitió Estelle.

—Sí, canto —explicó Gracie mientras se sonrojaba todavía más.

—No sabía que eras cantante —exclamó Estelle—. ¡Qué maravilloso!

—La verdad es que no lo soy. —Gracie negó modestamente con la cabeza—. No. La verdad es que nunca he cantado antes en público. Estoy muy asustada, pero es algo que siempre he querido hacer, así que estoy dispuesta a dar el paso. A veces hay que hacerlo, ¿no os parece?

—Estoy impresionada —dijo Rebecca—. Me gustaría saber cantar. Eres muy valiente.

—No estoy tan segura —murmuró Gracie.

—Estoy convencida de que va a ser maravilloso —dijo Sue.

—Yo también —dijo Reggie—. Estoy seguro de que tienes una voz estupenda.

—Acabo de tener una idea —exclamó Rebecca—. ¿Por qué no vamos todos a animarte?

—¡Sí! —exclamó Estelle—. ¿Podemos hacerlo? Quiero decir: ¿no es una fiesta privada, verdad?

—No, en absoluto. Es el centro social de la calle Church. Puede ir quien quiera. Habrá música y baile. Pero hay que ir vestido de los años cincuenta. Seréis bienvenidos, si estáis seguros de querer ir. Pero yo voy a estar aterrorizada —admitió Gracie con la cara entre las manos.

—Me encanta el estilo de los cincuenta —se entusiasmó Rebecca—. Me encanta cómo vas vestida siempre.

—Sí, creo que será divertido disfrazarse —añadió Estelle.

—Estoy segura de que sí —dijo Rebecca, lo que hizo que Estelle se sonrojara.

—¿Qué vas a cantar? —preguntó Sue.

—Summertime en la versión de Ella Fitzgerald.

—Entonces está decidido —dijo Estelle—. Iremos todos. Pospondremos la reunión una semana, por lo que la haremos dentro de tres semanas. ¿A todo el

mundo le parece bien? Perfecto. Gracie, si quieres, mándame los detalles de la fiesta a mi dirección de correo electrónico, la que ya tienes, y yo se los reenvío a los demás. ¡Y nos vemos en la fiesta de los años cincuenta!

Capítulo 12

—Hola. —Rebecca sonrió al ver a Gracie correr hacia ella.

—Hola, espero que no lleves demasiado tiempo esperando —dijo Gracie. Las dos mujeres se abrazaron.

—No, no te preocupes. He pasado por Lola's Vintage de camino hacia aquí. Tiene muy buena pinta.

—Sí —le aseguró Gracie—. Vamos.

Echaron a andar charlando animadamente en dirección a la tienda de ropa vintage. Era la primera vez que quedaban fuera del club de lectura. Gracie había temido que se sintieran incómodas, pero era como si se conocieran de toda la vida.

—Gracias por el e-mail —le dijo Rebecca—. Es una pena que los demás no hayan podido venir.

—Sí, es una pena —asintió Gracie.

Había enviado un correo electrónico al grupo unos días antes para preguntar si a alguien le apetecía ir de compras, pero Rebecca había sido la única que se había apuntado. Estelle tenía que trabajar y Sue debía visitar a su hija. Reggie también se excusó.

—No esperabas que Reggie te dijera que sí, ¿verdad? —se rio Rebecca—. Dudo mucho de que le guste hacer cosas así. Es un tío raro, ¿no te parece?

—Pues yo pensé que diría que sí —dijo Gracie en su defensa—. De hecho, no me parece tan raro. Es un chico muy agradable.

—¿Ah sí? —dijo Rebecca levantando una ceja. Pero no pudo averiguar nada más porque ya habían llegado a Lola's Vintage.

—No sé cómo no he venido aquí antes —se maravilló Rebecca mientras observaba la ropa que estaba colgada. Había vestidos floreados estilo años cuarenta y caftanes de los sesenta.

—Yo soy clienta asidua —comentó Gracie sonriendo mientras empujaba la puerta y entraba—. Hola, Yasmin —le dijo a la chica que estaba detrás del mostrador.

—Hola, Gracie —contestó Yasmin volviéndose a mirarlas. Iba ataviada estilo años sesenta, con un minivestido de estampado geométrico, botas altas y una pequeña gorra negra—, ¿qué tal estás?

—Genial, gracias. Esta es mi amiga Rebecca —dijo mientras la presentaba—. Vamos a ir a la fiesta de los años cincuenta la semana que viene, así que necesitamos ropa.

—Qué divertido, ¿no? —exclamó Yasmin—. Pues ya sabes dónde está todo. ¿Quieres que te ayude u os dejo a solas?

—Creo que podremos apañárnoslas. Gracias, Yas.

A su espalda, Rebecca miraba a su alrededor.

—¡Lo quiero todo! —rio mientras acariciaba un vestido de seda de los años veinte que colgaba al lado de unos vestidos tipo charlestón—. ¡Oye! Mira esto —dijo señalando un mono plateado que parecía hecho enteramente de papel de aluminio.

—Es como el baúl de los disfraces, pero en gigante —sonrió Gracie, feliz de que Rebecca se lo estuviera pasando tan bien.

—Necesito algo así en mi vida —declaró Rebecca mientras cogía un par de gafas con forma de corazón y montura gruesa—. Ten, pruébate estas —le dijo mientras le pasaba unas del estilo de John Lennon.

Las dos mujeres posaron frente al espejo haciendo muecas o sacando la lengua.

—Es ideal —dijo Rebecca con acento exageradamente educado.

—Oye, venga —le regañó Gracie, intentando ponerse seria—. Tenemos que concentrarnos.

—Vale —dijo a regañadientes Rebecca. Dejó las gafas en su sitio y resistió la tentación de probarse un sombrero color coral con velo y plumas de flamenco.

Las ropas estaban ordenadas por décadas y Gracie se dirigió hacia la zona de los cincuenta, rebuscando y sacando todo aquello que consideraba apropiado.

—Estos están muy bien, creo que te quedarían estupendamente —dijo, y cogió dos vestidos de lunares, uno rojo y otro azul.

—¿Tú crees? —preguntó Rebecca pasándose las manos por las caderas—. Ya no tengo la misma talla que en otros tiempos.

Pero Gracie despejó sus reticencias.

—Lo bueno de la ropa de los años cincuenta es que le queda bien a todo el mundo. Si una tiene tetas, culo y cintura, este estilo te sienta de miedo —aseguró sosteniendo los vestidos delante de Rebecca.

—¿Quieres que te los deje en el vestidor? —preguntó Yasmin.

—Si puedes, sería maravilloso. Pero creo que van a ser unos cuantos —le avisó Gracie.

—No hay ningún problema. —Yasmin cogió los dos vestidos y se dirigió hacia la zona con cortinas del fondo.

—¿Tú qué te vas a poner? —preguntó Rebecca a Gracie mientras esta continuaba seleccionando vestidos y se los daba a Yasmin. Cogió un vestido marinero azul y blanco y un vestido abullonado de baile de graduación que Rebecca enseguida vetó.

—He comprado algo por Internet —le explicó Gracie—. Es maravilloso, pero me temo que quizá voy a ir un poco exagerada.

—Yo me lo pondría —insistió Rebecca—. Todo el mundo va a ir disfrazado y al fin y al cabo tú vas a ser la estrella de la fiesta.

—Creo que preferiría poder camuflarme con el fondo —admitió Gracie, que parecía preocupada. Cuando pensaba en actuar en público, sentía náuseas y nervios en el estómago.

—¡No me lo creo! ¡Mira lo que llevas hoy! —replicó Rebecca mientras señalaba sus pantalones capri ceñidos y el corpiño de cuadros—. Vas tan bien vestida a diario que el jueves vas a tener que sacar tus mejores galas.

—Gracias, Bex. —Gracie sonrió agradecida—. Creo que ya he terminado. ¿Hay algo más que quieras probarte?

—No de esta zona —dijo mirando el hermoso vestido de gasa de los años treinta.

—Entonces, que empiece la transformación —sonrió Gracie mientras Yasmin corría la cortina y Gracie empujaba a Rebecca dentro.

Una hora más tarde Rebecca por fin se decidió. En el suelo yacían un montón de prendas descartadas. La cabeza le daba vueltas. Al final se había decantado por el vestido de escote halter con lunares blancos sobre fondo azul además de enaguas blancas que le daban vuelo y asomaban sensuales por debajo del dobladillo. Gracie le había dicho que estaba muy guapa con él y Rebecca confiaba en su opinión.

El estilo, sexi y descarado, era muy distinto de lo que Rebecca habría elegido normalmente. Se sentía orgullosa de lo segura de sí misma que se estaba volviendo y de las decisiones que tomaba últimamente.

—Gracias por tu ayuda, Yasmin —le dijo Rebecca a la sufrida dependienta, que había estado yendo y viniendo mientras buscaba tallas, ayudaba con

cremalleras y hacía comentarios.

—¡Casi se me olvida! —dijo Gracie cuando iban hacia la caja—. ¡Necesitamos zapatos!

Se dirigieron a la estantería de los zapatos. Gracie sacó un par de deportivas Buffalo con lentejuelas y cuña de diez centímetros.

—¡Yo tenía unas iguales cuando era pequeña! Estaban muy de moda en los noventa. Todas las Spice Girls las llevaban.

—Pruébatelas, Gracie —dijo Rebecca mientras se probaba merceditas de piel de cabritilla roja con un lazo en la punta.

—¡Son perfectos! —exclamó Gracie—. Imagínatelos con unos pequeños calcetines blancos. ¡Vas a estar ideal!

—Parecería una estudiante entrada en años —dijo Rebecca.

—Quizá le gusten a Andy... —replicó Gracie, sugerente.

—Tienes razón —asintió Rebecca preguntándose si a Andy le gustaría verla disfrazada así. Las lecturas eróticas habían disparado su imaginación—. Tengo que comprarle algo a él. ¿Vendéis ropa de hombre? —le preguntó a Yasmin.

Yasmin negó.

—No tenemos demasiado, lo siento. No hay la misma demanda que para la ropa de mujer. Pero tenemos algunas cosas, ¿qué te parece esto? —dijo mientras sacaba un sombrero de fieltro del estilo de los que llevaba Frank Sinatra.

—¡Pues no está nada mal! —exclamó Rebecca mientras lo cogía de la mano de Yasmin y lo estudiaba con admiración—. Y traje de chaqueta ya tiene, así que esto le puede dar el toque «Rat-Pack».

Gracie no pudo evitar comprar una falda de vuelo con estampado de cerezas. Las dos mujeres pagaron y cogieron sus bolsas.

—Gracias, Yasmin, hasta pronto —dijo Gracie cuando salían.

—Estoy agotada —comentó Rebecca—, no tenía ni idea de que ir de compras podía ser tan cansado.

—Solo cuando lo haces bien —le explicó Gracie.

—Como otras muchas cosas en la vida —se rio Rebecca—. Gracias por tu ayuda. Estoy encantada con mis compras.

—Estás maravillosa, muy sexi —afirmó Gracie—. Creo que el jueves va a ser una noche estupenda.

—Pues sí —contestó Rebecca—. Es fantástico que todo el mundo del club de lectura vaya.

—¿Y qué quieres hacer ahora? —preguntó Gracie mientras continuaban

caminando. El sol había salido y la tarde empezaba a templarse. Se arremangó la chaqueta. Le gustaba sentir el calor en la piel—. Podríamos comer algo o mirar en más tiendas.

—De hecho, me preguntaba si no debería comprar un chaleco para Andy para que su disfraz parezca más auténtico. ¿Sabes dónde pueden tener? No quiero que sea nuevo, porque estoy segura de que nunca más va a volver a ponérselo.

—Podemos mirar en las tiendas de segunda mano —sugirió Gracie, contenta de que su excursión no se hubiera terminado aún. Disfrutaba de la compañía de Rebecca y eran pocos los días en los que hacía excursiones de chicas—. La otra tienda vintage que conozco no tiene ropa de hombre. Pero si te apetece seguir mirando cosas, tenemos mucho tiempo...

—Me parece estupendo —contestó Rebecca, feliz.

Pasaron bajo los rayos del sol deteniéndose delante de escaparates y hablando de ropa, libros, maquillaje y peinados. Cuanto más hablaban, más descubrían todo lo que tenían en común. Su conversación se puso emocionante cuando empezaron a hablar del club de lectura.

—Oye, mira eso —dijo Rebecca cuando pasaron por delante de un escaparate en el que se exponía un conjunto de braga y sujetador muy sugerente—. ¿No es precioso? —Era un conjunto mucho más atrevido que los que solía ponerse, pero estaba envalentonada por todas las decisiones que estaba tomando últimamente.

—Me encanta, pero ese es mucho mejor —replicó Gracie señalando un conjunto muy travieso, negro con liguero.

—Es maravilloso. Pero no pensaba que tú te pusieras esa clase de cosas —admitió Rebecca.

—Porque sea feminista no quiere decir que no lleve ropa interior bonita. Los sujetadores bonitos me gusta ponérmelos, no quemarlos —se burló Gracie.

—Quizá debería comprarme ropa interior a juego con el vestido nuevo. ¿Qué te parece? —sugirió Rebecca.

—Me parece una excusa muy buena. ¿Entramos a ver?

—Sí, vamos —dijo Rebecca entusiasmada, como un niño delante de una pastelería.

—Mira, ligeros —murmuró Rebecca mientras pensaba en lo mucho que le gustaría a Andy verla con el conjunto completo.

—Sí, me encantan los ligeros —admitió Gracie—. Quedan genial con la

ropa de los cincuenta y me hacen sentir muy femenina.

—Pero ¡mira qué de cosas! —exclamó Rebecca mientras avanzaban por la tienda. A continuación de la sección de lencería, había una zona más subida de tono, con uniformes de enfermera y de criada.

—Mira eso —se rio Gracie mientras señalaba unas bragas con agujero.

—¿Tú te lo pondrías? —preguntó Rebecca y le enseñó un body de redecilla.

—No creo que cupiese. Parece más bien una bolsa para naranjas. Pero eso es bonito —dijo Gracie señalando un corsé negro con lazos rosas.

—Es precioso —convino Rebecca—. De verdad creo que Diez dulces lecciones me ha descubierto un mundo nuevo. Andy y yo perdimos interés después de la boda, pero los libros del club de lectura han sido toda una fuente de inspiración. Hay muchas cosas que nunca he probado y es divertido vestirse para sentirse sexi.

—Sé a lo que te refieres —dijo Gracie—. Siempre he criticado todo este tipo de cosas —explicó mientras señalaba un conjunto de encaje rojo—, pero últimamente me pregunto si no me estoy perdiendo algo. La verdad es que me ha entrado curiosidad.

—¿Necesitáis ayuda?

Rebecca y Gracie se giraron azoradas. Una dependienta se acercó hacia ellas. Vestía elegantemente de negro, pero llevaba el pelo teñido de magenta y un piercing en el labio inferior.

—No necesitamos nada, gracias —dijo Rebecca—, solo estábamos mirando.

—Bueno, decidme si necesitáis ayuda. Ese está muy bien cosido —dijo señalando el corsé que tenía Gracie en la mano—. Allí tenemos juguetes sexuales también —concluyó mientras señalaba una sección de la tienda.

—¡No los había visto! —exclamó Rebecca. Parecía alarmada.

—Yo tampoco —se apresuró a decir Gracie.

—Pues tenemos una buena selección —les informó la dependienta—. No sé si estáis buscando algo en particular, pero ese de ahí sí que es bueno —dijo mientras señalaba un aparato morado con forma de horquilla.

Intrigadas, Rebecca y Gracie se acercaron.

—Este cubre todas las áreas —explicó la dependienta. No le daba ninguna vergüenza hablar de vibradores con dos extrañas—. Esto de aquí llega al punto G, pero también sirve para estimular el clítoris o el ano.

—¿Lo has probado? —Rebecca no pudo evitar preguntarle.

—Claro. Nos dejan probar toda la mercancía. Es la única manera de poder

dar a nuestros clientes una opinión sincera —sonrió—. Pero si estáis buscando algo más discreto, este es genial —continuó cogiendo uno con forma de pintalabios—. Se mete en el bolso y ya está, nadie se da ni cuenta. Es estupendo para llevarlo a todas partes.

Incapaz de contenerse, Gracie se echó a reír.

—Yo creo que alguien se daría cuenta si lo usara en el autobús.

—¡Madre mía! Mira ese. —Rebecca señaló un aparato enorme hecho de goma negra.

—Bueno, ese está un poco más... especializado —dijo la mujer con una sonrisa—. Os dejo que echéis un vistazo. Estaré encantada de ayudaros si me necesitáis. Ah, por cierto, todos vienen con pilas gratis.

—Gracias —le dijo Rebecca aparentando dignidad. En cuanto la dependienta se hubo alejado, rompió a reír—. Nunca habría imaginado que acabaríamos así cuando quedamos para ir de compras —susurró—. Me has traído a los mejores sitios, Gracie.

—¡Oye! Te recuerdo que has sido tú la que ha querido entrar aquí.

—¡Mira lo que cuesta este! —se maravilló Rebecca—. Tanto dinero por un simple consolador. Parece un calzador.

—Déjalo en su sitio. Quién sabe dónde ha estado antes —rio Gracie.

—Bueno, la dependienta nos ha dicho que lo prueban todo antes... —apuntó Rebecca.

—¡Qué asco! —Gracie hizo una mueca—. ¿Crees que tendrán sección de segunda mano? —añadió, y las dos comenzaron a reírse de nuevo.

—Bueno, quizá deberíamos pensar en comprarle algo a Estelle —dijo Rebecca cuando su risa hubo remitido.

—¿Cómo? —preguntó Gracie—. ¿Por qué?

—En la reunión de la semana pasada, antes de que llegaras, nos dio a entender que ya no... Está ocupada todo el tiempo con el café y con su hijo y no tiene ningún hombre a la vista. Es una pena. Solo tiene diez años más que yo. No me gustaría verme así dentro de diez años.

—Te entiendo. Pero no podemos comprarle un... vibrador —dijo Gracie bajando la voz—. Además, no la conocemos tan bien. No podemos llegar a la siguiente reunión agitando un consolador y diciendo: «Hola, Estelle, te hemos comprado esto. A ver si te gusta y nos dices qué tal...».

Rebecca se quedó pensativa unos segundos.

—Vale, tienes razón —concedió—. Pero quizá yo sí que me compre algo...

—Sus ojos vagaban por las estanterías—. ¡Oye! ¡Mira esas esposas y esos látigos! Es justo como en Diez dulces lecciones. Seguramente aquí es donde compra Alexander Black. ¿Te imaginas que nos lo encontraríamos? ¡Me moriría!

Gracie puso los ojos en blanco.

—Es un personaje inventado, Rebecca.

—Pero tiene que haber millonarios pervertidos y que están como un queso acechando en las tiendas de Bristol, ¿no? —dijo Rebecca con tono esperanzado. Gracie rio.

—¿Sabes qué? He leído en alguna parte que las ventas de todos estos chismes han subido un doscientos por ciento desde que salió el libro.

—Y lo entiendo... —dijo Rebecca mientras acariciaba pensativa un par de esposas—. Parece divertido —añadió cogiendo un kit para iniciados que contenía unas esposas, una máscara y un plumero.

—No digas esas cosas, Bex. —Gracie suspiró. Parecía molesta—. No me digas que tú también crees en esas tonterías de que a las mujeres lo que les va es la sumisión.

—Es divertido —contestó Rebecca—. Además, ¿quién te dice que yo soy la sumisa? Pero ya sé a qué te refieres. Eres más joven que yo. Pero cuando llevas tiempo viviendo en pareja, hay que hacer esfuerzos para animar un poco la cosa. Y tú, ¿tienes novio?

—No. —Gracie negó con la cabeza. No era algo de lo que soliera hablar, pero se sentía cómoda haciendo confidencias a Rebecca—. He tenido varias relaciones, pero ninguna duró más de un año. Hace ya mucho tiempo desde mi último novio. Supongo que me estoy dando un descanso. Aunque no lo haya elegido yo.

—Quizás deberías comprarte uno de esos —dijo Rebecca mientras señalaba un consolador.

Gracie se ruborizó.

—Ya tengo uno —confesó—. Vivo con mi madre, así que tengo que esconderlo. Se moriría si lo viera.

—Buena chica —dijo Rebecca. Ahora veía a Gracie de un modo totalmente distinto—. ¿Sabes qué? Yo me voy a comprar esto —añadió mientras cogía el kit para principiantes—. Para informarme, claro.

—Claro. Solo te pido que no me informes del avance de tus investigaciones. La verdad es que no tengo ningún interés.

—Perfecto —concluyó Rebecca—. Vamos a pagar y buscar un sitio para

comer. Después de esta mañanita necesito una copa.

—Pero que sea en un vaso bien grande —no pudo resistirse a decir Gracie, y las dos rompieron a reír a grandes carcajadas una vez más.

Capítulo 13

Sue y George iban a visitar a su hija Helen, que vivía con su marido y su hija de tres años cerca de Oxford, en una ciudad pequeña llamada Abingdon.

George conducía su BMW por la autopista a cien kilómetros por hora mientras escuchaba Saturday Live en Radio 4. De tanto en tanto murmuraba algo para sus adentros. Ninguno de los dos hablaba.

Sue quería empezar una conversación, pero ¿sobre qué? Últimamente no tenían nada que decirse. Vivían sin separarse ni un minuto durante las veinticuatro horas del día. Ninguno de los dos había hecho nada que el otro no supiera o tenía una opinión que el otro no hubiera escuchado ya. Sue ya sabía lo que opinaba George de la televisión, del precio de petróleo y de las perspectivas de la selección inglesa de críquet, mientras que George conocía al dedillo las opiniones de Sue sobre la Unión Europea y lo que debería medir la verja de sus vecinos.

Por supuesto, no sabía nada de su nueva afición por la literatura erótica, aunque Sue dudaba de que pudiera interesarle. Probablemente estrellaría el coche si le empezaba a hablar de Jinetes, de sexo en establos o de qué se siente cuando la azotan a una con una fusta.

Por fin se animó a decir algo.

—Me apetece mucho volver a ver a Bella. —Optó por un tema de conversación inocuo.

George asintió sin quitar los ojos de la carretera.

—Debe de estar enorme. Ya sé que Helen nos ha mandado fotos, pero no te das cuenta hasta que la tienes realmente delante, ¿no?

George siguió sin decir esta boca es mía. Sue sospechó que le interesaba más lo que decía la radio que lo que ella tuviera que contarle. Miró por la ventana cómo otros coches los adelantaban. Cuando lo hizo una señora que parecía tener noventa años con un antiguo Fiat Panda, no pudo seguir callada.

—Pisa el acelerador, George. —Intentó que pareciera una broma pero su tono era cortante—. Me gustaría llegar allí antes de que se haga de noche.

—No tenemos prisa, Sue —contestó George—. Es mejor que nos lo tomemos con calma y no tengamos un accidente.

—Porque estemos los dos jubilados no quiere decir que tengamos que hacerlo todo con la velocidad de los caracoles.

—Durante cuarenta años he conducido así y no me han puesto ni una sola multa —respondió George.

Sue torció el gesto y volvió la cabeza. Los símbolos de la M4 pasaban despacio por la ventanilla.

Pasados unos kilómetros empezó a sentirse más calmada.

—Todavía no hemos reservado nada para las vacaciones. —Lo intentó de nuevo, con un tono más despreocupado—. Como nos descuidemos, se nos echa el verano encima. ¿Ya has pensado algo?

—Queda mucho tiempo —dijo George—. No tenemos ninguna prisa.

—A mí me apetece la Toscana... —sugirió Sue—. Todo el mundo dice que es precioso. Podríamos alquilar una villa. Quizás una con piscina.

—¿Y qué íbamos a hacer allí, los dos solos, en mitad de Italia?

George no podía soportar la idea de estar una semana entera sin ver Se ha escrito un crimen por la tarde, seguido de Sin sentido.

—Bueno, podríamos recorrer los alrededores, hay pueblos preciosos por allí. Y podríamos hacer catas de vino o un curso de cocina. Estuve mirando ayer en Internet. Si no quieres que nos quedemos en un mismo sitio, podemos ir moviéndonos de ciudad en ciudad y dormir en una pensión, que es como llaman allí a los hoteles.

George se quedó callado y un pesado silencio los envolvió. Finalmente habló.

—No me apetece pasarme todas las vacaciones en el coche.

Sue dejó escapar un suspiro de frustración que no se molestó en disimular. No podía evitarlo. Lo mirara como lo mirara, era como si la vida se le escapara de las manos. Ahora que George y ella estaban jubilados, tenían mucho tiempo libre, pero nada en qué ocuparlo. Empezaba a sentirse ridículamente contenta de tener las reuniones del café Crumb. Era una oportunidad para salir de la casa, de interactuar con otras personas, y compartir vidas y opiniones. Más que eso, le había hecho pensar en todas aquellas nuevas experiencias que quería en su vida, tanto a nivel intelectual como cultural, sexual...

—Hay algo de lo que quería hablarte —empezó, de nuevo animada—. ¿Sabes ese club de lectura al que he estado yendo? Una de las chicas que

también va, Gracie, nos ha invitado a una fiesta de los años cincuenta en el centro social. Va a cantar y habrá una orquesta... Todo el mundo tiene que ir disfrazado.

—Pues qué bien —comentó George, distraído.

—Sí, tiene muy buena pinta. Van a ir todos los del club. Una de las chicas, Rebecca, va a llevar a su marido. Así que he pensado que sería bonito que tú y yo... —siguió Sue. Se preguntaba si George la escuchaba alguna vez.

—¿Qué decías, cariño? —preguntó él, tras un instante de silencio.

Sue apretó los dientes en un intento por conservar la calma.

—Decía que sería bonito que fuéramos a esa fiesta de los años cincuenta juntos. Ya sabes, salir, como hacíamos hace años.

—¿Yo? —gritó George—. No, no lo creo.

—¿Por qué no? —Sue comenzaba a exasperarse.

—Bueno, no conozco a esa gente, ¿no?

—Y nunca vas a conocerlos si no quedamos con ellos —dijo Sue—. Yo solo los conozco desde hace unas semanas, pero son encantadores.

—¿Y qué edad tiene? Me refiero a la chica que va a cantar...

—¿Gracie? Creo que veintitantos. Sí, casi treinta.

—No te lo tomes mal, cariño, pero ¿no te parece un poco ridículo que nos vean en un grupo de veintiañeros? Ya sé que estás pasando por... —George se detuvo. No sabía cómo continuar— un momento raro... Y que las cosas han sido un poco difíciles para ti desde que te jubilaste. Pero seguramente solo te han pedido que los acompañes por educación. No te gustaría hacer el ridículo, ¿verdad?

La boca de Sue se abrió y se cerró como la de un pez boqueando. Quería decirle a George que parara el coche para bajarse e ir andando hasta el pueblo de su hija. Mejor incluso: quería echarlo del coche y conducir sin mirar atrás.

—¿Cómo te atreves! —explotó por fin—. ¡Esas personas son mis amigos! ¡Y claro que quieren que vaya con ellos!

—Pero Sue, si casi no los conoces...

—¡Y, sin embargo, me lo he pasado mejor con ellos en la última semana que contigo en los últimos cuarenta y cuatro años! —contestó furiosa, consciente de que quería hacerle daño.

George entrecerró los ojos y murmuró para sus adentros:

—Ya empezamos...

—¡Es la verdad! Nunca quieres hacer nada ni ir a ningún sitio. Eres muy

aburrido —dijo, dando por fin rienda suelta a meses de frustración—. Si quieres quedarte en casa y pudrirte, allá tú. Pero no me vas a arrastrar contigo. Quiero algo más.

—Pero ¿te estás escuchando? —George no daba crédito—. ¡Eres una mujer de sesenta y dos años! Se supone que tienes que descansar. ¡No es momento de ir a fiestas nocturnas como si fueras una adolescente, coño!

—¡No quiero ir a fiestas nocturnas! Solo quiero hacer las cosas normales que hace la gente de nuestra edad. Ir de vacaciones, al golf, comer en buenos restaurantes... Hay un mundo ahí fuera, George, ¡un mundo que nunca verás si no te levantas de tu sillón!

Sue nunca había estado tan enfadada. Tenía la cara morada de rabia de y habría sido capaz de estrangular a su marido en ese mismo momento.

George negaba con la cabeza.

—Mujer, bastante horrible fue tener que lidiar con tu menopausia como para tener que aguantar esta nueva crisis...

Sue se enderezó de golpe con los ojos entrecerrados y los labios blancos de ira. Rara vez decía palabrotas, pero ahora estaba dispuesta a hacerlo y a base de bien.

—¿Sabes qué, George? Puedes irte a la mierda. A-la-mier-da.

George no respondió y se limitó a poner el intermitente para señalar que se disponía a girar hacia la izquierda para coger el desvío. Durante la hora que quedaba de trayecto ninguno de los dos se dirigió la palabra.

Cuando aparcaron en la casa de Abingdon, el humor de Sue no había mejorado.

Como llevaban casados casi cuarenta años, Sue y George dominaban el arte de seguir con sus vidas sin tener que hablar el uno con el otro. Mientras salían del coche y estiraban las piernas, su nieta Bella salió corriendo de la casa para abrazarlos.

—¡Mírate! —Sue la rodeó con sus brazos y la cubrió de besos—. ¡Cómo has crecido!

—Hola, mamá —dijo Helen, que había salido de la casa detrás de Bella.

Peter le tendió la mano a George.

—¿Cómo estáis? ¿Qué tal el viaje?

—Bien —respondió Sue mientras dejaba a Bella en el suelo—. Había un poco de tráfico a la salida de Bristol.

—Abuela, ven a ver mi nueva casita de muñecas —propuso Bella cogiéndola

de la mano y tirando de ella.

—Bella, deja a tus abuelos tranquilos —le dijo Helen a su hija mientras conducía a sus padres hacia el interior de la casa—. ¿Qué queréis tomar?

—Un té, por favor —aceptó Sue evitando mirar a George.

Helen desapareció en la cocina. Mientras, Bella entraba y salía de su habitación para enseñarles sus juguetes nuevos y cantarles las canciones que había aprendido en la guardería.

—¿Qué energía tiene, ¿no? —le dijo Sue a Peter—. Me encanta verla. Tiene que ser estupendo ver tanta alegría en el mundo. Y no estar pensando todo el rato que el mundo se va a acabar —añadió con una mirada de odio hacia su marido.

—Sí, es muy inquieta —dijo Peter, un poco extrañado por el comentario de Sue.

Sue sonrió inocentemente mientras Helen sacaba la cabeza por la puerta de la cocina.

—Pete, nos hemos quedado sin leche. ¿Te importaría acercarte a la tienda?

—Ahora mismo —aceptó Pete mientras se levantaba y cogía su abrigo.

—Creo que te acompaño —dijo George—. Me apetece darme una vuelta después de estar tanto tiempo encerrado en el coche.

—No habríamos estado tanto tiempo si hubieras corrido un poco más —murmuró Sue.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó George con dulzura.

—Nada, cariño —replicó ella con una sonrisa tensa—. Que disfrutes de tu paseo.

Helen y Peter se miraron. Peter se encogió de hombros ante la mirada interrogante de Helen.

Cuando los hombres se hubieron marchado, Helen se sentó al lado de su madre.

—¿Va todo bien entre papá y tú? —preguntó con ojos llenos de preocupación.

—La manera en que conduce ese hombre me pone enferma, coño —dijo Sue entre dientes.

— ¡Mamá! ¡Delante de Bella, no! —Helen señaló con la cabeza a su hija, sentada en el suelo jugando con sus ceras de colores.

—Lo siento —se disculpó Sue bajando la voz—. Creo que estoy al borde de un ataque de nervios. Estar pegada a él, cada hora del día, en esa casa, se ha convertido en una tortura. Estoy pensando en divorciarme.

—¡No hablas en serio! —dijo Helen atónita.

—¿Ah, no? —Sue enarcó una ceja y miró fijamente a su hija. En ese momento se dio cuenta de que Helen se parecía mucho a su padre. La cara de Sue era fina y afilada, pero Helen y George tenían mejillas redondas y narices pequeñas.

—Pero, no lo entiendo... ¿Cuál es el problema?

—Pues... Es como si no tuviéramos nada en común. Desde que me jubilé estoy deseando ver y hacer cosas: viajar, irme de fin de semana, tú me entiendes. Pero tu padre nunca quiere hacer nada. Si por él fuera, se pasaría el tiempo que le quede de vida sentado delante del televisor viendo concursos.

—Estoy segura de que todo terminará arreglándose —afirmó Helen—. Solo necesitáis un tiempo para adaptaros. Habéis estado muy ocupados siempre y ahora de pronto os enfrentáis a un cambio total de forma de vida.

—Pues más vale que nos adaptemos pronto —la interrumpió—. Porque no sé si voy a poder soportarlo mucho más tiempo.

—Quizá... Quizá te vendría bien ceder un poco —sugirió Helen con dulzura—. Si lo que quiere papá es relajarse un poco, déjale. Tal vez se lo ha ganado después de trabajar durante cuarenta años seguidos. Quiero decir que en su época uno no se podía coger baja por paternidad ni nada, ¿no? Así que a lo mejor habría que dejarlo descansar durante la semana y hacer cosas los fines de semana. Tienes que ser razonable.

—Soy razonable —dijo Sue entre dientes—. Pero es que, literalmente, no quiere hacer nada. Ni siquiera consigo que me acompañe al supermercado. Y por supuesto, ni hablar de un viaje a Italia.

Helen parecía incómoda.

—Bueno, no siempre tenéis que hacerlo todo juntos. Podrías hacerte socia de algún club o irte de viaje sola. Quizá os venga bien a los dos.

—Entonces ¿para qué seguir juntos? —preguntó Sue con tristeza—. Dime, si vamos a hacer vidas separadas y discutir sin parar cuando estamos juntos, ¿qué sentido tiene?

Helen no parecía tener respuesta a eso.

—Lo he intentado, Helen. Ya sé que crees que es culpa mía. —Sue levantó una mano para evitar que la interrumpiera—. Me he apuntado a un club de lectura. Pensé que estaría bien para salir de casa y conocer a gente nueva. Y lo he hecho. Es muy divertido. —Sue volvió a bajar la voz—. Hemos estado leyendo novelas eróticas —confesó con una risita—. Empezamos con Diez

dulces lecciones.

—¡Mamá! —exclamó Helen—. ¡No quiero enterarme de que lees esos libros! Hay cosas que una hija no quiere saber de su madre.

—¿Lo has leído? —preguntó Sue, y Helen asintió de mala gana—. ¿No es maravilloso? A ver, está claro que está muy mal escrito y todo eso, pero es una lectura muy entretenida y que te hace soñar. Ahora estamos con Jilly Cooper. Y me veo viviendo todas esas vidas mientras estoy encerrada en casa, vegetando... ¡Esos personajes me dan tanta envidia! ¿Te parece una locura?

—Supongo que no, pero la vida no es como en las novelas, mamá. La gente lee libros como ese para evadirse, pero eso no quiere decir que tengan que tratar de imitarlos, teniendo aventuras y demás. ¡Madre mía!, no estarás teniendo una aventura, ¿verdad?

—Ojalá fuera así —replicó Sue—. Dejaría a tu padre en este mismo instante si Alexander Black llamara a mi puerta.

—¡Madre! —exclamó de nuevo Helen. Se preguntaba si su madre se había vuelto loca del todo.

—¿Has probado esas cosas? —le preguntó Sue sin importarle que se escandalizara—. Eres más joven que yo y supongo que para ti las cosas que cuenta Diez dulces lecciones son normales. Tu padre y yo nunca las hemos probado. Pero, si te digo la verdad, no me importaría. Quién sabe, quizá me gustara que me ataran.

Helen se tapó los oídos.

—Bla, bla, bla, no puedo oírte.

—Vale —asintió Sue. Quizá se había pasado un poco—. Pero, mira, esta mañana, por ejemplo. Todos los del grupo de lectura van a ir a una fiesta de los años cincuenta. Somos todos de diferentes edades y hay una chica del grupo que va a cantar. Habrá música de esos años y todos tenemos que ir disfrazados..., ya sabes. Pues le he preguntado a tu padre si quería venir y todo lo que me ha dicho es: «No conozco a esas personas. Son demasiado jóvenes para ti» —dijo Sue imitando la voz de George—. Me dijo que estaba siendo ridícula. Pues ¿sabes qué te digo? Que empiezo a pensar que lo ridículo es quedarme con él.

Las dos se sobresaltaron cuando se abrió la puerta principal y entraron Pete y George. Pete no reparó en la atmósfera enrarecida.

—¡Ha llegado el lechero! —dijo mientras le tendía el cartón de leche a Helen.

—Gracias —le respondió esta con un beso en la mejilla—. Voy a preparar el

té.

Helen se escabulló en dirección a la cocina y Sue encogió los hombros con tristeza. Se sentía como una adolescente incomprendida por todos y a la que todos le dicen lo que debe hacer.

Miró a George, que se había sentado en el sofá y buscaba el mando del televisor. Sintió una nueva oleada de ira y se puso en pie de un salto.

—Creo que voy a ir a ayudar a Helen —dijo.

Las cosas estaban mal si ya no soportaba estar con su marido en la misma habitación.

Capítulo 14

Rebecca cerró la puerta principal detrás de ella y con un gemido de alivio dejó la bolsa en la entrada y se quitó los tacones. Había sido un día duro en el trabajo y lo único que quería era darse un baño caliente antes de ir a la fiesta de los años cincuenta.

—¿Andy? —preguntó.

Nadie respondió, así que permaneció unos segundos disfrutando del silencio antes de subir al cuarto de baño. Lo habían redecorado hacía unos meses y Rebecca había querido darle un aire sensual, a boudoir, con suelo ajedrezado, bañera de pie y un espejo con marco de plata sobre el lavabo blanco reluciente.

Abrió el grifo, vertió el aceite que acababa de comprar y observó cómo se formaba espuma y el baño se llenaba de un olor a vainilla y miel.

Luego se dirigió hacia la habitación, se quitó la ropa del trabajo y se puso la bata blanca de seda que tanto le gustaba, ya que le hacía sentirse como una actriz de cine.

Le apetecía mucho aquella fiesta de los años cincuenta a la que iba a ir con su marido. A Rebecca le hacía feliz salir de la rutina del vivero o de la tienda de bricolaje. Aquella noche podrían beber y bailar y recobrar una juventud que ahora se le antojaba perdida.

Abrió el armario, rebuscó y sacó el vestido que se había comprado con Gracie. Colgaba tentador de una percha forrada, una de aquellas que reservaba para su ropa más preciada. Por debajo del vestido asomaban las enaguas. Rebecca lo estiró sobre la cama con reverencia. Sabía que estaba guapa con él. El corte iba muy bien con su figura: le disimulaba la cintura y le acentuaba el pecho, mientras que el escote halter le resaltaba hombros y cuello.

Con el vestido listo, abrió el cajón para sacar un conjunto de ropa interior. Mientras buscaba entre las prendas dejando que sus dedos acariciaran tangas de colores brillantes, culottes de seda y bragas de algodón, se encontró con el kit de iniciación escondido al fondo y se quedó mirándolo un rato con la mano suspendida sobre la caja. Tenía que hablar con Andy. Estaba segura de que le

gustaría tanto como a ella, una vez que superara el susto inicial, claro.

Volvió a cubrirlo y sacó un sujetador de lunares que sabía que le subía el pecho y un tanga a juego con el vestido. Luego regresó corriendo al baño.

La bañera estaba casi llena, con olas blancas de espuma flotando en la superficie del agua. Rebecca cerró el grifo y cogió unas velas para colocarlas en el alféizar de la ventana, en el borde de la bañera y en el lavabo. El efecto era hermoso y romántico.

Se quitó la bata, la colgó del gancho de detrás de la puerta y se contempló desnuda y con ojo crítico en el espejo del baño. Sí, quizá debería perder unos cuantos kilos y tonificar un poco la musculatura, pero era consciente de que tenía un cuerpo femenino y le gustaba su figura. Se pasó las manos por la piel y se le pusieron duros los pezones. Luego se cogió un pecho con una mano y sintió su peso. Lo soltó suavemente. Su mirada recorrió sus caderas, la curva del estómago, la oscura mata de pelo entre las piernas. Quizá no fuera una supermodelo, pero era una mujer sexual y sensual. Además, Andy nunca se había quejado.

Se metió en la bañera y se sumergió entre la espuma. Apoyó la cabeza en la fría porcelana, cerró los ojos y respiró profundo. Sus músculos comenzaron a relajarse.

La cabeza, en cambio, seguía a mil por hora, planeando todas las cosas que le quedaban por hacer. Estaba corregir los exámenes del décimo curso y planificar las lecciones de noveno. También tenía que llamar a su madre y mandar una felicitación de cumpleaños a su prima. Además tenía que ir a la compra. Necesitaban pan, leche y zumo de naranja. Y cuando dispusiera de cinco minutos, debía ponerse en serio con Jinetes. Era un libro larguísimo, un verdadero tocho. Apenas llevaba cien páginas, pero le estaba encantando. Era divertido y gracioso y le hacía sentirse traviesa. La verdad era que desde que había empezado el club de lectura se sentía más traviesa.

Dio un salto cuando oyó el portazo. Unos segundos más tarde, Andy gritó:

—Cariño, estoy en casa.

Rebecca sonrió. Qué predecible era.

—Estoy arriba —gritó.

Le oyó dejar la cartera y dirigirse a la cocina a beber algo. Después iría al salón para mirar el correo, que ella siempre dejaba en la mesita supletoria.

Levantó una pierna y observó el agua recorriendo su piel suave. Dobló el pie y admiró la forma de su empeine. A veces deseaba que Andy subiera corriendo

las escaleras y le hiciera de todo nada más llegar a casa.

Le oyó subir por las escaleras, los peldaños crujiendo bajo su peso.

—Estoy en la bañera —exclamó con lo que esperaba fuera su tono más seductor.

Unos segundos después, Andy abrió la puerta. Arqueó las cejas sorprendido al ver las luces bajas y la luz danzarina de las velas.

—¡Qué bonito! —sonrió.

Se había aflojado la corbata y llevaba el primer botón de la camisa desabrochado, algo que a Rebecca le resultó inexplicablemente sexi. Parecía un tiburón de la City o un poderoso hombre de negocios neoyorquino. Era la típica cosa que haría Alexander Black antes de raptar a Christina Cox.

Andy se inclinó sobre la bañera para darle un beso y, cuando fue a levantarse, Rebecca le cogió de la corbata y tiró de él antes de soltarlo. Vio su mirada interrogante mientras se apartaba.

—¿Qué tal tu día, cariño? —preguntó Rebecca, solícita.

Andy suspiró y se sentó sobre la tapa del inodoro.

—No ha estado mal. Largo, pero muy productivo. ¿Qué tal tú?

Rebecca puso los ojos en blanco.

—Los de noveno, no sé por qué, estaban muy nerviosos. No podían estarse quietos. Son hormonas con patas, lo que no ayuda mucho. La verdad es que a veces me parece que soy un antdisturbios más que una profesora. Pero no hablemos de eso ahora, hablemos de algo divertido.

—Bueno, hoy es la fiesta de los años cincuenta —le recordó Andy—. ¿Te apetece?

—Mucho. Será como una cita con mi atractivo marido. Además me apetece eso de vestirse y desvestirse —añadió con una mirada seductora.

—¿A qué hora empieza? —preguntó Andy, quien aparentemente no había reparado en el doble sentido.

—A las siete y media.

—Entonces voy a vestirme ya. ¿Te queda mucho? Me gustaría darme una ducha rápida.

—Enseguida salgo. —Su pulso se aceleró cuando le pasó una idea por la cabeza. Mirando a su marido con sus ojos más inocentes, murmuró—: Aunque, si quieres, podemos compartir el baño.

Andy vaciló un instante sin moverse y a continuación se le dibujó una gran sonrisa en la cara.

—¿Quieres decir que...? Vale.

Rebecca se rio y se deslizó bajo las burbujas.

Andy se agachó y se quitó los calcetines, lo que Rebecca agradeció, ya que le parecía horrible que se los dejara para el final. Una vez descalzo, se resbaló, lo que hizo reír aún más a Rebecca.

—Más le vale portarse bien esta noche, señora Smith —le advirtió—, o tendré que darle una lección.

—Creo que me gustaría —dijo Rebecca mordiéndose el labio.

Se sentía una voyeuse mientras observaba cómo Andy se quitaba la camisa y la dejaba caer al suelo. Luego se quitó los pantalones y se acercó a la bañera en sus calzoncillos tipo bóxer.

—Quítatelo todo —señaló Rebecca, incapaz de apartar la vista del bulto que crecía bajo los calzoncillos—. Termina el striptease.

Sin perder un segundo, Andy se quitó los calzoncillos y se metió en la bañera. El suelo del baño quedó empapado mientras buscaban una forma de acomodarse los dos.

—Esto siempre queda más sexi en las películas —se rio Rebecca.

Andy hizo como que se enfadaba.

—¿Quieres decir que no soy sexi?

—Anda, ven aquí, marido sexi —pidió Rebecca mientras se inclinaba para que la besara. Estaban sentados el uno frente al otro—. Pero bueno, y esto ¿qué es? —añadió al notar la erección de Andy contra su estómago—. No sé lo que es, pero es enorme.

—Calla y bésame —dijo Andy mientras se acercaba de nuevo, la piel resbaladiza y húmeda y cubierta de burbujas de jabón. Se besaron con pasión. Rebecca comenzaba a sentirse muy excitada, con ese hormigueo inconfundible en el estómago.

Se separaron. Estaban tan cerca que sus narices se tocaban. Rebecca podía ver cada detalle de la piel de Andy: los poros de la piel, la mandíbula, la gota de agua que temblaba en una de las pestañas.

—Te quiero —dijo Andy de pronto, de un modo tan sencillo y sincero que Rebecca sintió que el corazón le daba un vuelco—. Y siento no ser siempre el marido que querrías.

Rebecca le puso un dedo en los labios.

—Chiss, yo también te quiero. Y eres exactamente como me gustaría que fueras.

Vio la llama del deseo en los ojos de Andy y volvieron a besarse, hasta que Rebecca se apartó con una sonrisa traviesa. Sin dejar de mirarle, cogió una botella de gel de un lado de la bañera y vertió una generosa cantidad sobre la palma de la mano. Luego lo extendió sobre el pecho de Andy mediante círculos. Le cubrió los hombros, los brazos, el torso y siguió moviendo sus manos hasta que se perdieron bajo el agua. Los ojos de Andy se abrieron de placer.

Siguiendo su ejemplo, Andy hizo lo mismo con Rebecca. Cogió el bote del jabón, se lo echó en las manos y empezó por acariciarle la clavícula antes de bajar a los pechos. Los sostuvo con las manos, recorriendo con el pulgar los pezones erguidos color caramelo. A continuación bajó hasta el ombligo y siguió explorando.

La respiración de Rebecca se aceleró. Tenía los ojos fijos en Andy mientras ambos seguían acariciándose. En aquel momento no lo hubiera cambiado por nadie en el mundo. Ni por Alexander Black ni por Oliver Mellors. Ni siquiera por George Clooney. Andy estaba haciéndole exactamente lo que ella quería y su cuerpo respondía agradecido.

Cuando las manos de Andy se sumergieron en el agua y se introdujeron en el lugar secreto en el que Rebecca tanto ansiaba que le tocara, esta supo que no había vuelta atrás. Arqueó la espalda y se dejó llevar. Perdió conciencia de sí misma. Ya no le importaba su aspecto y simplemente disfrutaba del placer de ese instante.

Andy se maravillaba contemplándola, estremecida bajo su tacto. Tener ese efecto sobre ella le hacía sentirse orgulloso. No era estúpido ni ciego. Sabía que Rebecca no había sido feliz últimamente. Esos libros eróticos eran lo único que parecía proporcionarle cierta satisfacción. Todavía no habían celebrado su segundo aniversario y ya estaba preocupado por que su relación pudiera estropearse. Cuando empezaron a salir estaba loco por ella, pero luego... Luego la vida se había interpuesto.

Estaba dispuesto a esforzarse más, eso desde luego. Rebecca parecía querer un poco de emoción en su vida sexual, así que ¿para qué discutir?

Se detuvo y Rebecca abrió despacio los ojos y le miró lánguida. Tenía expresión soñadora, distante. Sus mejillas estaban sonrojadas y sus labios, húmedos.

Con suavidad, Andy le pasó las manos por detrás, la levantó y la colocó a horcajadas encima de él.

—Vamos a llegar tarde —susurró mientras Rebecca le mordisqueaba el

lóbulo de la oreja.

—Me da igual —contestó Rebecca mientras sus cuerpos se encontraban y cualquier pensamiento se desvanecía.

Capítulo 15

Reggie echó las cortinas de su habitación y se sentó frente al ordenador. Abrió Spotify y buscó entre sus listas de reproducción.

—Perfecto —pensó mientras abría una titulada «Clásicos de los cincuenta». Pinchó sobre ella y momentos después Jerry Lee Lewis estaba cantando «Great Balls of Fire».

Preocupado por sus compañeros de piso, Reggie bajó un poco el volumen. Luego se miró en el espejo barato de tres cuartos que colgaba de la pared. Con los pantalones color tostado, la camisa de cuadros marrones y la chaqueta abotonada hasta arriba parecía un adolescente desgarrado que acabara de pegar el estirón. El problema de Reggie era que seguía teniendo ese aspecto a pesar de haber cumplido veintinueve años. La nuez de la garganta parecía una flecha a punto de salir disparada. Tenía las mejillas cubiertas de una suave pelusa que no terminaba de convertirse en una barba de verdad y una cara angulosa con pómulos prominentes. Sus ojos azules se escondían detrás de las gafas y en la coronilla una mata de pelo castaño se resistía a cualquier intento de peinarla.

—Que empiece la transformación —le susurró a su reflejo.

Se desabrochó la chaqueta y se desvistió hasta quedarse casi desnudo salvo por unos bóxer blancos. Se roció con su aftershave de Hugo Boss. Tenía esperanzas de que aquella noche llegara el momento en el que, como una mariposa, apareciera una versión mejorada de sí mismo.

El Reggie 2.0 sería mejor, más guay y, por supuesto, tendría novia.

No pudo evitar pensar en Diez dulces lecciones y en la pregunta que hiciera durante la primera reunión: ¿era realmente Alexander Black lo que las mujeres buscaban? Aparentemente sí, visto cómo se había vuelto loco todo el sector femenino. Querían un hombre que fuera poderoso, encantador, atractivo y un poco peligroso. Él estaba tan alejado de aquello que parecía un chiste. Pero al menos por una noche podía intentarlo.

Volvió a dejar el bote de aftershave en lo alto de la estantería comprada de segunda mano. Fue al armario y rebuscó hasta encontrar su traje, el que solía

llevar a entrevistas o a funerales. Por último, sacó la camisa blanca almidonada que su madre había planchado para él la última vez que la había visitado, así como una corbata negra delgada que había comprado en la tienda de Oxfam. Su puso unos mocasines negros y un cinturón negro y luego volvió a mirarse en el espejo.

—No está mal —pensó en voz alta mientras se giraba para contemplarse desde todos los ángulos posibles.

Le quedaban la cara y el pelo. Inspirado por fotografías que había visto en Internet, había comprado un bote de gomina en Boots para probar. Se echó en la palma una generosa cantidad y se frotó las manos antes de pasárselas por el pelo. Al principio lo hizo con dudas, pero luego sintió que tenía el control. Se lavó las manos en el pequeño lavabo de su habitación, cogió el peine y comenzó el proceso de peinado. Dividió el pelo en dos y en la parte de la frente se hizo un pequeño tupé.

—No está nada mal.

Había llegado el momento de la pieza clave. Fue a su mesa de estudio y del cajón sacó un par de gafas con monturas gruesas y negras. Se quitó las que llevaba habitualmente y el look estuvo completo.

Volvió a mirarse en el espejo y sonrió. Parecía salido directamente de una película de los cincuenta.

Estaba admirando su reflejo cuando empezó a sonar «Hound Dog», de Elvis Presley. Reggie intentó imitar su mueca, levantando una de las comisuras de la boca en lo que esperaba que fuera sexi. Su aspecto tenía más de Buddy Holly que de Elvis Presley, pero no iba a hundirlo una simple cuestión de matices. Empezó a mover las caderas, las piernas y los pies como si fuera Elvis bailando «El rock de la cárcel».

Mientras se miraba en el espejo, empezó a dejarse llevar, bailando al son de la música del ordenador y mirando a una multitud imaginaria de chicas gritando su nombre...

—¿Reggie?

Hubo un golpe seco en la puerta y Reggie saltó aterrorizado. Con el corazón desbocado, se dio media vuelta y vio girar el pomo. Afortunadamente, había cerrado con llave, así que quien fuera que llamara no podía entrar.

—¿Quién es? —preguntó mientras apagaba la música.

—¿Reggie? —volvió a preguntar la voz—. ¿Estás ahí?

Era su compañero de piso Josh. Reggie suspiró para sus adentros. Tenía que

reconocer que Josh era un idiota, alguien al que nunca hubiera escogido como compañero de piso. Pero el problema de compartir piso era que no siempre podías decidir con quién querías vivir.

—Sí..., Josh... Me estoy cambiando.

—Ya, ya, venga, abre la puerta. —Josh estudiaba Medicina y era uno de esos chicos que juegan al fútbol, atractivos y populares. Solía vestir vaqueros y polos que le marcaban los pectorales y siempre estaba moreno, incluso en invierno. Él y Reggie tenían poco en común. No ayudaba mucho que Josh siempre intentara hacerle sentirse inferior.

—Un minuto —dijo Reggie—. ¿Qué es lo que quieres?

—Vamos a salir hoy y Selena nos ha dicho que te preguntemos si quieres venir. Empezaremos por el Rose and Crown y luego cogeremos un taxi para ver qué nos depara la noche. Seguramente acabaremos en algún garito de mierda como el Reflex. ¿Te apetece?

—Lo siento, tengo otros planes —gritó Reggie.

—Venga ya, Reggie. Trabajar en tu tesis no es un plan. Vente y tómate unas copas.

—No puedo, de verdad. Voy a salir.

—Gilipolleces. Tú nunca sales, pringado.

—Bueno, pues esta noche sí —replicó Reggie intentando no ofenderse—. Tengo otros planes.

—Reggie, casi no te oigo, abre la puerta.

Reggie sudó sin saber muy bien qué hacer. Esperaba haber podido escabullirse de la casa sin que nadie lo viera, pero Josh era tan insistente...

—Venga, vamos, ¿qué estás haciendo? Algo guarrete, ¿verdad?

—¡Claro que no! —replicó indignado. Sentía cómo sus mejillas se sonrojaban. Incapaz de ver otra opción, respiró y abrió la puerta.

—¡Joder! —exclamó Josh cuando vio el aspecto de Reggie—. ¿Se puede saber qué llevas puesto?

—Voy a una fiesta de los años cincuenta —le explicó Reggie intentando aparentar una dignidad que estaba muy lejos de sentir.

—¿Y vas a salir de casa vestido así? —Una pequeña sonrisa se dibujó en la cara de Josh mientras soltaba un silbido—. Joder, tienes que bajar y que te vea todo el mundo.

—Me parece que no.

—Sí —insistió—. ¡Eh, hola! Reggie se va a una fiesta de los años cincuenta

y parece un espantapájaros.

—¿Qué? —gritó alguien desde abajo. Reggie oyó el ruido que hacían las sillas contra el suelo.

—Baja y enséñaselo a todo el mundo —repitió Josh con una sonrisa burlona.

Reggie se sentía atrapado en una pesadilla. No quería que le vieran los otros, quienes seguramente se reirían todavía más que Josh. Pero no tenía escapatoria. A pesar de la humillación, tenía que pasar por ello.

Aceptó la derrota y siguió a Josh cabizbajo hacia la cocina, donde el resto de sus compañeros de piso bebían cerveza. Una vez más, era el bicho raro.

En cuanto lo vieron, comenzaron a reírse ruidosamente. Había unas seis personas, pero parecían más. Matt saltó de su silla y se dobló sobre sí mismo y Pankesh hizo una foto con el móvil. El flas cegó a Reggie durante unos segundos.

—Te voy a llamar «el pringado» y lo voy a colgar en Facebook.

Como Josh, Pankesh era estudiante de Medicina y le gustaba salir de fiesta. Reggie nunca habría confiado en ellos para nada, mucho menos en caso de enfermedad.

Selena también estaba y lo miraba con simpatía.

—Estás muy guapo, Reggie. Muy elegante. Te queda bien —le sonrió. Se había arreglado para salir y llevaba un pequeño vestido que mostraba sus largas piernas. Reggie no sabía hacia dónde mirar.

—Gracias —dijo deseando que la tierra se abriera y se lo tragara. No sabía si sentirse feliz porque Selena lo hubiera defendido o humillado porque hubiera tenido que hacerlo.

—Date una vuelta para que te veamos bien —gritó Matt.

Reggie hizo como si no le hubiera oído.

—¿Y es una fiesta llena de gente mayor? —gritó Josh.

—Eso, ¿te vas a tirar a una abuela? Claro, como no puedes hacerlo con alguien de tu propia edad, tienes que perseguir a mujeres de la tercera edad —completó Pankesh.

Reggie se quedó callado con una sonrisa congelada en su cara, como si le gustara ser el objeto de todas las bromas.

—Bueno, quizá deberíamos ir también nosotros, ¿no? —preguntó Josh—. Parece divertido.

—No —dijo Reggie demasiado rápidamente.

—Vale, era solo una idea. Tenemos planes mejores.

—Bueno, pues que os lo paséis bien. Yo ya me voy —dijo Reggie, y comenzó a retroceder hacia la puerta. Su Alexander interior lo había abandonado. Su único pensamiento era escapar cuanto antes de allí.

—Vale, tío. Que disfrutes de tu fiesta friki —oyó que alguien decía mientras cerraba la puerta.

—Déjalo en paz —dijo Selena.

Pero Reggie no quería oír nada más y huyó por la puerta principal sin mirar atrás.

Capítulo 16

—¡Tachán! ¿Qué te parece?

Estelle salió de su dormitorio envuelta en una nube de perfume y empezó a dar vueltas por la habitación.

Joe levantó la vista del juego de fútbol de su Xbox.

—Pareces tonta.

—Gracias, Joe —replicó Estelle. Pero en el fondo sabía que un chico de catorce años no era su mejor juez.

Estelle pensaba que estaba muy guapa. Había estado tan ocupada en el café que apenas había tenido tiempo de preparar un disfraz digno, así que tuvo que inventarse uno tirando de fondo de armario. Se puso unos pantalones vaqueros de tiro alto que no había llevado desde hacía años, un jersey amarillo de cuello de pico y unos zapatos de salón rosa pálido que había comprado para una boda y llevado solo una vez. Además encontró un fular rosa que se puso alrededor del cuello. Había planeado hacerse algo en el pelo, como unas ondas, pero no había tenido tiempo. Así que al final optó por hacerse una coleta alta. Le quedaba bien, le daba un aire delicado y juvenil, como uno de los personajes de la serie *Días felices*.

—¿Estás seguro de que no pasa nada si te dejo solo esta noche? —le preguntó Estelle a Joe—. Llámame al móvil si necesitas algo. No es lejos, así que puedo estar de vuelta en diez minutos. Y no abras la puerta a nadie. Y no utilices el horno. Y no comas demasiados pasteles.

—Vale —dijo Joe distraídamente.

—¿Estás totalmente seguro de que vas a estar bien? —volvió a preguntar Estelle.

—Sip. No te preocupes.

—No me gusta dejarte solo. Es una pena que no pudieras ir a casa de tu padre hoy. Pero Leila y él...

—Se han ido de viaje, ya. Supongo que tengo que empezar a acostumbrarme.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, cuando nazca el bebé, papá ya no va a estar tanto conmigo, ¿no?

—Ay, Joe... —Estelle se sentó en el sofá, cerca de donde Joe estaba tumbado en el suelo. Le acarició en el pelo como solía hacer cuando era un niño, pero él sacudió la cabeza y le apartó la mano, irritado.

—Sabes que eso no es verdad. Que tu padre te quiere. Y que va a seguir haciéndolo cuando nazca el bebé.

Joe suspiró, incrédulo.

—Leila intentará que no vaya a visitarlos. La odio. Y papá se va a perder mi partido de fútbol este sábado por estar con ella.

—Ay, Joe, no digas esas cosas, por favor. Claro que Leila no va a intentar que dejes de visitarlo. Ella sabe que, pase lo que pase, Ted siempre va a ser tu padre. Y es incapaz de interponerse entre vosotros. Seguramente, estará incómoda cuando estés cerca, pero no deberías odiarla. Es la mujer de tu padre y querrá que os llevéis bien. Después de todo, dentro de nada vas a tener un nuevo hermano o hermana.

—Mediohermano —la corrigió Joe—. Que no es lo mismo.

Estelle miró el reloj y se mordió el labio, nerviosa.

—Joe, cariño, tengo que marcharme, que, si no, voy a llegar tarde. Hablamos de esto mañana, ¿vale? Y si quieres, hablo también con tu padre.

Joe se encogió de hombros.

—Como quieras.

—¿Estás seguro de que vas a estar bien? —volvió a preguntar Estelle mientras cogía el abrigo y el bolso.

—Sí, mamá. No te preocupes.

—No vendré tarde. Te quiero.

Joe dijo algo incomprensible y regresó al juego.

Estelle oyó la música antes de entrar en el edificio. La banda estaba tocando «Tutti Frutti», de Little Richard. Podía oír los tambores y las risas de la gente. Se miró en el espejo de mano y abrió la puerta de entrada.

Habían decorado la sala muy poco y seguía siendo el mismo centro social de siempre, con su suelo de madera y las pizarras en las que se anunciaba eventos ya pasados. Pero había una atmósfera animada con gente vestida de los años cincuenta. Había quienes habían optado por alquilar un disfraz de Elvis Presley o aquellos que, como ella, habían optado por una solución más casera. La banda estaba compuesta por seis personas: un batería, un saxofonista, una trompeta, un teclado y dos guitarras. Estaban al fondo de la sala y detrás de ellos había un

cartel que decía: «Bienvenidos a los cincuenta».

Miró a su alrededor y la primera persona a la que vio fue a Rebecca, resplandeciente con su vestido de lunares. Se había rizado el pelo y pintado los labios de un rojo a juego con su ropa. Parecía la actriz de una película antigua.

—Rebecca, estás muy guapa —le dijo Estelle con un beso en la mejilla.

—¡Tú también! ¡Mírate! No sé cómo puedes estar tan delgada con ese café. Yo estaría hecha un tonel. Mira, ahí está mi marido, Andy. —Lo llamó—. ¡Andy! Esta es Estelle, la del club de lectura.

—¡Así que tú eres la responsable de que mi mujer se haya leído todos esos libros! —se rio Andy—. Voy a aprovechar esta oportunidad para darte las gracias. —Pasó el brazo alrededor de la cintura de su mujer y la estrechó contra sí.

—Haz el favor. —Rebecca se sonrojó, pero parecía feliz.

—Bueno, es una lectura instructiva —sonrió Estelle—. ¿Habéis visto a los demás?

—Gracie está allí, en el bar. Está muy nerviosa, así que es mejor que vayamos a saludarla y cojamos algo de beber.

Los tres se acercaron al bar, que era en realidad una mesa alargada en la que se servían bebidas en vasos de plástico.

—Se ve que no les dejan servir en vasos de cristal por alguna ordenanza —les explicó Rebecca—, pero los cócteles están buenísimos. ¿Qué os pido? ¿Un martini? ¿Un Tom Collins? Yo me he tomado un Manhattan y estaba delicioso.

—Un Tom Collins, por favor. ¡Gracie! —gritó Estelle en cuanto la vio—. ¡Estás increíble!

—¿Lo dices en serio? —preguntó Gracie, nerviosa, mientras se estiraba el vestido—. Me preocupaba que fuera muy exagerado.

—De eso nada—. Estelle negó con la cabeza—. Si lo tienes, lúcelo.

Gracie llevaba una réplica del vestido blanco de Marilyn en La tentación vive arriba, salvo que era rojo y se había pintado las uñas a juego. Llevaba un tirabuzón en la frente y el resto del pelo, recogido en un moño sujeto con una flor.

—Solo espero... —empezó a decir, pero se detuvo cuando vio por encima del hombro de Estelle que alguien acababa de entrar. Estelle se giró para ver quién era.

—¡Reggie! —exclamó echando a andar hacia él.

—Hola, Estelle —dijo, y la besó avergonzado en la mejilla—. Estás muy

guapa.

—Gracias. Tú también. Muy propio —dijo mientras observaba a Reggie.

—Y Gracie... —Reggie se giró hacia ella—. Tú estás... —Durante un momento solo acertó a mirarla en silencio con la boca abierta de par en par—. Increíble —completó por fin.

—¿Verdad que sí? —replicó Estelle.

—Estás muy guapo —dijo Gracie—. Muy chic.

—Gracias. —Se quitó las gafas y las limpió con la corbata.

—Estoy muy contenta de que hayas podido venir —continuó Gracie, observándolo—. Ya sé que no es tu tipo de fiesta, pero estoy segura de que te lo vas a pasar bien.

—Eso espero —contestó él mientras volvía ponerse las gafas. En un intento por sacar su Alexander interior, le preguntó—: ¿A qué hora te toca? Estoy deseando oírte cantar.

—Sobre las ocho y media. Más bien las nueve, si van retrasados —le dijo Gracie. De pronto parecía aterrorizada por su inminente actuación—. Eso si no me escapo antes. Igual me encierro en el cuarto de la limpieza para que nadie pueda encontrarme.

—Voy contigo, si quieres —soltó Reggie sin darse cuenta de lo que estaba diciendo. Como la cara de ella parecía avergonzada, intentó retractarse—. Quiero decir... Quería decir que... sería encantador encerrarme contigo...

—¡Mira! Allí está Sue —dijo Estelle, contenta por la interrupción. Empezaba a sentir que sobraba en aquella conversación—. Voy a ir a saludarla.

Se acercó a la entrada, donde estaban Sue y un hombre al que no conocía. Estelle la saludó entre el gentío y vio que Rebecca y Andy también iban hacia allí.

—Lo siento, llegamos tarde —se disculpó Sue—. A alguien le ha costado ponerse su disfraz —añadió—. Por cierto, este es mi marido, George.

—Hola, George. Bueno, parece que al final ha compensado —dijo Estelle suavemente. George llevaba pantalones negros, camisa blanca con un chaleco azul y una corbata de cowboy que no hacía más que tocarse, incómodo.

—¿La tengo bien puesta? —le preguntó a Estelle mientras Sue soltaba un suspiro de irritación que no se molestó en disimular—. He pensado que iba a parecer un vaquero, pero venía con el disfraz. No sabía qué hacer.

—No pareces en absoluto un vaquero —le aseguró Estelle mientras Rebecca asentía.

—Encantada de conocerte, George. Hemos oído hablar mucho de ti —dijo inocentemente. Pero se detuvo al ver la cara de Sue—. Bueno, tampoco demasiado. Nada malo... Por cierto, este es mi marido, Andy.

Los dos hombres se dieron la mano.

Estelle sintió que una mano le golpeaba en el hombro y escuchó una voz que decía:

—¡Ya me parecía que eras tú!

Se dio la vuelta y vio a Tony vestido como Danny Zuko en Grease. Llevaba unos pantalones negros ajustados, una camiseta blanca estrecha que le marcaba el pecho y una chaqueta de cuero. Se había peinado el pelo oscuro con un enorme tupé.

—¡Tony! ¿Qué haces aquí?

—Bueno, pensé que sería divertido —dijo.

—Lo siento, no quería interrogarte —se disculpó Estelle. Se giró hacia el grupo, que los miraba con interés—. Este es Tony, el entrenador de fútbol de mi hijo. Tony, estos son Rebecca y su marido, Andy. Y ellos son Sue y George.

Hablaron unos minutos hasta que Rebecca dijo:

—Sue, vamos a enseñarte dónde están las bebidas.

Se marcharon y los dejaron solos.

—Me alegro de verte —le dijo Estelle intentando recobrase—. Solo que no esperaba encontrarte aquí. ¿Con quién has venido?

—Solo —le explicó Tony.

Estelle parecía sorprendida.

—¿Tu mujer se ha quedado en casa con Christopher?

—No. —Tony parecía incómodo—. Chris se ha quedado solo. Soy... Bueno, mi mujer murió —dijo sin mirar a Estelle—. Hace unos años.

—Vaya, lo siento —se disculpó Estelle, que se sentía muy culpable—. No lo sabía.

—No te preocupes. Chris era muy joven..., así que ahora estamos él y yo solos —terminó, intentando sonar feliz—. No suelo hablar de estas cosas, pero ahora Chris ya es mayor y es más fácil dejarlo solo en casa. Y yo tengo que empezar a salir más y conocer a gente. Uno de los chicos del trabajo dejó un anuncio de la fiesta y parecía un buen lugar para empezar —le explicó Tony—. ¿Y Joe? ¿Se queda en casa de Ted?

—No, yo también lo he dejado solo —le explicó Estelle, sintiéndose culpable—. Tiene un móvil, por si acaso, y una larga lista de cosas que puede y

que no puede hacer. Pero, aun así, estoy preocupada.

—Bueno, uno no lo puede evitar. Incluso cuando sean mayores y ya tengan sus propias familias, seguiremos preocupándonos por ellos.

—Tienes razón —rio Estelle.

—Por cierto, estás muy guapa —le dijo Tony—. Este estilo te queda muy bien.

—¿Esto? —preguntó ella como quitándole importancia—. Lo tenía en el armario. Casi no he tenido tiempo de prepararlo, con el trabajo. Una pareja de ancianos se negaba a marcharse por más indirectas que les lanzara. Se les había enfriado el té y se habían terminado los pasteles, pero, aun así, no querían irse.

—Pues a mí me parece que estás genial —insistió Tony—. ¿Y de qué conoces a esa gente? A la que me acabas de presentar.

—¡Ah! Están en mi club de lectura. ¿Te he hablado de él? —Al ver la cara de asombro de Tony, Estelle siguió hablando—: Si te soy sincera, es algo que empecé para atraer más clientes. Nos vemos cada dos semanas. De hecho, hoy habríamos tenido que reunirnos, pero en lugar de ello hemos venido aquí. Una de las chicas, Gracie, va a cantar esta noche. Está allí, la del vestido rojo con el pelo oscuro.

—Ah, sí, claro, ya la veo. —Tony alzó la voz para hacerse oír por encima del ruido de la banda y de las conversaciones.

Seguía entrando gente, así que se acercó más a Estelle.

—Parecéis un grupo muy variado. —Tony sonrió—. Yo no soy un gran lector, pero parece una idea estupenda. Quizá me apunte. ¿Qué tipos de libros leéis?

Estelle dudó. Pensaba en lo raro que sería hablar de sexo con Tony allí sentado a su lado. Le resultaría totalmente imposible concentrarse.

—Novela erótica —dijo por fin—. Probamos con los clásicos, pero digamos que no nos funcionaron. Así que nos hemos convertido en un grupo especializado.

—¿De verdad? —Tony subió las cejas. Era incapaz de discernir si Estelle bromeaba o no—. ¿Sabes? Cada vez que hablo contigo descubro algo sorprendente.

—¡Te aseguro que no soy tan interesante! —protestó Estelle, y para evitar la mirada penetrante de Tony fijó la vista en sus pectorales.

—No estoy de acuerdo. ¿Quieres beber algo? —le preguntó este.

Su vaso de Tom Collins estaba casi vacío.

—Gracias —sonrió Estelle, y por fin se atrevió a mirar sus ojos oscuros—.
Me encantaría.

Capítulo 17

—Señoras, señores...

Brian, el líder de la banda, cogió el micrófono y miró hacia el público después de apartarse una enorme peluca con grandes patillas a juego.

La gente había dejado de bailar en cuanto se había acabado la música y estaba atenta a lo que Brian decía.

—Ahora va a haber un pequeño cambio de repertorio —empezó a decir con falso acento americano. Le gustaba mucho ser el centro de atención—. Vamos a dejar que bailen las parejitas...

Enarcó una ceja y el público comenzó a animarlo.

—... Con la versión de Summertime de Ella Fitzgerald. Por favor, den la bienvenida a... ¡Gracie Bird!

Hubo aplausos y gritos de aprobación mientras Gracie subía al escenario con la cabeza gacha.

Estaba guapísima bajo los focos, con el pelo negro brillante y aquel vestido rojo que se ajustaba a cada una de las curvas de su cuerpo.

—Gracias —dijo, nerviosa, cogiendo el micrófono plateado—. Espero que os lo estéis pasando bien.

Giró la cabeza e hizo un pequeño gesto a la banda, que inmediatamente empezó a tocar. Gracie tomó aire y empezó a cantar con los ojos cerrados y meciendo el cuerpo al ritmo de la música.

Su voz era preciosa: cálida, rica y cautivadora.

—Fish are jumpin'...

Todos en la sala parecían transfigurados. Nadie hablaba. Los vasos de plástico se habían quedado congelados en el aire. Gracie había conseguido que el silencio fuera total.

Reggie estaba al fondo. Gracias a su altura, podía ver por encima de las cabezas y observaba a Gracie con la boca abierta, incapaz de apartar los ojos de ella.

Rebecca lo miró y observó la expresión de su cara. Dio un codazo suave a

Sue y lo señaló. Sue siguió la dirección de su dedo y sonrió comprensiva al ver la mirada de Reggie.

Conforme la canción avanzaba, Gracie comenzó a sentirse más segura. Su voz ganó en fuerza e intensidad. Abrió los ojos y miró a la gente con expresión soñadora.

Era una sensación extraña. Tenía al público en la palma de la mano, pero seguía nerviosa. Era como caminar sobre una cuerda floja. Podía caerse en cualquier momento y romper el encanto.

Era la primera vez que cantaba en público. De hecho, era la primera vez que cantaba fuera de su dormitorio. Cantaba desde que era pequeña utilizando peines a modo de micrófonos. Así que cuando oyó que buscaban cantantes para la fiesta, se apuntó sin pensárselo demasiado. Apenas había dormido los días previos. Cada hora venía cargada de ansiedad. Pero ahora que estaba allí encima, en el escenario, se sentía invencible.

Era algo parecido a un orgasmo. De hecho, estar ahí era mucho mejor que cualquier orgasmo que hasta entonces hubiera tenido. Aunque de eso quizá tuvieran la culpa sus exámenes.

La última nota se desvaneció y durante un momento se hizo el silencio. Era como si todo el público estuviera hechizado sin poder moverse. Entonces, lentamente, comenzaron los aplausos. Y luego los gritos. Todo el mundo comenzó a aclamar a Gracie.

—Gracias —murmuró tímidamente al micrófono a pesar de que apenas podía oír por el ruido. Las mejillas le ardían y la adrenalina le corría por las venas.

Entonces Brian apareció a sus espaldas y le quitó el micrófono.

—¿Qué me dicen de esto, señoras y señores? ¿No ha sido maravilloso? Demos un fuerte aplauso a Gracieeeee Bird.

Al fondo de la sala Reggie deseaba correr hacia ella para felicitarla, pero un grupo de gente la había rodeado y le daba vergüenza acercarse y hablarle delante de todo el mundo. Esperaría un rato, hasta que la atención se hubiera desvanecido y pudiera hablarle a solas.

No pudo evitar compararse con los hombres de las novelas que había estado leyendo: el rico y poderoso Alexander Black de Diez dulces lecciones o el rudo Oliver Mellors de El amante de lady Chatterley. Ambos confiaban en su masculinidad, algo de lo que Reggie carecía. Hombres como aquellos tenían cientos de mujeres a sus pies. Pero Reggie estaba seguro de que, si le proponía

salir a una mujer, esta se reiría en su cara.

Había tenido algunas relaciones sexuales cuando estaba en la universidad, por lo general como resultado de una noche de alcohol seguida de una mañana de arrepentimiento. La idea de invitar a salir a alguien que de verdad le gustara le resultaba impensable.

Suspiró insatisfecho y deseó, una vez más, ser otra persona diferente. Había hecho un esfuerzo aquella noche, y le quedaban bien el traje y un martini en la mano. Pero en realidad se sentía ridículo. Sus antiguas inseguridades siempre estaban preparadas para resurgir y deshacer cualquier posible progreso. Por ahora se quedaría allí, quizá más tarde se atreviera a hablar con Gracie.

Estelle y Tony aplaudían con ganas mientras Gracie bajaba del escenario y se encontraba con su público.

—Es maravillosa —dijo Tony, impresionado por su actuación.

—¿Verdad? —Estelle estaba atónita—. No tenía ni idea de que fuera tan buena.

La banda comenzó a tocar el «Rock around the clock» y la pista de baile volvió a llenarse. Había parejas que bailaban como profesionales y otras que simplemente se dejaban llevar.

Tony los miró antes de volverse hacia Estelle.

—¿Quieres bailar? —le preguntó con la mano tendida.

Sin poder evitarlo, Estelle sonrió.

—¿Por qué no? —contestó cogiendo la mano de Tony.

Rebecca y Sue estaban hablando en un lado de la pista mientras Andy y George conversaban al lado de la mesa de bebidas.

—Al final conseguiste que George viniera —dijo Rebecca.

—Sí, pero no sin discutir. Te aconsejo no jubilarte nunca.

—Vamos, ¡seguro que no está tan mal!

—Bueno, quizás tú y Andy consigáis llevaros mejor que George y yo. Pero es como si durante tantos años hubiéramos estado demasiado ocupados para darnos cuenta de lo poco que tenemos en común.

—Estoy segura de que sí tenéis mucho en común. El problema es que ahora tenéis que reconectaros. Y redescubrir lo que hizo enamoraros el uno del otro. ¿Has pensado en echarle un poco de pimienta a la cosa? Todos esos libros que hemos estado leyendo me han dado varias ideas.

—¡Somos demasiado mayores para eso! —Sue movió la mano como si espantara la idea, pero avergonzada por haber tenido los mismos pensamientos.

—¡De eso nada! —insistió Rebecca, un poco borracha. Había estado abusando de los cócteles y estaba desinhibida—. ¿Qué tal un masaje? Andy y yo hemos comprado ese aceite que huele a fresas. Se puede comprar en Internet, si no quieres entrar en una tienda física. O utiliza una crema hidratante. Pero el masaje no tiene por qué acabar en nada. Es una buena experiencia, y muy sana. Puede ayudarte a conocer de nuevo su cuerpo.

—Puede —replicó Sue—. ¡Madre mía, mira a Estelle! —exclamó cambiando de tema— ¡Parece que se lo está pasando muy bien!

Rebecca miró hacia donde Tony hacía girar a Estelle. Hacían buena pareja. Estelle no dejaba de reírse cada vez que Tony imitaba un movimiento de Elvis.

—Interesante —dijo Rebecca mientras enarcaba una ceja—, ¿quién ha dicho que era?

—El entrenador de fútbol de su hijo, creo.

—Ya veo. Tiene un buen cuerpo —añadió Rebecca.

—La verdad es que es muy guapo —comentó Sue—. Estelle es afortunada.

—¿Crees que va en serio?

—¿Quién sabe? Lo mejor es que la próxima semana la acorralemos y la forcemos a que nos lo diga todo.

Sue se rio cuando, después de mirar a su alrededor, sus ojos se clavaron en Reggie.

—¡Vaya! Mira a Reggie. Me da pena por él.

—¿Dónde está? Ah, sí, ahí. —Acababa de verlo apoyado a la pared al final de la sala. Miraba con tristeza a Gracie, quien seguía rodeada de admiradores.

—¡Reggie! —gritó Rebecca intentando captar su atención entre la música—. ¡Hola! ¡Reggie!

Este tardó un momento en darse cuenta de que alguien lo llamaba y vio a Rebecca saludándole con la mano.

—Reggie, ¡ven aquí!

Se abrió paso entre la multitud después de dejar su vaso vacío en una mesa.

—Hola —dijo tímidamente cuando llegó.

—Hola, Reggie. ¿No ha estado genial Gracie? —Rebecca fue directamente a lo que le interesaba, con una mirada cómplice a Sue.

—Sí, ha estado maravillosa —dijo Reggie con expresión soñadora.

—Sácala a bailar —le apremió Rebecca.

—¿Qué? ¡ No! —Reggie parecía horrorizado—. No puedo hacer eso. Además no sé bailar.

—¡Todo el mundo sabe bailar! —le contradijo Rebecca—. No es difícil. Simplemente, ve a pedirselo.

—Pero...

—¿Qué tienes que perder? —añadió Sue.

Reggie tragó saliva. Estaba nervioso e intentaba conjurar a su Alexander interior. No sabía qué podía ser peor: pedirle a Gracie que bailara con él o la reacción de Rebecca si no lo hacía.

—Hazlo —repitió Rebecca levantando sus puños como un entrenador animando a su equipo.

La respiración de Reggie se aceleró mientras exhalaba por la nariz como si fuera un boxeador a punto de entrar en el cuadrilátero.

—Vale —dijo por fin—. Lo haré.

Echó a andar decididamente hacia Gracie. Rebecca y Sue lo miraron con orgullo.

—¿Alguien ha hablado de bailar? —preguntó Andy, quien había aparecido detrás de Rebecca y le rodeaba la cintura con las manos.

—¿Me estás proponiendo algo? —se rio Rebecca.

—Claro que sí.

—Si me lo pides así, no me puedo negar —contestó mientras se dirigía hacia la pista de baile.

George miró a Sue.

—Y tú ¿qué opinas?

—¿Quieres bailar? —Sue no podía ocultar su sorpresa.

George asintió.

—¿Por qué no? Enseñémosles a esos jóvenes cómo se hace —replicó tirando de Sue hacia el centro de la pista.

Reggie se abrió paso entre la gente que rodeaba a Gracie.

—¡Reggie! —saludó ella, encantada de verlo.

Reggie estaba mudo. Con Gracie delante se sentía incapaz de articular palabra.

—Esto... Ha sido maravilloso —dijo por fin—. Has estado maravillosa.

—¿Te ha gustado? —preguntó Gracie tímidamente.

—Has estado increíble. No sabía que podías cantar así.

—Yo tampoco —admitió Gracie—. Pero parece que ha ido bien. Todo el mundo me lo ha dicho.

—Me preguntaba si... —Reggie tosió para aclararse la garganta mientras

Gracie lo miraba con curiosidad—. Quieres... Bueno, seguramente no quieras. Quiero decir... No se me ocurre... ¿Quieres bailar? —soltó.

Los ojos de Gracie brillaron.

—En realidad me apetece más una copa —le dijo—. No he tomado nada desde que me he bajado del escenario y llevo todo el día bebiendo agua...

—Claro, claro. ¡Qué estúpido soy! Debería haberlo pensado antes. ¿Por qué querrías bailar conmigo? Ve a tomar una copa y te veo luego. De hecho creo que me voy a ir a casa...

—Reggie —le interrumpió Gracie apoyándole una mano en el brazo—, si quieres pedirme una copa, sería maravilloso. Y luego me encantaría bailar contigo. Me apetece un martini —concluyó.

Reggie parecía incapaz de comprender lo que oía.

—¡Ah! Muy bien —dijo al fin con una gran sonrisa en la cara—. ¡Claro que sí! No te muevas. Ahora mismo te traigo el martini.

Cruzó la pista de baile incapaz de contener la sonrisa. Se sentía orgulloso de sí mismo. Si seguía así, Alexander Black parecería un principiante a su lado.

Se hacía tarde, pero la fiesta no parecía decaer. La orquesta seguía tocando mientras la gente seguía bailando y bebiendo en una atmósfera alegre y divertida.

—Creo que voy a tener que descansar después de esto —confesó Estelle a Tony cuando la orquesta terminó de tocar «Johnny B. Goode».

Los dos habían estado flirteando y Estelle estaba en el séptimo cielo. No recordaba cuándo era la última vez que se había sentido así: lejos de las preocupaciones del café y de Joe, al lado de un hombre que le hacía sentir increíblemente bien.

—Claro. No te preocupes. Voy a buscar algo de beber —dijo Tony mientras Estelle buscaba dos asientos vacíos. Tony regresó enseguida con dos Tom Collins.

—Creo que va a ser el último, lo siento —dijo Estelle con pena genuina. No quería que se acabara la noche—. Mañana madrugo para el café. No hay descanso para los malvados.

—Yo también me tengo que ir —le explicó Tony—. No me apetece dejar a Chris demasiado tiempo solo. Además mañana entro temprano.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó Estelle dando un sorbo a su bebida — ¡Oh! Se me olvidaba que eras entrenador.

—La verdad es que soy bombero —confesó Tony.

—¡No puede ser! —exclamó Estelle incrédula, mientras recordaba el incidente de la semana pasada, cuando estuvo a punto de quemar su propia casa—. Estás de broma.

—Palabra de honor —dijo Tony poniéndose la mano en el pecho—. Y me gusta saber que tu alarma de incendios funciona muy bien. Es bueno que decidieras probarla cuando estaba allí.

Estelle se sonrojó, se sentía como si alguien la hubiera pillado con las manos en la masa. Se enrojeció aún más mientras lo imaginaba vestido de bombero. Una visión erótica con la que podría soñar las próximas semanas. Su profesión explicaba el porqué de su magnífico físico. Estelle comenzó a preguntarse qué tal le quedaría el casco...

—Estaba pensando... —dijo Tony interrumpiendo sus pensamientos. Agradeció no saber el motivo por el que se había puesto tan roja—. Has dicho que estabas buscando maneras de mejorar tu negocio. ¿Tienes página web?

—No, la verdad es que no —confesó Estelle—. Es algo que siempre he querido hacer. Pero no tengo tiempo. Además es caro.

—No tiene por qué serlo —le dijo Tony—. Yo le he hecho una al equipo de fútbol. ¿Te lo ha contado Joe? Bueno, no me extraña que no lo haya hecho —continuó, mientras ella movía la cabeza negando—. Los adolescentes no son los seres más comunicativos del mundo. Pero la verdad es que deberías echarle un vistazo. Tiene una sección en la que están todos los entrenamientos y partidos. Y otra en la que los jugadores pueden confirmar su disponibilidad. Me gustaría mejorarla un poco. Como, por ejemplo, incluir los perfiles de los jugadores o un foro en el que puedan hablar, pero todavía no lo he hecho.

—Suena genial —dijo Estelle, entusiasmada—. Le voy a pedir a Joe que me explique todos los detalles.

—Si quieres, puedo ayudarte a hacer una para el Crumb. No va a ser algo maravilloso, no soy un especialista, pero tendrá lo básico. Por ejemplo, los horarios y el menú. O detalles de eventos como los del club de lectura. Además de las opiniones de los clientes u ofertas especiales. Lo que quieras.

—¿De verdad lo harías? —le preguntó Estelle.

—Claro. Dime solo qué día te viene bien. Tendrás que comprar el dominio, pero también puedo ayudarte con eso si quieres.

—¡Sería estupendo! —se entusiasmó Estelle. Quería abrazarlo y besarlo, pero no sabía si sería apropiado. Y no sabía si la bebida le nublabla el entendimiento. En ese momento deseaba ser cándida e inocente como los

personajes de los libros que leía. Querría haber tenido la confianza suficiente como para susurrarle en el oído que lo que quería de él era que la llevara a la cama y le dijera lo que se había estado perdiendo.

—Estaré encantado de hacerlo. —Tony parecía muy satisfecho consigo mismo.

Estelle alzó su vaso para beber, pero se dio cuenta de que estaba vacío. Con un suspiro de decepción, miró la pantalla de su teléfono y se dio cuenta de que eran más de las once. Afortunadamente, no había llamadas perdidas de Joe. Solo un mensaje antiguo en el que decía que estaba bien y que se iba a la cama.

—Me tengo que ir, en serio —dijo Estelle—. Pero gracias por el ofrecimiento, es una idea maravillosa. Tengo tu número, así que te llamaré. —Se puso de pie.

Tony también se levantó.

—Puedo acompañarte si quieres —le ofreció—. No vives lejos y no está bien que una mujer como tú vaya sola a estas horas —añadió galante.

—Bueno, si estás tan convencido... —aceptó Estelle. Se sentía nerviosa.

—Claro que sí. Alguien que prepare bollos de pasas como los tuyos merece a alguien que la cuide —se rio Tony.

—Bueno... Gracias —replicó Estelle mientras se sonrojaba. Cada vez que abría la boca le parecía más perfecto—. Voy a decirle adiós a mis amigos. Enseguida vuelvo.

Le sonrió y su pulso se aceleró cuando él le devolvió la sonrisa. Buscó con los ojos a sus amigos.

A los primeros que vio fue a Reggie y a Gracie. Bailaban. Reggie intentaba imitar los movimientos del rock and roll agitando brazos y piernas mientras Gracie se reía a carcajadas. Sue y George también bailaban, pero menos alocadamente que la joven pareja.

Luego vio a Rebecca y a Andy en la mesa de las bebidas y se dirigió hacia ellos.

—¿No ha sido una noche fantástica? —se rio Rebecca, un poco borracha—. ¿No ha sido magnífica la actuación de Gracie?

—Sí a las dos cosas —acordó Estelle. Le gustaba ver a Rebecca tan divertida. Estaba abrazada a Andy, con los cuerpos muy cerca el uno del otro—. Pero me temo que tengo que marcharme. He dejado solo a Joe y mañana tengo que levantarme temprano.

—¡Qué pena! —exclamó Rebecca—. Apenas te he visto esta noche. Has

pasado toda la noche con ese cachas.

—¡Oye! —le interrumpió Andy.

—Bueno, no tan cachas como este —dijo Rebecca mientras señalaba el pecho de Andy.

—Me va a acompañar a casa —confesó Estelle.

—¡Estelle! —gritó Rebecca, tan alto que a Estelle le dio miedo que Tony pudiera escucharle—. ¡Eso es maravilloso! ¡No hagas nada que yo no haría! —dijo mientras le guiñaba un ojo.

—No te preocupes. No lo haré —dijo Estelle. Esperaba no haberse ruborizado demasiado—. No quiero interrumpir a los demás. ¿Podrías decirles adiós de mi parte? Te veo la semana que viene.

—Allí estaré. Y quiero todos los detalles sucios —insistió Rebecca con una mueca.

—Ha sido un placer conocerte, Andy —continuó Estelle ignorando a Rebecca. Los besó a los dos en las mejillas y echó a correr hacia la salida, donde la esperaba Tony.

Capítulo 18

Ya era casi medianoche y la orquesta tocaba la última canción. Las últimas parejas bailaban «Love me tender» mientras el centro se iba vaciando. Sue y George dijeron adiós y se dirigieron hacia la salida.

Sue tuvo un escalofrío. Llevaba un abrigo tres cuartos, pero de tela fina, y era una noche fría.

—¿Tienes frío? —preguntó George. Solo llevaba una chaqueta, pero el whisky que se acababa de tomar le había hecho entrar en calor.

—Un poco —admitió Sue.

—Ven aquí, mi amor. Yo te caliento —dijo George mientras la atraía hacia sí bruscamente.

—Ten cuidado, George —exclamó Sue, ya que sus cabezas casi se golpearon. Pero George o no la había oído o decidió ignorarla, ya que pasó el brazo por sus hombros.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —dijo Sue.

—Sí, yo también —admitió George.

—¿Ves? Sabía que sería así.

—Bueno... —murmuró George.

—Deberíamos hacer cosas así más a menudo. Ya sabes: salir más, bailar... Gracie me ha dicho que dan clases de bailes de salón en uno de los bares de la ciudad. Se me ha olvidado el nombre, pero...

—Es mejor que no hablemos de eso ahora, Sue —le cortó George.

—Solo era una idea —replicó ella a la defensiva—. Visto lo bien que te lo has pasado, se me había ocurrido que quizá quisieras probar otras cosas.

Siguieron andando en silencio hasta que George habló. Intentando mantener un tono animado, dijo:

—Como he dicho antes, nos lo hemos pasado muy bien esta noche. No lo estropeemos.

—Vale.

Por una vez, Sue había decidido contenerse.

La luna estaba llena y brillaba, igual que las farolas de la calle. Un grupo de jóvenes borrachos pasó a su lado. Salían del pub cercano y se reían a gritos.

—Parece que fue hace siglos —dijo George tristemente.

—¿El qué?

—Cuando teníamos esa edad.

—Es que han pasado siglos —le sonrió Sue.

—Yo creo que aún podríamos ganarles. Mira las lecciones de baile que les hemos dado esta noche a esos jovencitos. Tú y yo éramos los reyes de la pista.

—¿Así que ya no crees que mis amigos son demasiado jóvenes?

—Bueno, éramos los más mayores. Pero creo que nos mantenemos muy bien. Y tus amigos parecían muy simpáticos. Andy es un buen tipo. Además es del Chelsea. Y esa Gracie canta como los ángeles.

—Ha estado maravillosa, ¿verdad? No sabía que cantaba tan bien...

—Y tu amiga, la dueña del café... ¿Elsie?

—Estelle —le corrigió.

—Sí, justo. ¿Qué hay de ella y de ese hombre con el que se ha ido a su casa?

—No creo que se hayan ido juntos. Tiene un hijo adolescente y no me parece que sea de ese tipo de mujeres. Pero estoy convencida de que está deseando volver a casarse con alguien que la haga feliz.

—¿Casarse? ¿Felicidad? Esos conceptos no suelen ir juntos —bufó George.

—Ya, me lo vas a decir a mí —replicó Sue con un golpe cariñoso en el brazo. Tenía razón, con todo lo que habían discutido últimamente. Pero aquella noche se estaban llevando bien por primera vez en mucho tiempo.

Cuando se acercaban a su casa, Sue se soltó para buscar las llaves. Su hogar parecía una casa campestre con sus paredes blancas, el sendero que conducía a la entrada y la luz automática que se encendió en cuanto se aproximaron.

Sue se dio cuenta de que seguía un poco borracha cuando le costó meter la llave en la cerradura. Pero esos Manhattan estaban tan buenos...

Consiguió abrir la puerta y George la siguió dentro.

—Qué bien estar de vuelta en casa... —suspiró él mientras cruzaba la entrada y se sentaba en su sillón favorito.

—Ah, no —le advirtió Sue—. No voy a dejar que te duermas ahí. Si estás cansado, vete a la cama.

Por primera vez, George no protestó.

—Me gusta cuando me das órdenes.

Muy a su pesar, Sue sonrió.

—¿Quieres una taza de té?

—No, gracias, cariño, no quiero estar despierto toda la noche —replicó George mientras se levantaba—. Vaya, creo que mañana voy a tener agujetas. Me parece que me he pasado con el baile.

—Va a ser que no somos tan jóvenes, ¿verdad? Bueno, eres abuelo.

—Habla por ti misma, abuela.

—¡Eh! Que yo soy una abuela con estilo —protestó Sue.

George se rio. Luego se encogió de hombros.

—Mis pobres huesos. Ya me duele la espalda.

Sue miró a George dudando si decirle o no lo que pensaba. Finalmente los Manhattan surtieron su efecto y recordó la charla con Rebecca.

—Podría darte un masaje, si quieres.

—¿Cómo dices? —preguntó él creyendo que había oído mal.

—Un masaje —repitió intentando sonar despreocupada—. Se supone que viene bien para la espalda. Te soltará los músculos y te sentirás más relajado.

George entrecerró los ojos mientras la miraba con suspicacia.

—¿Cómo sabes tanto de eso?

—Lo he debido de leer por algún sitio —explicó Sue, sin admitir dónde lo había leído exactamente, en novelas donde un masaje no es más que el prelude de algo mucho más interesante. Hacía mucho tiempo desde que algo así había sucedido bajo el techo de Sue. Pero de pronto se dio cuenta de que las lecturas la habían influido más de lo que quería reconocer. Sus ojos se habían abierto a un mundo de placer y pasión y ansiaba experimentarlo por sí misma.

—Entonces, ¿qué dices? —dijo con un tono sensual.

—Está bien —claudicó George.

—Pues venga, quítate la camisa y vamos a la habitación.

—Hacía tiempo que nadie me proponía algo así —se rio George—. ¿Podemos encender primero la calefacción?

Sue lo siguió hasta el dormitorio de paredes empapeladas, donde George comenzó a desnudarse hasta quedar en calzoncillos.

—Y eso también. Venga, que quiero ver un poco de carne —bromeó, mientras observaba el cuerpo de su marido con sus calzoncillos. Con un poco de esfuerzo, podía imaginar que tenía el cuerpo de David Beckham frente a ella y no el de George.

—Y tú ¿qué? No estoy dispuesto a desnudarme si tú no lo haces.

—No sé a qué tipo de masajes has estado yendo tú, pero en mi opinión la

masajista suele quedarse vestida —se rio Sue.

—Vamos, estoy seguro de que estás deseando quitarte ese disfraz —insistió George.

—Vale, voy a ponerme algo más cómodo —dijo Sue mientras se quitaba el vestido, lo doblaba y lo dejaba en la mecedora de la esquina. Cogió la bata de verano del armario y se la puso. Era una pieza de seda que le permitía moverse con facilidad.

—Túmbate boca abajo —le dijo a George.

Este obedeció con un gruñido.

—Ahora cierra los ojos y disfruta —sugirió Sue suavemente mientras se arrodillaba a su lado—. ¿Dónde te duele?

—Por todas partes —murmuró él, con la cara hundida en la colcha.

Sue comenzó a deslizar los dedos sobre su piel mientras frotaba sus músculos para calentarlos antes de centrarse en los nudos que tenía sobre los hombros.

—Ahhh, qué bien.

—Espera un segundo. Acabo de recordar algo —exclamó Sue mientras saltaba de la cama y se precipitaba escaleras abajo hacia la cocina.

—¡No pares ahora! —protestó George frustrado mientras Sue volvía con una botella de aceite—. ¿Qué pretendes hacer con eso? —preguntó, alarmado.

—Es más fácil con un poco de aceite... Actúa como... lubricante —le explicó. Sus mejillas se sonrojaron al decir esta última palabra.

—¡Pero no puedes ponerme aceite! ¡No soy una ensalada!

—Está bien, George. No te preocupes. Es cien por cien natural y es seguro.

—Supongo que eso también lo has leído en algún sitio, ¿no? —gruñó George mientras volvía a enterrar la cara en la almohada.

—Pues sí, la verdad es que sí —dijo. Afortunadamente, George no pudo ver cómo se ruborizaba.

A decir verdad se había inspirado en una de las escenas de Diez dulces lecciones, en la que Alexander y Christina utilizaban todo tipo de comida. Las cosas que eran capaces de hacer con un calabacín y aceite habían hecho que a Sue se le salieran los ojos de las órbitas. Y no tenían nada que ver con una ensalada mediterránea.

Pero George no necesitaba saber aquello. Sue cogió un poco de aceite y lo calentó con las manos. Luego lo extendió sobre la piel de George mientras frotaba de nuevo sus hombros. Esta vez sus palmas se deslizaban y notaba la piel

bajo la suya.

—¿Qué tal? —susurró Sue.

—Me siento como un pavo que fueras a meter en el horno —protestó. Pero las caricias de Sue pronto se convirtieron en suspiros de placer.

Mientras trabajaba en la espalda de George, se preguntó qué pensaría la gente si pudiera verla así. Era una mujer de sesenta y dos años, subida a horcajadas sobre su marido, de sesenta y cinco, intentando reavivar la chispa en su relación con ingredientes culinarios.

A pesar de todo lo que le había dicho a su hija la semana pasada, deseaba que su matrimonio se arreglara. Pero debían comprometerse los dos y hacer esfuerzos. Y como George se había avenido a salir aquella noche, tenía derecho a una recompensa.

Las manos de Sue se movían perezosamente sobre la espalda de George. Lo observó yaciendo allí, con el cuerpo relajado. Era muy diferente al hombre con el que se había casado hacía años. Tenía el pelo cano en las sienes y escaso en la coronilla. El torso, que había sido firme y duro, era ahora un saco de piel que temblaba bajo sus dedos. Sus músculos eran frágiles y se le formaban michelines en la cintura. Un pelo gris lo cubría todo.

Pero era suyo y lo quería.

Ella tampoco era igual a cuando tenía veinte años. La fuerza de la gravedad había terminado imponiendo su ley en el pecho y el estómago y ya no le quedaban fuerzas para luchar contra ella. Tenía arrugas y el pelo color gris plata. Pero como marido y mujer que eran, debían cuidar el uno del otro. En lo bueno y en lo malo. ¿No era eso lo que habían prometido?

Las manos de Sue se deslizaron hasta la parte baja de la espalda. Empezó a presionar en la zona de los riñones.

—¿Te gusta? —preguntó suavemente.

—Mmm. —Parecía muy relajado.

—Eso está bien.

Echó más aceite y continuó su trabajo. Con la punta de los dedos iba deshaciendo los nudos.

Sus manos siguieron bajando por debajo de la cinturilla de los calzoncillos de George. Un pensamiento travieso cruzó su mente. Había pasado demasiado tiempo desde que investigó por última vez lo que se escondía debajo de los calzoncillos de su marido. Pero si seguía siendo el hombre con quien se había casado, sabía que no protestaría.

¿Y por qué no tomar la iniciativa? Las protagonistas de los libros que había leído no temían dar el primer paso, así pues ¿por qué no ella?

Sue dejó que sus manos rodearan la cintura de su marido y deslizó los dedos debajo de sus calzoncillos.

Tomó aire mientras una oleada de deseo largo tiempo olvidada le recorría las venas, al darse cuenta de que por fin tenía el valor de decirle a su marido qué era exactamente lo que quería, con lo que había estado fantaseando desde que comenzara a leer libros eróticos. Su respiración se hizo más pesada y su cuerpo se llenó de una satisfacción que durante tanto tiempo había eludido.

Cerró los ojos y pensó en lo que sentía cuando los dedos de George le acariciaban el cuerpo desnudo, cuando lo sentía dentro de ella, cuando se movían a la vez...

—George —susurró de forma seductora.

No hubo respuesta.

Bajó más las manos para dejar claras sus intenciones y empezó a moverlas con suavidad.

—¿George? ¡George! —exclamó, ahora en voz más alta.

La única respuesta que obtuvo fue un sonoro ronquido. George tenía los ojos cerrados y la boca abierta. Sue se sentó sobre sus talones, decepcionada. Se había quedado dormido.

Capítulo 19

—¿Qué pasó?

Fue lo primero que dijo Rebecca después de cruzar la puerta del café Crumb. Había llegado antes incluso que la sesión anterior, pero en esta ocasión Estelle estaba lista y había abierto a las siete menos cuarto.

—No pasó nada —insistió Estelle. Sabía exactamente a lo que Rebecca se refería.

—¿Qué? ¿Ni un beso? ¿Nada?

—Es un perfecto caballero.

Rebecca puso cara larga.

—Qué rollo —declaró. Parecía muy decepcionada—. Si hubierais sido los personajes de una novela de Jilly Cooper —explicó mientras sacaba su ejemplar de Jinetes del bolso—, te habría subido a su caballo y se lo hubiera montado contigo en el establo.

—¡Rebecca! —exclamó Estelle mientras su mejillas se teñían de carmesí. Si era honesta, eso era exactamente lo que hubiera querido.

—Lo siento —se disculpó—. Ya me estoy imaginando cosas. Y siento si te dije algo inconveniente la otra noche. Creo que disfruté demasiado de la bebida.

—No te preocupes —la tranquilizó Estelle—. ¿Te lo pasaste bien?

—Me lo pasé muy bien. Y Andy también. ¿Sabes si va a haber otra pronto?

—Pues ojalá. Tenemos que preguntarle a Gracie.

Ambas se giraron mientras Sue entraba precipitadamente quitándose el abrigo.

—Bueno, ¿hay cotilleos? ¿Le has preguntado, Rebecca?

—Sí, y no suelta prenda.

—Bueno, una dama nunca habla de sus intimidades. —Sue le guiñó un ojo a Estelle.

—¡No hay nada que contar!

—Entonces, ¿por qué te pones así? —se rio Rebecca.

—Hacéis una pareja muy buena —añadió Sue—. Es un hombre muy guapo y

se os ve muy bien juntos.

—Gracias, pero resulta que Tony es todo un caballero que simplemente quiso acompañarme a casa. Nuestros hijos juegan juntos al fútbol y tenemos mucho en común.

—¡Vaya! ¡Es tan perfecto! —Rebecca se negaba a creer a Estelle.

—¿Está divorciado? —le preguntó Sue.

—No; de hecho, su historia es muy triste. Su mujer murió hace unos años.

—¡Qué horror! —exclamó Sue—. ¿Y está criando a su hijo solo?

Estelle asintió.

—Chris parece un chico encantador. Él y Joe se llevan muy bien.

—Es tan romántico... Y terrible, claro —se apresuró a añadir Rebecca ante la cara de horror de Sue y Estelle—. Es como un personaje de una novela rosa: el viudo trágico que está como un tren...

—Creo que lees demasiado —se rio Estelle—. Quizá vamos a tener que prohibirte que vengas a las reuniones.

—¡Ay, no, por favor! ¡Echaría demasiado de menos tus bizcochos! Hablando de eso...

—Ay, sí, lo siento —dijo Estelle corriendo detrás de la barra—. Esto es lo que pasa cuando me distraéis.

—Tiene la cabeza en otra parte —le dijo Sue a Rebecca en un susurro. Las tres se echaron a reír a la vez.

—¿Os he dicho que es bombero? —Estelle no pudo evitar contarlo.

La boca de Rebecca se abrió de par en par.

—¡No! ¡Anda ya!

—Pues sí.

—Eso explica el cuerpazo —dijo Rebecca.

—¿Te ha enseñado ya el casco? —preguntó Sue, normalmente tan comedida. Rebecca y ella estallaron en carcajadas.

Estelle puso los ojos en blanco.

—Bueno, venga, dejemos las bromas y vamos a lo nuestro.

—¿Te ha pedido que le sostengas la manguera? —Rebecca se reía tanto que apenas conseguía articular palabra.

Afortunadamente para Estelle, Gracie entró en ese momento y las tres mujeres irrumpieron en aplausos.

—Aquí está el pequeño rruiseñor —dijo Rebecca mientras Gracie hacía una reverencia. Esta llevaba la falda con el estampado de cerezas que había

comprado cuando había ido con Rebecca de compras y una camiseta blanca de cuello de pico.

—Estuviste genial, una auténtica Ella Fitzgerald —afirmó Sue.

—No es que me gustara... ¡Es que me encantó! —corroboró Estelle haciendo su mejor imitación de Simon Cowell, el jurado de American Idol.

—Muchas gracias a todas —dijo Gracie sonriendo. Estaba encantada de su reacción—. Y muchas gracias por venir. Me gustó veros allí. Todos habéis sido encantadores.

—Bueno, te lo mereces —insistió Rebecca mientras la abrazaba.

—De hecho, estábamos hablando de lo bien que nos lo pasamos y de si va a haber otra fiesta de los años cincuenta pronto —preguntó Estelle.

—Sí, eso creo. Me parece que hacen una al mes, así que me informaré y os aviso —le explicó Gracie.

—¡Perfecto! ¡Incluso George se lo pasó bien! —afirmó riendo Sue.

—¿Qué tal van las cosas con él? —preguntó Rebecca educadamente.

—Bueno, ya sabes... Plus ça change...

Pero no pudo decir nada más, ya que en ese momento entró Reggie.

—Hola.

Esbozaba una sonrisa que lo hacía parecer más seguro de sí mismo. Empezaba a acostumbrarse a estar rodeado de mujeres. Las saludó y entonces sus ojos se clavaron en Gracie.

—Hola —le dijo, tímidamente.

—Hola —contestó ella sin darse cuenta de que las otras los miraban con atención.

—¿Os sirvo algo? —intervino Estelle—. Y luego podemos sentarnos a hablar de Jilly Cooper.

Gracie pidió un bizcocho con té y Reggie, tarta de nueces con café. Se sentaron todos alrededor de la mesa y sacaron sus ejemplares de Jinetes.

—La cubierta no puede ser más emblemática, ¿no? —se maravilló Rebecca mientras miraba la famosa foto. En ella se veía el trasero de una mujer enfundado en unos pantalones de montar con la mano de un hombre sobre ellos. En la mano izquierda la mujer sostenía una fusta.

—Es excelente. Traviesa y sugerente, pero sin ser ofensiva —corroboró Sue.

—Igual que la forma de escribir de Jilly —añadió Estelle—. ¿Qué pensáis de ello?

—¡A mí me ha encantado! —exclamó Rebecca—. No puedo creer que no lo

hubiera leído antes. Es exactamente el tipo de libros que me gustan. Y tiene un tono como de cotilleo que te engancha.

—¡Ah, sí! —dijo Estelle—. ¡Y mucha mala idea! Hay mucho de eso.

—Pero Jilly lo hace muy bien. Hay mucho sexo, pero no es nada explícito, como en Diez dulces lecciones —añadió Sue.

—¡Yo ni siquiera lo llamaría erótico! —agregó Estelle—. Es como si todo el rato estuvieran cambiando de parejas o saltando de una cama a otra. Todos son muy activos sexualmente.

—Qué suerte tienen —dijo Sue.

—¿No os ha dado ganas de vivir en Rutshire? —suspiró Rebecca.

—Incluso el nombre es divertido —se rió Gracie. —¿Y qué tienen los caballos para resultar tan sexis?

—¿Caballos? —soltó Reggie.

—No, no me refería a eso —se corrigió enseguida Gracie mientras los demás se reían—. Me refería al mundo de la hípica.

—Es un deporte muy sexi —asintió Rebecca—. Con todas esas fustas y bridas. Y esos pantalones ajustados. Uno no puede ocultar nada bajo ellos. —Se rio.

—Además se pasan el día al aire libre, así que todos están morenos y saludables —añadió Sue. Secretamente, deseaba que George saliera a tomar un poco más de aire, aunque a duras penas conseguía arrancarlo del televisor.

—¿Sabíais que se pueden comprar arneses y bridas de mentira? ¿No es extraño? —les informó Gracie.

—Bueno, pues a mí no me importaría que alguien me montara —declaró Rebecca sin atisbo de vergüenza—. Aunque lo de las bridas me parece un poco extremo. Pero no me importaría que Rupert Campbell-Black me atara en el guadarnés y me diera una lección con su fusta.

—¡Rebecca! —exclamó Gracie, molesta—. Pero qué obsesión tienes con los hombres que nos tratan como si fuéramos una mierda. Cada reunión es igual.

—No soy solo yo —replicó Rebecca a la defensiva—. Estoy segura de que hay miles de mujeres que están enamoradas de él. Sí, es un tipo arrogante, ¡pero tan sensual, peligroso y encantador! —Los ojos le echaban chispas.

—Yo creo que dices eso porque Andy es un tipo estupendo —sugirió Estelle—. Por ello fantaseas con que alguien duro abuse de ti.

—¿No es lo que quiere todo el mundo? —insistió Rebecca—. Un hombre majo, pero no demasiado. Y que tenga un lado oscuro.

—El de Rupert Campbell-Black es demasiado grande —le contradijo Gracie, quien de pronto había mirado a Reggie. Cuanto más describía al hombre de sus sueños, más se parecía esa imagen a la de Reggie.

—Reggie —dijo Estelle mientras Gracie se sobresaltaba, preocupada por que Estelle pudiera leer sus pensamientos—, ¿qué te ha parecido Jinetes?

—¡Demasiado largo! —dijo enseguida, lo que hizo que todo el mundo se riera—. ¿Cuántas páginas tiene? ¿Novecientas? ¡Es la peor basura que he leído nunca!

—¿Más que Diez dulces lecciones? —Estelle parecía sorprendida.

Reggie asintió.

—Parece un culebrón. Todos cambiando constantemente de pareja y acostándose todos con todos. Supongo que el mundo de la hípica es interesante, pero a veces la autora se centra demasiado en los detalles. Me parece un libro para mujeres.

—Sexista —saltó Gracie.

Reggie se encogió de hombros y la miró ruborizado.

—Como dice Rebecca, la mayoría de los personajes femeninos se enamora de al menos uno de los hombres. Todos son tipos duros. Me parece una fantasía femenina.

—Entonces ¿no te gustaría darte un revolcón en un establo? —le preguntó Rebecca.

Reggie la miró. Su boca se abrió y se cerró antes de atreverse a responder. La verdad era que la mayoría de los escenarios le habían parecido muy sexis. Pero bajo ningún concepto se atrevería a admitirlo ante aquellas mujeres.

—Yo no soy como Rupert Campbell-Black —terminó diplomáticamente.

—Ni falta que te hace —dijo Gracie en su defensa.

Todo el mundo se giró para mirarlos mientras Gracie les miraba desafiante. Una sonrisa se había dibujado en la boca de Estelle, mientras que Sue y Rebecca se lanzaban miraditas, tal y como habían hecho en la fiesta de los años cincuenta.

Reggie, en cambio, bajó la vista. Su corazón comenzó a latir rápidamente. ¿Podía ser cierto que le gustara a Gracie? Claro que le había pedido que bailara con él la semana pasada y ella había accedido, pero podía ser producto del alcohol y de la euforia por la actuación.

Al finalizar la noche, la había acompañado hasta casa. Pero le había entrado la timidez y se había limitado a acompañarla hasta la puerta. Al día siguiente Reggie se despertó lamentándose. Pero comentarios como el que había hecho

Gracie le hacían abrigar esperanzas...

—Bueno, pues quizás deberíamos dejar que escogieras tú el libro de la próxima reunión, Reggie —sugirió Estelle—. Así sabremos por fin en qué piensan los hombres.

—¡Buena idea! —se entusiasmó Rebecca—. Me gusta cómo suena eso.

—¿Yo? —Reggie se preguntó qué podría sugerir. Tenía opciones lógicas, como Jackie Collins, pero que no le gustaban demasiado. Podía optar por algo más educativo, como Chaucer. Le divertía saber qué pensarían las mujeres de aquello. Luego estaba la literatura de Anaïs Nin, recordó. Era una autora que había dado en sus clases. Quería algo histórico, pero que provocara debate. Un texto que demostrara que no era tan mojigato y soso como creían.

—¿Reggie? —insistió Estelle—. Si quieres, alguien puede escoger por ti si no se te ocurre nada.

—El marqués de Sade —dijo triunfal.

—¿Qué? —preguntó Rebecca—. No he oído hablar de él.

—Es un autor francés del siglo XVIII —explicó Reggie.

—Suena fascinante —suspiró Rebecca conteniendo un bostezo. Deseaba que hubiera escogido algo más divertido.

—Quiso investigar lo depravada que podía llegar a ser una novela —explicó Reggie—. Créeme, me parece difícil que puedas enamorarte de ninguno de los personajes de sus novelas. ¿Alguien ha leído al marqués de Sade?

Todas negaron con la cabeza.

—¿No fue él quien escribió Los 120 días de Sodoma? Dicen que es tremendo.

—No es una lectura fácil —explicó Reggie—. Pero creo que, si vamos a seguir con este tipo de lecturas, debemos investigarlo todo. ¿Qué os parece Justine? Es una novela corta, así que la lectura será rápida, pero intensa.

—De verdad, Reggie, ¿tan fuerte es? —preguntó Rebecca. Creía que estaba exagerando. Le suponía una vida de lo más convencional, así que cualquier práctica sexual anormal seguramente lo escandalizaría.

Reggie sonrió: sabía lo que estaba pensando Rebecca.

—Bueno, léelo y ya me dirás lo que te parece.

Durante un minuto nadie habló. Todas pensaban en su siguiente lectura y en lo depravado que podía ser Justine. Surgieron pequeñas conversaciones, pero claramente la reunión se estaba acabando. No pasó mucho tiempo antes de que Sue se terminara su taza de té y se despidiera. Estelle comenzó a recoger,

mientras Gracie y Rebecca charlaban sin mucha prisa por marcharse.

Tampoco Reggie había recogido sus cosas y había salido corriendo como solía. Aquella noche esperaba poder hablar con Gracie. Pero esta no dejaba de hablar con Rebecca, y se fue desanimando. Quizá sería mejor dejarlo para la semana siguiente. Cerró la mochila y le llevó la bandeja vacía a Estelle.

—Bueno, tengo que marcharme —oyó que decía Rebecca—. Andy habrá empezado a preocuparse. Buenas noches, Estelle. Gracias por la reunión, y nos vemos pronto.

Estelle se acercó a ellos y se despidieron. Reggie siguió a Rebecca y a Gracie fuera mientras Estelle cerraba la puerta.

Reggie sacó su móvil y empezó a jugar en un intento por hacer tiempo mientras las mujeres se despedían.

—¿Estás bien, Reggie? —preguntó Rebecca, que se había dado cuenta de lo inquieto que estaba. Hablaban sobre cómo hacer que te duraran los rizos, un tema en el que él tenía poco que decir.

—Sí, claro —dijo a punto de darse por vencido. Entonces cambió de opinión, se giró y les dijo a las mujeres—: Esto... No. Rebecca, ¿te importa si hablo a solas con Gracie? Quiero decir... Gracie, ¿puedo hablar contigo?

—Claro —dijo Gracie.

—Nos vemos pronto. —Rebecca levantó las cejas con una mirada a Gracie—. Buenas noches. Gracie, llámame si te apetece hablar antes.

—Adiós, Rebecca —se despidió Reggie educadamente. Los nervios le habían revuelto el estómago. Se había sentido muy valiente antes, cuando había propuesto que leyeran al marqués de Sade, pero de nuevo su valor había desaparecido.

Gracie le sonrió y Reggie se dio cuenta de que tenía los ojos verdes. Sus pestañas eran largas y oscuras y llevaba delineador negro.

Reggie se dio cuenta de que la estaba mirando absorto.

—¿De qué querías hablarme? —preguntó Gracie.

—Pues... —Reggie se aclaró la garganta y luego se estiró la chaqueta. Esperaba estar guapo. Había hecho un esfuerzo. Se había puesto unos vaqueros nuevos y una camisa elegante. Además había intentado peinarse, en vez de dejarse el pelo alborotado.

—Me lo pasé muy bien en la fiesta —empezó—. Cantaste increíble. Y estabas... increíble —dijo, incapaz de encontrar otro adjetivo.

—Gracias —dijo ella tímidamente.

—Bueno, me preguntaba... —Reggie se detuvo para coger aire—. Me preguntaba si..., si... te gustaría salir conmigo... sin el resto de los del club de lectura. Podríamos ir a tomar algo, o a beber algo, o al cine.

—Quieres decir ¿una cita? —Gracie le interrumpió antes de que desgranara todos los planes posibles.

—Sí, justo. —Entonces le entró el pánico—. O no, si no quieres. No tienes por qué decir que sí. Podemos olvidar toda esta conversación y no decírselo nunca a nadie...

—Reggie. —Gracie volvió a cortarlo entre risas—. Sí, Reggie. Claro que me gustará ir a beber o a comer algo, o al cine o a donde se te ocurra —sonrió. Su pelo negro le enmarcaba la cara mientras lo miraba.

—¿De verdad? —Reggie exhaló despacio y con expresión aliviada—. Bueno. —Y una gran sonrisa se dibujó en su rostro mientras se daba cuenta de lo que acababa de suceder.

Le había pedido a Gracie que saliera con él y ella había dicho que sí. Se sentía como un conquistador, alguien capaz de espantar a Rupert Campbell-Black. Porque Gracie no quería a Rupert Campbell-Black, ¡sino a él!

—Es excelente —dijo incapaz de dejar de sonreír—. Absolutamente excelente.

Capítulo 20

Estelle esperaba nerviosa a la puerta de la casa de Tony. Comprobó que el pelo no se le había encrespado y se estiró la chaqueta. Había pasado horas intentando encontrar el modelo perfecto y finalmente había optado por un top más corto de lo que solía llevar, unos vaqueros de pitillo y bailarinas. Quería estar guapa, pero sin que se notara. Llevaba el pelo en una media melena y le brillaba, ahora que por fin se había decidido a cortarse las puntas. Incluso se había dado un baño de color castaño para cubrir las canas.

Se había puesto un maquillaje suave y tenía que admitir que se sentía bien. ¿Por qué no cuidarse un poco? Inspirada por todas esas novelas que había leído, Estelle era más consciente que antes de su sexualidad y quería redescubrir ese aspecto de sí misma. Temía haberse convertido en una adicta al trabajo entrada en años y sabía que no quería esa clase de vida.

Vio que Joe, a su lado, la miraba con curiosidad.

—¿Por qué estás tan rara, mamá?

—¡No estoy rara! —dijo a la defensiva—. ¿En qué estoy rara?

—No lo sé... Actúas raro. Como si estuvieras nerviosa.

Estelle se rio, quizá demasiado alto.

—¿Por qué iba a estar nerviosa? De verdad, Joe, que se te ocurren unas cosas...

La puerta se abrió y Estelle se calló. Tony estaba ahí, con una amplia sonrisa, y Estelle sintió que iba a derretirse sobre el felpudo, aunque en lugar de ello le devolvió la sonrisa. Él llevaba un polo con vaqueros e iba descalzo, cosa que Estelle encontró increíblemente sexi. Se sintió ridícula por haber hecho tanto esfuerzo con su apariencia y le preocupó que Tony pensara que iba demasiado arreglada.

—Hola Estelle. Hola Joe. Entrad. Estás muy guapa —le dijo con un beso en la mejilla.

Estelle sintió el olor del jabón, del aftershave y de su piel. Le volvieron las sensaciones que había experimentado durante la fiesta de los años cincuenta

cuando estuvieron bailando con los cuerpos muy juntos. Sintió excitación en partes de su cuerpo que llevaban mucho tiempo sin sentirse excitadas...

—¿Te has hecho algo en el pelo? —preguntó Tony con la mano todavía sobre el hombro de ella.

Estelle notaba la presión a través de la fina tela de su top. Intentó comportarse con normalidad.

—Sí, me he cortado el pelo. Nada especial —dijo.

—¿Estás bien? —le preguntó Tony con ojos entrecerrados—. Pareces un poco...

—Rara —cortó Joe—, ¿verdad? Es lo que yo le decía. Estás muy rara, mamá.

—Bueno, no sé si es esa la palabra que habría utilizado —dijo Tony diplomáticamente—. Bueno, ¿qué tal estás, Joe?

—Muy bien —dijo él, feliz—. Voy a empezar a jugar en el equipo titular del colegio a pesar de que normalmente no te dejan hasta que estás en décimo. El señor Hughes dice que mi manera de darle a la pelota le recuerda a la de Ronaldo.

—Eso es fantástico. —Tony parecía impresionado.

—Sabía que lo entenderías. Mamá nunca parece saber de qué estoy hablando. ¿Está Chris?

—Sí, en su habitación. Ve con él si quieres, ya sabes dónde está.

—Guay. Os veo luego. —Joe salió disparado y en unos instantes oyeron sus pisadas subiendo las escaleras.

—Se ha traído un par de juegos para el ordenador —le explicó Estelle a Tony. Deseaba haber dicho algo más inteligente o rápido—. Eso los mantendrá ocupados un par de horas.

—Mientras nosotros nos ocupamos de nuestros asuntos —comentó Tony subiendo las cejas.

¿Fueron imaginaciones de Estelle o en sus ojos había un brillo travieso? ¡Ay! Cómo deseaba que la estrechara en sus brazos de bombero y le hiciera cosas que no podría contarle a nadie.

—¿Has traído el ordenador? —le preguntó Tony.

Estelle señaló el bolso que colgaba de su hombro y miró sus ojos color chocolate intentando recordar la razón por la que estaba allí esa tarde.

Después de la noche de los años cincuenta, habían quedado para crear la página web del café Crumb. Había empezado a escribir el texto que quería que

figurara e incluso había dibujado varios diseños sobre cómo le gustaría que fuera. Tony iba a ayudarla a hacerlo realidad.

A Estelle le apetecía mucho ver la idea cobrar forma y esperaba que la página web mejorara las ventas. Las cosas habían ido mejorando durante la semana pasada, pero era lo normal en el buen tiempo. Quizá con un poco de ayuda podría hacer que el negocio prosperara, e incluso ahorrar un poco para ella y para Joe.

—Genial —sonrió Tony—. Vamos a empezar. Voy a encender el ordenador. —Se dirigió hacia la mesa de despacho que estaba en la esquina del salón y se inclinó para darle al interruptor. Estelle lo observó moverse. Sus músculos se marcaban bajo la ropa.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Tony.

—Un té, por favor.

—¿Estás segura de que no quieres algo más fuerte? Imagino que estarás harta de beber café y té todo el día. Tengo un par de botellas de vino en la cocina...

Estelle sonrió.

—¿Estás intentando emborracharme? —bromeó. Le gustó ver que Tony no se sentía nada culpable—. Vale. Una copa de vino. Pero solo una, que tengo que conducir.

—Genial. ¿Tinto o blanco?

—Tinto, por favor.

—Enseguida vengo. Ponte cómoda. En dos minutos estoy de vuelta.

Estelle soltó un largo suspiro mientras intentaba calmarse. Se sentó en el sofá y miró a su alrededor. Todo estaba limpio y ordenado. La casa era de estilo moderno, con abundancia de muebles oscuros y brillantes y un televisor gigante en el que tanto Chris como Tony podían ver los partidos de fútbol. Pero claramente faltaba un toque femenino. No había nada decorativo ni cojines que hicieran contraste en el sofá. Tampoco fotos.

Estelle se giró para ver que Tony volvía con dos copas de vino. Le tendió una y bebió con ansiedad sin acordarse de que tenía que tomárselo con calma. Hacía calor y enseguida, gracias al alcohol, comenzó a relajarse. Tony se sentó frente al ordenador con las piernas abiertas. Estelle no pudo evitar preguntarse qué sentiría cuando las tuviera alrededor del cuerpo, abrazándola. Era superior a sus fuerzas: pasaba todo el tiempo libre leyendo novelas eróticas, lo que parecía afectar a todos sus pensamientos.

Tampoco ayudaba el que llevara tanto tiempo sin conocer a un hombre interesante. Era como si se hubiera olvidado de cómo debía comportarse. Su mente era incapaz de parar de imaginar y estaba segura de que Tony era capaz de leerle los pensamientos.

Empujó una silla que estaba a su lado y le dio unos golpecitos en el asiento.

Estelle se levantó y fue andando hacia él. Una vez más, se sentía abrumada por la proximidad física, el tacto de su cuerpo y el olor de su piel. Pensó que se iba a desmayar, como el personaje de una novela victoriana.

—¿Y qué tal te va todo? —le preguntó Tony mientras daba vueltas a su copa de vino antes de dar un largo trago.

—Muy bien, gracias —dijo Estelle mientras asentía furiosamente.

—Me alegro. ¿Te lo pasaste bien en la fiesta?

—Oh, sí —insistió ella sin poder parar de afirmar con la cabeza—. Me lo pasé genial.

—Yo también —dijo él mientras la miraba—. Copas, baile y buena compañía.

Estelle no respondió y volvió a sonrojarse bajo su mirada. ¿Se refería a ella? ¿Quería decir que le parecía buena compañía?

El ordenador pitó y Tony se apartó.

—Bueno, pues ya estamos.

—Gracias por ayudarme con todo esto —le dijo Estelle—. De verdad. Me encanta tener una página web para el café. ¡Es como si hubiera llegado la modernidad!

—No te hagas muchas ilusiones —le advirtió Tony—. Como ya te comenté, soy un principiante. Pero me gusta poder ayudarte. Te mereces que sea un éxito.

—Gracias —murmuró Estelle. Se dio cuenta de que incluso el sonido de su voz le parecía atractivo.

No seas tonta, se dijo. Seguramente no le interesas. Debe de tener cientos de mujeres detrás de él.

—He traído algunos dibujos —dijo cambiando de tema. Miró en su bolso y sacó un puñado de folios en los que había hecho unos cuantos esquemas y tomado algunas notas sobre cómo quería que fuera su página web. Era un diseño muy tradicional, con una tienda en la portada.

—Había pensado en utilizar este cupcake como marca —continuó, mientras Tony se inclinaba para ver los dibujos. Sentía la calidez de su cuerpo contra el suyo, así que dio otro sorbo a su vino.

—¡Me parecen maravillosos! —exclamó Tony, con lo que parecía admiración sincera.

—Me gustaría que tuviera unos colores sencillos. Algo como blanco, negro ¿y rosa? ¿O te parece demasiado femenino? Quizá sea mejor blanco, negro y amarillo. O rojo. Rojo anaranjado —continuó.

—Bueno, eso es elección tuya —le dijo Tony—. Seguro que eres mucho mejor que yo para escoger colores... ¿Cómo se dice? Ah, que tienes un mejor gusto estético. Podemos empezar eligiendo un fondo sencillo como este y a partir de ahí construir el resto.

Estelle lo observó mientras con el ratón iba haciendo que la página web fuera cobrando forma. Tenía una cara de concentración y le parecía extremadamente sexi la intensidad con la que trabajaba. También admiraba su cuerpo, su fuerte torso inclinado sobre el teclado, el modo en el que parecía dominar toda la habitación. ¡Era tan masculino! Y, sobre todo, muy diferente a su exmarido.

El punto fuerte de Ted era su encanto; en cambio, el de Tony era su físico. Estelle no pudo evitar preguntarse cómo de dominante sería en la cama...

Absorto en su trabajo, Tony se pasó la mano por el mentón. Estelle deseó poder hacer lo mismo: poder pasarle la mano por la cara para poder quitarle la pestaña que se le había caído sobre la mejilla. Por no hablar de lo que querría hacer con esos labios...

—Perdón, ¿cómo? —Estelle volvió a la realidad.

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó él, preocupado—. Me estabas mirando.

—Sí... Esto... Tienes una pestaña en la mejilla. Supongo que me distraigo con facilidad. —Rió, en un intento por quitar tensión a la situación.

—¿Ya? —preguntó él mientras pasaba la mano por la mejilla.

—No, en la derecha. Sigue ahí, espera. —Antes de que Estelle se diera cuenta de lo que hacía, había alargado los dedos y cogido la pestaña.

Durante un momento ninguno de los dos se movió. Estaban muy cerca y el corazón de Estelle latía. Tenían los ojos clavados el uno en el otro. Estelle podía ver que él tenía los ojos dilatados y sus iris parecían más oscuros que otras veces. Él se acercó a ella y, durante un segundo, Estelle pensó que iba a besarla. Era como si fueran las únicas personas sobre la faz de la tierra y...

Oyeron un ruido y se separaron corriendo. Chris corría escaleras abajo. Entonces se abrió la puerta y se rompió el encanto.

—Vengo a por algo de beber —gritó atravesando el salón rumbo a la cocina

—. Hola, señora Humphreys —añadió mientras pasaba de largo.

Ni Estelle ni Tony se miraron, lo que le permitió a Estelle recuperar el aliento. Empezó a pensar que se lo había imaginado todo. O que Tony pensaría que era estúpida y que estaba desesperada.

Chris volvió a pasar con dos vasos de zumo de naranja.

—Estoy dando una paliza a Joe en el FIFA —gritó—. Wayne Rooney acaba de meter un gol cojonudo.

—Chris, esa boca —dijo Tony secamente mientras Chris salía por la puerta—. Lo siento —se disculpó con Estelle.

—No te preocupes —dijo ella mientras cruzaba las manos sobre su regazo sin atreverse a mirar a Tony—. ¿Qué me estabas diciendo antes?

—¿Antes? Sí, te preguntaba si tenías el texto —replicó con un tono formal—. Me habías comentado que habías escrito el texto que querías que figurara en la página web.

—Sí, tengo el sexo aquí. Quiero decir: el texto —se corrigió rápidamente mientras se tapaba la boca con la mano—. El texto, sí, lo tengo aquí. —Metió la cabeza dentro del bolso para sacar el portátil y dejó que el pelo le cubriera la cara para que Tony no viera lo colorada que se había puesto.

Tardó un rato en abrir el portátil y encenderlo. Cuando finalmente se giró hacia Tony, él sonreía.

—¿Has encontrado... el texto?

—Sí, está aquí.

—¿Te importa si lo miro?

Tony cogió el portátil y ojeó rápidamente el texto.

—Está perfecto —declaró—. Me lo voy a enviar por e-mail y así solo tengo que cortar y pegarlo.

Le dio al icono del explorador de Internet y se abrió una ventana. Los dos se quedaron helados.

La pantalla estaba llena de ropa interior, juguetes sexuales y kits de bondage.

Ninguno de los dos habló. Ninguno sabía qué decir.

—Qué vergüenza... —dijo Estelle por fin. Le ardían las mejillas y quería salir corriendo a casa y no volver a ver nunca a Tony.

—Que no te dé. Es mi culpa. Supongo que he pinchado en el sitio equivocado y he abierto el historial...

—Estaba haciendo búsquedas para el club de lectura. Ya te dije que habíamos estado hablando de novelas eróticas. Y muchas de ellas mencionan...

este tipo de cosas —continuó mientras su vista se clavaba en un par de bolas chinas—. Así que quería averiguar de qué iba todo. Ampliar mis conocimientos, por decirlo de algún modo —terminó con una risa forzada.

—Ya. —Tony asentía lentamente con una cara inescrutable. A Estelle le habría gustado saber qué estaba pensando. ¿Acaso la veía como una lunática adicta al sexo en plena crisis de los cuarenta? ¿Le había ofendido la página web?

—Bueno —dijo él mientras en sus labios se insinuaba una sonrisa—, ¿y compraste algo? Para tu investigación, quiero decir.

—¡No! —negó ella enseguida a pesar de que no fuera estrictamente la verdad.

—¿Así que no llevas un par de piercings en los pezones debajo de eso? —preguntó señalando el top.

Estelle negó con la cabeza. Notó cómo los ojos de Tony recorrían su cuerpo. El estómago le dio un vuelco y la adrenalina le recorrió las venas. ¡Había pasado tanto tiempo desde que un hombre le había hecho sentir eso! Deseó ser más valiente y poder dar el primer paso para experimentar todo aquello sobre lo que había estado leyendo.

Clavó los ojos en Tony. Su respiración se aceleró. No, no lo estaba imaginando. Iba a suceder. Se inclinó hacia él y...

La puerta del salón volvió a abrirse y entró Chris. Tony cerró la tapa del ordenador mientras recorría la sala.

—Necesitamos algo de comer —les informó. Salió de la cocina con un paquete de galletas y dos bolsas de patatas.

Estelle se mordió el labio. No sabía si sentirse divertida o frustrada por que Chris estuviera bloqueando de manera tan perfecta su vida sentimental. Quizá fuera una señal. Quizá alguien estuviera intentando decirle que enamorarse de Tony era mala idea. Después de todo, era el entrenador de su hijo. Tener una relación con él podría complicar mucho las cosas.

No, mejor limitarse a una relación de amistad y profesional, decidió mientras cogía el ordenador de las manos de Tony.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? —preguntó animada. Cerró la página y abrió el documento en el que había estado trabajando, ignorando los latidos desbocados de su corazón. A trabajar.

Capítulo 21

—Pero, cariño, ¡estás maravillosa!

—¿De verdad? —preguntó incrédula Gracie. Se había puesto un vestido estampado de leopardo con escote de corazón y zapatos a juego. Llevaba el pelo en un medio moño recogido con un lazo negro. Empezó a toqueteárselo, nerviosa, mientras miraba a su madre.

—Claro que sí, se va a quedar pasmado —le aseguró Maggie, una mujer corpulenta y elegante envuelta en un caftán multicolor que estaba en el sofá leyendo Theodora, de Stella Duffy, pero que dejó el libro al ver la cara de Gracie—. ¿Estás bien? ¿Estás nerviosa?

—No, estoy bien —insistió Gracie—. Además no es una cita, en realidad. Es más bien un encuentro entre amigos.

—Ya, claro —asintió Maggie, escéptica—. ¿Y adónde te va a llevar ese... Reggie?

—Sí, Reggie. Pues no lo sé. Me dijo que era una sorpresa.

—Esperemos que sea buena —replicó Maggie mientras daba un sorbo al gin tonic que estaba en la mesa de café marroquí—. ¿Es el del club de lectura?

—Justo —confirmó Gracie.

Se pintó los labios en el espejo que estaba encima de la chimenea y luego se echó colonia en las muñecas.

Maggie parecía sorprendida.

—Pensaba que no te caía bien. Creí que te parecía maleducado y pomposo y que no tenía sangre en las venas.

Gracie se sonrojó mientras pensaba en sus palabras.

—Bueno, quizá lo juzgué demasiado duramente al principio.

—Eso no es propio de ti. —Maggie bromeó. Los prejuicios y las ideas preconcebidas eran precisamente la especialidad de su hija. A pesar de que Maggie tuviera que admitir que parte de eso era su culpa. Siempre había animado a su hija a que se mantuviera firme en sus creencias.

—Bueno, pues espero que sea mejor que esos idiotas con los que has salido

antes.

—Ya estamos... —murmuró Gracie.

—Sí, ese último... ¿Cómo se llamaba? ¿Jackson? Sí, ¿no te lo encontraste con tu ropa interior puesta?

—Se supone que estaba pasando por una crisis... —le recordó Gracie.

—¿Y el que vino antes que él? ¿Cómo se llamaba? Hay tantos que he olvidado su nombre...

—No son tantos, madre.

—Bueno, ¿pero quién era ese que estaba casado en secreto con la chica sudamericana?

—Ese era Christian. Y solo lo hizo para que ella tuviera pasaporte. Pero da igual, de eso hace meses.

—El tiempo vuela —suspiró Maggie.

—Me gustaría que cambiaras de tema —rogó Gracie. Sabía que su historial de relaciones no era el mejor, pero justo antes de verse con Reggie no parecía el mejor momento para hablar de ellas.

—¿Y tú crees que este es normal?

—Bueno, no sé si es normal... —confesó Gracie recordando las opiniones de Reggie—. Pero parece muy dulce y diferente.

—¿Y lo vas a traer aquí después? —preguntó Maggie con los ojos brillantes—. ¿Tengo que desaparecer?

—¡Mamá! —exclamó Gracie.

—Oye, nunca se sabe. Sobre todo ahora, con esas lecturas. Quizá te hayan dado ideas. ¿En qué estás ahora?

Gracie dudó antes de admitirlo.

—Justine, del marqués de Sade.

—¡Joder! Un poco fuerte, ¿no? Mejor que no asustes al pobre chico.

—La verdad es que ha sido idea suya.

—¿De verdad? Ahora sí que has conseguido que cambie mi opinión sobre él. Si no tienes cuidado, acabará en una celda acostándose con tu señorita de compañía.

Gracie suspiró, molesta.

—¿Ves? Por eso le he dicho a Reggie que nos veíamos allí.

—¿Qué quieres decir con eso? —La cara de Maggie era el vivo retrato de la inocencia.

—Si viniera aquí, me avergonzarías.

—Para eso están las madres, cariño —dijo Maggie. Se levantó y le dio un beso en la mejilla a su hija—. Pásatelo bien y recuerda, si hace algo que no te gusta, una patada en los huevos y sales corriendo.

—Gracias, madre. Es el mejor consejo que podías darme —replicó Gracie sarcásticamente. Comprobó su aspecto en el espejo, se colgó el bolso del hombro y salió.

Reggie ya estaba en la puerta del pub cuando ella llegó. Llevaba una elegante chaqueta sobre una camisa azul marino y pantalones grises. Gracie se daba cuenta de que se había esforzado y ella tenía que admitir que estaba muy guapo. Si se lo proponía, era capaz de sacar provecho a su apariencia de sabio despistado.

—No sabía si vendrías —admitió Reggie en cuanto la vio.

—¿Y por qué no iba a venir?

Se miraron incómodos sin saber si abrazarse o besarse. Al final optaron por darse la mano. Luego se echaron a reír. Reggie se inclinó hacia ella educadamente y le dio un beso en la mejilla.

—Estás... maravillosa —dijo Reggie mientras la miraba de arriba abajo.

—Gracias —contestó ella tímidamente. No entendía por qué estaba tan nerviosa, ¡solo era Reggie!—. Tú también estás muy guapo.

—Gracias. Me he comprado un par de calcetines nuevos.

—Vaya, ¿es una broma?

—Sí —asintió Reggie, muy serio—. Sí que lo es.

—Bueno, pues la próxima vez avísame cuando lo hagas y así sabré que tengo que reírme.

—Está bien —dijo él.

—¿Entramos? —preguntó Gracie mientras se dirigía hacia el pub.

—No —contestó Reggie firmemente.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque no vamos a ir al pub.

—¿No? —preguntó Gracie, que no sabía qué pasaba.

—No, el pub era un decorado.

—Entonces ¿adónde vamos a ir?

Reggie se sonrió.

—Sígueme.

Echó a andar rápidamente y Gracie casi tuvo que correr para ponerse a su altura.

—No eres un asesino en serie, ¿verdad? —preguntó. Quizá su madre no estuviera tan equivocada.

—No, que yo sepa. Por cierto, eso es una broma.

—Gracias por hacérmelo saber. Ja, ja, ja.

Gracie lo siguió hasta que él de pronto se detuvo.

—Aquí estamos —anunció triunfalmente.

—¿Al cine? —preguntó escéptica mientras observaba el letrero—. ¿Por qué tanto secretismo? Podríamos haber quedado aquí directamente.

Reggie se apartó y descubrió el cartel que había estado cubriendo con su cuerpo.

—Creí que te apetecería ver esto.

—¡Vaya! —exclamó Gracie.

Su cara brillaba de felicidad. Miró a Reggie y luego de nuevo el cartel de Con faldas y a lo loco, en el que se veía a Marilyn Monroe entre Jack Lemmon y Tony Curtis.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó, encantada.

—Mencionaste que te gustaba mientras bailábamos en la fiesta. Y resulta que el Fénix hace un pase especial —le recordó.

—¡Reggie! ¡Es perfecto! —exclamó Gracie feliz mientras lo abrazaba—. ¡Seguramente es mi película favorita de la historia! Pero nunca antes la había podido ver en pantalla grande.

—Bueno, pues ahora tienes la oportunidad... —Reggie le sonrió. Sus mejillas se habían sonrojado por la reacción de Gracie. Podía sentir su cuerpo contra el de él, la suavidad de su piel y su pelo sedoso en la mejilla—. Bueno, pues entremos, ¿no? —sugirió mientras se dirigía hacia el cine.

—Pago yo —ofreció cuando Reggie pidió un paquete grande de palomitas.

—No —insistió él.

Gracie entrecerró los ojos.

—No voy a dejar que te hagas el machito conmigo, Reginald White —le amenazó—. Puedo pagarme mis propias palomitas.

—Ya lo sé. Pero me apetece invitarte. No te preocupes. Puedes pagar tú la próxima vez.

Echó a andar hacia la sala antes de que ella pudiera asimilar lo que acababa

de decir. Pero de pronto se dio cuenta y en su cara se dibujó una enorme sonrisa. Le dio la mano y se sentaron en la oscuridad.

—¡Ha sido maravilloso! —suspiró Gracie cuando horas más tarde dejaron atrás el Chicago de los años veinte y emergieron en la realidad del siglo XXI de las afueras de Bristol—. ¿No es preciosa y divertida y... perfecta?

«Como tú», quería poder decirle Reggie, pero no lo hizo. Era demasiado cursi. Así que se limitó a asentir. Vio la cara radiante de Gracie y se dijo que era muy raro verla así, tan confiada. Le mostraba la misma vulnerabilidad que le había visto cuando estaba cantando en el escenario. Algo tan diferente a su actitud a la defensiva. Y no es que a Reggie le molestara cuando estaba así, pero le gustaba verla relajada y no saltando ante cualquier comentario suyo.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Gracie mientras se cogía del brazo de Reggie. Era un chico muy dulce y se había esforzado mucho para planear una sorpresa como aquella. Había pocos chicos tan considerados. Recordó lo que su madre le había dicho hacía solo unas horas atrás: lo de que le parecía arrogante y pomposo, y se sintió culpable. Pero era cierto que le parecía un buen chico y cuanto más lo conocía, mejor le caía. De hecho empezaba a caerle muy bien.

—Podemos ir al pub, si quieres. Volver al principio.

—¿Te gustan los pubs? —preguntó Gracie mientras la gente salía del cine y los rodeaba. Aplastó la caja de las palomitas y la tiró a la basura.

—Bueno..., a veces. La verdad es que no soy muy fan de esos bares ruidosos en los que hay que beber chupitos.

—Así que prefieres los pubs para viejos —bromeó Gracie.

—Supongo que sí —dijo Reggie con naturalidad—. En mi corazón soy un hombre mayor.

—Sé a lo que te refieres. A veces pienso que nací en la década equivocada. Me gusta todo lo de los cincuenta: la música, las películas, el estilo...

—Pero supongo que no los derechos de las mujeres. —Reggie no pudo resistirse—: No te imagino como la perfecta ama de casa.

—¡Claro que no! Habría sido de esas que se pasaban el día fuera bailando. Bueno, eso espero... —admitió Gracie—. ¿Así que adónde vamos?

—No me importa, mientras no sea un lugar de moda y para todo el mundo. No es mi estilo.

—No te preocupes. Conozco un sitio genial.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Reggie mientras entraba—. Nunca había estado antes.

—¿Ves? No eres el único que puede dar sorpresas. ¡Hola, Betty! —llamó Gracie a la mujer que estaba detrás de la barra—. Dos batidos de fresa, por favor —pidió, antes de conducir a Reggie a un reservado con asientos de cuero rojo de imitación.

Estaban en un falso diner americano con su gramola en un rincón y barra de acero inoxidable. El suelo era ajedrezado y en las paredes había imágenes de todos los iconos americanos: James Dean en su moto, Elvis Presley con su mono blanco y Marilyn Monroe con el famoso vestido blanco.

—Yo pago —dijo Gracie cuando Betty les trajo los enormes batidos de fresa.

—No pensaba hacerlo.

—Así me gusta, porque tú eres un pobre estudiante y yo una mujer trabajadora.

—Bueno, no puedo discutirte —sonrió Reggie. Luego le dio un sorbo a la pajita que sobresalía por encima del batido—. ¡Mmm! ¡Qué bueno está!

—Te lo dije. Podríamos sugerirle a Estelle que preparara batidos. Creo que funcionarían.

—Hablando de Estelle, ¿qué tal llevas la lectura?

Gracie le miró a los ojos.

—Reginald White, eres un lobo con piel de cordero.

—¿A qué te refieres?

—Vas por ahí pretendiendo ser bueno e inocente y nos propones que leamos al marqués de Sade. ¡Es una guarrada! Es la cosa más escandalosa que he leído nunca.

—Es un clásico de la literatura —dijo Reggie serio, aparentando estar ofendido.

—¿Y esa es tu excusa? Así que Justine es aceptable, pero Diez dulces lecciones es un producto para el mercado dirigido a amas de casa aburridas.

Reggie sonrió.

—Nunca creí que te oiría defender Diez dulces lecciones.

—No lo estoy haciendo. Solo hago de abogado del diablo. Pero ya que lo preguntas, Justine me parece —dio un sorbo a su batido mientras pensaba en los adjetivos exactos— inquietante. Pero fascinante. Y educativo.

—¿Educativo?

—¡Ya sabes a lo que me refiero! —Gracie se sonrojó. Deseaba haber ido al

pub, ya que allí podría haberse refugiado en el alcohol. Todo el mundo la creía muy segura, pero en realidad era muy tímida y lo ocultaba con opiniones contundentes—. ¿Te estamos ayudando con tu tesis? —Cambió de tema—. ¿Qué tal la llevas?

Reggie puso cara larga.

—Supongo que bien.

—¿Qué es lo que las chicas del club no te dan y necesitas?

—Quizá quieras reconstruir esa frase, señorita Bird.

Gracie se sonrojó. De pronto se dio cuenta de a lo que Reggie se refería y le sorprendió que pudiera hacer una broma semejante. Quizá era más seguro de lo que ella había pensado.

—Quería decir que...

—Ya sé a lo que te refieres —sonrió Reggie—. Las reuniones han estado genial y me lo paso mejor de lo que esperaba. De hecho, las notas que he tomado son la parte más interesante de mi tesis. El resto parece bastante malo, para ser sincero...

—¿Sobre qué era?

—El poder cohesivo de la literatura en las comunidades de Bristol y Avon desde la Edad Media hasta nuestros días.

—Ya —dijo Gracie—. ¿Y te preguntas por qué te parece bastante malo?

—Quizá fui un poco pretencioso al elegir el título —admitió.

Los dos se echaron a reír.

—Debo admitir que me sorprendió que siguieras viniendo. Las otras y yo lo comentamos un día y no creíamos que fueras a aguantar.

—La verdad es que también me ha sorprendido a mí —reconoció Reggie—. Aunque quizá había alguna razón para que siguiera haciéndolo.

Gracie no pudo evitar sonreír ante el comentario.

—¿Y cuál es?

—Los pasteles de Estelle. Son maravillosos. —Reggie esquivó la pajita que Gracie acababa de lanzarle—. ¡Eh! Ten cuidado, que la chaqueta es nueva.

—¿Nueva? No me digas que te la has comprado especialmente para esta noche.

—Puede —admitió Reggie—. Tú siempre estás tan guapa que pensé que tenía que hacer un esfuerzo.

—¿De verdad? —preguntó Gracie, sorprendida.

—Sí. Siempre estás perfecta. Tienes mucho estilo —insistió Reggie.

—Gracias. No le gusta a todo el mundo.

—Lo sé. A mí tampoco me suelen entender.

—No te preocupes. Nosotros nunca seremos guais. Ni tenemos por qué intentarlo.

—Bichos raros al poder. —Instintivamente, Reggie alargó la mano y cogió la de Gracie.

Gracie lo miró. No supo cómo reaccionar. Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—Bichos raros al poder —suspiró tímidamente mientras le sonreía. Sacó la mano de debajo de la de Reggie y enlazó sus dedos. Le gustaba su tacto.

—Ahora es más equitativo —comentó Reggie mientras le daba un suave apretón—. Se me olvidaba que no te gusta que te dominen.

—Yo no diría tanto —dijo ella con tono sensual—. He estado leyendo últimamente algunas cosas que no me importaría probar...

Dejó que Reggie asimilara el comentario. Él se atragantó con el batido.

—¿Por qué no me lo cuentas? —murmuró una vez recuperado—. Y veremos qué podemos hacer...

Capítulo 22

—George —susurró Sue mientras acariciaba a su marido en las costillas.

Era martes por la mañana y seguían en la cama. El sol atravesaba las cortinas e iluminaba la habitación. George se limitó a murmurar algo incoherente y se volvió hasta quedar de espaldas a su mujer.

Sue sintió que le subía la tensión. Miró la hora en el despertador que tenía en la mesilla y vio que eran las nueve y doce de la mañana. ¡Era ridículo! Sería casi la hora de comer cuando salieran de casa.

—¡George! —dijo Sue zarandeándolo.

George miró a su alrededor, adormilado.

—¿Qué pasa? —murmuró.

Tenía las marcas de la almohada en la cara y el pelo gris alborotado.

A Sue, sin embargo, aquello no le parecía ni tierno ni entrañable, como habría sido tiempo atrás. De hecho, aquello, aquella mañana, le molestaba bastante.

—Tenemos que levantarnos ahora, George —insistió—. Si no, no estaremos en Stourhead antes de mediodía.

George se quedó pensando unos segundos antes de decir:

—Vayamos mañana, ¿vale? —Y se dio media vuelta y comenzó a roncar.

Sue lo miró incrédula. Luego apartó la colcha y salió de la cama, rumbo al cuarto de baño. Estaba tan enfadada que terminó su rutina matinal en tiempo récord y en media hora estaba lista para salir de casa. Llevaba puesto el piloto automático, era incapaz de pensar en lo que hacía. Lo único que sabía era que no podía pasar un minuto más en esa casa y con ese hombre. Salió con el bolso al hombro y cerró con un portazo con satisfacción. No tenía ni idea de adónde iba, pero necesitaba poner tierra de por medio entre George y ella y descargar la rabia con un poco de movimiento.

¡Había planeado tanto aquella escapada! Habían pensado en ir a Stourhead, una casa señorial en Wiltshire, famoso por su paisaje. El tiempo era perfecto y podrían haber paseado por los jardines, comer en un café e incluso dar un paseo

en barco por el lago...

Sue había buscado en Internet y lo había planeado todo al detalle, hasta la ropa que iba a llevar. George había estado de acuerdo, pero ahora no quería ni salir de la cama. Sue andaba dando grandes zancadas.

Antes de darse cuenta de adónde iba, Sue se encontró frente al café Crumb. Se detuvo y miró a través del escaparate a los pasteles. Le sonaban las tripas de hambre. Había tenido tanta prisa por marcharse que no había desayunado. ¿Por qué no darse un homenaje ahora que su día se había arruinado? Además, necesitaba una cara amiga.

Abrió la puerta, escuchó el familiar sonido de la campanilla y vio a Estelle atendiendo en la barra. Le resultaba extraño ver el local lleno. Se había acostumbrado a que le perteneciera solo al club de lectura y ahora le parecía como si la gente se estuviera colando en su café.

—¡Sue! —exclamó Estelle. Parecía sorprendida y feliz de verla—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Pasaba por aquí y he decidido entrar —dijo Sue para no explicar los detalles de su pelea con George.

—¡Qué sorpresa tan agradable! —exclamó Estelle. Miró fijamente a Sue. Algo no iba bien. Su amiga parecía enfadada y su aspecto no era tan atildado como siempre—. ¿Estás bien? —preguntó, preocupada.

Sue soltó un suspiro.

—Bueno, no es nada. George y yo nos hemos vuelto a pelear. Y no soporto estar cerca de él. ¿Puedo pedirte algo de comer? Me he ido tan rápido de casa...

—Claro —asintió Estelle—. ¿Qué te pongo?

—Un café americano y un trozo de bizcocho, por favor.

—Enseguida te lo preparo. Siéntate y te lo llevo a la mesa.

Estelle hizo como había prometido. Al cabo de unos minutos llegó con su café y un grueso trozo de bizcocho de mantequilla lleno de frutas escarchadas.

—Cuéntame todo —dijo mientras se sentaba frente a Sue.

—No quiero molestarte. Estás ocupada...

—Tonterías —insistió Estelle. El café estaba casi vacío. Había un hombre mayor junto a la ventana y una chica que parecía estudiante tecleando en un ordenador—. Va a estar así de tranquilo hasta la hora de la comida.

—Bueno, si estás segura... —dijo Sue dudosa.

—Claro que sí, un problema compartido es menos problema.

—Ojalá fuera tan sencillo —empezó a decir Sue con tristeza después de dar

un sorbo a su café.

A Estelle no le costó mucho que Sue le contara todo: que George nunca quería hacer nada, que no tenían nada en común, la infelicidad de su matrimonio y la insistencia de sus hijos en que aquello no era más que una crisis.

—Y no sé qué hacer —concluyó tristemente—. ¿Tú qué piensas?

—Es difícil decirlo. Tienes que pensar qué es lo mejor para ti, pero si crees que aún puede funcionar, debes darle una oportunidad a George. No se pueden tirar cuarenta años de matrimonio a la basura porque sí.

—Lo estoy intentando —insistió Sue—, pero es como si no se diera cuenta de nada. —Miró a su alrededor—. Espero que no te importe que te diga esto, pero cada vez nuestra vida sexual es peor. Y la culpa la tienes tú —bromeó.

—¿Yo?

—Sí. Después de leer todos esos libros, el sexo me parece una cosa totalmente diferente. No sé cómo sería entre tu exmarido y tú, eres más joven que yo, así que quizá tengas más idea, pero para mí hasta ahora el sexo era una cosa puramente... funcional —terminó—. Lo hacíamos para tener hijos y para que George estuviera contento. Pero nunca sentí que yo sacara nada. Y ahora, con todas las experiencias que podría haber vivido... ¿Sabes? Me das mucha envidia.

—¿Yo? —preguntó Estelle sorprendida—. ¿Por qué?

—Mírate. Eres una mujer soltera en lo mejor de tu vida. ¡Tienes tantas cosas por hacer! Puedes salir, conocer hombres y encontrar un marido encantador...

—Créeme: no hay tantos Alexander Blacks ahí fuera.

Pero Sue estaba lanzada.

—Eres una mujer independiente con tu propio negocio. Siempre tienes algo que hacer... Tu vida tiene sentido.

—La verdad es que no es así —protestó Estelle, sorprendida de que alguien pudiera envidiarla—. Es un trabajo duro y nunca paro. Siempre me siento culpable por no pasar más tiempo con Joe. Pero si no trabajo, no gano lo suficiente. Soy una divorciada casi cincuentona que lucha por sacar adelante un negocio. No veo que tenga nada envidiable.

—Lo siento —se disculpó Sue—. No quería trivializar las cosas. Ya sé que todo el mundo tiene problemas. Y que todo depende del cristal con que mires...

—Creo que deberías hablar con George de lo que sientes. Pero hablar de verdad. Se os veía muy bien en la fiesta.

—Sí, nos lo pasamos muy bien. Pero desde entonces todo ha ido a peor. —

Bajó la voz como si estuviera conspirando—. El otro día empecé a mirar por Internet unas posibles vacaciones. No me refiero a una semana en España, sino a uno de esos viajes que haces una vez en la vida. ¡Hay tantos sitios a los que quisiera ir! A Machu Picchu, en Perú, o cruzar Rusia en el transiberiano, o un safari en Tanzania, o un crucero alrededor del mundo.

—Suenan maravilloso —dijo Estelle. Aquello sonaba mejor que una vida pegada a un horno en Bristol.

—Quiero hacer un viaje así. —Sus ojos brillaban por la excitación—. Con o sin George. La vida es muy corta y ya sabes, carpe diem. Este es el crucero del que te hablaba —dijo sacando un papel del bolso—. Empieza en Los Ángeles, ¡Hollywood! Solo he estado una vez en Estados Unidos y lo único que hicimos fue llevar a los niños a Disneylandia. Pero de ahí va por el Pacífico hasta Tahití, y luego a Australia, a China...

Sus manos volaban y respiraba nerviosa mientras describía la ruta del barco. Estelle escuchaba feliz el nombre de esos lugares. Entonces sonó la puerta y una pareja mayor se acercó a la barra.

—Lo siento. Tengo que servirles —se disculpó Estelle.

—Pues claro —replicó Sue.

Estelle preparó rápidamente el pedido de la pareja y volvió a sentarse frente a Sue. Pero cuando esta empezó a hablar de Egipto, la puerta sonó de nuevo. Era una mujer con sus tres hijos y Estelle tardó más en servirlos. Cuando hubo terminado, había más gente esperando.

Sue miró su reloj y vio que era mediodía. ¡Llevaban hablando más de una hora! Seguramente, la gente venía a almorzar. Observó a Estelle, que se movía detrás de la barra con agilidad mientras atendía a cada cliente. La cola seguía creciendo y Estelle cada vez estaba más agobiada llevando los pedidos a cada mesa.

Sue vio el alboroto y cómo Estelle se disculpaba. Se había equivocado de pedido. Corrió a coger el adecuado. Un hombre que esperaba frente a la barra suspiró impaciente.

Molesta con la actitud del hombre, Sue se levantó, cogió su bolso y se situó detrás de la barra, donde Estelle estaba preparando dos ensaladas.

—¿Para qué mesa son estas? —preguntó dejando su bolso en un rincón y colocando los platos en una bandeja.

Estelle sonrió agradecida a Sue.

—Mesa doce. Es la que está allí, la de los dos hombres.

—No te preocupes. —Sue cogió la bandeja y colocó los platos, recogió las tazas vacías y preguntó educadamente a los clientes—: ¿Quieren algo más de beber?

—Dos té, por favor. —El más joven de los dos le sonrió.

Sue regresó a la barra. Estelle estaba preparando un bocadillo.

—Dos té para la mesa doce. —Estelle la miró con cara de pánico—. No te preocupes, ya me encargo yo.

—¿Puedes? Las bolsas de té están...

—Aquí —interrumpió Sue. Cogió dos tazas limpias y la lata que contenía las bolsas de té—. Y el azúcar está aquí y la leche, en la nevera. No te preocupes, te he visto hacerlo muchas veces durante las reuniones del club.

Sue llevó las tazas y volvió a la barra.

—¿Y ahora qué? —preguntó a Estelle.

—No seas tonta y siéntate —insistió Estelle mientras vertía la leche de un capuchino y untaba mantequilla en una tostada.

—Tonterías. Me gusta poder echarle una mano. Solo dime lo que hay que hacer.

Estelle dudó, pero cuando vio la cola que salía por la puerta, se dio por vencida y sonrió.

—Mejor ponte esto —le dijo mientras le tendía un delantal. Sue llevaba unos pantalones grises y una camisa rosa claro.

—¿Te importaría limpiar las mesas vacías? —preguntó mientras le pasaba un trapo y una botella de limpiador. Sue no parecía el tipo de mujer acostumbrada a limpiar mesas, pero como se había ofrecido...—. Y una vez que hayas terminado, hay que sacar las patatas del horno.

—No te preocupes. —Sue cogió el limpiador como si fuera un arma lista para la batalla.

Durante las dos siguientes horas, las mujeres trabajaron codo con codo. Estelle atendía a los clientes y hacía la comida mientras Sue preparaba las bebidas y llevaba los pedidos.

A media tarde la cosa empezó a calmarse. Solo había un par de mesas ocupadas. Sue limpiaba las superficies mientras Estelle recogía detrás de la barra disponiéndolo todo para la tarde. Sabía que, cuando cerraran los colegios, el café se llenaría de madres que buscan la merienda y adolescentes que buscan una lata de coca-cola y largas conversaciones acerca de sus teléfonos móviles.

—Ya está. — Sue sonrió mientras se quitaba el delantal.

—Sue, ¡muchísimas gracias! —dijo Estelle de corazón—. Últimamente esto se llena a la hora de comer.

—Eso son buenas noticias —Se alegró Sue—. Y no te preocupes por mí, ¡me lo he pasado muy bien!

—Tampoco hay que exagerar.

—Te lo digo en serio. Es agradable estar ocupada y me ha gustado poder hablar con todos esos clientes.

—No has comido nada. Tienes que estar hambrienta —observó Estelle—. Deja que te prepare algo para darte las gracias.

—No tienes por qué hacerlo.

—No, insisto.

—Bueno... Un sándwich de jamón no estaría mal. Tengo poca hambre.

—Buena idea. Yo tomaré lo mismo. No sé cómo habría podido apañármelas sin ti —confesó Estelle mientras empezaba a preparar la comida.

—No te preocupes. Como te dije antes, me lo he pasado muy bien. —Sue observó cómo Estelle rellenaba dos baguettes y después las partía por la mitad. Cada una cogió un plato y se sentaron en una mesa vacía. Ninguna de las dos habló mientras saboreaban su comida.

—Creo que he recuperado el apetito —se rio Sue—. Se me había olvidado el hambre que da trabajar.

—Ya lo sé —confirmó Estelle—. Aquí hay muchas tentaciones, pero normalmente estoy tan ocupada que no me da tiempo a comer. Pico algo de vez en cuando, cuando puedo.

—¿Y solo trabajas tú aquí, todos los días?

—Cierro los domingos. Pero sí, la mayor parte del tiempo estoy sola. Tengo un par de personas que me ayudan si quiero cogerme unos días de vacaciones o si estoy mala. Pero, si te soy sincera, no puedo permitirme contratar a alguien.

—¡Entonces déjame ayudarte! —dijo Sue de pronto.

Estelle la miró confusa.

—¿Qué quieres decir?

—Pues lo que he dicho. Me encantaría ayudarte a la hora de la comida si es cuando tienes más clientes. No hace falta que sea todos los días —añadió en cuanto vio la cara de Estelle—. Quizá consiga sacar a George un par de días. Pero me encantaría poder ayudarte dos o tres días a la semana. Si tú quieres, claro... —concluyó, vacilante.

—Eres muy generosa, pero, como te he dicho, no puedo pagar a nadie, ni

siquiera por un par de horas.

—No tendrías que pagarme —insistió Sue—. Me encantará hacerlo.

—No necesito caridad —dijo Estelle.

—Tú no, pero yo sí. Llevo unas semanas volviéndome loca encerrada en casa. No sabes lo maravilloso que ha sido salir hoy y ver caras nuevas. Es la primera vez que me siento útil desde que me jubilé. Si de vez en cuando me das un trozo de pastel, con eso me contento.

—Estás hablando en serio, ¿verdad? —dijo Estelle mirándola atentamente.

—¡Claro que sí! ¿Por qué no? Salimos las dos ganando. Podemos empezar y ver qué tal.

A Estelle le costaba creer lo que le decía Sue. Aquella era la respuesta a sus oraciones.

—Está bien —dijo finalmente mientras alzaba su café para brindar con Sue—. ¡Trato hecho!

Capítulo 23

Andy Smith estaba tumbado en la cama con los brazos y las piernas abiertas, desnudo, boca abajo y con las manos atadas con unas esposas de plumas color rosa. Una venda sobre los ojos le impedía ver nada. Las luces de la habitación estaban apagadas y cientos de velas humeaban sobre las cómodas y mesillas.

—¿Has sido un niño malo? —le preguntó Rebecca. Caminaba por la habitación con unos tacones de diez centímetros, un sujetador negro, bragas a juego y unas medias de rejilla sujetas mediante un liguero con lazos.

Andy levantó la cabeza con dificultad y consiguió decir:

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Sí, ama.

—Mmm. —Rebecca siguió caminando, a pesar de que era más complicado de lo que había imaginado. Los tacones se le enganchaban en la alfombra y empezaban a dolerle las pantorrillas.

—Entonces habrá que castigarte —dijo mientras cogía una fusta de plástico de la mesilla y se golpeaba la palma con ella. Andy se sobresaltó por el ruido y contrajo los glúteos.

—Malo —dijo él mientras pasaba la fusta por sus mejillas.

Andy cerró los ojos, pero no hizo ningún ruido, así que Rebecca lo golpeó.

—Malo, chico malo —exclamó con cada golpe.

Por fin Andy gritó y Rebecca se alarmó.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada arrodillándose a su lado.

—Sí, gracias.

—¿Recuerdas la contraseña?

—Mono —confirmó.

—Mono —replicó Rebecca—. Bueno, sigamos. —Se levantó intentando mantener el equilibrio—. ¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó con voz sexi—. Tengo un chico malo que necesita un buen castigo.

—Sí, ama —contestó Andy, y recibió un golpe de fusta en el culo a cambio.

—Sí —repitió Rebecca. Empezaba a sentirse tonta—. ¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó de nuevo, pero en esta ocasión la pregunta era genuina. Empezaba a quedarse sin ideas—. ¿Quieres que te dé más fuerte?

—Esto... Vale —dijo Andy, inseguro, mientras Rebecca volvía a pegarle. Una mancha roja se le dibujó en el glúteo.

—¿Te duele? —preguntó, preocupada.

—Sí, ama —contestó Andy, quien seguía pensando que aquello era parte del juego.

—No, Andy, en serio. ¿Te duele?

—Un poco. Pero no he dicho «Mono», ¿verdad?

—Entonces, ¿quieres que siga?

—Como quieras —dijo él, siempre tan solícito. Había sido Rebecca la que había sugerido probar un poco de sadomasoquismo, inspirada por todos esos libros que había estado leyendo.

—¿Esto te pone? —preguntó ansiosa—. Porque yo me siento un poco ridícula.

—Es un poco excitante —admitió él—. No lo haría todos los días, pero si no estás cómoda, podemos parar. Todo lo que tienes que decir es: «Mono».

—Quizá lo de dominatrix no sea lo mío —suspiró Rebecca—. Quizá soy más Christina Cox que Alexander Black.

—¿Quién? —preguntó Andy confundido—. ¿Son vecinos nuestros?

—No —sonrió Rebecca—. Son los protagonistas de Diez dulces lecciones.

—Es verdad —asintió Andy. Acababa de reconocer los nombres de los personajes de los que todo el mundo hablaba—. Me habías preocupado. Creía que estabas proponiendo que hiciéramos intercambio de parejas.

—¿Te interesa eso? —preguntó Rebecca con una mueca de preocupación.

—No —contestó Andy con firmeza—. No quiero compartir a mi hermosa mujer con nadie.

Rebecca sonrió, contenta por la respuesta.

—¿Sabes? Seguramente me gustaría más tener esta conversación si pudiera ver lo que pasa.

—Ah, claro. —Rebecca asintió y le quitó la venda. Andy parpadeó para acostumbrarse a la luz y miró a Rebecca.

—Estás maravillosa. Increíblemente sexi. No puedo esperar a poder tocarte.

—¿Quieres que te desate?

—Venga.

Rebecca sacó las llaves de la mesilla y le quitó las esposas.

Andy se giró e intentó sentarse.

—Creo que voy a tardar una semana en poder sentarme —bromeó—. ¿Qué le voy a decir a los chicos del trabajo?

—Diles que te hiciste daño practicando un juego sexual con tu maravillosa mujer. Veamos qué tienen que decir a eso.

—Seguro que les doy envidia —insistió él mientras la miraba de arriba abajo. Rebecca notó su mirada llena de deseo, como cuando empezaban a salir.

La deseaba, estaba excitado. Rebecca notó un hormigueo en el estómago, olas cálidas que bajaban en dirección a la entrepierna.

—Ven aquí —dijo Andy con dulzura. La cogió de la mano y empezó a besarla. Al principio con suavidad, pero luego mucho más apasionadamente. Sus lenguas se buscaban como si se estuvieran descubriendo por primera vez. Y es que era un redescubrimiento. En el último año había sido tan raro que Andy la besara así, con tanta pasión...

Rebecca vibraba por la excitación. Andy se subió encima de ella. Rebecca sintió que perdía el control y le gustó. Se preguntó qué haría Andy a continuación.

Este empezó a besarla en el cuello y subió hasta el lóbulo de su oreja. Entonces le susurró al oído:

—¿Quieres que te ponga las esposas?

Rebecca lo miró. Se sentía nerviosa y excitada, pero confiaba en Andy completamente.

—Sí —dijo formando una i griega con los brazos. Notó el metal y las plumas alrededor de las muñecas.

Miró despacio a su marido, cada centímetro de su cuerpo. Vio todas aquellas cosas que amaba de él cuando empezaron a salir. Y todo lo que había cambiado también. Como ella, él también tenía tripita. Sus brazos habían perdido firmeza desde que había dejado de ir al gimnasio. Las piernas seguían siendo fuertes. Y un suave vello rubio le bajaba desde el ombligo hasta...

Se fijó en los ojos azules por última vez antes de que una venda le cubriera los ojos.

No ocurrió nada y Rebecca se rio nerviosa. Podía oír a Andy a su lado y sentir su respiración.

Entonces él habló y notó su aliento caliente contra la piel.

—¿Todo bien?

—Mmm —murmuró.

—¿No quieres decir «Mono»?

—No —contestó Rebecca entre risas.

—Bien.

Sintió que el colchón se movía por el peso del cuerpo de Andy. Este le soltó el ligero y luego le quitó las medias despacio sin dejar de acariciarla.

Rebecca contuvo la respiración cuando le besó los pies. Se detuvo en el dedo gordo y comenzó a lamerlo.

Era como si, al perder el sentido de la vista, sus otros sentidos se aguzaran. Podía oler el olor a musgo de Andy, escuchar su propia respiración acelerada y sentir la boca de Andy moverse por su cuerpo.

—¿Te gusta? —preguntó.

Pero Rebecca solo acertó a gemir. Era la respuesta que Andy necesitaba.

Le dio la vuelta despacio para poder quitarle las bragas, cogió la fusta y la hizo sonar contra la palma de mano. Rebecca tomó aire.

—¿Qué me vas a hacer? —preguntó sin aliento por la emoción.

Andy sonrió.

—Cariño, no te preocupes. Voy a hacerte cosas maravillosas, increíbles, alucinantes y...

Capítulo 24

—Una marranada.

—Depravado.

—Asqueroso —concluyó Sue mirando de reojo su ejemplar de Justine.

—Entonces, ¿a nadie le ha gustado mi elección? —preguntó Reggie.

Se había sentado frente a Gracie y se ignoraban de modo estudiado. No querían que el resto del grupo se enterara de su cita. Pero su comportamiento hacía evidente que había algo entre ellos y miradas llenas de sobreentendidos sobrevolaban la mesa.

—Bueno, tengo que decir que a mí me conmocionó —declaró Estelle mientras sorbía su té—. Siempre te había tomado por un joven encantador.

—¡Eh! Que yo no lo he escrito —protestó Reggie levantando las manos en un gesto de defensa—. Además, con el marqués de Sade uno sabe a lo que se enfrenta.

—Violencia, violaciones, masoquismo... —enumeró Gracie.

—¿Sabíais que la palabra «sadismo» viene de él? Del marqués de Sade —explicó Reggie.

—Qué bien —dijo Sue—. Uno aprende algo todos los días.

Reggie se dio por vencido.

—Lo siento —se disculpó—. Quizá no ha sido la elección más apropiada.

—No, no te disculpes —saltó Estelle en su defensa—. Entiendo por qué lo elegiste. Y, admitámoslo, el propósito del club es descubrir cosas nuevas y compartir puntos de vista. Aunque no nos haya gustado el libro.

—Bueno, pues yo no he podido terminarlo —dijo Sue mientras cruzaba sus manos—. Sé que va en contra del espíritu del club, pero me daba ganas de vomitar. Es... violencia gratuita —completó, incapaz de describir lo asqueroso que lo encontraba—. Cada una de las situaciones es peor que la anterior. ¿Cómo puede alguien considerar eso erótico?

—¿Se supone que es erótico? —preguntó Rebecca.

—Creo que su intención es escandalizar, no excitar —dijo Reggie pensativo

—. Sade utilizaba la literatura como vehículo para sus opiniones y sus ideas religiosas y filosóficas. Si consigues soportar las escenas más fuertes, su obra resulta fascinante. Se puede decir que era un genio.

—Y también se puede decir que era un perverso —dijo Gracie, lo que provocó las risas de todos—. Un enfermo y misógino que acabó encerrado por sus perversiones.

Reggie se giró hacia ella.

—Bueno, me alegra que estemos en desacuerdo. Pero estoy seguro de que pronto encontraremos algo que nos guste a los dos.

Gracie soltó una risa traviesa y luego se sonrojó al ver que las demás la miraban.

—¿Hay algo que queráis contarnos? —preguntó Rebecca mientras enarcaba una ceja.

La cara de Reggie era la viva imagen de la inocencia.

—No, nada. Y a ti ¿qué te ha parecido Justine, Estelle? —preguntó para cambiar de tema.

Estelle dudó. Quería escoger sus palabras cuidadosamente.

—No me gusta pensar que algo tenga que ser censurado o prohibido, pero Justine me ha resultado muy, muy inquietante. Creo que merece la pena haberla leído, pero no creo que vuelva a leer otra novela de Sade. Con una tengo bastante, gracias.

—Pues sí —dijo Sue.

—Mejor que volvamos a nuestro Alexander Black y a sus Diez dulces lecciones, ¿no? —preguntó Rebecca.

—Sí, por favor —asintió Sue provocando las risas de los demás—. No me considero una mojigata, pero este libro me ha hecho sentirme muy incómoda. Me preocupa que los hombres puedan imaginar semejantes cosas. Comparado con Justine, Diez dulces lecciones es un cuento para niños.

—Pero Diez dulces lecciones es un libro para amas de casa aburridas. Sin ánimo de ofender —agregó rápidamente Gracie al ver la expresión de las contertulias—. Una manera cómoda de evadirse. Incluso si a uno le parece que está leyendo algo muy fuerte, ahí fuera, en el mundo real, suceden cosas mucho peores.

—En cierto modo, ambos libros utilizan los mismos ingredientes —señaló Reggie—. Tenemos el sadomasoquismo, la idea del castigo y del dolor y la chica virginal y manipulada por un hombre mayor y poderoso. La diferencia es que en

Justine estas situaciones se llevan al extremo de un modo muy cruel.

—Bueno, pues a mí me hizo sentir rara. Y no para bien —declaró Rebecca mientras los demás sonreían.

La conversación parecía estar llegando al final y Estelle se dio cuenta de que ninguno quería seguir profundizando en Justine. Era algo muy alejado de las lecturas ligeras y divertidas a las que estaban acostumbrados. Y a las mujeres no les provocaba la misma sensación que imaginar a Oliver Mellors cortando leña a pecho descubierto o a Rupert Campbell-Black fotografiando a una chica desnuda en el establo antes de poseerla contra un árbol.

—Bueno, cambiando un poco de tema —empezó para que la conversación fluyera—. ¿Qué os parece todo esto? Ya sé que Justine... es algo que se sale de lo corriente para nosotros. Pero ¿y todo lo demás? Quedamos en que este género era temporal, así que ¿queréis que sigamos con las novelas eróticas o cambiamos?

Hubo un momento de silencio mientras todos consideraban sus respuestas. Finalmente Rebecca habló:

—Pues a mí me gustan mucho, la verdad. No sabía qué íbamos a leer cuando me apunté, pero ahora me alegro de haberlo hecho. Me parece que esto complica tu tesis, ¿no, Reggie?

—En absoluto —la contradijo él—. Por ahora ha sido muy... enriquecedor —concluyó mientras miraba hacia Gracie.

Gracie sonrió y se apresuró a hablar.

—Como ya sabéis, yo al principio me opuse. Pero ahora he descubierto que existen otras manera de pensar. Se puede decir que me ha abierto la mente.

—Estoy de acuerdo —corroboró Rebecca—. Yo estoy totalmente abierta a nuevas ideas y deseosa de experimentar... —Se calló al darse cuenta de que había ido demasiado lejos.

—A mí me ha descubierto un nuevo mundo —dijo Sue—. Sin entrar demasiado en detalles, porque ya que sé que no queréis que entre en detalles, a mí me ha ayudado a darme cuenta de lo insatisfecha que he estado todos estos años. Había dejado de lado esa parte de mi vida, dando por hecho que estaba muerta y acabada. Pero ahora no lo veo así.

—Me alegro por ti —exclamó Gracie—. Soy muy partidaria de que las mujeres luchen por lo que quieren —dijo apasionadamente mientras miraba a Reggie durante un segundo.

—Amén —susurró este.

—¿Perdón? —Estelle se giró hacia él.

—Me estaba aclarando la garganta —dijo Reggie con una sonrisa inocente mientras buscaba el pie de Gracie por debajo de la mesa. Esta se quitó el zapato y con los dedos le empezó a acariciar la pierna por debajo del pantalón.

—Iba a decir —continuó Estelle— que sé a lo que te refieres, Sue. Rebecca, ¿te acuerdas de que en una de las primeras reuniones me comentaste que no debía dejar de lado mi vida sexual?

Rebecca asintió con interés.

—Bueno, pues digamos que sé a lo que te refieres y que estoy intentando solucionarlo.

—¿En serio? —Rebecca parecía impresionada—. ¿Quieres contarnos un poco más?

—No, no —murmuró Estelle ruborizándose.

—Venga —le apremió Sue—. Nos dará esperanzas a los demás.

Estelle negó con la cabeza.

—Bueno, pues como todos estamos contentos y felices con la literatura erótica, seguiremos con ella. ¿Quién quiere escoger el siguiente libro?

—Ni Rebecca ni Gracie han escogido aún —señaló Sue—. Así que tiene que ser una de ellas.

—Claro, ¿chicas? —preguntó Estelle mientras las miraba.

—Bueno, yo tengo una idea —empezó Rebecca—. Aunque, Gracie, si quieres, tú...

—No, venga —dijo Gracie.

—¿Qué os parece Lazos secretos? —sugirió Rebecca inclinándose hacia delante con ojos brillantes—. De Shirley Conran. Un best seller de los años ochenta. Lo leí cuando tenía trece o catorce años. Nos lo prestábamos en el colegio y nos volvía locas.

—Ya lo recuerdo —asintió Estelle—. Puede que yo también lo leyera entonces.

Se frotó la frente intentando recordar.

—Y seguro que nos anima un poco después del Marqués de Sade. Perdóname, Reggie.

—Creo que será mejor que me calle y que vuelva al rincón —dijo él aparentando tristeza.

—No, nos gusta el nuevo Reggie, más charlatán —insistió Estelle.

—Es como si algo te hubiera insuflado confianza. Pero no se me ocurre qué

puede haber sido —dijo Rebecca mientras su vista se posaba en Gracie, quien enrojeció.

—Así que Lazos secretos, ¿no? Es una idea genial, Rebecca —dijo Gracie.

—Si lo tenemos claro, creo que puedo anunciarlo en la página web del café —anunció Estelle, orgullosa.

Rebecca carraspeó mientras Sue se giraba hacia ella con asombro.

—¿Así que por fin lo has hecho?

Estelle sonrió, feliz.

—Sí, empezó a funcionar la semana pasada. Pensaba mandaros un e-mail a todos para decíroslo.

—Voy a entrar en cuanto llegue a casa —prometió Sue.

—Podemos echarle un vistazo ahora, si quieres —sugirió Reggie mientras sacaba un iPad de su mochila y lo encendía—. ¿Cuál es la dirección?

Estelle se la dijo y Reggie lo tecleó. La página se abrió un segundo después.

—¡Está genial! —exclamó Rebecca mientras todos se colocaban detrás para mirar.

—Me encanta el diseño, ¡qué monada!

—Es muy tú... Sofisticado y con buen gusto.

—Gracias a todos —dijo Estelle poniéndose colorada.

—¡Qué lista eres! —le dijo Rebecca—. Yo nunca habría conseguido inventarme algo así.

—Bueno, me han ayudado. El entrenador de Joe se ofreció a echarme una mano —explicó Estelle intentando mantener una voz neutra—. Es Tony. Os lo presenté en la fiesta.

—¿Él? ¿El tío bueno con el que bailabas? —exclamó Rebecca.

—¿Está bueno? No me había dado cuenta —bromeó Estelle.

—Le estás viendo bastante, ¿no? —le preguntó Rebecca—. ¡Ahora ya sé por qué decías que estás redescubriendo tu lado sexual!

—Ahora que me acuerdo —interrumpió Gracie—, quería hablaros de la fiesta de los cincuenta.

—Ay, sí —Estelle se volvió hacia ella excitada—, ¿cuándo es la siguiente?

—Esa es la cuestión, ya no pueden hacer más en el centro social. No conozco toda la historia, pero los organizadores se han enfadado con el comité porque han subido los precios. Y ya no pueden permitírselo.

—Qué pena —dijo Sue con tristeza.

—Pues sí. Quieren organizar otra, pero tienen que encontrar un sitio.

—¿Qué tal aquí? —sugirió Reggie mientras apagaba el iPad y lo metía en su mochila.

—¿Aquí? —preguntó Estelle dudosa mientras Gracie se giraba hacia ella esperanzada.

—¡Es una idea fantástica!

—No sé... —dijo Estelle, insegura—. ¿Qué supondría? ¿Es esto lo bastante grande?

—Tienes un espacio estupendo —intervino Rebecca—. Si empujas todas las mesas hacia el fondo, hay mucho espacio. Puedes incluso reclutar a varios hombres para que te ayuden a subir las sillas, yo podría supervisar.

—Es una manera de conseguir un dinero extra —añadió Sue—. No me gustaría meterme donde no me llaman, pero un dinerillo extra nunca viene mal.

—Bueno —cortó Gracie—. ¿Qué te parece si te doy el número de Jack, uno de los organizadores? Es un tipo estupendo. Llámalo, habla con él y así te haces una idea. Si no funciona, pues no pasa nada. Al menos lo habrás intentado.

—Arriésgate —le animó Rebecca—. Si hay algo que he aprendido de todas estas lecturas, es que tienes que probar lo que quieres. Y al final suele resultar muy placentero para todas las partes —dijo guiñándole un ojo.

—Vale, vale —asintió Estelle mientras subía las palmas en gesto de derrota. Sacó el móvil, tecleó el número que le dictaba Gracie y luego lo guardó. El teléfono empezó a sonar. Le sorprendió tanto que casi lo deja caer. Mientras leía el nombre en la pantalla, se dibujó en la cara de Estelle una sonrisa.

—¿Os importa si contesto? —preguntó con una voz extraña.

Apenas los otros asintieron con la cabeza, Estelle se precipitó hacia el cuarto trasero con el pulso acelerado.

—¿Creéis que habrá pasado algo? —preguntó Sue, inquieta—. ¿Algo malo?

—No parecía preocupada —negó Gracie—. Más bien parecía encantada.

—Yo creo que era un hombre —dijo Sue.

—¿Su exmarido? —sugirió Sue.

Pero Rebecca negó con la cabeza.

—No, es un hombre que le pone nerviosa. ¿No habéis visto lo roja que se ha puesto?

—Quizá es ese tipo de la fiesta.

—¡Tony! —exclamó Rebecca—. Sue, creo que tienes razón.

—Qué suerte tiene —dijo Rebecca, que parecía impresionada—. Es guapísimo.

—Seguro que... —empezó a decir Gracie, pero se interrumpió cuando Estelle volvió a entrar en la habitación y todos callaron. Se intercambiaron miradas culpables, pero Estelle no pareció darse cuenta. Le brillaba la cara, lo mismo que los ojos. Le resultaba imposible esconder lo feliz que se sentía.

—¿Todo bien? —preguntó Sue.

—Sí, sí, todo genial. —Sonrió distraída.

—Era Tony, ¿verdad? —preguntó Rebecca.

Estelle la miró asombrada.

—¿Cómo lo has...? Sí, sí que lo era —confesó. Estaba tan nerviosa como un niño en su cumpleaños.

—¿Y? —preguntó Sue.

—Me ha pedido una cita. ¡Una verdadera cita! —soltó Estelle mientras Rebecca soltaba un gritito.

—¿Dónde?

—¿Cuándo?

—¿Qué te vas a poner?

Las preguntas iban y venían con tal velocidad que a Estelle casi no le daba tiempo a responder.

—En el restaurante La Luna. Este sábado. Y no tengo ni idea.

Reggie se levantó arrastrando su silla y Estelle se volvió hacia él.

—Lo siento, señoras —empezó—. Espero que tu cita vaya bien, Estelle, pero me da la sensación de que esta conversación queda fuera de mi especialidad. Así que, si hemos terminado, me voy.

—Claro, no te preocupes. Y lo siento, Reggie. No pretendía convertir esto en una sesión sobre mi vida sentimental —se disculpó Estelle.

—No te preocupes. Te veo el próximo día. —Echó a andar, pero se giró cuando llegó a la puerta—. Esto... Gracie... ¿No querías decirme algo? —preguntó.

—¿Algo? —repitió ella.

—Sí..., querías enseñarme... una tienda que pensabas que me gustaría.

—¡Claro! —exclamó Gracie—. ¡Se me había olvidado totalmente! Lo siento, Estelle, pero tengo que marcharme. En caso de duda: medias negras y un vestido negro ajustado. Y no olvides que eres una dama. Funciona siempre —dijo mientras le guiñaba un ojo.

—Gracias —le sonrió Estelle.

Gracie recogió sus cosas y siguió a Reggie.

Sue puso los ojos en blanco en cuanto se cerró la puerta.

—Pero, a ver, estos dos ¿no se van a juntar nunca?

—Quizá ya lo han hecho —sugirió Rebecca—. Pero dejemos de hablar de ellos y vamos a lo tuyo, Estelle. ¡Qué nervios!

—Ya lo sé. No puedo creer que me haya pedido una cita. ¿De qué vamos a hablar? ¡Me da terror!

—De eso nada —la tranquilizó Rebecca—. Pero no olvides hacerte valer, mostrarte segura y también un poco coqueta... No es que no seas todas esas cosas ya —se apresuró a añadir al ver la mirada furiosa de Sue—. Y lo más importante, ¡lleva ropa interior sexi!

—¡Rebecca! —exclamó Estelle—. ¡Es mi primera cita! Así que no va a ver mi ropa interior.

Pero Rebecca se negaba a aceptarlo.

—Bueno, eso habrá que verlo —dijo con una sonrisita—. Habrá que verlo.

Capítulo 25

Estelle entró en el restaurante italiano y miró a su alrededor, nerviosa. Era sábado por la noche y el lugar estaba lleno de parejas de aspecto glamuroso.

Después de un registro desenfrenado de su armario y unas compras apresuradas cuando descubrió que no tenía nada que ponerse, Estelle había seguido el consejo de Gracie y había adquirido un vestido negro que le quedaba como un guante. Se alegraba de haber hecho el esfuerzo. La Luna era claramente un lugar elegante y exclusivo, decorado con madera clara, muebles color champán y lámparas de cristal y cromo.

El maître se acercó a ella y Estelle intentó sonreír con confianza.

—He quedado con Tony Ellis —le explicó—. Pero no sé si ha llegado.

El hombre inclinó solícito la cabeza.

—Por aquí, madame.

Estelle lo siguió por el comedor intentando no tropezar, pues no estaba acostumbrada a llevar tacones tan altos. Tony se levantó en cuanto la vio y Estelle sintió mariposas en el estómago. En la media luz del restaurante estaba increíblemente atractivo, con una ropa clásica que le hacía parecer un actor de cine o un modelo. Parecía que se había arreglado para la ocasión: vestía un traje gris con una camisa negra debajo. Para alegría de Estelle, no se había puesto corbata y llevaba la camisa abierta dejando ver un atisbo de piel desnuda.

Tony la besó en ambas mejillas y Estelle se sentó rápidamente, temerosa de que las piernas dejaran de sostenerla. Estar cerca de él ya hacía que su cuerpo se convirtiera en gelatina.

—Esto es precioso —comentó sin aliento mientras miraba a su alrededor para distraerse. Las mesas tenían manteles color crema, cubertería de plata y gruesas velas. Era un cambio respecto al café Crumb.

—¿Te gusta? —preguntó Tony ansioso.

—Es perfecto —le dijo con sinceridad—. ¿Ya habías estado?

Tony negó con la cabeza.

—Me habló de él uno de los compañeros. —Estelle de inmediato lo imaginó

con el casco de bombero y poco más—. Trajo a su mujer por su aniversario y a ella le encantó —continuó Tony sin darse cuenta de que Estelle se había sonrojado.

El camarero les tendió el menú y Estelle agradeció la interrupción.

—¿Te gusta la comida italiana? —preguntó Tony.

—Sí, me encanta. Bueno, para ser sincera me gusta todo aquello que no tenga que cocinar yo. Me encanta que por una vez me sirvan a mí.

—¿Qué tal va todo en el café?

—Muy bien, la verdad. Parece que el negocio remonta. Creo que es gracias a la página web. Los números suben cada día que pasa.

—Me alegra haber sido de ayuda.

—Y puede que celebre allí otra fiesta de los años cincuenta. Se ve que ya no pueden hacerla en el centro social, así que Gracie, la chica que canta, me ha dado el número de los organizadores para que nos pongamos en contacto. —Estelle se recostó en la silla. Parecía feliz.

—Es una idea magnífica. Te estás convirtiendo en toda una empresaria. ¿Sabes? Podrías hacer muchas más cosas en ese espacio. Quizá podría añadir en la página web que lo alquilas para eventos. Sería perfecto para celebrar allí fiestas y reuniones.

Estelle abrió los ojos de par en par.

—Eso sería maravilloso.

—Puede que monte algo allí con el equipo de fútbol. No queda mucho para el final de la temporada y podría ser bonito, ¿no crees? Una manera de agradecer a los chicos su trabajo.

—Me encantaría que lo celebraras allí. Y te agradezco de veras la ayuda que me has prestado. De verdad. No sé cómo agradecértelo.

—Bueno, algo se me ocurrirá... —murmuró Tony.

Estelle lo miró sin saber si debía tomarse su comentario como una sugerencia. Tony no pestañeó y Estelle sintió de nuevo el cosquilleo en el estómago.

El camarero regresó y Estelle leyó el menú. Apenas le había prestado atención y pidió a tontas y a locas. Pero no importaba: esa noche la comida no era lo más importante.

—¿Qué tal está Chris? —preguntó intentando conducir la conversación a un territorio más seguro. Deseaba ser más segura para poder responder a Tony sin esfuerzo, pero cada vez que él le decía un cumplido, ella cambiaba de tema. Sue

y Rebecca se hubieran sentido muy decepcionadas de haber estado allí.

—Pues muy bien. Está fuera este fin de semana, en casa de uno de sus amigos. Los padres de este tienen una casa en Cornualles y han ido a hacer surf. Me da mucha envidia —añadió con esa sonrisa ancha que a Estelle tanto le gustaba.

—Así que este fin de semana estás solo —dijo intentando mantener un tono normal.

—Sí, iba a hacer una fiesta loca, ya que tengo la casa para mí solo. Pero pensé que esto sería más divertido. —Tony hizo un gesto mientras el camarero les servía el vino tinto—. ¿Y qué tal Joe?

—Está bien. Hoy duerme con su padre.

—Se llamaba Ted, ¿verdad?

—Sí. Espero que vuelvan a tener una relación normal. Creo que ya te había contado que la mujer de Ted está embarazada y a Joe le ha costado hacerse a la idea. Pero ahora creo que lo lleva mejor. Mañana lo verás. Está obsesionado con el fútbol. —Estelle sonrió—. Creo que te admira mucho.

—Bueno, está bien saberlo. Es un gran chico. Pero ¿tú qué tal estás? ¿No te resulta raro que tu ex vaya a tener un hijo con otra?

Estelle arrugó la nariz.

—La verdad es que no. Ted y yo nos llevamos mucho mejor desde que estamos divorciados. Y estoy muy feliz por él. Leila parece buena. Y yo estoy contenta de que todo haya salido tan bien.

Tony asintió y partió un trozo de pan antes de volver a preguntar.

—¿Y no ha habido nadie en tu vida desde que te divorciaste?

Estelle negó con la cabeza.

—Me cuesta creerlo.

—Con Joe y la cafetería, no tengo tiempo —respondió Estelle. Era lo que siempre decía cuando le preguntaban sobre su vida sentimental.

—Entonces deberías hacer que fuera una prioridad —dijo Tony firmemente. Untó mantequilla en el trozo de pan y luego lo mordió.

—Y tú ¿qué? —preguntó Estelle, que se sentía más valiente ahora que el alcohol empezaba a surtir efecto—. Seguro que estás siempre rodeado de mujeres.

Él negó con una sonrisa triste.

—Te voy a confesar un secreto. Esta es la primera cita que tengo desde que Caroline murió.

Estelle se quedó muy sorprendida.

—¿De verdad?

—Sí, tardé mucho tiempo en superarlo.

—¿Qué le pasó?

La voz de Estelle era casi un susurro y Tony tardó un tiempo en responder.

—Cáncer —dijo por fin—. Tenía treinta y tres años. Chris tenía nueve. Nos quedamos... devastados. No te puedes imaginar... Cuando uno se casa, lo hace para siempre. Te crees que todo va a seguir igual para siempre. Que vais a envejecer juntos y que las cosas sucederán siguiendo un orden natural.

—Lo siento —dijo Estelle. Era consciente de lo inadecuado de sus palabras.

Tony se encogió de hombros. No había nada más que Estelle pudiera decir.

—Estas cosas pasan. Supongo que no es justo, pero la vida tampoco es justa. No soy la única persona que ha pasado por esto. Pero yo tuve que tirar adelante por Chris. Si hubiera estado solo, no habría sido capaz. —En sus labios se dibujó una media sonrisa, como si acabara de recordar algo—. Supongo que yo hice lo mismo que tú, en cierto modo. Me volqué en el trabajo y allí encontré alivio. Intenté hacer mi trabajo lo mejor posible.

—Parece que te gusta mucho —sonrió Estelle.

—Me encanta. Es un trabajo muy físico, así que tengo que mantenerme en forma. No hay mejor manera de borrar los malos pensamientos que ir al gimnasio. Aunque, bueno, quizá haya otra forma... —concedió.

Estelle dio un sorbo a su vino y se sonrojó. Sabía a lo que se refería.

—Y tengo buenos compañeros —continuó Tony mientras el camarero les traía los entrantes—. Hay mucha camaradería entre nosotros. Supongo que tiene que ser así si uno trabaja en equipo. Te encantarían. Tengo que presentártelos. Y luego está, por supuesto, la satisfacción del trabajo bien hecho, que es un subidón de adrenalina.

—¿Tienes miedo alguna vez? —preguntó Estelle mientras exprimía un limón sobre un calamar frito.

—¿Yo? No. Nunca —bromeó Tony.

Estelle sonrió divertida.

—¿Alguna vez has salvado la vida de alguien? —preguntó. Se lo imaginaba como un héroe de películas llevando a gente en brazos.

—Bueno, es parte del trabajo —dijo Tony tranquilamente—: apagar fuegos, rescatar a gente. Conozco a una mujer que hace muy poco casi quema su propia casa. Pero no pasa nada, la he perdonado porque es muy atractiva.

Estelle no pudo evitar sonreír.

—¿Y qué pasó después?

—Pues, después de pasarme varias semanas pensando en ella sin parar, por fin me decidí a pedirle que saliera conmigo —admitió Tony—. Afortunadamente me dijo que sí.

—¿Y después? —Estelle no pudo evitar preguntar.

Tony la miró con ojos ardientes de deseo. En la luz parpadeante de la vela estaba más guapo que nunca, con su mandíbula ancha y sus grandes hombros. Estelle sintió una oleada de deseo que le recorría todo el cuerpo.

—No lo sé —dijo Tony por fin—. Pero tengo muchas ganas de averiguarlo.

Se miraron a los ojos hasta que el camarero que les traía sus segundos platos rompió la magia.

—Así que —por la expresión pícara de la cara de Tony, Estelle supo que estaba a punto de decir algo que no debía— ¿has seguido investigando en páginas web poco aptas para todos los públicos?

—Puede —dijo Estelle con tono despreocupado, como si estuviera hablando de una actividad de lo más normal. Luego se echó a reír—. ¡Aún no puedo creer que haya podido pasarme algo así! ¡Qué vergüenza!

—A mí me parece muy sexi —admitió Tony mientras cortaba un trozo de su solomillo—. Se ve que tienes mucha personalidad.

Estelle lo miró, sorprendida por su reacción.

—Bueno, la verdad es que no... No quiero darte una impresión falsa —murmuró.

—No lo has hecho —le tranquilizó él—. De hecho, me has causado una gran impresión.

Estelle sintió que su pulso se aceleraba y que su corazón latía más rápido. Tony les sirvió vino a ambos y luego alzó su copa para brindar. Estelle lo imitó con una mirada interrogadora.

—Por nosotros —dijo él suavemente.

Estelle no conseguía apartar los ojos de él. El aire entre los dos estaba cargado de tensión.

—¿Existe un «nosotros»? —preguntó sin querer hacerse esperanzas.

—¿Quieres que lo haya?

Una gran sonrisa se dibujó en la cara de Estelle, que asintió tímidamente. No podía creer que alguien tan fabuloso y guapo quisiera algo con ella. Vio que el alivio se dibujaba en los ojos de Tony. Pero había algo más. Algo que ya había

visto cuando estuvo en su casa. Era deseo. Él la deseaba..., y ella también.

Ese pensamiento era aterrador y al mismo tiempo excitante. Estelle apartó la vista, temerosa de que Tony pudiera leerle el pensamiento. No podía dejar que la expresión de su cara la traicionara, que él supiera cuánto lo deseaba. Aunque la reacción de su cuerpo no dejaba lugar a dudas. Cada vez tenía más calor y un cosquilleo le subía por los muslos.

Dejó el cuchillo y el tenedor a un lado. No podía seguir comiendo.

—¿Ha terminado, señora? —El camarero apareció por arte de ensalmo. Ella asintió y él le recogió el plato y lo colocó en la bandeja con un gesto experto.

—¿Quieren la carta de postres?

Tony miró a Estelle y esta negó con la cabeza.

—No, muchas gracias.

—¿Café...?

Una vez más, Estelle declinó la invitación.

—Creo que solo queremos la cuenta —dijo Tony.

—Como deseen. —El camarero se retiró y regresó segundos después con la cuenta. Tony la cogió y pagó.

—Gracias —le dijo Estelle muy agradecida mientras daba el último sorbo a su vino—. Me lo he pasado muy bien.

Tony se levantó y se puso la chaqueta.

—No tiene por qué terminar aquí —dijo.

Mientras atravesaban el restaurante lleno de gente, puso la mano sobre la espalda de Estelle para guiarla a través del laberinto de mesas. Esta se sentía mareada por el vino y notar la mano de él justo donde terminaba la espalda era más de lo que podía soportar. Perdió el poco autocontrol que le quedaba.

Había un pequeño paseo desde La Luna hasta el coche. Tony se colocó a su lado y Estelle se dio cuenta de que estaban totalmente solos. Era incapaz de hablar. Tenía la boca seca y no se le ocurría nada que decir.

Tony metió la llave en el contacto y puso el coche en marcha. Empezó a conducir. Cuando se detuvieron en un semáforo, se volvió hacia Estelle.

—¿Quieres que te deje en tu casa?

Durante unos instantes Estelle no dijo nada y la pregunta quedó colgando en el aire. El semáforo se puso verde y Estelle se fijó en las poderosas manos de Tony aferradas al volante. Conducía con la misma atención con la que hacía todo y no pudo evitar preguntarse cómo se sentiría si le dedicara toda su atención a ella.

Así que hizo acopio de valor y le preguntó:

—¿Cuál es la alternativa?

Una pequeña sonrisa se dibujó en la cara de Tony.

—Bueno, puedes venir a la mía —sugirió—. Pero solo si te apetece.

Estelle sabía perfectamente lo que sugería y también lo que quería ella, pero el miedo la atenazaba. Le daba miedo lo desconocido, estar con un hombre después de tanto tiempo. Además temía el rechazo. ¿Qué pasaría si luego él no quería saber nada de ella? ¿Qué pasaría si lo había interpretado mal?

A tomar por saco, se dijo. Incluso si Tony resultaba ser un amante de una noche, sería una noche para recordar.

—Vale —dijo por fin sin atreverse a mirarlo a los ojos—. Así tomamos la última.

Apenas hablaron en el recorrido a la casa de Tony, pero la tensión entre ellos era como una olla a punto de explotar. Aparcaron y Tony le cogió de la mano mientras la conducía hacia el interior de la casa.

Cuando la puerta se cerró, Estelle supo que estaba perdida y cayó en sus brazos sin intentar resistirse. Resultaría imposible decir quién dio el primer paso, pero pronto estuvieron besándose salvajemente. El cuerpo de Estelle quedó atrapado entre el de Tony y la pared.

Era como si todo su ser cantara. O como si todos los años de frustración hubieran encontrado una vía de escape. Todas las semanas que había pasado pensando en Tony y la visión del sexo que le habían descubierto las novelas eróticas estaban a punto de culminar en una feliz liberación.

Tony se apartó de ella. Respiraba entrecortadamente y la miraba con avidez.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? No quiero forzarte a nada.

Estelle dudó. Los miedos de siempre la asaltaron. Pero entonces miró a Tony y olvidó todos sus temores. Por una vez iba a olvidar lo que se esperaba de ella o lo que estaba bien. Por una vez iba a hacer exactamente lo que quería.

No contestó y se limitó a besarlo. Tony respondió a su beso y el interior de Estelle comenzó a bailar. Solo podía pensar en los labios de él sobre los suyos, el tacto de su piel mientras él le iba quitando la falda tan rápidamente que se le saltaron varios botones.

Aquello era mejor que cualquier fantasía. O que cualquier libro. Aquello era real: estaba ocurriendo allí y en ese momento. Notó cómo los fuertes brazos de Tony la rodeaban y levantaban como si fuera una pluma para llevarla escaleras arriba. Estelle se inclinó hacia atrás y se dejó llevar.

Capítulo 26

—¡Cuéntamelo todo! —le pidió Sue en cuanto entró en la cafetería el lunes siguiente.

Se daba cuenta de que había pasado algo. Estelle estaba resplandeciente, con una sonrisa de oreja a oreja. Tenía una piel radiante, los ojos brillantes y daba la impresión de estar pensando en cualquier cosa menos en preparar cafés para los habitantes de Bristol. Por su parte, Estelle estaba encantada de ver a Sue. Se había chupado la hora punta ella sola, porque Sue no entraba hasta las once y, una vez en el café, le había resultado imposible concentrarse. Había confundido pedidos y estado casi a punto de echarse encima una jarra de agua hirviendo por olvidarse de que la tenía en la mano. Lo peor había sido cuando tiró por accidente un sándwich a la basura y en su lugar ofreció al cliente un trapo sucio cuidadosamente envuelto en papel marrón.

—¡Ay, Sue! ¡Fue una maravilla! —Suspiró con una mirada soñadora.

—Empiece a largar, señora Humphreys —le ordenó Sue mientras dejaba su bolso en su lugar habitual bajo la barra y se ponía el delantal—. Esta es mi oportunidad de vivir un poco a través de ti, así que más te vale entrar en detalle.

Pero en aquel momento la puerta se abrió y entró una pareja.

—Dos minutos —le prometió Estelle a Sue, y se fue a atenderlos.

Eran casi las dos de la tarde cuando por fin las dos mujeres pudieron sentarse a hablar. Estelle casi explotó. Llevaba toda la mañana reviviendo el fin de semana en su cabeza. La noche del sábado había sido tan increíble que no podía olvidar ni un solo momento. Comenzaba a pensar que la cantidad de orgasmos que tenían los protagonistas de Diez dulces lecciones no eran una exageración. Ella había tenido unos cuantos.

Apenas habían entrado en la habitación de Tony cuando se tiraron al suelo e hicieron el amor frenéticamente en la alfombra. Para los dos había sido una experiencia necesaria y catártica, después de la cual se habían quedado dormidos. Tras esa primera vez, hicieron el amor en la cama de Tony, pero en esta ocasión mucho más lentamente y terminando con una explosión de ternura.

Se tomaron su tiempo para saborear el cuerpo del otro. Tony se concentró en darle placer y exploró cada centímetro de su anatomía con la boca, la lengua y los dedos.

Estuvieron hablando, besándose y toqueteándose como adolescentes antes de quedarse dormidos al amanecer. Tony la despertó después de lo que a Estelle le parecieron unos minutos. Le había llevado el desayuno a la cama. Parecía cansado pero feliz, tenía ojeras y el pelo hecho un desastre; cuando la besó para despertarla, sonreía.

—Tenemos que levantarnos —murmuró mientras Estelle estiraba su dolorido cuerpo bajo unas sábanas poco familiares—. Hoy hay entrenamiento de fútbol.

—¡Joe! —exclamó Estelle tapándose la boca con la mano y levantándose de la cama. Las sábanas resbalaron sobre su cuerpo y de pronto sintió timidez al recordar todo lo que había hecho la noche anterior. Le había dicho a Joe que me reuniría con él y con Ted en el entrenamiento.

—No te preocupes —la tranquilizó Tony. Se había enrollado una toalla alrededor de la cintura, pero llevaba el torso desnudo y Estelle apenas podía apartar los ojos de él. Tenía un cuerpo increíble, todo músculo y abdominales, como el de un atleta.

—Tenemos tiempo de sobra.

—¿Cuánto? —preguntó Estelle con un brillo travieso en los ojos.

Tony entendió enseguida lo que insinuaba.

—¿Por qué? —preguntó mientras se inclinaba para besarla en la frente, en la nariz, en los labios—. ¿Qué estás pensando?

Estelle no contestó. Simplemente tendió los brazos y lo rodeó con ellos. La sábana volvió a deslizarse sobre su piel, pero no se molestó en taparse. Tony se colocó encima, casi aplastándola y haciéndola reír. Tony le separó las piernas...

—¿Estelle? Tierra llamando a Estelle —repitió Sue mientras agitaba la mano frente a su cara.

Estelle se dio cuenta de que llevaba secando la misma taza cinco minutos. Era un milagro que no se le hubiera caído al suelo.

—Lo siento. Tenía la cabeza en otra parte.

—Parecía un lugar feliz. —Sue sonrió con indulgencia—. Te decía si no te apetece que nos tomemos un descanso. Quiero que me lo cuentes todo.

—Fue increíble —suspiró Estelle mientras se dirigían a la mesa libre—. Es un hombre encantador y nos llevamos muy bien. Hablamos y hablamos.

—¿Y nada más? —preguntó Sue enarcando una ceja.

—No, la verdad es que no. Fuimos a su casa —confesó con semblante avergonzado y feliz al mismo tiempo—. Pasé toda la noche allí. Y si no hubiera tenido entrenamiento la mañana del domingo, creo que no habríamos salido de la cama en todo el fin de semana.

—Qué suerte —dijo Sue con envidia.

—Fue maravilloso. De verdad. Creo que podría escribir una novela erótica con todas las cosas que hicimos.

Sue aplaudió encantada.

—¡Bien hecho! Me alegro de que por lo menos alguien se coma una rosca.

—¿Te lo puedes creer? Desde entonces no he pensado en otra cosa. Bueno, no solo en eso. —Se rio al ver la cara de Sue—. Pero luego todo fue un poco raro. Joe había pasado el fin de semana con Ted y tenía que recogerle en el entrenamiento. Pero, claro, no podía aparecer en el coche de Tony con la ropa del día anterior.

—Menudo pendón estás hecho —se rio Sue—. ¿Y qué hiciste?

—Tony me trajo aquí. Íbamos un poco retrasados porque... Bueno, ya sabes —admitió Estelle mientras se mordía el labio—. Así que tuve que vestirme deprisa. Y luego estar con mi exmarido como si fuera lo más normal del mundo mientras veía correr al hombre con el que acababa de tener el mejor sexo de mi vida...

—Bueno, cuando lo cuentas así...

Estelle pensó en el entrenamiento del día anterior. Había sido una de las mañanas más surrealistas de su vida. Ted le hablaba como siempre. Le había preguntado por su salud, ya que la veía un poco rara y le preocupaba que tuviera un resfriado. Estelle lo tranquilizó a pesar de que sabía quién era el culpable de su expresión cansada y de sus ojos brillantes. Alguien que en ese momento pasaba corriendo a su lado para que todo el mundo pudiera ver sus músculos. Estelle no hacía otra cosa que recordar lo increíble que había sido tener su cuerpo encima del suyo solo unas horas antes.

—Y no he sabido nada de él desde entonces —continuó, ansiosa—. Se acercó al final del entrenamiento a decir hola, pero, claro, no pudimos hablar con Joe y Ted delante. Luego sé que se fue a dormir, porque le tocaba turno de noche.

—Entonces ahí tienes la respuesta. Debe de estar trabajando —le dijo Sue mientras miraba el reloj—. Y si ya ha terminado su turno, seguramente esté dormido.

—Pero ¿y si no me llama porque se arrepiente de lo que ha pasado? ¿Y si cree que soy...? —Estelle se detuvo y bajó el tono para decir la palabra—: Un putón. Quiero decir, ¿qué tipo de mujer se acuesta con un hombre en la primera cita?

—No seas tonta —la tranquilizó Sue—. Sois los dos mayorcitos y podéis hacer lo que queráis con vuestras vidas. Yo creo que es magnífico.

—Quizá me dejé llevar por todos los libros que hemos estado leyendo —se preguntó Estelle—. ¿Sabes? Desde que empezamos con el club, el mundo me parece diferente. Es como si estuviera rodeada de sexo y todos tuvieran su ración salvo yo.

—Y yo —dijo Sue tristemente.

—¿No haces progresos con George? —preguntó Estelle con simpatía. De pronto se había olvidado de ella misma.

Sue negó con la cabeza.

—Vivir con él empieza a resultarme intolerable. Está furioso porque trabajo aquí. De hecho, ayer tuvimos una pelea por eso. Iba justo a llamarte para preguntarte qué tal había ido tu cita, pero, claro, él apareció para estropearlo todo, como siempre.

—No lo entiendo, ¿por qué no quiere que trabajes aquí?

Sue parecía incómoda.

—Cree que soy idiota por trabajar gratis. A mí no me importa —se apresuró a añadir—. Ya lo sabes.

—Vaya. Supongo que no le caigo muy bien.

—Creo que piensa que me has lavado el cerebro. No entiende que necesito estar activa porque no me puedo pasar el día viendo la televisión como él. La verdad es que me parece que solo se da cuenta de que no estoy en casa porque no tiene la comida en la mesa a mediodía.

—Vaya, Sue. No sé qué decir.

—No hay nada que decir. Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que el divorcio es la única opción. No quiero pasarme el resto de la jubilación sintiéndome desgraciada. Imagínate que vivo cien años. Para ello todavía me quedan cuarenta años y no quiero pasarlos atrapada con ese hombre. Solo de pensarlo me deprimó.

—Bueno, haz lo que tengas que hacer. Ya sabes que me tienes aquí para lo que sea.

—Gracias, Estelle.

—Uno nunca sabe. Quizá sea para mejor. Quizá sea una segunda ocasión para encontrar la felicidad.

—¿Como tú, quieres decir? —Sue sonrió—. Bueno, cambiemos de tema. No quiero arruinar tu felicidad con este marido mío. Hablemos de Tony.

—Sue, me gusta mucho —dijo Estelle con un suspiro—. Es maravilloso y divertido y se lleva muy bien con Joe.

—Suenan perfecto.

—Pero ¿no es demasiado bonito para ser real? Quizá liga todos los fines de semana y yo no soy más que la última de una larga lista que se ha dejado embaucar por su cuerpazo y sus ojos de perrito abandonado. ¡Ay, madre mía! ¿Y si lo hice tan mal en la cama que no quiere volver a saber de mí?

—Yo no me preocuparía por eso. —Sue sonrió mientras miraba por la ventana del café.

—¿Por qué no?

Estelle se giró siguiendo la mirada de Sue y lo que vio la dejó boquiabierta.

En la acera de enfrente había un camión de bomberos rojo, brillante, inconfundible, del que bajaba media docena de bomberos.

—¿Es ese Tony? —preguntó Estelle incrédula. Se levantó y se acercó a la ventana.

—¡Sería una gran coincidencia si no lo fuera! —se rio Sue.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —preguntó Estelle cuando lo distinguió al frente del grupo. Estaba conduciendo al resto de bomberos hacia la cafetería. Estelle puso cara de terror y se pasó la mano por el pelo.

—Sue, ¿qué hago?

Pero era demasiado tarde para hacer nada. La puerta se abrió y Tony entró seguido de su tropa. La aparición de los seis bomberos había provocado cierta conmoción entre los clientes y las conversaciones decayeron mientras todo el mundo se giraba para mirar.

El corazón de Estelle se aceleró. Era consciente de que se había sonrojado y no se atrevía ni a mirar a Tony. De pronto sentía una inmensa timidez.

Tony, en cambio, no tenía tantos reparos. Se dirigió confiado hacia la barra con una sonrisa.

—Hola —dijo.

—Hola —respondió Estelle vacilante. Su terror aumentó y se dio cuenta de que no se le ocurría absolutamente nada que decirle. Tenía la mente en blanco y solo podía mirarlo a los ojos. Se sintió muy agradecida cuando Sue llegó al

rescate.

—¿Tony? Soy Sue. Nos conocimos en la fiesta de los años cincuenta.

—Sí, ya recuerdo. ¿Qué tal estás?

—Muy bien. ¿Quieres tomar algo? —preguntó, incapaz de contener un tono de coqueteo en su voz. No podía dejar escapar la oportunidad de tontear con seis bomberos.

—Queremos seis té para llevar. Con leche y azúcar. Y unas pastas variadas. Media docena de las que tengas, por favor —pidió.

Sue comenzó a preparar el pedido mientras Estelle seguía clavada en el sitio.

—¿Estás...? —comenzó a decir. Pero se arrepintió a mitad de la frase—. Quiero decir, ¿cómo tú por aquí?

—Pasamos por delante después de una llamada. Así que pensamos en entrar.

—¿Por delante? —bufó uno de sus compañeros. Era un hombre joven de piel oscura y aspecto de boxeador—. ¡Casi nos hemos cruzado Bristol entero para venir aquí!

—Muchas gracias, Mo —dijo Tony, pero no parecía avergonzado por la revelación.

—¿Una llamada? —preguntó Sue, preocupada, mientras Estelle aprovechaba para escabullirse y preparar el pedido—. ¿Un fuego de verdad?

—Qué va. —Tony negó con la cabeza—. Nada emocionante. Un gato que no podía bajar de un árbol, lo de siempre.

Sue volvió la atención a Estelle, justo a tiempo para detenerla cuando se disponía a echar una cucharada de sal en uno de los cafés.

—Así no es —dijo alegre mientras le arrebatava el vaso—. No te preocupes, yo me ocupo del pedido. Tú ve a hablar con Tony.

—Pero no sé qué decir —protestó Estelle.

Se giró y vio que Tony la miraba. Tenía unos ojos tiernos y una sonrisa divertida en la cara.

—Bueno... —empezó Estelle dudosa—. ¿Y qué tal estás?

—Nunca he estado mejor. ¿Tú?

—Yo también —murmuró ella. Volvía a sentir mariposas en el estómago.

Sue puso las pastas y los té sobre la barra y los hombres los cogieron rápidamente.

—Tenemos que volver —dijo Tony con desgana mientras sus colegas se dirigían hacia la puerta—. Te llamo luego, ¿vale?

—Vale —asintió Estelle—. Yo...

Cualquier cosa que fuera a decir se vio interrumpida, ya que Tony se había inclinado sobre la barra y le había plantado un enorme beso en la boca. Sus amigos comenzaron a aplaudir y a aullar mientras los clientes se giraban para ver a una Sue en estado de shock.

Estelle parecía no ser consciente de la conmoción que había causado. Solo prestaba atención al tacto de Tony, a sus labios y a sus propias piernas, que temblaban peligrosamente, como si fueran a fallarle en cualquier momento.

Entonces Tony se apartó y Estelle se dio cuenta de lo que acababa de suceder, ¡y delante de tanta gente! Una parte de ella se sentía avergonzada, pero la otra estaba feliz y su punto G bailaba su propia melodía triunfal.

Tony le lanzó un último beso que casi la hizo arder de felicidad. Luego él y sus compañeros salieron por la puerta y volvieron al camión.

Mientras se marchaban, él iba diciendo adiós con la mano.

Estelle se giró hacia Sue con la cara radiante.

—¿Todavía te parece que le has dado la impresión equivocada? —bromeó.

—¡Ay, Sue! ¿A que es maravilloso?

—¿Crees que tendrá un amigo para mí? —preguntó Sue, solo medio en broma. Al ver a Estelle tan feliz, se dio cuenta del vacío de pasión que había en su vida—. De verdad, estoy encantada por ti. Ya no necesitas soñar con Alexander Black. Ahora tienes a Tony Ellis. —La miró con admiración—. ¡Eso sí que es un hombre y lo demás son tonterías!

Capítulo 27

Reggie y Gracie yacían en la estrecha cama del primero y se besaban apasionadamente. Se habían visto unas siete veces durante las últimas semanas y la cosa se había ido caldeando. Aquella noche, después de su cita en Mambos, un bar en el que Gracie convenció a Reggie para que tomara su primera clase de baile, ella aceptó ir con él a su casa por primera vez.

Sonaba la música. Reggie había seleccionado una lista de reproducción de clásicos. Cantaba Etta James cuando Gracie deslizó su pierna entre las de él. Notó que Reggie estaba nervioso. Ella también lo estaba. Habían hablado de sus experiencias pasadas y ninguno tenía nada de lo que sentirse orgulloso. Gracie había ido de relación en relación con hombres que resultaron ser todos infieles, unos cerdos o unos raros. O las tres cosas a la vez. Reggie en cambio había tenido una cantidad insignificante de relaciones en la universidad que nunca habían durado demasiado. Cada uno tenía sus propias razones para mostrarse inseguro, pero esta nueva relación incipiente les estaba empujando a olvidar toda cautela.

Gracie se acercó a Reggie y metió los dedos debajo de su camiseta. Reggie se sentó y se la quitó por la cabeza de un solo gesto. Su cuerpo era mejor de lo que Gracie se había esperado. Delgado pero musculoso, con una mata de pelo oscuro en el centro del pecho. Deslizó las manos por la pálida piel de los hombros y en dirección al ombligo, enredando los dedos en el vello que asomaba por la cintura de los pantalones. Entonces miró el bulto en los pantalones y dejó que sus manos juguetearan por encima de la tela mientras Reggie gemía de placer.

Este, con un movimiento inesperado, le sujetó las muñecas con una sola mano y con la otra comenzó a desabrocharle la camisa. Abrió los ojos al ver los generosos pechos de Gracie asomando detrás de un delicado sujetador. Gracie se sentía feliz de haber escogido el más bonito que tenía. Se había puesto también braguitas a juego al sospechar que aquella noche tendría ocasión de enseñarlas.

Ahora que lo pensaba, últimamente se había gastado buena parte de su

sueldo en ropa interior. La había comprado online y casi diariamente. Pero quería sentirse bien y estar guapa para Reggie. Si en otro tiempo había despreciado la idea de ponerse guapa para un hombre, en las últimas semanas había ido cambiando de opinión. Había empezado a aceptar la idea de que las cosas que había leído en las novelas eróticas podían ser divertidas y producto de un consenso. Que no tenían por qué ser algo antifeminista ni degradante. Y una buena parte de este cambio de opinión se debía a Reggie.

Él en aquel momento le besaba el cuello y pellizcaba los pezones. Gracie no había estado nunca con un hombre que dedicara tanto tiempo a los preliminares, alguien que se preocupara por el placer del de enfrente tanto como por el propio. Reggie podía ser un principiante, pero aprendía rápido.

Lentamente, le quitó la blusa y Gracie suspiró de placer. Se sentía muy cómoda con él, totalmente a sus anchas. Normalmente, habría estado preocupándose de si estaría guapa, pero por alguna extraña razón eso no le sucedía con Reggie. Este le acarició el tatuaje del esternón y lo besó lentamente.

—¿Qué edad tenías cuando te lo hiciste? —murmuró.

—Diecisiete. Era menor, así que tuve que mentir. Dije que tenía dieciocho. La clásica salida juvenil. Ya era distinta a las otras niñas del colegio y supongo que quise acentuar más las diferencias.

—¿Por qué elegiste una rosa?

—No sé. Suena tonto, pero la verdad es que no lo había pensado demasiado, así que escogí lo primero que encontré. Me pareció bonita —sonrió.

Reggie deslizó los dedos por su cuello, sus hombros y a lo largo de su brazo. Se detuvo en el siguiente tatuaje. Era una pin-up de los años cincuenta ataviada con un bikini.

—¿Y este?

—Tenía veintiún años y fue mi regalo de cumpleaños. Me encanta —dijo Gracie, orgullosa mientras se giraba el brazo para admirarlo—. Estaba atravesando una mala época, tenía la autoestima por los suelos. Para mí representa todo el glamur y la belleza del mundo. Era todo lo que quería ser y no era. Todo lo que sigo sin ser.

—Pero lo eres —le dijo Reggie—. Eres maravillosa y sexi y segura...

—Sigue hablando. —Gracie se inclinó hacia él para que le diera un beso.

—Y seductora —murmuró Reggie mientras le mordía el labio inferior—. Y voluptuosa —dijo mientras deslizaba su lengua hasta uno de los pechos.

Gracie se rio encantada.

—¿Sabes? Tengo otro tatuaje más.

Reggie la miró con interés.

—¿Dónde?

—Tendrás que averiguarlo —sonrió maliciosa—, sigue investigando.

Se volvieron a besar, más profundamente en esta ocasión. Gracie sintió un escalofrío de excitación y pensó que era maravilloso descubrir a la otra persona. Había olores, texturas y sabores nuevos. Sus lenguas jugaron mientras las manos exploraban debajo de la ropa.

De pronto se oyó un golpe en la puerta y se separaron precipitadamente. Gracie se cubrió con la colcha.

—¿Has cerrado con llave? —susurró nerviosa.

Reggie asintió.

—Hagamos como si no estuviéramos. Quizá se larguen.

Contuvieron la respiración. Sus corazones latían con tanta fuerza que Gracie estaba segura de que el sonido los delataría.

Tras unos segundos, alguien volvió a llamar. Cada vez más alto.

—¿Reggie? —preguntó una voz de hombre.

—Joder —murmuró el aludido.

—¿Quién es? —preguntó Gracie con los ojos muy abiertos. Con tantos besos se le había corrido el rímel y no quedaba ni rastro del pintalabios.

—Mi compañero de piso, Josh. Es un idiota —le explicó en voz baja—. Uno de esos jugadores de rugby que se creen el hijo de Dios redivivo. Siempre anda metiéndose con la gente y dando gritos.

—No parece que tengáis mucho en común —sonrió Gracie.

—Reggie, tío, sé que estás ahí dentro. Puedo escuchar la música.

—Estoy durmiendo —gritó Reggie, irritado.

—¿Entonces por qué tienes la luz encendida? Puedo verla por debajo de la puerta.

Reggie puso cara larga.

—Es un puto Colombo.

—No creo que se vaya a marchar —susurró Gracie.

Reggie suspiró y saltó de la cama. Se abrochó los pantalones mientras cruzaba la habitación y abrió un poco la puerta.

—¿Qué?

—Hola, tío. —Josh estaba fuera. Parecía borracho y tenía los ojos rojos. Miró a Reggie un momento hasta que se percató de que iba sin camiseta y tenía

el pelo revuelto—. Lo siento si te he despertado. No estarías masturbándote, ¿verdad?

Reggie optó por no responderle y le dirigió una mirada fría. La mirada de Josh se clavó en su torso desnudo.

—Oye, si quieres tonificar tus músculos, conozco unos ejercicios maravillosos. Podrías venir al gimnasio conmigo e intentar conseguir un cuerpo como el mío —sugirió arrogante tocándose los bíceps.

—¿Qué es lo que quieres, Josh? —preguntó Reggie intentando mantener la calma.

—¿Qué? Ah, sí, ¿me podrías prestar el cargador del móvil? El mío se ha roto y Pankesh solo tiene uno para Samsungs. ¿Qué capullo, verdad? Tengo a una tía esperando que la llame. Seguramente, se va a pasar llorando toda la noche si no lo hago.

Reggie dudó. Cada vez le caía peor Josh. Odiaba dejarle cosas porque siempre se las perdía o se las devolvía rotas. Como las películas de Star Trek que nunca le devolvió o el helicóptero a control remoto que se encontró hecho trizas detrás de la mesa de la televisión. Pero aquella noche tenía que pensar en Gracie. Dejarle el cargador era la manera más rápida de deshacerse de él.

—Vale, espera un segundo.

Cerró la puerta, cruzó corriendo la habitación para desenchufar el cargador y le lanzó un beso a Gracie. Ella, tumbada en la cama y con la cara apoyada en una mano, esperaba haber adoptado la posición típica de las pin-ups.

Josh oyó el crujido de la cama y vio la sonrisa de Reggie cuando este reabrió la puerta.

—Oye, Reg, ¿tienes a alguien ahí dentro? —preguntó incrédulo mientras intentaba otear a través del quicio de la puerta.

—No —mintió Reggie. Pero la cara se le puso como un tomate.

—No puede ser, joder con el mosquito muerto. Tienes a una churri ahí dentro, ¿verdad?

—Déjalo, Josh —le advirtió Reggie.

—Oh, espero que no sea un tío, ¿verdad? No eres gay, ¿no?

—No, no lo soy. Aquí tienes el cargador —le dijo mientras lo apretaba contra su mano—. Ahora lárgate y déjame en paz.

—Oh, qué delicadito que eres. —Josh no tenía intenciones de ir a ninguna parte—. ¿Por qué estás tan misterioso? ¡No me puedo creer que finalmente hayas mojado! Déjame verla.

—No seas estúpido —dijo Reggie impacientándose. Deseaba volver al lado de Gracie y la pelea con Josh le estaba poniendo de muy mal humor. Decidió que ser maleducado era la única opción, así que intentó cerrar la puerta, pero su compañero de piso rápidamente deslizó el pie para impedirselo. Cuando se inclinó hacia él, Reggie olió el alcohol que había ingerido. El tono de Josh, cuando habló, era agresivo.

—Es un callo, ¿verdad? Por eso te da vergüenza enseñarla.

—Vete a tomar por culo, Josh. —Costaba mucho que Reggie dijera palabrotas, pero eso no impresionó a Josh.

—Lo siento, tío, no quería molestarte si estás perdiendo la virginidad.

—Eres un gilipollas, ¿lo sabes? —respondió Reggie, harto de las bromas de Josh y molesto de que le hablara así cuando Gracie podía oírlo.

—Tranquilo, tío. ¿Cuál es tu problema?

—Tú eres mi problema. Y yo no soy tu tío.

Gracie escuchaba en la cama, infeliz. Se puso la blusa y se acercó a la puerta. Apoyó una mano en el hombro de Reggie.

—Déjalo, Reggie. Vuelve a la cama.

—¡Vaya! Aquí está. No está nada mal. Tío, te lo montas bastante bien.

Gracie se giró hacia él.

—Que te jodan, maldito misógino de mierda.

Josh comenzó a reírse a carcajadas.

—Un gallito de pelea, ¿verdad? No te preocupes. Me gustan ese tipo de mujeres. Oye, tía, si este no sabe cómo terminar, mi cuarto es ese de ahí. Puedo hacer que te lo pases muy bien —concluyó, mirando a Gracie con lascivia.

Al instante siguiente el puño de Reggie había salido disparado y le había dado en toda la mandíbula. Josh cayó al suelo sujetándose la cara y con expresión atónita.

Reggie y Gracie también parecían igual de asombrados.

—Josh —empezó a decir Reggie—, esto... Yo...

Pero Josh habló primero.

—Cállate, Reggie. ¿Estás gilipollas? ¿Qué te pasa? ¿Es que no puedes soportar una broma? —Se movía sobre su espalda como una cucaracha boca arriba alejándose de Reggie. Cuando su espalda dio con el pasamanos de la escalera, la agarró como un hombre que se ahoga y tomó impulso para levantarse.

—Mira... —empezó Reggie. Dio un paso hacia él. Josh retrocedió.

—Tú sabrás, tío. Nunca me la hubiera tirado, de todas maneras. Es un feto.

Salió corriendo y se encerró en su habitación. Oyeron cómo echaba el cerrojo y se hizo el silencio.

Reggie aún no se había calmado. Se le había hinchado una vena del cuello y temblaba y respiraba pesadamente. Se volvió hacia Gracie.

—¿Estás bien?

—Sí —asintió esta. Regresaron a la habitación y cerraron la puerta—. No te preocupes por mí. Ya me he enfrentado antes a hombres como él. Gilipollas integrales. Pero, Reggie, ¿no me puedo creer que le hayas pegado!

Reggie meneó la cabeza con gesto culpable.

—Yo tampoco. Me siento fatal.

—No lo hagas. Lo estaba pidiendo a gritos.

—Bueno, puede. Pero no sé cómo ha conseguido sacarme de mis casillas así.

—Sacudió la mano y luego se inspeccionó los nudillos.

—¿Te duele? —le preguntó Gracie.

—Ya se pasará.

Reggie flexionó los dedos y volvió a estirarlos.

—La verdad es que ha sido muy sexi —admitió Gracie, incapaz de reprimir la sonrisa.

—¿Sí? —preguntó Reggie, sorprendido.

—Sí, un caballero de reluciente armadura.

Gracie rodeó la cintura de Reggie con los brazos y lo atrajo hacia sí. Le gustaba sentir los músculos de él pegados a su cuerpo. Se inclinó para besarlo. Dejó que sus pechos se frotaran contra él a través de la fina blusa.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó con voz seductora.

Pero para Reggie se había roto la magia. Le devolvió el beso, pero solo podía pensar en Josh.

—Lo siento —se disculpó—, pero no me apetece que nos quedemos aquí.

—Seguro que el perverso está escuchando fuera —bromeó Gracie—. De todas maneras, estoy segura de que es un fanfarrón.

Reggie sonrió, pero era evidente que estaba molesto por lo sucedido.

—Podemos ir a mi casa, si quieres. Mi madre ha salido. Ha quedado con una amiga, así que volverá tarde.

—¿Estás segura? —preguntó Reggie, esperanzado.

—Sí.

—Entonces, vamos.

Gracie cogió su bolso y Reggie se puso una camiseta limpia. Luego bajaron las escaleras y echaron a andar hacia la casa de Gracie. Andaban despacio, abrazados, y cada pocos metros se paraban para besarse.

Estaban tan absortos el uno en el otro que no se dieron cuenta cuando Sue pasó a su lado en el coche. Casi se da con una farola cuando los vio. Abrió la boca de par en par por la sorpresa. El conductor de atrás le pitó. Reggie y Gracie continuaron besándose, ajenos a cuanto sucedía a su alrededor.

Por fin llegaron a casa de Gracie, donde entraron besándose y riéndose.

—Mi cuarto está por aquí —murmuró Gracie.

Lo cogió de la mano y lo condujo escaleras arriba. Él le miró el culo mientras la seguía. Sentía que su pulso se aceleraba cuando Gracie estaba cerca.

Se quedaron helados cuando oyeron un ruido. Una puerta del piso de abajo se abrió y una voz gritó:

—¿Gracie? ¿Eres tú?

Maggie apareció en el pasillo.

Gracie y Reggie se volvieron con cara avergonzada. Sus intenciones eran evidentes y Reggie nunca habría querido conocer a la madre de Gracie en esas circunstancias. Todo su deseo se evaporó.

—Vaya, no sabía que tenías compañía —se disculpó Maggie. Parecía tan avergonzada como él—. Eres Reggie, ¿verdad?

—Sí, señora. Encantado de conocerla —dijo él educadamente, y se inclinó sobre el pasamanos para tenderle la mano.

—Mamá, pensaba que habías salido... —exclamó Gracie, incapaz de contener su frustración.

—Obviamente. —Sus ojos brillaban—. Janice no podía salir, así que al final me he quedado en casa. Lo siento si te he arruinado la noche.

—No, está bien, no te preocupes... Reggie solo me había acompañado a casa.

—¿Hasta tu habitación? —La boca de Maggie hizo una mueca divertida.

—Me gusta terminar las cosas —confirmó Reggie. Su boca había pronunciado aquello sin ser muy consciente de lo que decía. Afortunadamente, a Maggie no pareció importarle lo inapropiado del comentario.

—Bueno, pues no os molesto más. Estaré en el cuarto de estar viendo la televisión. Encantada de conocerte, Reggie. Espero que la próxima vez que nos veamos sea en mejores condiciones.

Tras ello, se retiró. Gracie y Reggie, en cuanto cerraron la puerta de la habitación, soltaron una carcajada que intentaron ahogar inútilmente.

—Debería irme —dijo Reggie poco convencido.

—No, quédate. De verdad que a mi madre no le importa.

—No me siento muy cómodo sabiendo que está en el piso de abajo. Quizá sea mejor que lo dejemos aquí por hoy, que vuelva a casa y que me disculpe con Josh.

—Yo no me molestaría. —El buen humor de Gracie se desvanecía al recordar lo que había sucedido antes. Se acercó a Reggie y le murmuró al oído —: Me da una rabia... —Y comenzó a mordisquearle el lóbulo.

—Lo sé —dijo él mientras le acariciaba el pelo—. A mí también.

—Es ridículo —continuó ella. Había empezado a enfadarse—. Los dos tenemos casi treinta años y todavía vivimos como adolescentes, sin ninguna privacidad. Solo quiero poder pasar más tiempo a solas contigo —le dijo mientras le acariciaba el pecho con un dedo.

Reggie sabía exactamente cómo se sentía. Estar a solas con Gracie y no poder hacer nada era una completa tortura.

—Voy a solucionarlo. Te lo prometo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Gracie. Presentía que Reggie había tenido una idea.

—Es una sorpresa —sonrió Reggie, misterioso—. Déjame a mí. Te llamo. —La besó por última vez y luego desapareció en la noche.

Capítulo 28

—Nunca adivinarás lo que acabo de ver.

Sue abrió de un golpe la puerta de su casa, soltó el bolso y echó a correr hacia donde sabía que estaba George. Este la miró con escaso interés preguntándose qué podía ser lo que la ponía tan nerviosa.

—¿Una ardilla? —dijo. Fue lo primero que le vino a la mente.

—¿Una ardilla? —repitió Sue, asombrada—. George, ¿se puede saber de qué estás hablando? No, acabo de ver a Reggie y a Gracie. Juntos —añadió, por si no había quedado claro.

Pero George se limitó a mirarla, confuso. No entendía semejante entusiasmo.

—¿Perdón? Creo que te he entendido mal.

—Reggie y Gracie —repitió Sue impaciente—. Ya sabes. Del club de lectura. Los conociste en la fiesta. La cantante y el chico alto. Teníamos nuestras sospechas —se sentó en la silla a su lado—, pero ahora tengo la prueba. Iba conduciendo hacia Waitrose cuando ¡ahí estaban! De la mano y besándose sin que les importara lo que el resto del mundo pensara de ellos.

George gruñó. No parecía muy impresionado.

—¡Me parecen tan monos! —continuó Sue mientras pensaba en lo maravilloso que era poder dejarse llevar por la pasión y que todo lo demás te diera lo mismo. Incluso cuando estaban recién casados, George se mostraba poco cariñoso en público. Era imposible imaginarlo deteniéndose en mitad de la calle para abrazarla y besarla como si su vida dependiera de ello.

—¿Metiéndose mano delante de todo el mundo? —repitió George con una expresión de asco en la cara—. Eso es lo que pasa con la gente joven: no tienen vergüenza. Si quieres meterle la lengua hasta el gaznate a alguien, hazlo en tu propia casa y no nos tortures a los demás.

—No es así exactamente —rebatió—. Están felices, enamorados...

—¿Amor? —bufó George—. Esa gente de tu grupo parece estar siempre saltando de cama en cama, como si fueran los últimos días de Roma. ¿Estás segura de que es un club de lectura y no de intercambio de parejas?

—No seas ridículo. ¿Qué es lo que te pasa?

—No sé si me gusta la idea de que sigas yendo a ese club. ¿Y qué hay de esa Estelle? Por lo que cuentas, tiene la moral de un gato callejero.

Sue abrió la boca de la sorpresa.

—¿Cómo te atreves? ¡Es mi amiga!

—Sí, una amiga tan buena que te hace trabajar gratis —replicó él.

—Vaya, ¿ya estamos otra vez con eso? Ya te lo he dicho. Fui yo la que me ofrecí. ¿Qué parte no entiendes?

—Te está tomando el pelo. Te ha vendido el cuento de que no puede permitírselo. No debería tener un negocio si no puede pagar a sus empleados. Y ahora se dedica a ligar con el entrenador de fútbol de su hijo... Estoy seguro de que sí tiene dinero para comprarse vestidos y zapatos.

Sue miró a George, incapaz de dar crédito a lo que oía. ¿Era aquel el hombre con el que se había casado? Le parecía un extraño, un viejo miserable con el que no tenía nada en común.

Cuando volvió a hablar, su voz era fría como un témpano.

—Puedes prepararte la cena para ti solo. Yo no tengo hambre. La compra está en el maletero. Supongo que querrás sacarla antes de que se estropeen los congelados.

Le tiró las llaves del coche y empezó a subir las escaleras.

—Te vas con tus juguetitos, ¿verdad? —Oyó que George le gritaba.

Temblando de la furia, se dirigió hacia el cuarto que hacía las veces de su despacho y cerró de un portazo. Sintió un momento de alivio antes de que la furia volviera a poseerla. Se apoyó en la pared y tomó aire, intentando tranquilizarse.

Casi con el piloto automático encendido atravesó la habitación y encendió el ordenador. Enseguida se sintió más tranquila. Era su conexión con el mundo exterior, un recuerdo de que había vida más allá de la cara larga de su marido y de su estrecha visión del mundo.

Se sentó y abrió sus correos. Su hija Helen le había mandado algunas fotos de Bella. Habían ido hacía poco de viaje a la playa y adjuntaba una docena de fotos de su nieta, cada cual más mona que la anterior: Bella subida en un burro, Bella comiéndose un helado, Bella gritando en un cochecito de feria.

Sue sonrió con tristeza y le dio a «Responder». Empezó con las preguntas habituales sobre si estaba bien, pero, antes de que se diera cuenta, su misiva se había convertido en una catarsis por escrito en la que daba rienda suelta a su

resentimiento hacia George. Cuanto más escribía, más se preguntaba por qué no lo había abandonado meses atrás.

Podía oírlo escaleras abajo: había subido el volumen de la televisión, pero Sue escuchaba el ruido de los platos y cubiertos mientras se preparaba la cena.

¿Cuándo había empezado a torcerse todo entre ellos?, se preguntó desesperada. ¿Cuándo habían divergido tantos sus intereses en la vida? Allí estaba ella, soñando con recorrer el mundo, mientras que las ambiciones de George se limitaban a averiguar quién había asesinado al muerto antes de que lo hiciera el detective Poirot.

De pronto se levantó de su asiento. Una idea había comenzado a gestarse en su cabeza. ¿Por qué tenía que ser solo una fantasía? ¿Cuántos años más iba a perder soñando con la vida que hubiera podido tener, cuando estaba al alcance de la mano? Solo necesitaba valor para alargar el brazo y cogerlo.

Dejó el correo que estaba escribiendo y presionó sobre el icono de Internet. Se abrió la lista de sus lugares favoritos. Cada uno de ellos era más tentador que el anterior: podía ir a Alaska a ver la aurora boreal y las orcas, o volar a Nueva Zelanda para ver las montañas nevadas, o relajarse en una isla desierta perdida en medio del océano Índico.

Cogió un cuaderno y empezó a escribir ideas con su letra pequeña y ordenada. Trabajó la hora siguiente de forma constante. Planificó diferentes itinerarios, buscó distintos destinos y calculó el coste total de la escapada.

Sus hijos pensarían que se había vuelto loca de remate, y quizás fuera cierto. Echaría de menos a su nieta, pero solo serían seis meses, nueve como mucho. Todo dependía de qué opción escogiera. Y suponía también dejar de acudir al club. Se sintió mal por abandonar a Estelle en el café, pero solo había sido un arreglo temporal y estaba segura de que Estelle lo entendería.

Estaba mirando fotos de las islas Cook cuando alguien llamó a la puerta. No se molestó en responder y, un momento más tarde, George asomó la cabeza. En la mano llevaba la pipa de la paz en forma de taza de té. Sue sabía que era su manera de pedir perdón, aunque no lo dijera en voz alta.

—¿Cómo estás? —preguntó George, tenso.

—Bien —contestó Sue de un modo igual de seco.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada, mirar cosas. Ya me conoces. —De pronto se sintió culpable por el correo que le había escrito a Helen y lo borró antes de que George pudiera verlo. Quizá había llevado las cosas demasiado lejos. Su furia anterior se disipaba en

presencia de su marido—. Helen ha mandado unas fotos de Bella —le dijo con tono amable. Había decidido hacer un esfuerzo—. ¿Quieres verlas?

George gruñó afirmativamente, puso el té sobre un posavasos y se inclinó para observar la pantalla.

—¿Has comido algo?

—Me he preparado un sándwich —contestó George intentando no sonar resentido—. Te pasas el día preparándolos en la cafetería, así que supongo que estás hasta las narices.

—En absoluto. Me gusta lo que hago. Por eso lo hago.

—No estoy seguro de que Estelle sea una buena influencia para ti.

—George —Sue dio un golpe en la mesa—, no empieces otra vez. Estelle es mi amiga.

—Y yo soy tu marido.

—Eso no te da derecho a decidir a quién veo o a quién no.

—No, pero deberías valorar más mis opiniones —contraatacó George mientras Sue agitaba la cabeza con descontento. Cerró la carpeta con las fotos de Bella y la página web en la que se veía unas aguas azules y las palmeras de una tierra muy lejana con un crucero blanco al fondo.

—¿Ya estás otra vez con las vacaciones? —preguntó él, sarcástico.

—Sí, George. ¿Por qué? ¿Quieres venir conmigo?

—No, gracias.

—No sé por qué, pero no me sorprende.

George la miró con los ojos entrecerrados como si fuera una nueva especie de animal que acabara de descubrir.

—Pero ¿para qué quieres ir a un crucero? —preguntó mientras miraba la página web—. Todo el día encerrada en un barco, con el mismo grupo de gente, día tras día. Mareada. Y luego yendo de excursión como en un rebaño para ver algo seguramente mucho más feo de como lo pintan las fotos. ¿Por qué querías hacer algo así?

—La verdad es que a mí me suena maravilloso.

—Puedes añadirlo a la lista de ideas fantasiosas que has estado teniendo últimamente. No vives en el mundo real, Sue —le dijo—. La gente como nosotros no va de crucero o de vacaciones a la Toscana. ¿Has estado leyendo todas esas revistas otra vez?

Sue puso los ojos en blanco.

—Ya no vivimos en 1920, George. No voy a tener que viajar en una bodega.

Es perfectamente posible que alguien como yo o como tú pueda salir y hacer cosas. De hecho —continuó con gesto firme—, voy a hacerlo.

—No seas ridícula.

—¡No soy ridícula! Eres tú el aburrido y el cansino. Estoy triste, George —le gritó—. Ya no me haces feliz. Y yo no te hago feliz a ti. ¿Por qué crees que me gusta ir al Crumb? Porque allí puedo hablar con la gente y reírme con ellos y tener una vida. Incluso trabajar gratis es mejor que quedarse aquí encerrada contigo.

—Ya veo —contestó George terriblemente calmado.

Cuando se dio cuenta de lo que acababa de decirle, Sue lamentó su sinceridad. Pero por fin había podido expresar sus sentimientos.

—¿Y sabes qué más? Ya que estamos en ello, pues ¡me gustaría tener vida sexual! Quizá tenga sesenta y dos años, pero no estoy acabada todavía.

—¿Algo más? —La voz de George estaba teñida de sarcasmo.

—Pues sí. —Sue temblaba por la ira. La adrenalina le recorría el cuerpo. Era el momento: ahora o nunca—. Voy a reservar una plaza en un crucero. Un crucero alrededor del mundo. Hay uno que sale el 1 de septiembre desde Los Ángeles. Y dura seis meses. Llegaré a Southampton el próximo marzo.

George la miró horrorizado.

—¿Te has vuelto loca?

—Quizá —dijo Sue alegremente.

—¿Y piensas ir sola?

—Eso depende de ti. Ven conmigo si quieres. Eres bienvenido.

—No bromees, Sue —le advirtió George.

—No lo hago. —Sue sintió una inmensa calma, ahora que ya había tomado una decisión—. Te voy a decir algo: voy a reservar de aquí a una semana. Así que tienes siete días para decidir si quieres venir. Si no, me voy sola.

—¿Es un ultimátum?

—Sí, creo que sí —dijo, y era sincera—. Ahora me voy a servir una copa de vino y me voy a ir a la cama con un buen libro.

—Sigues leyendo esas novelas sobre sexo, ¿verdad? —bufó George, burlón.

—Sí, George. Y las disfruto mucho. Me han enseñado exactamente lo que me estoy perdiendo y lo que me he perdido durante todos estos años. Y ya no estoy dispuesta a seguir haciéndolo.

George retrocedió como si le hubieran pegado. Sue se alejó del ordenador y salió de la habitación. Hacía meses que no se sentía tan feliz.

Capítulo 29

Rebecca se estiró perezosa, cambió de postura y se cubrió con el edredón. Era tarde, pero daba igual. Era domingo y estaba decidida a relajarse y a hacer lo que le apeteciera. Y hablando de apetecer... Estiró un brazo para tocar el cuerpo de Andy, tan familiar y cálido, a su lado. Pero no encontró nada. Abrió los ojos y vio que las sábanas del lado de Andy estaban retiradas. Se sentó, confusa.

—¿Andy? —lo llamó somnolienta.

En ese momento se abrió la puerta del dormitorio y Andy entró con una bandeja llena de comida.

—Justo a tiempo —dijo, y se agachó para darle un beso y ponerle la bandeja sobre el regazo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Rebecca maravillada por todo lo que tenía enfrente. Había napolitanas de chocolate, macedonia, tostadas untadas de mantequilla, zumo de naranja y una taza de café, así como una rosa.

—Desayuno en la cama —dijo Andy, como si fuera lo más natural.

—Eso ya lo veo —rio Rebecca—, pero ¿qué he hecho para merecer esto?

—Nada en particular. Solo quería agasajar a mi preciosa mujer y decirle que la quiero.

—Vaya, gracias, cariño. Eres un encanto —dijo Sue. Se sentía verdaderamente feliz. Mordisqueó una napolitana—. Yo también te quiero.

Y le lanzó un beso.

Andy se quitó la bata y la colgó en el gancho detrás de la puerta. Rebecca lo miró mientras cruzaba la habitación en calzoncillos. Se subió a la cama y se sentó a su lado.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —preguntó mientras cogía una fresa del cuenco con la fruta—. ¿Quieres ir a algún sitio?

Rebecca hizo una mueca.

—No, no. Mejor quedémonos haciendo el vago en casa. Los dos solos.

—Me alegra que me hayas dicho eso. —Andy sonrió. Parecía particularmente satisfecho consigo mismo.

—¿Por qué? —preguntó con suspicacia Rebecca.

—Te lo diré en un minuto.

—¡Dímelo ahora! —exigió. Deseaba saber cuál sería ese misterioso secreto.

—No, termínate primero el desayuno. Necesitas coger fuerzas.

Rebecca se rio. Se sentía observada mientras se comía cada trozo. Cuando se terminó el café, se volvió hacia él, excitada.

—¿Por qué estás tan raro? ¿Qué pasa?

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? —repitió ella, encantada.

—Sí. —Andy se mordió el labio, nervioso—. No sé qué te va a parecer. Espero que te guste.

—Seguro que sí. ¿Qué es?

—Espera aquí. —Andy volvió a saltar de la cama y se dirigió al cuarto de invitados. Rebecca pudo escuchar que revolvía en el armario. ¿Le había comprado ropa nueva? ¿Ropa interior?

Asomó la cabeza por el quicio de la puerta para que ella no pudiera ver lo que llevaba.

—Ayer fui de compras —le explicó. Tenía un gesto culpable—. He comprado varias cosas para nosotros.

Le tendió la bolsa que había estado escondiendo y Rebecca la abrió.

—¡Madre mía! ¡Andy!

—¿Crees que soy un perverso?

Parecía preocupado, así que Rebecca soltó una risotada.

—Claro que no. Pero no puedo creerme que hayas comprado todo esto.

—Ha sido una de las experiencias más humillantes de mi vida, créeme. Estaba esa dependienta tan solícita...

—¿Solícita? —cortó Rebecca mirándolo.

—No, no en ese sentido... —se apresuró a añadir Andy—. Pero me hizo muchas preguntas. Y entró en muchos detalles. Fue horrible. Solo podía pensar en salir de allí antes de que entrara alguien conocido.

Rebecca se inclinó para besarlo. La conmovían los apuros por los que había pasado Andy para hacerla feliz.

—Solo quería verte contenta. Y sé que te gustan este tipo de cosas.

Rebecca volcó el contenido de la bolsa sobre la colcha y le sorprendió ver todo lo que Andy había comprado. Se sentía como cuando abría sus juguetes de Navidad, aunque aquellos eran más bien regalos para adultos. Había un ejemplar

del Kama sutra, un lubricante con sabor a fresa, unos dados del amor, pintura comestible con sabor a chocolate y algo que parecía un utensilio de repostería.

—¿Y esto qué es? —preguntó mientras lo sostenía. Era una vara de metal con pequeños pinchos en la punta.

—Es una rueda Wartenberg. También se la conoce como «el molinillo» —le explicó Andy—. La deslizas sobre tu piel y hace cosquillas, ¿ves? —dijo mientras la deslizaba sobre el esternón y el escote de Rebecca.

—Vaya, parece muy divertido —susurró esta.

—Y esta es la pieza maestra —dijo él cogiendo una caja de plástico. La abrió—. Me ha costado una verdadera fortuna. —Dentro había un aparato extraño que parecía dos pinzas de caucho rosa—. Tú juegas con él —le dijo mientras se lo tendía— y yo controlo las vibraciones con este mando a distancia.

—Es maravilloso. —Rebecca inhaló aire—. Creo que no voy a salir de la cama en todo el día.

—No tienes por qué hacerlo. Hay mucha comida en la nevera. Y siempre podemos pedir comida para llevar. Hace mucho que no la pedimos y créeme: hoy vas a quemar calorías.

—Lo habías planeado bien, ¿verdad? ¡No sé ni por dónde empezar! —Rebecca se giró hacia él, sus ojos brillaban. Cogió el Kama sutra y le echó un vistazo—. Dios mío, ¿cómo se puede hacer esta postura? —exclamó. Los ojos se le salían de las órbitas.

—Podemos probarla si quieres —le sugirió Andy—. Creo que mi brazo va por aquí y tu pierna aquí. —Se rio mientras se pasaba el tobillo de su mujer sobre la cabeza. Rebecca gimió de terror.

—No, no es físicamente posible —gritó. Los dos rompieron en carcajadas.

—Quizá tengamos que calentar antes. —Andy sonrió mientras tiraba un dado. Había dos. Uno de ellos tenía una parte del cuerpo escrito en cada cara y en el otro había instrucciones.

—Yo primero —le dijo Rebecca. Se inclinó, le quitó los dados y los tiró. Después leyó lo que le había salido—. Me tienes que frotar las orejas —dijo. Se sentía desilusionada—. No me parece muy sexi. ¿Puedo volver a probar?

—No —negó él—. Si es lo que dice el dado, es lo que tenemos que hacer. ¿Te gusta? ¿Te excita? —Se rio mientras le frotaba la oreja.

—Creo que necesitas mejorar tu técnica —le dijo Rebecca—. No me hace nada.

—Quizá tienes las orejas frías —le sugirió. Rebecca le pegó—. Es mi

turno —dijo Andy mientras soplaba los dados antes de lanzarlos. Los dos se inclinaron para mirar.

—Lamer los genitales —exclamó Rebecca—. ¿Has hecho trampas?

—Los dados han hablado. Si yo te he frotado las orejas, tú tienes que hacer lo que dicen.

—Joder con el dado —murmuró Rebecca al tiempo que sonreía. Le quitó a Andy los calzoncillos e hizo lo que los dados le habían indicado.

—Me gusta este juego —dijo Andy cuando Rebecca salió de debajo de las sábanas.

—¿Sabes lo que lo haría más divertido, por lo menos para mí? Un poco de pintura de chocolate para el cuerpo.

—Sabía que te gustaría. —Los ojos de Andy brillaron.

—Podemos ponerlo sobre la parte que diga el dado.

—O cualquier otra que queramos que nos laman.

—Bueno, eso es evidente. —Rebecca puso los ojos en blanco.

—No tiene por qué ser así. Podemos empezar portándonos bien.

—No parece muy divertido.

—Bueno, quizá no tan bien.

—Vale —dijo Rebecca. Abrió el bote y se extendió una pequeña cantidad en el dedo—. No está mal —dijo mientras se lo lamía sugestiva.

—Eres buena —le contestó Andy mientras la observaba.

—Muchas gracias.

—Creo que deberías quitarte la ropa —sugirió Andy señalando el camisón—. Supongo que no querrás que se te manche.

—Qué considerado —rio Rebecca mientras se quitaba el camisón—. Siempre pensando en mí.

Contuvo la respiración cuando vio cómo Andy la observaba. La tensión sexual era intensa.

—Tú primero —dijo él con voz quebrada.

—Vale. —Rebecca cogió la pintura y se la untó en el vientre dibujando círculos.

Una vez que hubo terminado, Andy comenzó a lamerla. Le hacía cosquillas y sentía su cálido aliento en la piel.

—¿Te gusta? —le preguntó Rebecca arqueando una ceja.

—No está mal —asintió él—. Aunque este juego puede volverse algo guarro enseguida.

—Te toca —dijo Rebecca mientras le tendía el bote.

Andy sonrió y se dibujó una flecha en el muslo que apuntaba hacia la entrepierna.

—Muy gracioso —admitió Rebecca mientras se doblaba para lamerla.

El juego siguió con peticiones que cada vez eran más sugerentes. Hasta que Andy finalmente exclamó:

—¡No puedo más! Me estoy empachando.

—Vaya, no eres un buen esclavo sexual. Creía que el objetivo era complacerme a mí.

—Déjame compensarte. Creo que es el momento de usar esto. —Cogió el juguete vibrador y se lo tendió a Rebecca—. Póntelo donde quieras. Y recuerda: yo tengo el control.

Sonrió y Rebecca se rio nerviosa. Pero en cuanto Andy lo encendió, su expresión cambió por completo y se transformó en placer total. Suspiró. Andy cogió la rueda y se la pasó por el pecho y los brazos, antes de pulsar un botón del mando.

Rebecca se retorció entre las sábanas. No se podía creer que Andy hubiera hecho todo eso por ella. Quedarse todo el día en la cama era exactamente lo que quería. Iba a ser uno de los mejores días de su vida.

Capítulo 30

El Langdale era uno de los hoteles más exclusivos de Bristol. Gracie sintió una punzada de nervios cuando vio su imponente fachada. Era un edificio magnífico, de estilo georgiano, con columnas de piedra color miel y un elegante toldo negro sobre la puerta principal. Subió los peldaños con sus zapatos de tacón rojos intentando aparentar confianza, como si un hotel así fuera su hábitat natural.

No era el tipo de sitios al que solía ir, pero Reggie se había empeñado en quedar con ella en el piano bar. Le había dicho que se pusiera elegante, pero nada más: el resto de la noche era una sorpresa.

Sonrió al hombre uniformado de la puerta.

—¿Podría por favor decirme dónde está el piano bar?

—Claro que sí, señora. Si sigue de frente, verá la recepción a su izquierda. Si la pasa, hay unas escaleras que bajan al bar.

—Gracias. —Notó que el hombre la miraba con admiración y, a pesar de que iba en contra de sus principios admitirlo, aumentó su confianza en sí misma. Se había vestido bien, aunque discreta. Parecía una Dita von Teese recatada, con un vestido negro de tubo que le marcaba cada una de sus curvas. Tenía un escote cuadrado y generoso, mangas cortas y le llegaba hasta la rodilla. La falda era tan ajustada que tenía que andar con pasos cortos. Cruzó el vestíbulo y empezó a bajar las escaleras.

Sonaba una música tranquila. Gracie recorrió con la vista el bar casi vacío; Reggie aún no había llegado. Se sentó en uno de los taburetes con tapicería de cebra. Un hombre comenzó a lanzarle miradas insinuantes. Gracie apartó la vista, cogió el menú y leyó la lista de cócteles. No tardó mucho en darse cuenta de que había alguien a su lado, demasiado cerca. Se giró enfadada. Era Reggie. La expresión de su cara se suavizó y una gran sonrisa se dibujó en su cara.

—¿Está ocupado este asiento? —preguntó Reggie.

Estaba muy guapo con su traje negro y una camisa blanca (desde luego, no era el que había llevado a la fiesta de los cincuenta). Llevaba lentillas en vez de

sus gafas anticuadas y se había cortado el pelo. A Gracie le costó reconocerlo.

—Lo siento, estoy esperando a mi novio —bromeó.

—Debe de ser un hombre afortunado. —Reggie le siguió la corriente.

—Sí que lo es.

—Espero que se dé cuenta.

—Yo también. —A Gracie comenzaba a gustarle aquella broma.

—¿Podría invitarle a una copa mientras espera?

Gracie meneó la cabeza de un lado a otro mientras consideraba la oferta.

—Está bien —aceptó—, pero debe marcharse en cuanto él llegue. Se pone muy celoso.

Reggie enarcó una ceja.

—¿De verdad?

—Sí. Una vez le dio un puñetazo a un hombre.

Reggie se sonrojó al recordar el incidente.

—Suena aterrador. Supongo que es alguien muy masculino y duro. ¿Es boxeador?

Gracie se mordió el labio para evitar echarse a reír.

—No, es un... —escogió con cuidado el adjetivo— intelectual. Es muy inteligente y muy leído. Aunque, entre usted y yo —bajó la voz—, a veces puede resultar un poco altivo.

—¿En serio? —preguntó Reggie, sorprendido.

—Sí, la primera vez que me encontré con él me pareció muy arrogante.

—¿Y qué piensa de él ahora?

—¿Ahora? Me parece encantador. Y atractivo. Y sexi. Le miro y me dan ganas de quitarle la ropa —confesó con los ojos brillantes.

—Qué suerte tiene —Reggie sonrió—, pero, bueno, quizá a él tampoco le cayese usted demasiado bien al principio.

—¿Usted cree? —preguntó Gracie cambiando el tono de la voz.

—Bueno, es una suposición. No lo conozco en persona.

—Claro —asintió Gracie—, pero, como acaba de conocerme, quizá me pueda decir cuáles son sus primeras impresiones sobre mí.

—Hum. —Reggie aparentó pensar durante unos segundos—. De primeras usted parece muy segura de sí misma. De hecho, demasiado segura. Casi creída, tanto que resulta molesto —añadió sin poder evitar reírse ante la cara de Gracie—. Pero ahora que he hablado con usted unos minutos me doy cuenta de que todo es pura fachada. Que usted es muy tímida e insegura. Pero a la vez

divertida, sexi y deliciosa. Y desde el momento en el que entré, no he podido quitarle los ojos de encima.

La sonrisa de Gracie iluminó su cara. No podía negar que aquel teatro la excitaba. Le gustaba poder flirtear así con Reggie y le divertía pensar que, si el camarero les estaba escuchando, sin duda estaría intrigadísimo.

Este, al ver que habían dejado de hablar, se acercó.

—¿Quiere beber algo, señor? —le preguntó a Reggie.

—Sí, por favor. Un whisky con hielo. —Se giró hacia Gracie—. ¿Me permite invitarle a una copa?

—Gracias. Me apetecería un destornillador. Largo. Dulce —pidió Gracie alargando mucho las palabras para que sonara lo más sucio posible mientras mantenía un semblante serio.

—Claro que sí. —Se giró hacia el camarero—. Un destornillador largo y dulce, por favor —repitió mientras se sonrojaba.

El camarero asintió e, impasible, se fue a preparar las bebidas. Reggie se giró hacia Gracie negando con la cabeza.

—Mala —susurró. Gracie soltó una risita—. ¿Y cómo conoció a su novio? —continuó. Se sentó en el borde de su taburete de modo que sus cuerpos casi se tocaban.

—En un club de lectura especializado en literatura erótica —le dijo Gracie. Esta última palabra la pronunció muy despacio, abriendo y cerrando mucho los labios rojos.

—Vaya. Eso suena de lo más liberal. ¿Y qué cosas han leído?

Gracie lo miró con gesto sucio. Sus bebidas habían llegado y Gracie dio un sorbo antes de acercarse a Reggie. Este estaba sentado con las piernas abiertas y Gracie se deslizó hasta situarse entre ellas. Se inclinó para susurrarle al oído:

—Todo tipo de cosas. Azotes, ligaduras, felaciones... —pronunció cada palabra con la misma lentitud.

Reggie apenas podía respirar con la presencia de Gracie tan cerca. Dio un trago a su whisky y vació medio vaso.

—Su novio tiene que ser muy bueno en la cama si ha leído sobre todas esas cosas.

Gracie negó con expresión triste.

—Todavía no he tenido ocasión de comprobarlo —susurró mientras deslizaba la uña pintada de rojo sobre la pierna de él, hasta la ingle.

Reggie tragó saliva.

—Qué pena —dijo por fin. Notaba que se le cerraba la garganta, y cuando habló, el timbre de su voz era más agudo.

—Sí. No hemos tenido ni tiempo ni lugar —le explicó mientras seguía recorriendo su muslo con el dedo.

—¿Sabe una cosa? —Reggie puso la mano en la espalda de ella, justo encima del culo—. No creo que ese novio suyo vaya a venir. Así que ¿por qué no se viene conmigo arriba?

Los dedos de Reggie jugueteaban en su espalda y a Gracie le resultaba difícil concentrarse en su papel.

—¿Arriba? —preguntó.

—Sí, tengo una habitación muy bonita y es una pena estar solo en ella.

Gracie no pudo evitar esbozar una sonrisa en cuanto se dio cuenta de cuál era la sorpresa de Reggie.

—Pero ¡si le acabo de conocer! ¿Qué tipo de chica sería si hiciera una cosa así?

Reggie se inclinó hacia ella y le rozó la oreja con los labios.

—Yo sé muy bien la clase de chica que es usted.

Los ojos de Gracie brillaban cuando Reggie cogió su mano y la guio hacia el ascensor. Ninguno de los dos habló. Gracie iba sin aliento, pero intentó aparentar normalidad cuando se cruzaron con la gente del hotel y le dio las buenas noches. La puerta del ascensor se abrió y, para su alivio, no había nadie. Cuando entró, se dio cuenta de que todas las paredes estaban cubiertas de espejos, lo que hacía que aquel espacio se llenara de docenas de Reggies y Gracies. Reggie pulsó el botón del cuarto piso y las puertas se cerraron. Un momento más tarde, los reflejos se besaban apasionadamente, lo mismo que ellos.

—Ha sido divertido —dijo Reggie separándose para tomar aire—. No sabía que te gustara el teatro.

—Yo tampoco. —Se rio—. Pero ahora quiero ser Reggie y Gracie otra vez. Quiero que seamos nosotros y nadie más.

Reggie asintió y le dio un beso en la nariz.

—Hola, Gracie.

—Hola, Reggie. —Sonrió. Una sensación de felicidad se apoderó de ella—. Gracias por todo esto.

—Bueno, te lo había prometido, y yo siempre cumplo mis promesas.

Las puertas del ascensor se abrieron a un elegante pasillo con moqueta beis y luces tenues. Reggie la condujo hasta una puerta de madera e insertó la tarjeta en

la cerradura.

—Es maravilloso —exclamó Gracie cuando entraron en la habitación y vio los elegantes muebles y la cama gigante con dosel que dominaba el espacio. En el baño había una bañera de mármol en la que Gracie se imaginaba haciendo todo tipo de cosas—. Creía que eras un estudiante pobre.

Reggie sonrió.

—Tengo ahorros para emergencias. Y esto cuenta como emergencia.

Se miraron y hubo un momento de timidez cuando los dos fueron conscientes de lo que iban a hacer.

Pero entonces Gracie se giró y miró coqueta a Reggie por encima del hombro.

—¿Me bajas la cremallera, por favor?

Reggie se acercó. Las manos le temblaban mientras bajaba la cremallera del vestido con dolorosa lentitud. Pudo ver un encaje negro y la piel de la espalda de Gracie. Esta se apartó y el vestido cayó al suelo. Reggie tragó saliva.

Gracie llevaba un corsé que le marcaba la cintura y le levantaba el pecho sugerentemente. Del corsé colgaban unas correas que sujetaban unas medias negras y unas bragas minúsculas a juego.

—¡Guau!

—¿Te gusta? —preguntó Gracie con timidez.

—Estás guapísima —admitió Reggie.

Lo estaba. No había lugar a dudas. Sus piernas parecían infinitas con aquellos tacones y su figura resultaba de lo más sexi.

—He encontrado tu otro tatuaje —dijo Reggie señalando el intrincado dibujo de un cisne en la ingle de Gracie.

Esta sonrió.

—Puedes mirarlo de cerca, si quieres.

Reggie no esperó a que se lo dijeran dos veces. Cogió a Gracie y cayeron sobre la cama. Se perdieron en un laberinto de manos, lenguas y piel contra piel. Se besaron y dejaron que sus dedos se exploraran mutuamente mientras gemían de placer.

En aquella ocasión nadie llamó a su puerta: ni madres ni compañeros de piso. Solo estaban Reggie y Gracie. Y fue perfecto.

Capítulo 31

Eran las siete menos diez de la tarde y Sue y Estelle esperaban en la puerta del café Crumb vigilando la calle mientras le hacían gestos a Rebecca para que se acercara.

—¿Qué pasa? —preguntó esta nerviosa.

Le gustaba la intriga. Sue prácticamente la arrastró dentro el café.

—Un cotilleo —contestó sucintamente Estelle.

Las tres se sentaron en una mesa como si fueran brujas en un aquelarre.

Los ojos de Rebecca se iluminaron.

—Contádmelo todo.

—Reggie y Gracie... Tenemos pruebas.

—Los he visto —confirmó Sue—. Estaban besándose y metiéndose mano en mitad de la calle. Besos-besos —enfaticó para que no hubiera lugar a dudas.

Rebecca dio un gritito mientras aplaudía.

—Lo sabía —exclamó triunfal—. ¡Qué bien!

—Supongo que deberíamos actuar como si no supiéramos nada y esperar a que nos lo digan ellos. Para que no parezca que los estamos espiando.

—No sé si sabré contenerme —dijo Rebecca—. En cuanto los vea, tengo que decirles algo. Si no, voy a explotar.

—Mejor disimulamos. No queremos avergonzarlos —sugirió Estelle.

—Vale —admitió Rebecca. Pero era evidente que iba a ser muy duro para ella. De pronto la expresión de su cara cambió. Se quedó mirando a Estelle—. ¡Oh, Dios mío! Se me había olvidado lo de tu cita. ¿Qué tal fue?

Estelle sonrió, incapaz de contener su alegría.

—Muy bien. Tuvimos una velada perfecta.

—Eso está claro —la cortó Sue—. Toda la semana has estado flotando por el café como Christina Cox después de una noche con Alexander Black. El otro día vino a visitarla con el coche de bomberos.

Rebecca la miró, asombrada.

—¿De verdad? ¡Qué romántico! Suena a que está colado.

—Bueno, yo creo que es recíproco —añadió Sue con un susurro.

—Así que finalmente pudo ver tu ropa interior —apuntó Rebecca.

Las mejillas de Estelle se sonrojaron. Pero no podía deshacerse del recuerdo.

—Me vio con ropa interior... y sin ropa interior.

Rebecca soltó otro gritito. Gracie, que en ese momento entraba por la puerta, se asustó.

—Hola, chicas —dijo.

Todas se quedaron calladas con expresión de culpabilidad. Sue levantó una ceja y Rebecca empezó a reír sin poder parar.

—¿Puedo decírselo? —rogó—. No aguanto más.

—¿Decirme el qué? —preguntó Gracie, suspicaz, mientras Reggie entraba detrás de ella—. Ah, hola, Reggie —continuó intentando aparentar normalidad—. No me había dado cuenta de que venías detrás.

—Sí, me parecía que eras tú, pero no estaba seguro. Bueno, me alegro de verte —dijo Reggie sin darse cuenta de que no engañaban a nadie—. ¿Qué tal estáis las demás? —preguntó girándose hacia las otras mujeres.

Estas los miraban con incredulidad.

—¿Qué? —preguntó Reggie.

—Nada. —Estelle sonrió. Se giró y les guiñó el ojo a las demás—. Y estamos bien. Gracias por preguntar.

Rebecca enseguida comprendió lo que hacía Estelle.

—Me alegro de verte. Qué coincidencia que fueras justo detrás de Gracie y no te hubieras dado ni cuenta, ¿no?

—No es tanta coincidencia —siguió Sue—. Después de todo, venían al mismo sitio a la misma hora, así que había muchas posibilidades de que se encontraran fuera.

Durante este intercambio, Reggie y Gracie se lanzaban miradas confundidas.

—Aunque —continuó Sue— puede que también fuera accidental que los vieras la otra noche juntos. Supongo que volvieron a coincidir.

—¿Qué? ¿Cuándo? —preguntó Gracie, con cara de pánico.

—¿Cuándo? —preguntó Rebecca—. ¿Es que ha habido más de una ocasión?

—No, claro que no. —Gracie rio demasiado fuerte—. Supongo que hablas del jueves pasado, ¿no? —dijo mirando a Sue.

—¿Jueves? —Sue simuló pensar—. No, fue el martes.

—¡Martes! Claro. Eso es lo que quería decir —dijo Gracie rápidamente—. Yo acababa de salir del trabajo y Reggie de la universidad. ¿No es verdad,

Reggie?

—¿Qué? Claro que sí... —confirmó este.

Se calló y el café quedó en silencio. Estelle, Sue y Rebecca no hablaron a propósito.

—Bueno, pues me alegro de que todo se haya aclarado —dijo Estelle. Había decidido darles un respiro, después de todo—. ¿Queréis algo de comer o de beber?

Gracie pidió enseguida, contenta de que se cambiara de tema. El grupo empezó con los preliminares habituales de dejar el libro encima de la mesa y pedir pasteles. Sue ayudó a preparar las bebidas, así que al cabo de unos minutos ya estaban listos.

—¿Qué os ha parecido Lazos secretos? —preguntó enseguida Rebecca.

Se sentía responsable, ya que lo había escogido ella y esperaba que le hubiera gustado a todos.

—Buena elección, Rebecca —dijo Estelle—. Me ha gustado mucho más que el marqués de Sade. Lo siento, Reggie.

—No te preocupes —dijo este, resignado.

—Entiendo por qué se ha convertido en un clásico —continuó Estelle—. Es épico. Recorre décadas y trata muchos temas, todos entremezclados. Y luego está el sexo, claro. Tiene magníficas escenas de sexo.

—¡Como la escena del pez! —exclamó Sue.

—Dios mío, la escena del pez... —corroboró Gracie.

—¿Es real? —preguntó Reggie, inseguro—. Quiero decir, ¿se puede hacer eso?

—Bueno, yo nunca he utilizado un pez así y no creo que vaya a hacerlo nunca —declaró Rebecca.

Todos se echaron a reír a la vez.

—Me gusta mucho lo del internado —continuó Estelle—. La idea de las relaciones femeninas. Esas chicas tan jóvenes haciendo todo tipo de cosas que no deberían.

—Como las protagonistas de Enyd Blyton, pero en pendones —añadió Sue.

—Sí, yo creo que lo de las relaciones femeninas es un aspecto muy importante —añadió Rebecca—. A las mejores amigas hay que contarles todo —concluyó mientras miraba a Gracie.

—Yo estoy de acuerdo —asintió Estelle mientras Gracie se revolvía en su silla, evidentemente incómoda—. No se puede decir que uno es amigo de verdad

de alguien si se tienen secretos. ¿Tú qué opinas, Gracie?

—Bueno, sí, yo creo que lo de la amistad es importante. Pero no es el núcleo del libro —empezó a decir sin entender por qué las otras hablaban tanto de ese tema—. Como tú misma has dicho, Estelle, hay muchas líneas argumentales. Cuando habla del sexo, me gusta mucho que se centre en el placer femenino.

—¿Y qué pensáis de los personajes masculinos? —preguntó Estelle.

—Las mujeres son sin duda los personajes más fuertes —dijo Sue—. Los hombres son solo instrumentos.

—¿Hay algún hombre que te haya gustado, Rebecca? —bromeó Gracie.

—La verdad es que no. El príncipe Abdullah estaba bien al principio, pero al final era muy pesado. Supongo que a ti tampoco te ha gustado ninguno, Gracie. Ninguno parece tu tipo.

—¿Mi tipo? —repitió Gracie.

—Sí, ya sabes: altos, morenos, guapitos de cara...

—Un poco tímidos, pero cada vez más atrevidos —añadió Sue.

—Que están haciendo el doctorado y trabajan con ahínco en su doctorado —añadió Estelle. Ya no quedaba dudas de a quién se refería.

—¿Qué? No seáis ridículas —exclamó Gracie.

—Gracie, lo sabemos. Deja de negarlo —dijo Rebecca frustrada.

—¿Qué sabéis? —continuó haciéndose la inocente.

—Lo tuyo con Reggie. Que estáis juntos. Ya no tenéis por qué aparentar que os acabáis de encontrar en la calle. ¡Sois actores malísimos!

—¿Pe-pero cómo? —tartamudeó Gracie. Estaba realmente sorprendida.

—Sue os vio. No habéis sido muy discretos, la verdad.

—Lo siento —se disculpó Sue, avergonzada—. Pasé a vuestro lado con el coche, pero no me visteis... Estabais ocupados con otra cosa, claro...

Reggie y Gracie se lanzaron miradas de preocupación. Se habían dado cuenta de que el juego se había terminado.

—Vale, lo admitimos —dijo Gracie por fin. Se acercó a Reggie y este la rodeó con los brazos.

Hubo aplausos y gritos de felicitación.

—¿Pero por qué no nos lo habéis contado? —preguntó Rebecca sin poder ocultar que estaba molesta.

—Lo íbamos a hacer, de verdad —le dijo Gracie mientras miraba a Reggie —, pero estábamos esperando el momento adecuado. Y no queríamos complicar las cosas en el club.

—¡No es ninguna complicación! —exclamó Estelle. Le emocionaba verlos juntos—. Estamos muy contentas por vosotros.

—Sí, absolutamente encantadas —confirmó Sue—. Pero jamás me habría imaginado que acabaríais juntos.

—¡Es verdad! —insistió Rebecca—. ¡Había tanta tensión entre vosotros! Cuando era evidente que Gracie era tan reivindicativa porque estaba frustrada sexualmente. —Le guiñó el ojo a Gracie. Esta hizo como si se hubiera molestado—. Pero ahora pareces mucho más relajada.

—Quizá debería montar una agencia de contactos aquí, en el café —sugirió Estelle.

—Bueno, ya tienes bastante con las novelas eróticas. Uno puede volver a casa y practicar todo lo que ha leído —bromeó Rebecca.

—Estoy segura de que tú lo has estado haciendo —dijo Gracie, que era consciente de la felicidad de su amiga—. Las cosas van bien con Andy, ¿verdad?

—Puede que sí —contestó con un tono tal que a los otros no les quedó duda de que Rebecca estaba satisfecha con su vida sexual y su relación. Hacían el amor casi a diario, cuando les apetecía. Como cuando empezaron a salir.

—Sue, ¿estás bien? —preguntó Estelle. Se había dado cuenta de que Sue estaba a punto de echarse a llorar.

—Sí, sí, no te preocupes —dijo—. Estoy tonta.

Todos se giraron hacia ella, preocupados.

—¿Qué te pasa? Puedes contárnoslo —le aseguró Estelle mientras le ponía una mano en el hombro.

—Es solo que... Suena ridículo, pero al ver todo lo que pasa en vuestras vidas me doy cuenta de lo vacía que está la mía. Veo todo lo que me he estado perdiendo y lo desgraciada que soy con George y...

Estelle le tendió una de las servilletas para que se secase los ojos.

—Vaya, Sue —murmuró con empatía.

—Cojamos Lazos secretos, por ejemplo —continuó Sue mientras sostenía en alto su ejemplar del libro—. Ya sé que es solo ficción, pero me ha parecido muy aleccionador. Esas mujeres se lanzaron a abrir sus propios negocios y a recorrer el mundo. Transcurre en las décadas de los sesenta y setenta, mi época. Yo debería haberme preocupado por crear un imperio multimillonario y no por ponerle la cena a George en la mesa.

Los otros la miraron mientras meditaban una respuesta. Nunca habían visto a Sue tan afectada por una lectura. Ni siquiera Diez dulces lecciones la había

alterado tanto.

—Y tengo algo que confesar, de hecho —siguió Sue. Había decidido abrirse y no podía parar—. Espero que podáis perdonarme que os hable con tanta franqueza, pero después de estos meses he empezado a consideraros mis amigos. Y algunos sois muy buenos amigos incluso —dijo sonriendo a Estelle—. Le voy a dar a George un ultimátum. Voy a contratar unas vacaciones en unos días, un crucero de seis meses, y tiene hasta entonces para decidir si quiere acompañarme. Si no viene, me iré sola.

Estelle la miró alarmada y el resto tragó saliva. La primera sentía que algo había pasado. Sue había estado demasiado distante toda la semana, pero por primera vez no había querido contarle por qué.

—Seguro que va contigo —dijo Gracie.

Pero Sue negó con la cabeza.

—No veo por qué. No tiene ningún interés en hacerlo. Además, nos peleamos todo el rato y no estoy segura de si no prefiero irme sola. —Forzó una risa, pero era evidente para todos lo triste que estaba.

—¿Cuándo te irías? —preguntó Estelle mientras empezaba a notar un nudo en la garganta.

—Pronto —admitió Sue—. En unas semanas. Quería contártelo, pero prefería no pensar en ello. Todavía creía que lo que teníamos George y yo podía salvarse. —Se le quebró la voz y fue incapaz de continuar.

—Está bien —le aseguró Estelle—. Como ya te he dicho, te voy a apoyar en todo lo que decidas.

El estado de ánimo había cambiado y ya nadie se sentía tan feliz como antes.

—Lo siento, no quiero ser una aguafiestas. Cambiemos de tema.

—Bueno, yo tengo algo que preguntaros —empezó a decir Gracie esperando que aquello mejorara los ánimos—. ¿Qué os parecería ir a una revista de striptease?

—¿De striptease? —preguntó Estelle—. ¿Con mujeres que se quitan la ropa?

—Sí, por favor —exclamó Reggie, lo que provocó risas unánimes.

—De hecho, estaba pensando en ir solo las mujeres. Una noche de chicas —dijo Gracie, para enfado de Reggie.

—Vaya, será algo muy sexi, ¿no? —dijo Rebecca.

—Sí, es fabuloso. Y todo el mundo me ha hablado muy bien de este espectáculo.

—Bueno, cuenta conmigo. A Andy le va a fastidiar mucho no poder venir.

Estelle miró a Sue.

—Yo voy si tú...

—Venga, Sue —le animó Gracie—. Seguro que es lo que necesitas. Una noche con las amigas, tomar unas copas, reírnos un rato... ¡Nos lo pasaremos muy bien!

—¿Por qué no? —admitió Sue—. Puede venirme bien.

—Fantástico —dijo Gracie—. Reservaré las entradas. ¿Os va bien el sábado? Las otras asintieron. Reggie pareció molesto.

—¿Sábado? Había pensado que podíamos hacer algo...

—Te lo compensaré, te lo prometo —le dijo Gracie con ojos brillantes mientras le acariciaba.

—Así que solo nos queda elegir el próximo libro —dijo Estelle—. Y ahora le toca a... —tocó un redoble en la mesa con los dedos—. ¡Gracie! La única que aún no ha escogido.

—Asegúrate de que sea bueno —le advirtió Rebecca.

—Bueno, he estado pensando en ello —dijo Gracie con una mano sobre la pierna de Reggie— y creo que quiero algo que sea un poco moderno. No como Chaucer o el marqués de Sade. Y todavía no hemos explorado las novelas de testimonio, las novelas confesionales. Así que he pensado, ¿por qué no? Y he elegido los Los cien golpes —anunció.

—No he oído hablar de ella —admitió Estelle—. ¿Nos la puedes resumir un poco?

—Es el diario de una colegiala italiana que cuenta su primer encuentro sexual y lo que vino después. Y por lo que me han contado, ¡es muchísimo! Intenta experimentarlo todo para poder contarlo en su diario.

—No parece muy feminista —bromeó Rebecca.

—Quizá no —admitió Gracie—. Quizá mis puntos de vista se hayan suavizado por alguna razón —continuó mirando a Reggie—. Pero pienso que es algo que hay que explorar.

—Bueno, a mí me parece fascinante —dijo Estelle para defenderla—. Y con esto creo que hemos terminado. Os veo a todas el sábado en el espectáculo. Gracie, ¿puedes mandarnos los detalles por e-mail?

Sue se quedó un rato para hablar con Estelle.

—Lo siento. No quería contarlo todo así. Tendría que habértelo dicho antes, pero me daba vergüenza. Creo que me equivoqué al casarme y que toda mi vida ha sido un error.

—¡Sue! —dijo Estelle mientras la abrazaba—. Estoy segura de que todo va a ir bien. Estoy muy orgullosa de ti por haberte decidido a dar el paso. Te voy a echar de menos, eso por descontado. Recuerda enviarme un par de postales.

—Lo prometo.

Sue dio media vuelta, cogió su bolso y salió rápidamente por la puerta para que Estelle no pudiera ver las lágrimas que era incapaz de contener.

Capítulo 32

—¡Dios mío! Mira este sitio —exclamó Sue mientras ella y Estelle bajaban las escaleras que conducían hasta el local de striptease. Conocido como el El Subsuelo por su ubicación, era grande y suntuoso, con las paredes pintadas de color burdeos y un bar que recorría una de las paredes. Había mesas circulares colocadas frente al escenario, que estaba sostenido por columnas con forma de uve doble y color plata. Unas cortinas de terciopelo negro lo separaban del público.

—Allí están Gracie y Rebecca —señaló Estelle mientras agitaba la mano.

El pequeño local ya había comenzado a llenarse y las conversaciones caldeaban el ambiente. Las otras mesas estaban ocupadas por un público ecléctico: desde una animada despedida de soltera hasta unos ejecutivos trajeados, así como alguna que otra pareja aquí y allá.

—¡Hola! —gritó Gracie mientras se levantaba y las besaba—. ¡Qué bien que hayáis venido!

—Me parece maravilloso —dijo Sue mientras miraba a su alrededor.

—Os voy a servir una copa —dijo Rebecca. Sacó una botella de cava del cubo de acero.

—¡Oh, burbujas! —dijo Estelle con una sonrisa—. Parece que va a ser una noche divertida. Por cierto, estáis muy guapas.

Rebecca llevaba un vestido con un solo hombro de color fucsia y unos zapatos de tacón azules. Los colores brillantes y el estilo demostraban lo mucho que había mejorado su autoestima. Incluso llevaba el pelo de una tonalidad más rubia, a juego con el tiempo cálido que empezaba a hacer.

Gracie, en cambio, se había vestido acorde con la temática burlesque y llevaba unos pantalones cortos, medias de rejilla y un corpiño. Se había peinado el pelo con ondas y dibujado un lunar en la mejilla.

—Tú también —le dijo Gracie—. Estoy segura de que Tony siente no haber podido venir.

—Estoy segura de que piensa que es algún tipo de reunión de ninfómanas —

bromeó Estelle—. Cree que siempre estoy leyendo libros eróticos y yendo a espectáculos porno o leyendo porquerías en Internet.

—¡Creí que era la única que hacía eso! —exclamó Sue mientras las otras se echaban a reír—. De verdad, algunas de esas páginas web son increíbles. Pero no he estado viendo porno, ¿eh? —añadió rápidamente—. He mirado páginas como Cariño mío, buscando cosas que comprar. Es todo un mundo.

—¿Os he contado que Tony me pilló? —confesó Estelle—. Vio mi historial de búsquedas antes de que estuviéramos juntos. Pasé un apuro horroroso, pero la cosa acabó bien. De hecho —se sonrojó ante lo que iba a decir—, a veces miramos cosas en Internet juntos. Puede ser muy excitante.

—¡Estelle! —exclamó Rebecca mientras Estelle se escondía la cara entre las manos.

—Rápido, sírvenme más champán, por favor —pidió riéndose.

En aquel momento se apagaron las luces y una mujer apareció en el escenario vestida como si estuviera en Las Vegas, con un vestido rojo y brillante que dejaba poco espacio a la imaginación. El público se volvió loco y la mujer se detuvo, disfrutando del aplauso.

—Señoras y señores, mi nombre es Liberty Blue y voy a ser su maestra de ceremonias esta noche —dijo mientras se paseaba por el escenario y miraba a la gente con sus ojos oscurecidos por un grueso delineador—. Espero que se porten bien esta noche o tendremos que darles su merecido —susurró. Recibió otra oleada de aplausos—. Y ahora, sin más dilación, les presento la primera actuación de la noche. La pequeña, maravillosa y divina... Trixie La Folle.

El club de lectura aplaudió con ganas junto al resto del público. La maestra de ceremonias bajó del escenario y en su lugar subió una mujer con una chistera y una silla como únicos accesorios. Llevaba el pelo corto, medias transparentes y tacones altísimos.

Empezó a sonar el tema «Mein Herr» de Cabaret, mientras Trixie la Folle comenzaba a bailar y a quitarse la ropa lenta y seductoramente. Las mujeres la miraban, incapaces de apartar la vista. Aquel baile no tenía nada de sórdido. Era algo poderoso, hermoso y sexual. Trixie tenía el control absoluto de la situación. Jugaba con la silla como si fuera su compañero de baile.

Se quitó el chaleco y la camisa blanca para enseñar un sujetador con lentejuelas negro. Mientras la música iba in crescendo, dio la espalda al público y, con un movimiento rápido, se quitó el sujetador y enseñó su espalda desnuda.

Estelle contuvo la respiración mientras se daba la vuelta. Solo llevaba dos

cubrepezones con borlas. Cuando la canción alcanzaba su clímax, Trixie comenzó a hacer girar las borlas con tal rapidez que eran un borrón. Terminó con una larga reverencia. La gente rompió a aplaudir y bajó el telón de terciopelo negro.

Sue tenía la boca abierta por la admiración. Rebecca se inclinó hacia Gracie y murmuró:

—Ha sido increíble. Nunca habría pensado que esos movimientos eran posibles.

—Tendrás que practicar —le dijo Gracie. Rio al ver la cara de Estelle.

Liberty Blue regresó al escenario y, después de lanzar un beso a la mesa de los oficinistas, anunció un descanso.

—Voy a ir a buscar una botella de vino —se ofreció Sue. Se levantó y fue hacia el bar.

—Así que ¿tú crees que a Tony le gustaría si lo hicieras? —le preguntó Gracie a Estelle refiriéndose a la actuación que acababa de ver.

—Si yo pudiera hacer eso, no se lo enseñaría a Tony, sino a todo el mundo. —Estelle se rio.

—Venden cubrepezones aquí. Puedes comprarlos después, si quieres —le informó Gracie.

—¿De verdad? —Los ojos de Rebecca se iluminaron—. Quizá me compre un par para añadirlos a mi colección.

Gracie casi escupió su bebida.

—¿Qué colección?

Rebecca se rio por su reacción.

—Andy vino a casa con una bolsa llena de juguetes eróticos la semana pasada —explicó—. La verdad es que se está esforzando mucho.

—¿Qué tipo de juguetes? —preguntó Gracie, intrigada.

—Todo lo que te puedas imaginar. Lo compró todo. Un ejemplar del Kama sutra, dados, ¡incluso un vibrador con mando a distancia!

—¡Joder! Me sorprende que pudieras andar al día siguiente.

—Nos lo pasamos muy bien. Creo que nunca he tenido orgasmos tan intensos en mi vida. Claro que no tiene que ver con esas experiencias de las películas. Pero solo estábamos jugueteando. Las sábanas acabaron destrozadas... por culpa de la pintura de chocolate.

—Quizá yo tendría que experimentar un poco más —dijo Estelle, pensativa—. Espero que Tony no piense que soy aburrida. La verdad es que no hemos

usado ni juguetes ni nada aún.

—¡Si estáis bien! Las dos —insistió Rebecca girándose hacia Gracie— tenéis relaciones nuevas, así que por ahora todo os resulta excitante. Cuando uno lleva cinco años en pareja, como Andy y yo, es cuando hay que pensar en esas cosas.

—Hablando de relaciones largas, ¿adónde se ha ido Sue? —Gracie se giró para ver la larga cola del bar. Sue tenía la mirada perdida y expresión infeliz.

—¿Cómo está? —preguntó Rebecca.

—Supongo que bien. Un poco deprimida por George, supongo. Todavía no sabe si va a acompañarla en el crucero. Pero piensa irse sin él, si hiciera falta —explicó Estelle.

—Bien por ella —exclamó Rebecca.

—Quizá lo de esta noche no ha sido tan buena idea —dijo Gracie.

—No, creo que es una idea magnífica. Es lo mejor para ella, de verdad —la tranquilizó Estelle—. Necesita salir de casa y no pensar en todo lo que está pasando. ¡Ah! ¡Y hablando de salir de casa! Se me había olvidado decíroslo. Gracie, hablé con tu amigo Jake y la mala noticia es que han decidido suspender las fiestas de los años cincuenta por una temporada. Al menos hasta después del verano. Pero van a recuperarlas en otoño, así que necesitarán locales. Hemos quedado para hablar y que venga a ver el mío.

—¡Estupendo! —Gracie sonrió feliz.

—Pero, cuando hablé la primera vez con él, me dijo que el comité estaba pensando en hacer una fiesta en la calle, en la de mi café. Estaban esperando el permiso del concejal, por lo que no quiso mencionármelo la primera vez. Pero me llamó unos días después para decirme que le habían dado los permisos y que la van a celebrar el próximo sábado. ¿No es genial? Espero que eso ayude al café y a todos los locales comerciales de la calle. Sue ya lo sabe y se ha ofrecido a trabajar, así que espero que todas podáis venir.

—Voy a hablarlo con Andy —confirmó Rebecca feliz.

—Y yo con Reggie, pero estoy segura de que no va a haber ningún problema.

—¿Con qué? —preguntó Sue con una botella de rosado en la mano.

—Les estaba contando lo de la fiesta en la calle —empezó Estelle, pero se calló en cuanto se apagaron las luces y Liberty Blue se subió al escenario para presentar la segunda actuación: Peaches von Cream.

El segundo acto, a diferencia de la energía que había derrochado el primero,

era mucho más pausado y romántico. La mujer del escenario cantó desde «One Day I'll Fly Away» hasta «Moulin Rouge». Llevaba un vestido largo de satén color champán con largas plumas de marabú. También unos guantes a juego y una capa de piel de imitación. Su pelo color platino estaba recogido en ondas. Era un cambio muy grande respecto al anterior acto: lento, seductor y sensual.

—Es maravillosa —le susurró Gracie a Rebecca. Esta asintió.

Peaches von Cream no era una mujer delgada, pero rebosaba confianza en sí misma con sus curvas redondeadas. La manera en que se quitaba la ropa tenía algo de melancólico. Se lo quitó todo hasta quedarse con unas bragas de seda. Y parecía sentirse a gusto frente al público.

Cuando terminó la canción, recibió grandes ovaciones.

—¡Me ha parecido precioso! —le dijo Sue a Estelle—. No sabía que el ver a alguien desnudándose podía ser emocionante. Pero esto lo ha sido.

Estelle abrió la boca para responder, pero en ese momento una camarera se acercó a su mesa.

—¿Quieren algo más de beber? ¿Quizá otra botella de vino o unos chupitos?

—¡Sí! ¡Chupitos! —exclamó Gracie—. ¿Cuál pedimos?

—¿Cómo se llama ese? —preguntó Rebecca al ver la bandeja que llevaba uno de los camareros.

—Ese es una Mamada —respondió la camarera—. Lleva Baileys, amaretto y nata.

—¡Cuatro de esos! —contestó Rebecca.

—No, yo no, gracias —replicó Sue.

—Sí, tú también. Cuatro chupitos.

—Y otra botella de vino rosado, por favor —pidió Gracie a la camarera.

Las bebidas llegaron enseguida. Todas se sintieron más contentas en cuanto se bebieron sus chupitos. Incluso Sue.

—Nunca había hecho esto antes —confesó esta mientras dejaba el vaso boca abajo sobre la mesa.

—El qué, ¿una mamada? —preguntó Rebecca y todas se rieron.

Estelle les sirvió otra copa de vino. Rebecca se giró hacia Gracie y le preguntó:

—Bueno, creo que estoy suficientemente borracha para preguntarte lo que todas estamos deseosas de saber: ¿cómo es Reggie en la cama?

Gracie protestó y las otras mujeres soltaron expresiones de horror.

—Ninguna queremos saberlo, Gracie. No tienes por qué contestar —le

tranquilizó Estelle.

—Yo quiero saberlo —insistió Rebecca—. Yo quiero saber si bajo ese exterior de chico empollón se esconde un amante apasionado.

—¡Perdón! —exclamó Gracie, a la que no le había gustado nada la descripción que había hecho Rebecca de Reggie—. Pero, ya que preguntas, te puedo asegurar que es estupendo. No tengo quejas.

—¡Lo sabía! —Rebecca aplaudió emocionada.

—¿Sabéis? —empezó a decir Sue, un poco borracha—. Me dais mucha envidia. Para vosotras el sexo es divertido. Queréis mantener viva la pasión. Pero nunca ha sido así para mí. El sexo era algo a lo que te acostumbras. Y si no era genial, tampoco era tan malo.

—¡No es demasiado tarde, Sue! —la tranquilizó Rebecca.

—Yo creo que sí —dijo tristemente mientras bebía de su copa de vino—. ¿Y si no vuelvo a tener relaciones sexuales nunca más? ¿Y si se hubiera acabado todo? Tengo sesenta y dos años y he dicho adiós al sexo. Es como estar muerta.

La mesa se quedó en silencio mientras todas trataban de imaginar una vida sin sexo.

—Bueno, eso no va a pasar —insistió Rebecca subiendo el volumen de su voz para hacerse oír—. Y si sucede lo peor, te alquilaremos un estupendo chico joven para que te anime. Para que hagas lo que quieras con él y le des puerta al día siguiente.

—Sé a lo que te refieres, Sue —dijo Estelle después de que Sue dejara de reírse—. Antes de que llegara Tony me preguntaba si alguna vez encontraría a alguien. Pero he pasado de pensar que nunca encontraría nadie con el que volver a acostarme a tener el mejor sexo de mi vida.

—Eso es porque ahora eres mayor —dijo Rebecca, pensativa—. Ahora ya sabes lo que te gusta y lo que no. Además conoces mejor tu propio cuerpo.

—Sí, tras cinco años de soledad, conozco mi cuerpo perfectamente —confesó Estelle animada por el vino.

Todavía estaba roja de la vergüenza cuando las luces volvieron a apagarse y Liberty Blue volvió a subir al escenario con un vestido de lentejuelas doradas.

—Señores y señoras, tenemos algo muy especial para el final. Un baile de dos chicas que son de las mejores bailarinas de barra americana del mundo. Estoy segura de que nunca han visto algo igual. Bueno, usted seguramente sí. —Se rio mientras señalaba a uno de los ejecutivos—. Por favor, un aplauso para Ivana e Ivanka.

El público enloqueció cuando dos chicas delgadas y atléticas subieron al escenario. Llevaban unas medias de strass color carne. Daba la sensación de que estuvieran desnudas. Sus extensiones del pelo rubias peinadas en cola de caballo les llegaban hasta la cintura.

Empezó a sonar «Circus», de Britney Spears. Las dos chicas se subieron a la barra americana al mismo tiempo, como animadas por una señal invisible. Sus piruetas eran increíbles. Requerían un gran dominio, además de una fuerza extraordinaria, pero las ejecutaban sin esfuerzo aparente. Se colgaban agarradas por los muslos o con las manos mientras hacían cientos de contorsiones.

El público estaba hipnotizado. Era muy difícil de creer que el cuerpo humano pudiera hacer aquellos movimientos.

—Apuesto a que son maravillosas en la cama —le murmuró Gracie a Rebecca.

Rebecca asintió.

—Me alegro de no haber traído a Andy. Ahora querría que yo hiciera algo así.

Las dos mujeres se quedaron en el escenario cuando volvió a subir Liberty Blue.

—Ahora viene el último número de la noche, y necesito su ayuda. Un poco de participación de nuestro público... —murmuró sugerente—. Me preguntaba si habría alguien aquí esta noche que quisiera aprender a bailar en la barra.

Antes de que tuviera tiempo para pensar en lo que hacía, la mano de Rebecca estaba en el aire.

—¡Yo! —gritó —¡Y mis amigas también!

—Así me gusta. Suban.

Estelle y Sue intentaron negarse, pero el resto del público comenzó a animarlas. Cuando subieron, empezaron a aplaudirlas y a vitorearlas.

Cada una se agarró a una barra. Ivana se colocó en el centro para enseñarles cómo se hacía mientras Ivanka se movía entre ellas para ayudarlas.

—Bueno, chicas —comenzó a decir Ivana con un fuerte acento de Europa del Este—, quiero que os agarréis fuerte a la barra con las dos manos. Imaginad que es vuestro novio y que no queréis que se vaya. Ahora, moved el culo de lado a lado y empezad a deslizaros por la barra. Eso está muy bien, chicas. Ahora, daos la vuelta y apoyad el culo en la barra. Con las manos en la cabeza, empezad a bajar. Si lleváis ropa adecuada, podéis abrir las piernas. Muy sexi, ¡muy bien!

Gracie y Rebecca disfrutaban de aquello y Estelle deseaba que se acabara

cuanto antes. Sue se movía despacio. Era consciente de que todo el mundo la miraba, pero había comenzado a relajarse.

—Coged la barra con la pierna derecha, saltad y podéis girar. Ahora os toca improvisar.

Gracie giraba alrededor de la barra como si hubiera nacido para ello, con el pelo flotando cuando bajaba la cabeza y agitaba el cuerpo. Se sentía fuerte, sexi y poderosa y deseó que Reggie hubiera estado allí para verla.

Rebecca estaba igual de segura, pero su estilo era más salvaje que el de Gracie. Se movía con libertad a pesar del vestido corto y ajustado. Una de las chicas de la despedida de soltera le tiró a Sue una boa de plumas y esta comenzó a agitarla por encima de su cabeza y a frotarla contra sus caderas. Por su parte, Estelle estaba decidida a dominar la barra y se alegraba de llevar unos pantalones negros que preservaran su dignidad.

—Un aplauso para nuestras bailarinas —gritó Liberty Blue mientras volvían a su mesa. Cuando se sentaron, entre felicitaciones y risas, una camarera se acercó y les dejó una botella de champán.

—No la hemos pedido —dijo Sue, preocupada.

—No, se la envía el caballero de aquella mesa —explicó la camarera señalando al grupo de los ejecutivos.

—Bueno, creo que a esto sí que podría acostumbrarme —dijo Rebecca mientras cogía la botella y la abría.

—Tenemos ante nosotras una nueva Christina Cox —rio Estelle mientras alzaba su copa para brindar.

Capítulo 33

—¡Reggie! —exclamó Gracie agradecida saliendo de El Subsuelo y entrando en el taxi en el que este la esperaba. Se había quedado trabajando hasta tarde en la biblioteca de la universidad y se había ofrecido a ir a recogerla cuando acabara. Era casi medianoche y las chicas del club de lectura estaban en la acera esperando a que alguien viniera a buscarlas o a que pasara un taxi.

—¡Cuídala, Reggie! —gritó Estelle a través de la ventanilla—. Asegúrate de que llega a casa sana y salva.

—Lo haré —dijo él.

Gracie les lanzó besos.

—No hagáis nada que yo no haría. —Rebecca les guiñó un ojo.

—Creo que eso nos da múltiples opciones —le respondió Gracie mientras agitaba la mano en señal de despedida. Ya en el asiento trasero del taxi, se acercó a Reggie para besarlo.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó él con una mirada tierna.

—¡Ha sido genial! Pero te he echado de menos —le dijo mientras sus dedos jugueteaban con el cuello de su camisa.

—Estás muy guapa —dijo él mientras deslizaba las manos sobre las medias de rejilla—. No sé si debería dejarte salir de casa vestida así.

—¿Podemos ir a la tuya? —le susurró Gracie—. Quiero enseñarte lo que te has estado perdiendo.

—Me siento incómodo con todo lo que pasó con Josh. Y las noches de los sábados son las peores. Estará borracho y más idiota que siempre. ¿Qué hay de tu casa? ¿Está tu madre?

Gracie asintió.

—Salió hace unas horas, pero ya habrá vuelto. Ya sabes que no le importa. —Gracie empezó a lamerle la oreja. Estaba un poco borracha.

—Ya, a ella no, pero a mí sí —protestó Reggie.

Habían estado en casa de ella un par de veces cuando Maggie había salido, pero Reggie no terminaba de sentirse cómodo en la habitación de niña de Gracie

con su cama individual y las prisas por si Maggie regresaba antes a casa. Tras esos encuentros siempre se sentía un poco sucio.

—Pero te necesito —murmuró Gracie seductora—. Estoy cachonda. —Le acarició la entrepierna para disipar cualquier duda sobre sus intenciones.

Los ojos de Reggie se abrieron de par en par. Miró al conductor del taxi sin saber muy bien cuánto se vería en aquella oscuridad. La chaqueta de Gracie estaba a su lado. Esta la cogió, se la colocó a Reggie sobre el regazo, le bajó la cremallera de los pantalones y deslizó los dedos dentro de la bragueta.

Reggie tragó saliva e intentó aparentar normalidad.

—¿Así que te lo has pasado bien?

—Fantástico —dijo ella mientras sacudía rítmicamente—. Yo creo que las chicas lo han disfrutado mucho.

—Eso está bien.

—Y el espectáculo era magnífico. Lleno de mujeres desnudándose.

—Recuérdame de nuevo por qué yo no podía ir, por favor.

Gracie sonrió mientras continuaba masturbándole.

—Solo hay una mujer que puede desnudarse para ti.

—Créeme, tengo prisa por que lo haga.

—Y todas probamos a bailar en la barra americana —dijo ella sabiendo que eso iba a torturarlo aún más—. Nos frotamos contra a ella y la rodeamos con las piernas. Incluso Sue.

—Uf, borra esa imagen de mi mente. Preferiría que no hablaras de Sue mientras...

Señaló con su barbilla su entrepierna y Gracie se rio.

—Quizá a ti no te gustara el baile de Sue, pero a algunas personas del público sí. Hubo uno que nos mandó una botella de champán.

—¿Eso hizo? —Reggie enarcó una ceja—. No sé qué pensar de eso.

—No te preocupes, nos bebimos el champán y lo ignoramos.

—Bien —dijo él con tono posesivo—. Porque tú eres mía.

—Mmm, me gusta cuando te pones tan dominante.

—Solo mía —añadió mientras la atraía hacia sí y la besaba profundamente sin que le importara en lo más mínimo lo que pensara el taxista—. Todo tu cuerpo me pertenece —continuó mientras deslizaba los dedos por debajo de la chaqueta, de la cintura de sus pantalones y de sus bragas.

Ella gimió quedamente mientras los dedos de él comenzaban a explorarla. Ninguno volvió a proferir palabra. Una conversación normal era imposible

mientras intentaban aparentar que no estaban haciendo nada raro. La respiración de Gracie se aceleró y se forzó a mirar por la ventana para no ver a Reggie. A su lado pasaron casas, tiendas y farolas, pero no les prestó atención.

Cuando vio el puente de Clifton, tuvo una idea. Se enderezó abruptamente desembarazándose de Reggie.

—¿Podría parar aquí, por favor? —le pidió al conductor.

Reggie la miró confundido.

—Confía en mí —le dijo Gracie cuando vio la expresión de su cara.

—¿Aquí? —preguntó dudoso el taxista mirando por la ventana. La calle estaba desierta. Solo había una pequeña hilera de casas en un lado y una extensión de césped en el otro.

—Sí, aquí está perfecto, muchas gracias —pidió Gracie mientras se arreglaba las ropas. Reggie pagó y salieron del coche, cuyas luces se perdieron en la distancia.

—Gracie, ¿qué estás haciendo? —le preguntó Reggie como si temiera que se hubiera vuelto loca.

—Ahora puedo besarte de verdad —le dijo esta mientras lo rodeaba con sus piernas y lo besaba apasionadamente. La boca de Reggie estaba húmeda y Gracie sintió que volvía a excitarse.

—Eso está muy bien, pero ¿cómo vamos a ir a casa? —le preguntó Reggie. No tenía ni idea de lo que Gracie tramaba. Lo que había descubierto era que con ella la vida nunca era aburrida.

—De eso ya nos preocuparemos más tarde —le contestó mientras le cogía de la mano. Era una noche cálida. Anduvieron por el césped un rato hasta que Gracie se detuvo y le dijo:

—Mira, ¿a que es bonito?

El puente estaba justo delante de ellos, suspendido sobre el río Avon. Era una visión imponente que se erguía en contraste con el cielo estrellado e iluminado por una luna en cuarto creciente.

—Es precioso, Gracie. Pero llevo viviendo en Bristol casi una década y ese puente lo he visto miles de veces. Espero que no nos hayas hecho bajar del taxi solo por esto.

Gracie negó con la cabeza.

—¿Por qué no nos acercamos un poco? —Lo condujo a través de los arbustos hasta un camino que descendía por el acantilado.

—No creo que sea buena idea —empezó a decir Reggie, pero Gracie lo

cortó.

—Venga, solo se vive una vez. Solía venir aquí cuando era niña. Es perfectamente seguro.

Desapareció entre los árboles y Reggie no tuvo más opción que seguirla. No habían avanzado mucho cuando el terreno se elevó y Gracie se internó por unos arbustos. Cuando Reggie la alcanzó, descubrió que estaban en un claro. Los árboles los rodeaban y en el suelo había una roca plana. Gracie se recostó sobre ella. Sus ojos brillaban con la luz de la luna.

—¿Podemos terminar lo que habíamos empezado? —Sonrió.

—¿Aquí? —Reggie estaba incrédulo.

—¿Por qué no? No podemos ir a ningún otro sitio.

—¿Es legal? —preguntó preocupado.

—Lo es si no nos pillan. Reggie, te deseo —murmuró con una voz suave—. Aquí y ahora.

Reggie intuyó el desafío en sus palabras.

Gracie estaba muy sexi con su corpiño y sus medias de rejilla. Ella se puso de pie y empezó a bailar para enseñarle los movimientos que había aprendido antes. Puso sus manos sobre su cabeza y comenzó a mover las caderas. Sus pechos se movían con el balanceo bajo el apretado corpiño.

Reggie tragó saliva. Era incapaz de apartar la vista. Una de las cosas que más le gustaba de Gracie era su espíritu aventurero. Siempre iba más allá, sin dejar que pudiera relajarse nunca, algo que para él resultaba un poderoso aliciente sexual.

Se acercó a ella, incapaz de apartar la vista de su cuerpo. Solo podía pensar en lo mucho que deseaba estar dentro de ella.

—Vale —gruñó rodeándole la cintura con las manos—. Me rindo. Ven aquí.

Capítulo 34

La puerta principal se cerró de golpe y Sue dio un respingo mientras caminaba de puntillas tratando de no hacer ruido. Era consciente de que estaba un poco borracha, bueno, bastante, para ser sincera. Pero se lo había pasado muy bien y el alcohol que corría por sus venas hacía que no pudiera parar de reírse. La boa rosa colgaba de su cuello y se sonrió al pensar en los dos cubrepezones que se había comprado y que llevaba en su bolso. No creía que se los pudiera poner nunca, pero el hecho de comprarlos ya le había producido mucha satisfacción. Las otras mujeres también los habían adquirido y quería sentirse como una más. Las cuatro se habían reído nerviosas al sacar el dinero.

Fue hasta la cocina. Cogió un vaso y lo llenó de agua. Era tarde, pasada la medianoche, y suponía que George ya estaría acostado. Estaba tan absorta en sus pensamientos que casi dio un brinco hasta el techo cuando este entró.

—Me has asustado —dijo con una mano sobre el corazón.

Aquella situación le pareció tremendamente divertida, así que comenzó a reírse de forma descontrolada aunque, a juzgar por la expresión de George, no debía de ser nada gracioso.

—¿Dónde estabas? —le preguntó. Tenía las ropas arrugadas, y Sue imaginó que se había quedado dormido en el sillón.

—Vamos, George, sabes perfectamente dónde he estado. —El volumen de su voz era más alto de lo normal y vocalizaba peor—. He salido con las chicas —le aclaró.

—¿Hasta ahora?

—Sí, hasta ahora. No sabía que tenía toque de queda.

—Te he estado esperando.

—Nadie te ha pedido que lo hicieras.

Se hizo un tenso silencio que ninguno de los dos quiso romper. Sue sintió que la alegría se iba por el sumidero como el agua de una bañera. Había sido una noche estupenda, pero solo George podía arruinarla en un instante.

—¿Se puede saber qué llevas puesto? —preguntó secamente George cuando

vio la boa—. Estás ridícula.

—Se llama boa de plumas —le explicó Sue mientras empezaba a bailar por la cocina haciendo movimientos sensuales y girando el extremo de la boa. Se acercó a George y le agitó las plumas en la cara. Imaginaba que estaba de vuelta en el bar frente a un público entusiasmado. Había sido increíblemente emocionante, una imagen de lo que su vida hubiera sido si se hubiera atrevido y se hubiera escapado a París para ser bailarina en el Folies Bergère...

Volvió a la realidad cuando se dio cuenta de que George estaba literalmente escupiendo plumas y alejándose de ella mientras apartaba la boa de su cara.

—¡Para! —gritó, enfadado—. ¿Estás borracha?

—Puede que me haya tomado una copa o dos —le dijo con tono seductor, pero la mirada de George seguía siendo igual de fría—. Venga, ánimo, George. Pero George no tenía ninguna intención de animarse.

—Me voy a la cama —le dijo secamente.

—Perfecto. Me sorprende que no estés ya allí.

—Como te he dicho antes, te estaba esperando.

—Como te he dicho antes, nadie te lo ha pedido.

George frunció los ojos y en su frente se dibujó una arruga.

—Además, tenía que pensar un poco.

—¿Sí? —dijo ella amargamente sin prestar demasiada atención. Se había acabado el vaso de agua y se estaba sirviendo otro.

—Sí, sobre si acompañarte o no en tu loco viaje.

La mano de Sue se detuvo en el aire. George la miraba fijamente, pero sin desvelar nada. El corazón de Sue comenzó a latir con fuerza. Intentó mantener una expresión neutra para no desvelar lo mucho que le interesaba aquella conversación.

—¿Y? —le preguntó—. ¿Has decidido algo?

—Sí, la verdad es que sí.

Sue se había olvidado de la borrachera y el pulso le latía con rapidez. Aunque simulara lo contrario, le importaba mucho la respuesta de George.

—¿Y? No me tengas en ascuas —intentó bromear, pero no hizo más que desvelar lo nerviosa que estaba.

Hubo una pausa antes de que George suspirara y dijera:

—No voy a ir.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Sue buscando signos en su cara que indicaran lo contrario.

—Claro que sí —dijo George intentando aparentar más confianza de la que en realidad sentía—. Y tú tampoco deberías.

Era lo que Sue necesitaba oír para perder la paciencia.

—Yo voy a ir —dijo, furiosa—. Y no puedes detenerme.

Le temblaba la voz de emoción, pues se daba cuenta de lo que aquello significaba. Por lo que a ella respectaba, todo se había acabado entre los dos. ¿Cómo seguir con una vida normal tras eso?

George se frotó la frente. Parecía viejo. Estaba cansado de las peleas constantes.

—¿Por qué, Sue? —preguntó en tono desesperado. No entendía por qué su vida había cambiado radicalmente de la noche a la mañana—. ¿Por qué no podemos seguir como hasta ahora sin tener que ir a hacer el oso alrededor del mundo?

—Ya hemos hablado de esto —gritó Sue, incapaz de esconder su frustración—. No me gusta nuestra vida aquí, contigo.

El alcohol la volvía cruel y dijo lo primero que le vino a la cabeza sin meditarlo primero.

George la miró largo rato.

—Vale —dijo finalmente—. Pues me voy a la cama.

Se dio la vuelta y echó a andar hacia la puerta, pero Sue gritó para detenerlo.

—George, George, necesito irme por una temporada. Y si no vienes conmigo, no sé cómo vamos a terminar.

George vaciló, sopesando lo que Sue acababa de decirle.

—Si te vas ahora, nuestro matrimonio se ha terminado —le advirtió Sue con voz desesperada.

—Sue, lo siento —dijo George con una voz rota por la emoción—. Lo he intentado, de verdad. Pero ya no puedo más. —Entonces salió por la puerta y Sue oyó sus pasos mientras se dirigía hacia el piso de arriba.

La puerta se cerró y Sue retrocedió como si hubieran acabado de darle un puñetazo en la boca del estómago. Cayó sobre las rodillas sobre el frío suelo de la cocina. La boa rosa seguía colgada de su cuello, pero ahora le parecía algo superficial y ridículo. Un patético intento de una anciana para insuflar un poco de diversión a su vida.

¿En qué momento se había estropeado todo?, se preguntó desesperadamente. ¿En qué momento George se había dado por vencido y había dejado de luchar por ella? Era un auténtico rechazo, como si dijera que no merecía la pena pelear

por todo lo que había existido entre ellos. Le parecía increíble que prefiriera quedarse solo antes que ir a ver mundo con ella.

¿Se había acabado todo? Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos y a recorrer sus mejillas, arruinando el rímel que con tanto cuidado se había aplicado antes de salir. ¿Quería George el divorcio? ¿Estaba dispuesto a tirar a la basura cuatro décadas de matrimonio sin luchar? Se sentía fracasada, una mujer vieja e inútil.

Sintiendo que ya nada tenía sentido, Sue se desplomó en el suelo de la cocina, con el cuerpo estremecido por sollozos mientras lloraba por su matrimonio roto.

Capítulo 35

—¿Que has hecho qué? —gritó Rebecca, lo que provocó que todo el pub se diera la vuelta y se les quedara mirando.

Era un miércoles por la tarde y ella y Gracie habían quedado para ponerse al día en el New Inn, el local favorito de Rebecca. A pesar de que había mucha gente, la voz de Rebecca se escuchó perfectamente y Gracie se sonrojó.

—Chis, ya me has oído. No voy a repetirlo.

—¿Pero al aire libre? ¿De noche? ¿Con Reggie? —Rebecca parecía escandalizada y admirada al mismo tiempo.

—Claro que fue con Reggie, ¿con quién si no?

—¿Y estuvo bien?

—Sí, fue muy excitante —confesó Gracie con una risita—. Aunque no lo recomendaría en invierno.

—¿Estabais borrachos?

—Un poco —contestó con sinceridad—. Ya viste cómo iba cuando salimos de El Subsuelo. Pero en serio, Bex, ¡no puedo hacer otra cosa! Tuvimos una pelea con uno de los compañeros de piso de Reggie, así que no podemos ir a su casa. Y yo todavía vivo con mi madre, así que es difícil que estemos nunca solos.

—Vaya, no lo había pensado —dijo Rebecca con simpatía.

—A veces uno tiene que agarrarse a lo que puede. Perdóname las segundas. De hecho, la sensación de peligro me puso bastante cachonda, si te digo la verdad.

—¿Y no podíais ir a un hotel? —bromeó Rebecca.

—Ya lo habíamos hecho. En nuestra primera vez. Reggie lo planeó a modo de sorpresa.

—¿En serio? —se asombró Rebecca—. ¡Qué romántico!

—Sí, fue maravilloso —recordó Gracie—. Algo muy especial.

—No puedo imaginarme a Reggie así. Quiero decir: es un chico muy majo y eso. ¡Pero parece tan soso! Creo que nunca voy a poder mirarle con los mismos

ojos después de todo lo que me has contado.

—En realidad es muy divertido cuando uno lo conoce mejor —dijo Gracie con los ojos brillantes—. Es divertido, cariñoso, sensible...

—Te gusta mucho, ¿no? —dijo Rebecca con suavidad. Le parecía estar descubriendo a una nueva Gracie. Tan diferente a la que conoció el primer día del club de lectura, siempre tan combativa y a la defensiva, siempre dispuesta a pelearse con aquel que discrepara con ella. Seguía siendo igual de contundente, pero parecía estar más a gusto consigo misma.

—Sí, mucho —admitió Gracie mientras le daba un sorbo a su sidra—. Ya sé que no es el chico más atractivo del mundo. Pero yo tampoco lo soy. Pegamos mucho —concluyó contenta—. Bueno, dejemos de hablar de mis aventuras sexuales. ¿Qué tal estáis tú y Andy? Parece que os va muy bien.

Rebecca asintió.

—Sí, se está esforzando mucho. Y nos va mucho mejor. Creo que el sexo es mejor incluso que cuando empezamos a salir. Está más dispuesto a explorar y nos divertimos, nos dejamos llevar.

—Tenemos que darle las gracias a Estelle —Gracie se rio—. Si no hubiera sido por ella y por su club de las chicas malas, dudo mucho que estuviéramos tan satisfechas como estamos ahora.

—Bueno, yo creo que ella también se lo está pasando bien —replicó Rebecca—. Tony es estupendo. Tiene suerte. Es como si hubiera florecido.

—Es muy fácil decir cuándo a alguien le va bien en la cama —añadió sabiamente Gracie—. Es como si tuviera un aura de felicidad. Tú estás radiante.

—¿De verdad? —Rebecca puso cara larga—. Pues me encuentro fatal.

—¿Por? ¿Qué te pasa? ¿Te estás poniendo mala?

—No, no es eso. Es la visita de cada mes —murmuró.

—¡Ah! —asintió Gracie—. Quizá te venga bien un whisky para calmar el dolor.

Rebecca negó con la cabeza.

—Me encuentro mareada. No estoy bien desde la noche del striptease. Es como si no se me pasara la resaca.

—Bueno, dicen que las reglas duran más según te haces mayor.

—¡Pero es que llevo cuatro días! Me encontraba fatal esta mañana. ¡Y nunca me pasa! Por eso estoy tomando limonada —le explicó Rebecca—. A ver si me asienta el estómago.

—Qué raro. ¿Quieres que pidamos algo de comer? —preguntó Gracie

mientras cogía el menú—. Quizá eso te ayude.

—No puedo. De verdad. No me apetece nada. El simple olor de la comida me hace vomitar.

—¿Y un postre? —sugirió Gracie—. Tienen tarta de chocolate. Podríamos compartir un trozo.

—Pídetelo si quieres, pero yo no creo que lo aguante.

—No eres como yo —continuó Gracie—. A mí siempre que me baja la regla necesito comer chocolate. No me canso.

—¡Yo también! Bueno, normalmente. Pero no sé qué me pasa hoy.

—¿No estarás embarazada? —bromeó Gracie—. Bueno, es imposible. Si te ha bajado la regla.

—No, si todavía no... —empezó a decir Rebecca.

—¿Todavía no qué?

Rebecca tragó saliva. Se había quedado lívida. Había atribuido la sensibilidad de sus pezones, los dolores de estómago y la sensación de malestar a un periodo que no terminaba de llegar. A algo que debía de ser inminente, ya que se retrasaba dos semanas.

La alternativa ni siquiera se le había pasado por la cabeza, hasta que Gracie la había sugerido. Pero cuanto más pensaba en ello, más sentido cobraba. Solía ser como un reloj, con solo un día o dos de diferencia. Y últimamente Andy y ella se habían dejado llevar sin tomar las precauciones necesarias.

Rebecca aspiró y se preparó para aceptarlo. Era muy posible que estuviera embarazada.

Gracie la miraba intensamente.

—Rebecca, ¿no estarás...?

—Puede.

—Pero pensaba que tenías la regla.

Rebecca negó con la cabeza.

—Debería. Creía que era el síndrome premenstrual.

Los ojos de Gracie se abrieron de par en par.

—Vamos a una farmacia. Ahora.

—¿Qué?

—Tienes que averiguarlo, ¿no? Vamos a comprar un test de embarazo. —Gracie ya se había puesto en pie y cogía su bolso—. Hay una farmacia de veinticuatro horas cerca. Venga.

Ese era el motivo por el que Rebecca se encontró media hora más tarde

encerrada en un cubículo del aseo del New Inn mientras Gracie se quedaba fuera para darle apoyo moral.

—¿Ya está? —preguntó Gracie.

—No, todavía no —contestó Rebecca—. ¿Estás segura de que este es el mejor sitio? Preferiría hacerlo en casa.

—¿No quieres saberlo cuanto antes? Yo en tu lugar querría.

—Supongo —admitió Rebecca.

—Además me tienes aquí para darte apoyo moral. Sin importar cuál sea la respuesta.

Al otro lado de la puerta, Rebecca bajó la tapa y se sentó sobre ella. Le costaba concentrarse para leer las instrucciones. Pensaba que sabía muy bien lo que se hacía en esos casos: hacer pipí en el palito y esperar dos minutos. Lo había visto en cientos de películas. Pero esto era diferente. Esto le afectaba a ella. Y el resultado podía cambiar toda su vida.

Quería tener hijos. Igual que Andy. Pero siempre había pensado que esperarían a que las circunstancias fueran perfectas y luego lo hablarían. El proceso de concepción sería algo planeado. Un evento organizado y no una noticia que Rebecca habría de descubrir en un bar insalubre. Nunca hubiera podido imaginar que lo averiguaría en los baños del New Inn, con sus paredes desconchadas y sus viejas cañerías.

Podía oír a Gracie esperando impaciente. Estaba tan nerviosa como la misma Rebecca.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar Gracie—. ¿Necesitas algo?

—Un chupito de tequila —contestó Rebecca entre risas. Luego se dio cuenta de algo—: Aunque depende de lo que diga esto, quizá no pueda volver a beber nada en nueve meses.

—Ni comer sushi —añadió Gracie.

—Ni huevos crudos —bromeó Rebecca.

—Qué pena. También son tus favoritos, ¿no? —bromeó Gracie. Las dos soltaron una risa histérica.

Entonces se tranquilizaron y volvieron a ponerse serias. Rebecca sacó el palo de plástico y lo miró.

—Voy a hacerlo, Gracie —le dijo intentando armarse de valor.

—Vale —aprobó Gracie—. Mucha suerte.

Inhalando profundamente, Rebecca se subió la falda y se bajó las bragas de seda que se había puesto. Eran de color champán e iban a juego con el sujetador.

Había planeado seducir a Andy después con ellas. Lo cual resultaba de lo más irónico.

En lugar de ello, estaba en un cuarto de baño mal iluminado con las bragas en los tobillos mientras meaba sobre la tira absorbente.

Y ya estaba. Solo quedaba esperar. Tiró de la cadena, puso el capuchón, se sentó y se dispuso a esperar los dos minutos más largos de su vida.

—Ya está —le dijo a Gracie.

Se hizo el silencio, hasta que Gracie gritó:

—¿Bex?

—¿Sí?

—¿Qué resultado prefieres?

Rebecca tragó saliva, insegura de qué contestar.

—No lo sé —admitió.

No era exageración pensar que el resultado de ese test iba a cambiar su vida para siempre. Si estaba embarazada, los dieciocho años siguientes girarían alrededor de ese hijo. Sus horas de sueño, sus vacaciones, su trabajo y su vida sexual cambiarían. Una parte de ella temía que, después de haber recuperado a Andy, podría volver a perderlo. ¿Dejarían de ser Andy y Rebecca para convertirse en papá y mamá?

Pero, por otra parte, ¿acaso había un momento ideal para tener hijos? Tenían estabilidad económica y ya no salían tanto. Quizá sí estuvieran preparados.

Rebecca se acarició el vientre preguntándose si ya habría una vida dentro. Una vida creada por Andy. Pasaba de la alegría más pura al terror más absoluto sin solución de continuidad. La espera era una tortura.

Miró el palo que tenía en la mano, pero la ventanita seguía en blanco, ajena al parecer a lo urgente de la situación. Calculó que aún quedaban unos treinta segundos antes de que apareciera el resultado. Pero no podía hacer otra cosa que quedarse allí sentada y esperar.

Capítulo 36

Estelle flotaba por la cocina. Iba con expresión soñadora de la pesa a las encimeras donde extendía la masa para los bollitos de queso. Era un viernes por la noche y tenía que preparar mucha cantidad de comida para el fin de semana. En aquel momento no habría querido estar en ningún otro lugar. Tarareaba feliz mientras ejecutaba movimientos que dominaba a la perfección, con todo bajo control y centrada en lo que mejor sabía hacer.

El negocio había ido mucho mejor en las últimas semanas. En parte gracias al buen tiempo, ahora que se acercaba el verano. Estelle había sacado mesas y sillas a la calle. Pero incluso sin eso, los resultados eran mucho mejores que los del año anterior. Estaba muy nerviosa por averiguar qué le depararía la fiesta en la calle.

Pero había algo más que contribuía a su buen humor. Algo que hacía que sus estados de ánimos subieran y bajaran como si estuviera en una montaña rusa. El estómago se le encogía por los nervios y notaba extraños cosquilleos por todo el cuerpo...

Su móvil pitó y Estelle se lanzó sobre él como si fuera una adolescente. En contestación a sus pensamientos, había un mensaje de Tony:

¿Sigue en pie lo del sábado por la noche? Bss.

Estelle sonrió y abrazó el móvil. Tony pensaba en ella y él también deseaba verla. Aquello era un subidón de adrenalina. Pensó unos momentos antes de escribir:

Claro que sí. Lleva el casco de bombero (y nada más ;)) bss.

Todavía estaba en la séptimo cielo cuando Joe entró en la cocina.

—Hola, mamá —dijo mientras sus ojos recorrían la masa que estaba preparando su madre.

En una estantería se enfriaban los pasteles que luego irían a la nevera. Joe pululó por la habitación antes de apoyarse contra un mueble y de soltar un gran suspiro.

—Hola, Joe, ¿estás bien? —preguntó Estelle, curiosa. Era raro que no se hubiera marchado corriendo.

—Sí, estoy bien —dijo este mientras cogía una galleta de triple chocolate y la partía por la mitad. Todavía estaba caliente y los trozos de chocolate se le derritieron en la lengua cuando la mordió.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó.

—No, estoy bien —contestó Estelle mecánicamente. Sabía que su hijo prefería jugar en el ordenador o chatear con sus amigos antes que estar en la cocina con ella.

—¿Estás segura? No me importa —insistió Joe.

—Bueno... Vale —aceptó Estelle. Sabía que había alguna razón para que su hijo se ofreciera, así que esperaría hasta que él le dijera qué le pasaba—. Puedes preparar las tortitas si quieres, ya sabes cuáles son las reglas. En primer lugar, lavarse las manos. Eso es. Y luego pesa quinientos gramos de harina —le dijo mientras le tendía la bolsa.

Joe obedeció. Mientras Estelle derretía la mantequilla, el azúcar y la miel en una sartén, observó a su hijo con orgullo. Recordaba cómo cocinaban juntos cuando era pequeño. Por entonces todavía vivían con Ted en una casa con tres dormitorios y una gran cocina. La repostería era solo un pasatiempo. Ella y Joe solían preparar pasteles pringándolo todo. Recordaba las rabetas de Joe cuando no le dejaba lamer el cuenco de la masa.

Había crecido mucho desde entonces. Literalmente, ya que ahora era más alto que ella. Con casi quince años, estaba a punto de ser un adulto, pero seguía en esa tierra de nadie: cuando uno ya no es un niño, pero tampoco un hombre. Joe todavía no se había acostumbrado a su cuerpo y andaba encogido. Comía todo el rato, pero estaba delgado como una espiga. Una pelusa suave había empezado a salirle en el mentón y encima del labio.

Su cara demostraba su concentración mientras vertía la harina en la mezcla de mantequilla con una cuchara de madera. Estelle sabía que ella podía haberlo hecho en la mitad de tiempo, pero apreciaba que él se hubiera ofrecido a ayudarla.

—¿Qué tal te va todo? —le preguntó Estelle, en un sutil intento por sonsacarle lo que estuviera pensando. Los momentos de madre e hijo como aquel no eran frecuentes, así que la alegraba mucho tenerlo allí.

—Todo bien —dijo Joe mientras espolvoreaba las cerezas glaseadas y el coco que Estelle le había tendido.

—¿Y todo bien en el colegio?

—Supongo que sí. Todo es muy aburrido. Preferiría jugar al fútbol.

—Lo sé, cariño, pero a no ser que tengas mucha suerte es imposible que puedas vivir del fútbol.

—Tony lo hace —dijo Joe.

Estelle tomó aliento.

—Bueno, no es exactamente así. Trabaja de bombero. Nadie le paga para entrenaros, ya lo sabes. Lo hace porque le gusta.

Joe se calló para digerir lo que su madre acababa de decirle. Finalmente se decidió a hablar.

—Es simpático, ¿verdad? Me cae bien.

—Sí, sí que lo parece —dijo Estelle en tono despreocupado. Notaba cómo se ponía colorada. Estaba convencida de que su expresión la delataba. Pero afortunadamente Joe estaba concentrado en remover la masa.

—Ya puedes dejarlo —le dijo—. Ponla en la bandeja del horno.

—Te llevas muy bien con él, ¿verdad? —continuó Joe, ignorando los intentos de cambiar de tema.

—Supongo. Parece un hombre encantador.

Había querido hablarle a Joe sobre su relación con Tony, pero nunca encontraba el momento adecuado. Aunque, para ser sincera, tampoco lo había buscado demasiado. No sabía cómo se lo tomaría Joe y, como todo era tan reciente, no sentía que hubiera ninguna necesidad aún de preocuparlo. Sin embargo, ahora parecía que aquello empezaba a convertirse en algo más serio. Y sabía que no podía seguir postergándolo.

—¿Sabes? Si quisieras empezar a salir con alguien, no me importaría —dijo Joe mientras Estelle lo miraba asombrada—. Quiero decir que papá tiene a Leila, pero hace años que tú no tienes pareja.

—¡Joe! —exclamó. Era incapaz de decir nada más.

—Yo no me voy a quedar en casa para siempre —continuó Joe—. Seguramente en unos años me iré a la universidad, si saco buenas notas, claro. Es bueno que tengas a alguien que te cuide.

Joe metió la bandeja en el horno y Estelle sintió ganas de llorar. Su hijo era más maduro y sensible de lo que había pensado.

—Ya sé que no has salido con nadie desde que papá y tú os divorciasteis...

—Joe, no creo que sea un tema que... —empezó a decir Estelle, pero él la cortó.

—No pasa nada, mamá. Chris y yo hemos estado hablando del tema y...

—¿Chris? —preguntó alarmada. Era evidente que ella y Tony no habían sido tan discretos como creía.

—Sí, mira, ni a Chris ni a mí nos importa que Tony y tú salgáis.

Estelle se puso tan roja como las cerezas confitadas.

—Bueno, yo...

—No soy tonto, mamá. Ni ciego.

—Bueno, es verdad que Tony y yo... somos muy buenos amigos.

Joe puso los ojos en blanco.

—Mamá, ya sé lo que significa eso. Tengo casi quince años y sé de qué va la vaina. ¿Recuerdas que ya hemos tenido la charla sobre cómo se hacen los hijos?

Estelle se sonrojó aún más.

—Bueno, pues muchas gracias por hablarme de esto —dijo finalmente—. Demuestras mucha madurez.

—Está bien. —Joe se encogió de hombros como si no entendiera a qué venía tanto secretismo.

—Y si hay algo más de lo que quieras hablar, ya que estamos... —preguntó Estelle. Le alegraba poder cambiar de tema y no estaba segura de cuándo tendría otra oportunidad de hablar tan abiertamente.

Joe volvió a encogerse de hombros.

—¿Qué tal ahora con Leila?

—Bueno, no está tan mal. Se está poniendo como un balón. No tenemos mucho de lo que hablar, pero nos llevamos bien. Ahora que papá sigue con su vida, quería asegurarme de que tú también lo hacías con la tuya.

Estelle dejó caer el cuchillo y abrazó a su hijo.

—¡Estoy tan orgullosa de ti! Te estás convirtiendo en un hombre maravilloso.

—Sí, sí... —Joe aguantó el abrazo hasta que Estelle por fin se separó. Le dio un beso en la frente.

—Pero tú siempre serás mi niño.

—Mamá, para ya —protestó mientras se limpiaba con la mano el resto de pintalabios.

Sonó un pitido proveniente del móvil. Había recibido otro mensaje. Leyó rápidamente, incapaz de evitar que se le dibujara una sonrisa.

—¿Tony? —preguntó Joe.

Estelle lo miró con culpabilidad.

—Pues sí.

—Me había dado cuenta. Te embobas cuando está cerca.

—¡No es verdad!

—Lo que tú digas, mamá.

—Es un buen hombre —le dijo suavemente.

—Ya lo sé. Te lo dije.

—¿Así que no te importa si empezamos a vernos más?

—Supongo que no —dijo Joe con un suspiro dramático—. Mientras no empieces a pasarte en los entrenamientos de fútbol... Sería asqueroso.

—No. Te lo prometo.

—¿Lo sabe papá?

— Todavía no. No creí que fuera necesario mencionarlo hasta que fuera algo serio.

—Supongo que no le importará. Al fin y al cabo, él tiene a Leila.

Siguieron trabajando en silencio y Joe comenzó a mezclar los ingredientes de la tarta de chocolate. Lo echó todo en el robot de cocina y encendió el interruptor.

—Había algo más que quería preguntarte, mamá.

—¿Sí? —preguntó distraída. Tenía la mente llena de Tony, de Ted y de la receta de los cupcakes de cereza.

—¿Podrías dejarme dinero? Unos veinte... o treinta pavos.

—Ya veo. Así que has manipulado a tu pobre madre para poder atracarla a traición. Ahora me doy cuenta.

—No es eso —protestó Joe.

—Ya sabes que tenemos el dinero justo. Aunque ahora las cosas nos van mejor. ¿Para qué lo quieres?

En esta ocasión fue Joe quien se sonrojó.

—Me hace falta.

Estelle entrecerró los ojos y lo miró llena de sospecha.

—No te voy a dar dinero sin saber para qué es.

—Voy a ir a la ciudad mañana. Y necesito un poco más de dinero.

—¿Vas con Chris y Harry?

—No exactamente. —Joe se había vuelto a sonrojar ante el cuestionario de su madre—. Hay una chica del colegio..., se llama Lauren.

—Sí, ¿y? —le animó Estelle a que continuara.

—Hemos quedado en el Cabot Circus y quiero un poco de dinero extra por si

nos apetece comer algo. Quizá la lleve al Nando's.

—¿Una cita? —bromeó Estelle.

—¡Mamá! —gritó Joe, avergonzado.

—Bueno, tengo casi cuarenta y tres años. Sé de qué van esas cosas —dijo. Las tornas se estaban cambiando—. ¿Así que te gusta mucho esa Lauren?

—No lo sé —dijo a la defensiva. Lo último que quería era hablar de su vida sentimental con su madre—. Es simpática y me apetece estar con ella.

—Te voy a proponer una cosa —sugirió Estelle—. ¿Qué te parece si me ayudas mañana en el café, digamos de nueve a doce? Así tendrás el dinero para hacer lo que quieras por la tarde.

—¿Qué? —Joe puso una cara de asco.

—Sería como un trabajo a tiempo parcial. Ya eres mayor para empezar a trabajar y ganarte un dinerito.

—¡Pero eso es explotación infantil! —se quejó Joe—. ¿No es ilegal?

Estelle lo miró.

—Ese es el trato, Joe. O lo tomas o lo dejas —le amenazó mientras le tendía la mano. Joe dudó.

—Vale, trato hecho —acordó él cogiéndole la mano tendida.

Estelle le dio otro abrazo.

—Ay, mi niño crece tan rápido... —sollozó.

—Déjalo, mamá —dijo mientras se separaba y regresaba al pastel.

Vertió la mezcla en el molde que Estelle había engrasado y esta lo observó con una sonrisa mientras él pasaba el dedo por el bol vacío y lo lamía con expresión de satisfacción.

Quizá su hijo ya fuera mayor para salir y quedar con chicas, reflexionó divertida, pero nunca sería demasiado mayor como para no querer rebañar el cuenco de la masa del pastel.

Capítulo 37

A media mañana del día de la fiesta, la calle del Crumb ya estaba llena de gente. Había familias que empujaban carritos disfrutando del clima cálido. Los niños pedían helados y los perros tiraban de sus correas ansiosos de olerlo todo.

La calle estaba engalanada para la ocasión. Todos los accesos habían sido cerrados y frente al café había un castillo hinchable. De las farolas colgaban banderillas y de las señales de tráfico salían globos de helio. A la puerta de la tienda de regalos, un animador dibujaba tigres y mariposas en las caras de los niños.

La mayoría de los comercios tenían puestos fuera y el Crumb no era una excepción. Chris y Joe lo llevaban como si fueran profesionales. Vendían una selección de sus pasteles y galletas más populares. Entraban y salían con bandejas de té y café que les servía Sue. Esta estaba ayudando a Estelle, a pesar de ser fin de semana.

Estelle estaba preocupada por su amiga. Aunque había insistido mucho en la ilusión que le hacía su próxima aventura, estaba apagada y Estelle sabía que el culpable era George. Sue habría querido que la acompañara en su viaje por el mundo y se sentía rechazada. Tenía la certeza de que algo había ido mal en su matrimonio, algo que no querían arreglar. Sue sabía que ella también tenía parte de culpa. Al fin y al cabo había sido su decisión abandonar la comodidad de su hogar para embarcarse en un crucero alrededor del mundo. Pero George parecía haber metido la cabeza en la arena, como los avestruces, para evitar comprometerse.

—¿Qué tal lo llevas? —le preguntó Estelle.

Sue sonrió con coraje.

—Sobrevivo. Estoy empezando a ponerme nerviosa por el viaje. Creo que tengo que mirar más hacia el futuro y no al pasado. Pero por ahora lo mejor es estar ocupada. Me sienta muy bien estar aquí.

—Bueno, si estás segura... —le dijo Estelle.

—Lo estoy. Por cierto, ¿qué estás haciendo aquí? ¿No va a llegar Tony en

cualquier momento?

Estelle miró por la ventana y vio que alguien apartaba una de las barreras al final de la calle. Unos segundos más tarde un camión de bomberos hacía su entrada.

Estelle se giró hacia Sue. Se podía leer el nerviosismo en su cara.

—¿Estás segura de que puedes ocuparte de todo unos minutos? Solo voy a ir a decirle hola.

—Voy a estar bien. Además, los chicos pueden ayudarme si viene demasiada gente.

—Les voy a decir que estén pendientes de ti —prometió Estelle mientras se dirigía afuera.

Llevaba un fino vestido de verano con bailarinas y el sol le bañaba la piel desnuda.

—¿Qué tal vais, chicos? —preguntó cuando pasó por el puesto, donde los chicos se tiraban cubitos de hielo. Pararon en cuanto la vieron.

—Muy bien —dijo Joe intentando parecer inocente.

—Parece que ha llegado tu padre —le dijo Estelle a Chris mientras el camión seguía avanzando—. ¿Os importaría ayudar a Sue si se llena de gente? Voy a ir a decirle hola.

—Mamá, no se os ocurra daros el lote en mitad de la calle, ¿eh? —le rogó Joe.

Pero Estelle se limitó a sonreír y se marchó. Tony se bajó de la cabina y se acercó a ella. La abrazó y la besó para que los viera todo el mundo.

—Hola —dijo él.

—Hola —replicó ella con la misma mirada tontorrón—. Estás muy guapo. —Como hacía calor, había dejado la chaqueta en el coche y llevaba únicamente sus pantalones reflectantes y una camiseta gris que le marcaba el pecho. Estelle deseó que se la quitara y que se untara de aceite, como esos bomberos de los calendarios.

—Tú tampoco estás mal —le murmuró Tony al oído mientras le bajaba la mano por la espalda—. Vaya, ya empieza la locura.

Estelle vio que un grupo de niños se dirigía corriendo hacia el coche de bomberos.

—Te veo luego, ¿vale? —le prometió él mientras aupaba a una niña a la cabina para que pudiera mirar.

Era el día de descanso de Tony, pero tanto él como tres de sus compañeros se

habían ofrecido para llevar uno de los coches a la fiesta para que los niños pudieran aprender sobre seguridad. A juzgar por la cantidad de padres que inspeccionaban el camión, no era difícil averiguar que muchos de ellos habían soñado alguna vez con ser bomberos.

Sonriendo cuando vio la cara de los niños después de que Tony encendiera la luz, Estelle se dio media vuelta para el café, pero se detuvo al ver a Gracie y a Reggie. Los saludó con entusiasmo. Hacían muy buena pareja. Gracie estaba muy guapa con pantalones vaqueros de talle alto, camisa de cuadros atada a la cintura y sandalias. Reggie, en cambio, llevaba una camiseta y unos pantalones cortos color caqui.

—¡Qué piernas más bonitas, Reggie! —bromeó Estelle cuando estuvieron a su altura.

Reggie puso los ojos en blanco.

—Gracie me ha obligado a ponérmelos.

—Hace calor —protestó ella—. Hay que llevar pantalones cortos cuando hace calor, es la ley.

—Y yo hago lo que me dicen. —Sonrió resignado a Estelle.

—Aprendes rápido. ¿Qué tal os lo estáis pasando? —preguntó.

—Fenomenal —aplaudió Gracie—. No puedo creerme la cantidad de puestos que hay. Todo el mundo ha hecho un gran esfuerzo.

Era cierto. Dos portales más abajo, la tienda de bricolaje había puesto un taller de muebles, mientras que la tienda de caridad había colocado una mesa en la que vendía libros y DVD. En la panadería y la carnicería, las colas llegaban hasta la calle. El restaurante griego, que había abierto pronto, vendía generosas ensaladas de queso feta y aceitunas, baklavas y dolmades. Había incluso una mesa en la que se vendían vasos de Pimms.

—Oh, mirad, allí está Rebecca —señaló Estelle cuando la vio junto a su marido—. Estás guapísima —le dijo mientras la abrazaba—. Me tienes que contar tu secreto, porque estás radiante.

Rebecca se sonrojó sin saber qué decir y Andy acudió en su auxilio.

—Eso es lo que pasa cuando alguien se casa conmigo —bromeó.

Se rieron y se saludaron.

—Sue está dentro, así que pasad y decidle hola. Le he ofrecido que cambiáramos de puesto, pero me ha dicho que prefiere estar dentro. Creo que no tiene demasiadas ganas de socializar.

—¿Sigue mal con George? —preguntó Rebecca preocupada.

Estelle asintió.

—De verdad, me gustaría poder tener una charla con él. No sé a qué juega, pero está haciendo muy infeliz a Sue. Es... —Estelle se interrumpió. Tony acababa de aparecer con una mujer y un hombre a los que no conocía.

—Estelle, esta es Lesley Robertson, del Bristol Chronicle —dijo arqueando las cejas—. Ha cubierto algunos de los incidentes de los que yo he tenido que ocuparme. Y va a escribir un artículo sobre esta fiesta. Le he sugerido que te entreviste —continuó, con los ojos brillantes por la satisfacción—. Ya sabes, dar un poco de información y de paso conseguir publicidad...

—¡Me parece estupendo! —exclamó Estelle tendiendo la mano a Lesley.

—Y este es Eddie, mi fotógrafo —le explicó Lesley señalando al hombre que estaba a su lado—. Eres la dueña del café Crumb, ¿verdad?

—Sí —contestó Estelle. De pronto sentía que estaba en un interrogatorio.

—Bueno, podíamos hacerte algunas fotos fuera. ¿Quizá en el puesto? Tony, ¿te gustaría hacer de cliente? —sugirió mientras les indicaba dónde colocarse.

—Me siento como una modelo —bromeó Estelle mientras aparentaba venderle a Tony un trozo de pastel. Chris y Joe miraban nerviosos.

—Perfecto. Eso es justo lo que necesito —sonrió Lesley—. Eddie, ¿te importaría tomar planos generales? Para que se vea un poco todo. ¿Te importaría que te entrevistara, Estelle?

—Como quieras. —Intentó parecer segura, pero tenía el estómago agarrotado por los nervios. ¿Qué pasaría si decía una tontería y luego salía en el periódico? Mientras Lesley abría su cuaderno, Estelle miró con cara horrorizada a Tony, pero este levantó los dedos pulgares y echó a correr hacia el camión. Los otros miembros del club tampoco fueron de mucha ayuda.

—Vamos a ver a Sue —le dijo Rebecca—. Hasta ahora.

—Todo va a ir bien —le dijo Gracie.

Desaparecieron todos y la dejaron sola con la periodista.

—Bueno, Tony me ha contado algo de un club de lectura. ¿Podrías hablarme un poco de él...?

Quince minutos más tarde, Lesley decidió que ya tenía todo el material que necesitaba. Estelle huyó y entró corriendo en la cafetería. Se los encontró a todos sentados en una mesa hablando con Sue.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Gracie.

—Creo que bien —dijo Estelle insegura—. Creo que no he dicho nada que no debiese. Pero ya lo veremos cuando se publique.

—¿Nos has mencionado? —preguntó Rebecca. Estelle se echó a reír.

—Bueno, no por el nombre. Pero le he contado lo del grupo de lectura. Con un poco de suerte será un buen artículo que atraerá a más gente al café.

—¿A quién está entrevistando ahora? —preguntó Gracie alargando el cuello para poder ver a través de la ventana.

—Salid fuera y disfrutad del tiempo —les dijo Sue—. No os quedéis encerrados por mi culpa.

—¿Estás segura? —preguntó Rebecca.

—Claro que sí. Yo puedo ocuparme de los clientes que entren y debéis aprovechar el buen tiempo.

Todos se miraron inseguros, pero al final estar fuera era tentador y optaron por salir. Tony echó a correr hacia ellos en cuanto los vio. Los otros se alejaron un poco para dejar a Estelle y a él un poco de privacidad.

—¡No puedo creer que me hayas hecho esto! —exclamó ella.

—¿El qué? A mí me ha parecido muy buena idea. ¿No te he comentado que soy una máquina de publicidad?

—Una cosa más que he aprendido sobre ti. —Estelle sonrió—. No me puedo creer que vaya a salir en el periódico.

—Felicidades, mi pequeña estrella mediática —bromeó él—. Espera y en pocos días dirigirás un imperio como el de Donald Trump.

Se acercó a él y lo rodeó con los brazos para besarlo.

—¿Estelle? —la llamó una voz sorprendida.

Se separó de Tony para encontrarse con Ted y una Leila muy embarazada.

—¡Ted! —exclamó Estelle. Se sentía incómoda—. No sabía que ibas a venir hoy.

—Eso es obvio —dijo Ted mientras miraba con dureza a Tony—. Joe me contó lo de la fiesta y decidimos venir para ver cómo lo llevabas. Pero parece que bien.

Estelle se aclaró la garganta. Se preguntaba qué hacer.

—Ted, conoces a Tony, ¿verdad? —preguntó, incómoda.

—No tan bien como tú, por lo que parece.

Estelle se sonrojó. Tony parecía enfadado. Nunca lo había visto así.

—¿Tienes algún problema? —preguntó fríamente.

—No, ¿debería tenerlo?

—Ted —interrumpió Estelle mirando preocupada a uno y otro. Leila le puso una mano sobre el hombro a su marido.

—Ted, déjalo. No es asunto tuyo —le dijo suavemente.

—¿Que no es asunto mío? Yo creo que tengo derecho a saber si alguien va a tener un papel significativo en la vida de mi hijo.

—Iba a decírtelo, pero no hemos tenido oportunidad de hablar tranquilamente —explicó Estelle con palabras temblorosas—. Estábamos esperando para ver si era algo serio.

—Lo es —confirmó Tony mientras pasaba el brazo por encima de Estelle.

Vio la sorpresa en la cara de Ted. Se daba cuenta de que, por primera vez desde que se habían divorciado, su mujer tenía una relación seria. Y no podía protestar; al fin y al cabo estaba al lado de su mujer embarazada. Pero necesitaba tiempo para hacerse a la idea de que su exmujer lo había olvidado y que su hijo ahora tenía otro modelo masculino en su vida.

—Tony, creo que te necesitan en el coche —le dijo Estelle mirando hacia donde los niños corrían descontroladamente sin que los compañeros de Tony consiguieran apaciguarlos. Uno de los chicos llevaba la escalera e intentaba trepar a la parte de arriba del camión.

—No pasa nada —repuso él intentando quitarle importancia.

—No, ve —insistió Estelle, y trató de decirle con la mirada que era mejor que la dejara hablar a solas con Ted.

—Si estás segura... —dijo Tony por fin.

Estelle asintió y Tony la besó antes de echar a correr hacia el camión. Estelle lo miró cruzar la calle y se maravilló de su forma física.

—¿Estelle? —La voz de Ted la trajo de vuelta a la realidad y se giró desafiante.

—Es un buen hombre, Ted. Y dudo que quieras arruinar mi felicidad después de tantos años.

—Supongo que no —gruñó—. Pero me hubiera gustado saberlo. Simplemente.

—Bueno, y yo no quería que te enteraras así, pero ha pasado —replicó Estelle con el ceño fruncido. Ted le había estropeado el día.

Ted se quedó en silencio y mirando al vacío.

—¿Y qué piensa Joe? —preguntó.

—Parece... feliz por mí —admitió Estelle—. Le cae bien Tony y es amigo de su hijo, Chris. ¿Lo recuerdas? Juega en su equipo de fútbol.

Ted asintió y Leila intervino:

—Hablando de Joe... —Sonrió mientras deslizaba su brazo dentro del de Ted

y le señalaba el lugar en el que su hijo hablaba con una chica rubia.

Cuando vio que lo estaban mirando, se acercó a ellos.

—Mamá, Chris se va a ocupar del puesto mientras yo me doy una vuelta con Lauren —anunció—. Hola, papá; hola, Leila —añadió rápidamente antes de regresar al lugar donde Lauren lo esperaba. Se dieron la mano y se perdieron entre la muchedumbre.

—Bueno, ¿qué puedo decir? —dijo Ted con un gesto de derrota—. Parece que todo el mundo se ha enamorado. ¿Qué le pones a tu limonada?

—Entonces ¿te parece bien lo mío con Tony? —preguntó Estelle mientras miraba a Leila. Esta le devolvió una sonrisa y le hizo un gesto mínimo con la cabeza.

—¿Y dices que vais en serio? —preguntó Ted mientras se rascaba la barbilla.

—Creo que sí. La verdad es que estamos muy bien.

—Entonces, ¿quién soy yo para interponerme? Parece un buen tipo, supongo. Y sabe de fútbol. Eso tengo que admitirlo. Voy a ir a ver el camión mientras tú charlas con Leila. Llévatela dentro y dale un trozo de pastel de chocolate. Se muere por comer un trozo.

Estelle parecía nerviosa al ver a Ted andar hacia Tony, pero Leila la tranquilizó con una sonrisa.

—No te preocupes. Estarán bien. Ya sabes cómo es Ted. Le gusta hacer ruido. Deja que interrogue al pobre Tony. Ya conoces el dicho: perro ladrador, poco mordedor.

Estelle sonrió con gratitud. Entraron en la cafetería y le pidieron a Sue sus consumiciones. Estelle estaba un poco nerviosa. Leila y ella apenas se conocían y Ted era lo único que tenían en común. Pero, en ese momento, de su exmarido era de lo último que quería hablar en el mundo.

Miraba a través de la ventana para ver si Ted y Tony habían comenzado a pegarse. Leila se acercó a hablar con ella.

—Me ha contado Ted que has estado leyendo Diez dulces lecciones —murmuró Leila con un brillo maligno en los ojos—. Me encantaría que me dijeras qué te ha parecido.

Entonces fue cuando Estelle supo que nunca habría el menor problema entre ellas.

Capítulo 38

—¿Habéis leído el periódico de esta semana? —dijo Estelle encantada mientras dejaba un ejemplar del Bristol Chronicle encima de la mesa—. Ha llegado esta mañana.

Todo el club de lectura, que celebraba otra de sus reuniones, se congregó alrededor entre exclamaciones de sorpresa al ver en las páginas las fotos de la fiesta.

—¡Mira! Ahí estáis Tony y tú —exclamó Sue señalando una foto en la parte de la derecha.

Debajo de la foto decía: «Estelle Humphries, dueña del café Crumb, sirve una limonada y un pastel al bombero Tony Ellis».

—¡Han escrito mal mi apellido! —se molestó Estelle.

—No te preocupes —la consoló Estelle—. No vas a ser durante mucho más tiempo la señora Humphreys.

—Aquí te entrevistan —dijo Gracie—. Es maravilloso. Incluso hay una parte dedicada al club de lectura. Os lo leo:

En el Crumb se leen muchas novelas, desde Thomas Hardy hasta Jilly Cooper. Incluso han hablado del controvertido Diez dulces lecciones. «Somos un grupo pequeño y nos gusta pensar que somos muy abiertos en la elección de nuestras lecturas», dijo la dueña, Estelle.

—¡Ja! Parece que hubiéramos leído más cosas aparte de literatura erótica —bromeó Rebecca.

—Bueno, pensé que, aunque «Un club local se centra en literatura erótica» era un buen titular, no me parecía adecuado para un público familiar.

—¿«Sórdida reunión viciosa disfrazada de club de lectura»? —sugirió Reggie como alternativa. Gracie le dio un golpe en el hombro.

—Pero da igual lo que hayan escrito. Parece haber funcionado. Me ha contactado una docena de personas para expresarme su interés en unirse al club.

—¿De verdad? ¡Eso es magnífico! —exclamó Rebecca.

Pero Reggie no parecía convencido. Fruncía el ceño.

—¿Gente nueva? No sé si me gusta cómo suena eso. No me gusta que haya intrusos en mi territorio —terminó, con un acento tejano, lo que hizo que Gracie le propinara otro golpe.

—Incluso hay gente que me ha contactado para alquilar el local. Quieren organizar una especie de noche de actuaciones los miércoles por la tarde. En ella la gente podrá leer poesías, trozos de novelas o incluso cantar —añadió mirando a Gracie.

—Es verdad, ¿cuándo vas a cantar otra vez? —le preguntó Sue—. Tienes un talento maravilloso. Sería una pena que lo desaprovecharas.

—Pues espero poder volver a hacerlo —admitió Gracie—. La noche de los años cincuenta fue un baño de autoestima. Y me encanta cantar en público. Pero bueno... —empezó a decir titubeante mientras echaba miradas a Reggie—, está bien que la gente quiera apuntarse al club de lectura, porque Reggie y yo tenemos que anunciaros algo.

—¡Os vais a casar!

—¡Estás embarazada!

—No. —Gracie se rio por la inexactitud de sus suposiciones—. Pero Reggie y yo hemos decidido irnos a vivir juntos —explicó mientras Reggie se acercaba a ella y le rodeaba la cintura.

—¡Eso es maravilloso! —dijo Sue.

—Sí que lo es —asintió Gracie—. Empezaba a ser muy complicado que pudiéramos pasar tiempo juntos. Los compañeros de piso de Reggie no son los más encantadores del mundo y yo vivo con mi madre. Así que parece la solución perfecta. Pero eso quiere decir que quizá ya no podamos volver a las reuniones.

—Podemos alquilar algo mejor por el mismo dinero en St. Pauls o en St. Philips —explicó Reggie mientras Gracie se mordía el labio nerviosa—. Y están en la otra punta de la ciudad.

—Pero ¿no te supone un inconveniente en el trabajo, Gracie? —preguntó Estelle.

—Esa es otra cosa que tengo que contaros —empezó a decir con una gran sonrisa—. Me he presentado a un puesto de asistente en la biblioteca central, ¡y me lo han dado!

—Eso es fantástico —exclamó Rebecca mientras se acercaba a ella para abrazarla.

—Sí, estoy encantada. Estaba muy contenta en mi trabajo, pero a veces se presentan oportunidades que no se deben desaprovechar. Es un ascenso, lo que

significa más dinero y que trabajaré en el centro de la ciudad.

—Muy bien hecho —dijo Sue. Ella mejor que nadie sabía que hay veces en las que uno tiene que salir de allí donde se estaba seguro y tomar riesgos.

—A partir de septiembre voy a dar clases en la universidad —añadió Reggie—, así que tendré menos tiempo libre.

—¿Qué tal va tu tesis? —le preguntó Rebecca—. ¿Te hemos proporcionado suficiente material?

—Más que suficiente, créeme —bromeó Reggie mientras Gracie dejaba escapar una risita—. De hecho, tengo que daros una sorpresa. Ni siquiera Gracie lo sabe —continuó mientras ella lo miraba con curiosidad—. Pero quería contároslo cuando estuviéramos todos juntos. Ya sabéis que se iba a haber llamado El poder cohesivo de la literatura en las comunidades de Bristol y Avon desde la Edad Media hasta nuestros días.

Sue tragó saliva.

Los ojos de Rebecca parecían a punto de salirse de sus órbitas.

Estelle miraba a Reggie incrédula.

—¿Usted perdone?

Reggie rio.

—Da igual, porque he decidido no usarlo. De hecho el título de mi nueva tesis va a ser... —Se aclaró la garganta preparándose para hacer el anuncio y miró despacio a las mujeres, casi sin creerse lo que les iba a decir.

—Venga, vamos —le apremió Rebecca, lo que hizo que todos rieran.

—Vale. El título es: La evolución de la novela erótica, desde el marqués de Sade a C. J. Jones.

Sue tomó aire, Estelle comenzó a aplaudir y Rebecca dio un gritito. Gracie lo abrazó y le cubrió la cara de besos.

—Es maravilloso —exclamó.

—No me puedo creer lo lejos que hemos llegado —dijo Estelle. Su voz se quebró. A pesar de las buenas noticias, todo cambiaba demasiado rápido. Con los nuevos miembros y la marcha de algunos de ellos, parecía que fuera la última reunión de los cinco.

—Bueno, si tú tienes una sorpresa para mí, yo también tengo otra para ti —dijo Gracie mientras miraba a Reggie. Se quitó lentamente el reloj, lo arrojó sobre la mesa y enseñó el antebrazo a todos—. Iba a enseñároslo después, pero... —Todos se reunieron para ver el tatuaje con forma de R en la muñeca. Era negra y parecía una letra como las de los manuscritos iluminados, con tirabuzones

alrededor dibujando una mariposa.

—¿Erre? —preguntó Reggie arqueando una ceja—. ¿Erre de...?

—Bueno, de cualquier cosa, de ratón, rosa, remo... Ya sabes: lo que sea.

Reggie se había puesto rojo, pero por su sonrisa se notaba que estaba contento.

—Gracie Bird, eres la chica más guay que conozco —afirmó Rebecca.

—Y si rompiéramos, lo convertiré en dos mariposas —declaró Gracie para quitarle importancia a su gesto.

—Gracias —bufó Reggie mirando molesto a Gracie.

—Sue, tú tampoco te vas a quedar mucho con nosotros, ¿verdad? Estamos cayendo como moscas —intentó bromear Estelle, pero la tristeza en su voz era patente.

—¿Sigues sin poder convencer a George? —preguntó Rebecca.

—No, creo que ya hemos quemado todos los puentes que nos unían. De hecho nuestra convivencia se ha vuelto tan insoportable que me voy a ir a vivir con mi hija unas semanas antes de volar hacia Estados Unidos dentro de un mes. —A pesar de todo, Sue no podía evitar sentirse contenta cuando hablaba de sus planes—. Tengo un mes para recorrer Estados Unidos. Llego a Nueva York a principios de agosto y el barco sale de Los Ángeles en septiembre, así que, entre medias, quién sabe. Quizá consiga un acompañante.

—Sue, es maravilloso. ¿Puedo ir en tu maleta? —preguntó Rebecca.

—Por favor, hazlo. Quizá me sienta un poco sola.

—Suena genial —dijo Reggie—. Te admiro mucho, Sue. Es impresionante.

—Te voy a echar mucho de menos —confesó Estelle, como si se acabara de dar cuenta de que solo era cuestión de días. Sue se había ofrecido a trabajar con ella la semana siguiente antes de irse a vivir con Helen hasta que su avión saliera desde Heathrow—. Me has ayudado muchísimo. Y eres una amiga estupenda —completó mientras se frotaba los ojos.

—Bueno, pues ya que todos estáis anunciando cosas, yo también tengo algo que deciros —dijo Rebecca—. Quizá esto te anime un poco, Estelle. Allá va: ¡estoy embarazada!

Todos se giraron para mirarla sorprendidos. Todos salvo Gracie, que ya lo sabía. Rebecca se rio al ver la expresión de sus caras.

Estelle fue la primera en recuperarse.

—¡Felicidades! ¡Me alegro mucho por ti! ¿Para cuándo es?

—No lo sé aún —admitió Rebecca mientras ponía la mano sobre su

estómago—. Os lo he contado demasiado pronto, pero quería ser parte de las buenas nuevas. Tengo la ecografía dentro de un par de semanas, así que me lo dirán entonces. Creo que a principios del año que viene.

—Será un hijo de las Diez dulces lecciones —dijo Gracie. Se refería a un fenómeno que había empezado a propagarse: chicas que leían ese libro y que se quedaban embarazadas meses después—. ¿Veis? Eso es lo que pasa cuando se lee novela erótica.

—Lo pondré en mi tesis —apuntó Reggie con una sonrisa.

—La verdad es que no sé cuánto erotismo va a haber para mí a partir de ahora. Tengo que cambiar mis sujetadores y mis bragas sexis por ropa interior premamá —admitió Rebecca—. Pero esos libros sí que nos han ayudado a Andy y a mí. Estaba bastante deprimida antes de unirme al club de lectura. Ha sido como una especie de salvavidas. Gracias, Estelle —siguió, y cruzó la habitación para abrazarla. Las lágrimas brotaban de sus ojos—. Lo siento si me pongo ñoña. Son las hormonas.

—Bueno, todos estamos ñoños y no podemos echarle la culpa a las hormonas —bromeó Estelle mientras cogía una servilleta de la mesa y se limpiaba con ella los ojos.

—Antes de que nos despedamos del todo —interrumpió Gracie—. ¿Qué os ha parecido Los cien golpes? Creía que esto era un club de lectura y no una terapia de grupo...

—Gracie tiene razón —reconoció Estelle—. Y quizá sea esta nuestra última reunión. Como grupo de lectura, al menos.

—Exacto —dijo Gracie—. Pero antes me gustaría pedir un poco de café y tarta. Y luego podemos ponernos a ello.

—¿Sabéis en lo que pensaba mientras leía el libro? —dijo Estelle mientras comenzaba a preparar la merienda—. Que no puedo creerme lo decisivos que han sido estos meses. Este libro trata sobre la pérdida de la virginidad, sexo en grupo, sexo oral, gays, travestis..., y no me ha impresionado lo más mínimo. De hecho, me ha molestado que no entrara en el detalle. No me parece muy erótico.

—Bueno, ese problema que has descubierto, Estelle, es de lo que se aprovecha Diez dulces lecciones. Que solo nos pone el sexo duro.

—Sí, a todos nos gusta lo duro —afirmó Rebecca. Todos se echaron a reír.

—Rebecca, no puedes decir esas cosas ahora que estás embarazada —dijo Gracie—. Podría oírte el bebé.

—Lo siento —se disculpó Rebecca—. Es el último comentario poco

apropiado que hago. Lo prometo.

—Eso espero —rio Sue.

—¿Veis? A eso es a lo que me refiero —continuó Estelle mientras traía los pasteles y las tazas—. Hace unos meses Reggie hubiera salido corriendo ante la palabra orgasmo. Y Gracie no podía leer a una mujer decir «Sí, cariño» sin soltar una perorata sobre la opresión y la misoginia... Y Rebecca, bueno, Rebecca está tan suelta como siempre, y mirad cómo ha acabado.

El resumen de Estelle hizo reír a todos. El ambiente era melancólico y pensativo. Era cierto que habían cambiado mucho durante los últimos meses. Habían aprendido a quererse sin darse cuenta. Habían madurado juntos y ahora iban a seguir adelante con sus vidas, con todo lo que eso suponía.

La conversación fluyó con naturalidad. No querían marcharse. Era como si todos comprendieran que aquel era el final. Que una vez acabada esa reunión, ya nada volvería a ser lo mismo.

Cuando sonó el teléfono de Rebecca, se rompió el hechizo y fueron conscientes de que la reunión tocaba a su fin.

—Es Andy —dijo Rebecca después de leer el mensaje—. Dice que viene a buscarme, así que estará aquí enseguida. Se ha puesto muy protector y no me deja ir sola a ningún sitio.

—Eso es bueno —dijo Sue—. Disfrútalo. Y deja por una vez que sea él el que te cuide. Necesitas estar descansada para cuando llegue el niño.

—Gracias, Sue —dijo Rebecca levantándose para abrazarla.

Reggie y Gracie también se levantaron y comenzaron a despedirse. Estelle los observó con un nudo en la garganta. Andy entró a buscar a Rebecca y le ayudó a meterse en el coche. Reggie y Gracie cruzaron delante del escaparate de la mano. Caminaban muy juntos y Gracie se reía de algo que había dicho Reggie. Sue fue la última en irse.

—Dime si necesitas algo. Lo que sea —insistió Estelle.

Sue asintió. Era incapaz de proferir palabra.

Una vez que hubo salido, Estelle cerró la puerta y echó el cerrojo. El ruido se apagó en el café vacío. Una ola de tristeza se apoderó de Estelle en cuanto apagó las luces. Se sentó en la oscuridad y empezó a pensar en todos los cambios ocurridos en su vida desde que ese grupo tan dispar había entrado en ella.

Entonces su móvil comenzó a vibrar y a sonar. La pantalla iluminó el café y la música disipó la melancolía. Estelle descolgó sonriendo.

—Hola, Tony —dijo.

—Hola, guapa —saludó él. Podía decir, por su voz, que él también sonreía—. ¿Se ha terminado ya la reunión?

—Sí, hace poco.

—¿Qué tal ha estado?

—Ha sido... raro. Rebecca está embarazada, lo que es maravilloso. Y Reggie y Gracie se mudan, así que seguro que ya no los veré tanto.

—¿Estás bien? —preguntó él notando el deje melancólico en la voz de Estelle—. No pareces tú.

—Estoy bien —dijo ella forzándose a sonar animada.

—Eso está bien. Te he echado de menos hoy.

—Yo también a ti —admitió Estelle. Empezaba a sentir ese cosquilleo ya familiar por todo el cuerpo. Podía imaginar sus ojos y la manera en la que con una simple mirada él conseguía que se rindiera.

—Me muero de ganas de que llegue mañana por la noche —continuó Tony, con ese tono sexi que a Estelle tanto le gustaba—. He pasado todo el día pensando en las cosas que te voy a hacer cuando estemos solos.

—¿De verdad? —Estelle sonrió en la oscuridad. Le alegró que nadie pudiera ver cómo se había sonrojado—. ¿Por qué no me hablas de ello?

Oyó que se reía.

—¿Sabe una cosa, señora Humphreys? —empezó a decir con una respiración agitada—. Es usted una chica muy mala...

Epílogo

Sue estaba en la cubierta del Morning Star con las manos apoyadas en la barandilla mientras el enorme transatlántico entraba en el puerto de Alejandría. Era muy temprano, pero el sol ya calentaba la ciudad egipcia, blanqueando las fachadas y haciendo brillar el agua. El puerto era un hervidero de actividad. Hombres de piel oscura se gritaban en árabe mientras cargaban y descargaban los barcos.

Los puertos nunca eran la zona más bonita de una ciudad. Al menos eso era lo que pensaba Sue, y sabía de lo que hablaba, ya que llevaba navegando unos cuantos meses. Pero a pesar de los contenedores de metal, llegar a una ciudad nueva siempre era una increíble experiencia. Cada nuevo país la llenaba de asombro y expectación. Siempre se sentía impaciente por salir y descubrir lo que el lugar le tuviera reservado y aquella mañana no era una excepción.

Colocándose la mano a modo de visera, sintió una extraña y creciente alegría a medida que se acercaba a Alejandría. El agua oscura se deslizaba a los costados del barco. En la costa destacaban los picos de los alminares mezclados con otros edificios.

La ironía era que aquel día casi no iba ver la ciudad en la que habían atracado. Como muchos de los otros pasajeros, Sue se había apuntado a una excursión hasta El Cairo para ver las pirámides de Giza. Le apetecía mucho, al fin y al cabo eran una de las maravillas del mundo. Pero en momentos como aquel era cuando más echaba de menos a George. Sabía que a él le habría encantado aquello. Se había tragado cientos de documentales sobre el antiguo Egipto. Y era una pena que no se hubiera atrevido a salir de su sillón.

Sue dejó escapar un suspiro mientras miraba a dos gaviotas sobrevolar su cabeza. En un par de días habría de regresar a Europa, rumbo a su destino final: Southampton. No tenía dudas: el viaje había sido maravilloso. Pero, para ser sincera, se alegraba de volver a casa. Le apetecía poder pasar más de un día en un lugar, ver a Helen y a Bella y... a George.

Al principio Sue había disfrutado de su nueva sensación de libertad.

Viajando por Estados Unidos y luego a bordo del barco, había podido hacer lo que le apetecía y cuando le apetecía, sin dar cuentas a nadie. Todas las personas que había conocido habían sido muy simpáticas. Pero al atardecer, cuando regresaba a su camarote, la embargaba una gran sensación de soledad. Echaba de menos estar en casa.

Había visitado algunos de los lugares más exóticos del mundo, pero en todos le había faltado algo. Había pasado tantos años de su vida funcionando como parte de una unidad que había dado por hecho que siempre sería así. Y aunque al principio la sensación de liberación había sido maravillosa, pronto empezó a sentir que echaba de menos algo, o a alguien.

Cuando viajaba de Australia hacia Yakarta en Indonesia, Sue se había tragado su orgullo y había llamado a George.

Le había dado la sensación de que él también la echaba de menos. Tras la incomodidad inicial, estuvieron hablando durante horas. Hablaron más de lo que lo habían hecho durante los meses antes de que Sue se fuera. Pronto conectarse a Skype para hablar con George se convirtió en una rutina diaria y llegó a perderse alguna excursión si, por la diferencia de horario, le impedía cumplir con ella.

No lamentaba su decisión. Marcharse era algo que había necesitado. Y había sido una de las mejores experiencias de su vida. Les había llevado a ella y a George a replantearse su matrimonio... de una manera positiva.

Por cierto... Sue sacó el móvil del bolso y lo encendió, pero no había mensajes de George. Supuso que sería temprano en Inglaterra y que, por lo tanto, resultaba imposible que estuviera despierto. Pensó en hacerse una foto a lomos de un camello al lado de una pirámide para enviársela. Sería una agradable sorpresa.

Miró hacia abajo. Ya había colas en la cubierta inferior de gente deseosa de salir del barco en su día de excursión. Se unió a ellos y saludó a aquellos que conocía. Por fin el barco atracó y pudo bajar al puerto para buscar al guía de su excursión.

Había docenas de hombres en fila. Mientras recorría el puerto rodeada de niños que le pedían monedas, Sue identificó los ruidos de una ciudad en plena actividad. Llevaba un vestido apropiado para el clima, de color suave y largo, y un sombrero de ala ancha. Se movía despacio mirándolo desde detrás de sus gafas de sol.

Por fin reconoció su apellido. SHEPHERD. Estaba escrito a mano en un cartón y sonrió mientras se acercaba al que lo sostenía. Entonces abrió la boca de

par en par y tuvo que parpadear varias veces. El hombre que sujetaba el cartón, ataviado con unos pantalones color caqui, una camisa blanca y unas sandalias nuevas, no era otro que su marido.

—¡George! —exclamó echando a correr.

Él abrió los brazos y ella se abalanzó sobre él. Se abrazaron.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Sue se maravilló, incapaz de creer que George estuviera allí en carne y hueso, en sus brazos.

—Bueno, no podía permitir que vieras las pirámides sin mí —bromeó. Se inclinó para besar a su mujer y esta le devolvió el beso.

—Te he echado de menos, Sue —murmuró—. Más de lo que puedo expresar.

—Yo también te he echado de menos, George. —Sue estaba a punto de echarse a llorar, pero George le apoyó un dedo en los labios.

—Quiero decirte que siento cómo me he comportado. Tendría que haberte escuchado más y haberme esforzado.

—Yo también lo siento y...

Pero George volvió a interrumpirla.

—Me he comportado como un estúpido y solo espero que puedas perdonarme. He sido egoísta y malo...

—¡Claro que estás perdonado! —exclamó Sue rodeándole de nuevo con los brazos.

—Te quiero, Sue —dijo George con tono serio mientras se desembarazaba del abrazo y le apretaba las manos con fuerza—. En lo bueno y en lo malo, ¿no es eso lo que nos prometimos? Bueno, pues ya hemos pasado lo malo y solo nos queda lo bueno. Te lo prometo. Y esto es solo el principio.

Sue tenía los ojos llenos de lágrimas detrás de las gafas. Nunca había visto a George tan abierto y sincero. Le había declarado sus sentimientos en mitad del gentío del puerto. Nunca había sido de hacer gestos románticos, pero ahí estaba, había cruzado medio mundo solo para darle una sorpresa.

—Yo también te quiero, George. Pero ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Fue muy difícil de organizar. Helen me ayudó. Me parece que la he estado volviendo loca desde que te fuiste —rió George.

Sue sonrió mirando el rostro de su marido, que conocía tan bien.

—Tenemos mucho de lo que hablar y yo se supone que tengo que ir a una excursión...

—Bueno, si quieres, puedes saltártela —sugirió George—. Podemos volver a

tu camarote y ponernos al día. Incluso puedes hacerme un baile con los cubrepezones esos.

Sue arqueó las cejas, asombrada por las intenciones de su marido.

—¿Y las pirámides? —preguntó. Sentía cosquillas en todo el cuerpo.

George se encogió de hombros y la condujo de vuelta al barco tras abrirse paso entre la muchedumbre que iba en dirección contraria.

—Llevan ahí cerca de cuatro mil años. Pueden esperar un poco más.

Se volvió para darle un beso en el hombro y Sue sonrió. Por una vez, su marido tenía razón. Había esperado ese momento largo tiempo y ahora mismo George era lo único que le importaba.

Estelle estaba limpiando las mesas de la cafetería mientras cantaba hacia sus adentros. Su nueva ayudante, Kara, una chica recién graduada de la escuela de teatro de Bristol Old Vic leía un guion sin darse cuenta de que había trabajo que hacer.

Estelle suspiró y fue al almacén para coger más servilletas de papel. Sabía que tenía que ser más dura con la chica, pero tardaba menos haciéndolo ella.

Había contratado a Kara poco después de que se marchara Sue. Necesitaba a alguien que la ayudara y ahora el café iba mejor, por lo que podía permitírselo. La ayuda extra significaba que Estelle podía cogerse días libres o entrar más tarde para estar con Tony. Una vez que los chicos se iban al colegio, podían pasar un par de horas arrebujados en la cama, en un estado de beatitud sin parangón.

Estelle tenía los brazos llenos de servilletas cuando oyó que Kara decía:

—Está justo en el almacén. Voy a llamarla.

Estelle se precipitó fuera y casi lo tira todo cuando vio quién era.

—¡Rebecca! —dijo dejando todo sobre la barra. Fue a darle un abrazo—. ¡Qué maravilloso verte! Y esta debe de ser Chloe —continuó, mientras se inclinaba sobre el cochecito donde había una niña preciosa de ojos azules.

—Espera, que la saco. —Rebecca sonrió mientras plegaba la capota y la cogía en brazos—. Ya está despierta, de todos modos.

—¡Mírate! —dijo Estelle mientras la miraba—. ¿No estás estupenda? ¿Qué tiempo tiene?

—Diez semanas —respondió Rebecca. Parecía exhausta, pero enamorada del pequeño bulto que sostenía en brazos—. Esto es lo más lejos que he salido desde que la tuve. No tengo tiempo para nada. Incluso ir de compras requiere de planificación. No me puedo creer lo fácil que era mi vida antes y lo poco que lo

apreciaba.

—Pero estoy segura de que merece la pena —afirmó Estelle sonriendo. Chloe cerró los puños y se estiró.

—¿Quieres cogerla? —preguntó Rebecca.

—Creí que nunca ibas a preguntármelo. Kara, ¿puedes traernos dos té y un poco de bizcocho?

Cogió a la niña en brazos y se sentaron en una mesa.

—Bueno, ¿qué tal todo? —preguntó Estelle mientras mecía a Chloe y la arrullaba.

—Sobre todo, falta de sueño. —Rebecca sonrió—. Y nada que contarte: no he hecho nada y no he ido a ninguna parte. Espero que tú sí tengas cosas que contarme.

—Lo intentaré. ¿Qué tal Andy?

—Está bien. Es un padre orgulloso. La adora. Volvió al trabajo hace unas semanas, pero viene corriendo a casa todas las tardes para estar con ella. Es un poco diferente al año pasado, cuando venía corriendo a casa para verme a mí.

—Y he aquí el producto de esas prisas —dijo Estelle mirando a Chloe.

—No puedo creerme que solo hayan pasado unos meses. Hace un año que empezamos a reunirnos, ¿no? Parece que haya sido una vida.

—Pues sí —acordó Estelle—. Ha habido un montón de cambios desde entonces.

—¿Qué tal el nuevo club de lectura?

—Es... diferente. Somos diez y es muy distinto. Leemos de todo y el tono es más serio. A veces echo de menos lo bien que nos lo pasábamos.

—Somos el producto original.

Kara trajo su pedido y Rebecca soltó un gemido de placer cuando mordió su bizcocho.

—¡Dios mío, cómo lo he echado de menos! Se me había olvidado lo fabulosa cocinera que eras, Estelle.

—Gracias. —Se rio mientras veía a Rebecca comer con ansiedad—. Esta es Kara, por cierto —dijo señalando a su guapa ayudante—. Es la nueva Sue.

—¡Vaya! Pues sí que se ve bien a Sue —dijo Rebecca con la boca llena—. Hablando de ella, ¿hemos sabido algo?

—Pues sí. Me manda e-mails y postales. Está a punto de regresar. ¿Sabías que ha vuelto con George?

—¡No! —exclamó Rebecca con los ojos muy abiertos—. ¿Qué ha pasado?

—Bueno, creo que al principio se lo pasó bien. Por sus e-mails parecía que fuera el mejor momento de su vida. Pero fue demasiado para ella y empezó a sentirse sola. El caso es que se ve que George también le echaba de menos. Y para no alargarte el cuento, cogió un avión para reunirse con ella en Egipto y desde entonces viajan juntos. Me ha dicho Sue que se lo está pasando muy bien, que es como una segunda luna de miel.

—Es precioso —suspiró Rebecca—. ¡Me alegro tanto por ellos!

—Yo también. Estoy deseando que me lo cuente todo. Deberías venir. Así haríamos una minirreunión.

—Me encantaría —confirmó Rebecca—. Podría dejar a Andy de canguro. Ya no recuerdo la última noche que salí.

—Acostúmbrate —le advirtió Estelle—. Te queda una larga temporada antes de que tu vida vuelva a ser medio normal.

Miró a Chloe, que se estaba quedando dormida en sus brazos. Era la viva imagen de Andy, con su pelo rubio y suave y su pequeña nariz.

—¿Sigues en contacto con Gracie?

—Sí, vino a visitarme cuando nació Chloe y nos pusimos al día. Parece que les va muy bien a ella y a Reggie y está muy contenta con su nuevo trabajo. Incluso ha empezado a cantar en un grupo. Así que vuelve a cantar. Va a dar algunos conciertos por Bristol. De hecho... —Rebecca se calló para mirar el reloj de la pared—. Justo a tiempo —dijo mientras Gracie atravesaba la puerta.

Estaba tal y como Estelle la recordaba. Llevaba un abrigo de leopardo y una chaqueta de piel sintética. Se había sujetado el pelo castaño oscuro en lo alto de la cabeza.

—¡Gracie! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Lo habíais planeado?

—Más o menos —admitió Rebecca.

—Me ha tocado trabajar en mi antigua biblioteca —explicó Gracie mientras dejaba su bolso en la mesa y se sentaba al lado de Estelle—. Mi antiguo jefe está enfermo y le estoy sustituyendo, lo que se me hace bastante raro. Pero Rebecca y yo pensamos que era un buen momento para reunirnos.

—Estoy muy contenta de que lo hayáis hecho —dijo Estelle—. Me encanta veros. Rebecca dice que todo te va bien con Reggie, ¿no?

—Sí, genial. —La expresión se le dulcificaba cuando hablaba de él. Miró a Chloe, dormida en los brazos de Estelle—. Lo siento mucho, Estelle, ¿te importa si la cojo? Me muero por abrazarla. Está enorme, ¿no? —le dijo a Rebecca mientras Estelle se la tendía.

—Sí, casi pesa cinco kilos ya. El pediatra ha dicho que... —empezó a decir, pero se interrumpió al reparar en la mano que asomaba entre los pliegues de la toquilla de Chloe—. ¿Qué es eso? —preguntó.

—¿El qué? —dijo Estelle—. Ah, esto.

—Sí, eso —replicó Rebecca—. ¿Es...?

Con una sonrisa, Estelle alzó la mano izquierda. En el dedo anular había un anillo con un pequeño diamante.

Gracie se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—¿Tony te ha pedido que te cases con él?

Estelle asintió radiante de felicidad.

—En Navidad. Pensamos casarnos este verano. Algo discreto, seguramente en el registro civil. Ya hemos vivido todos los preparativos antes y no tenemos ganas de follones. Estáis invitadas, claro —acabó de contar, emocionada.

—Me alegro mucho por ti, Estelle —dijo Rebecca inclinándose para abrazarla—. Te lo mereces. Y Tony está como un queso, qué suerte tienes —añadió en voz baja.

—La misma Rebecca de siempre —bromeó Estelle entre risas.

—¿Y qué vas a hacer con el café cuando te cases? —preguntó Gracie.

—Seguir con él —respondió Estelle—. Aunque estoy pensando en contratar a alguien para que lo lleve a tiempo completo y así yo me puedo relajar un poco. Joe y yo nos vamos a mudar a la casa de Tony, con lo que podré alquilar el piso de arriba, lo que supondrá un poco de dinero extra.

—Suena todo muy bien —dijo Gracie acunando a Chloe.

—Y todo gracias a unos libros que yo me sé —añadió Rebecca con una mueca.

Era verdad, pensó Estelle. Solo un año atrás no habría podido imaginar que se encontraría así: feliz y prometida con un hombre maravilloso que además había resultado ser bombero y un genio de las finanzas.

—Gracias, chicas. —Estelle sonrió. De pronto sintió una punzada de nostalgia cuando las vio sentadas en esa mesa comiendo bizcocho y bebiendo té —. Echo mucho de menos teneros cerca.

—Pero vendrán cosas mejores —dijo Rebecca feliz mientras alzaba la taza para brindar.

—¡Por el club de las chicas malas! —añadió Estelle.

—Por las chicas malas —repitieron Rebecca y Gracie estallando en risotadas.

Sobre la autora

Sophie Hart vive en Londres con su novio y su colección de libros traviesos. Dedicar su tiempo libre a viajar, a hacer ejercicio de forma no demasiado entusiasta y a suspirar por Daniel Craig. El club de lectura de las chicas traviesas es su primera novela.